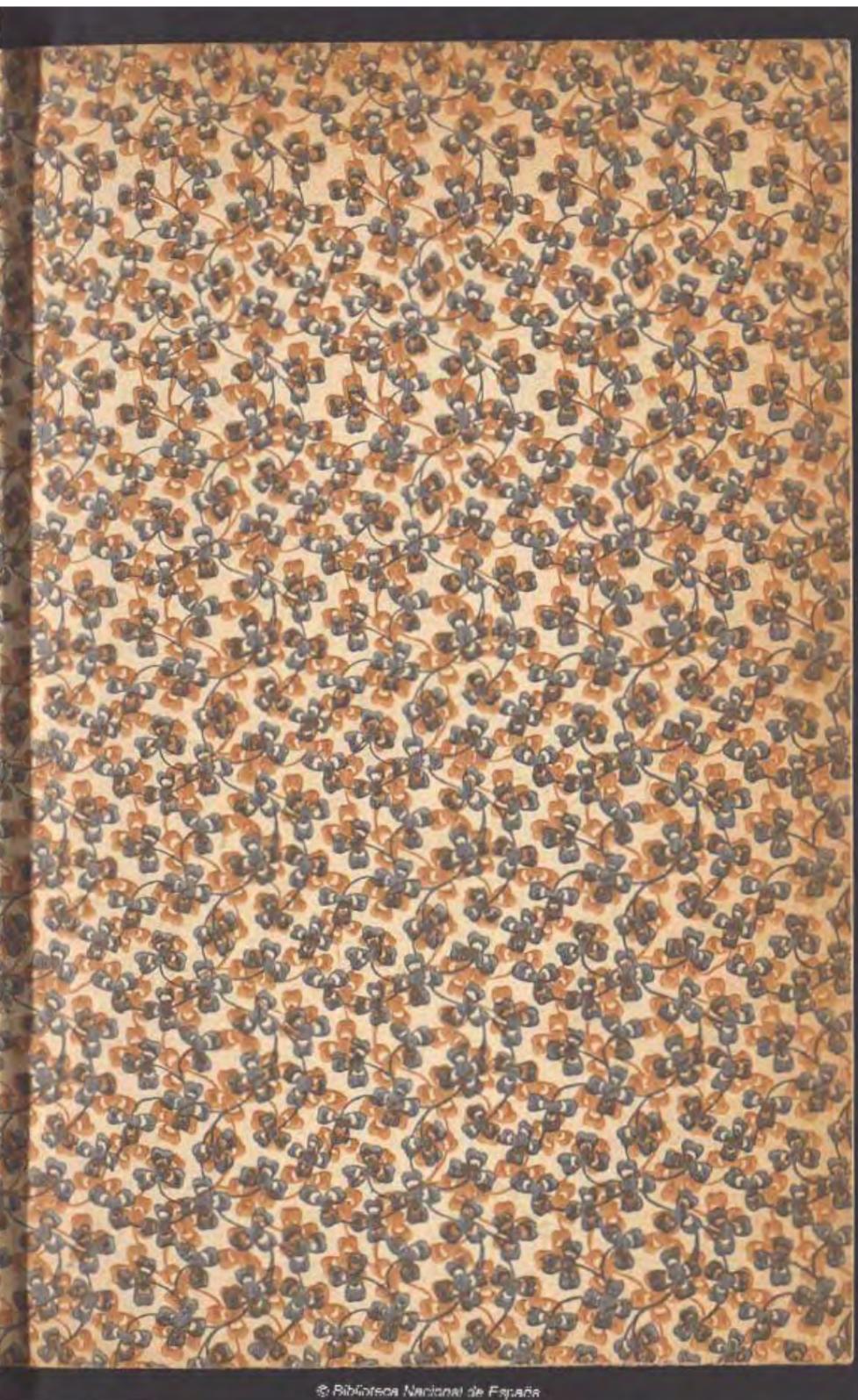


2
86971



HILDEGART

LA REBELDÍA SEXUAL DE LA JUVENTUD



MCMXXXI
JAVIER MORATA, EDITOR
MADRID

183

EDICIONES
MORATA

TEMAS DE
NUESTRO
TIEMPO

MADRID

LA REBELDIA SEXUAL
DE LA JUVENTUD

2

99679

HILDEGART



LA REBELDÍA SEXUAL DE LA JUVENTUD

PRIMERA
EDICIÓN



M C M XXXI

JAVIER MORATA, EDITOR
MADRID

Primera edición, octubre 1931.

ES PROPIEDAD
DERECHOS RESERVADOS
Copyrithg 1931 by
JAVIER MORATA
EDITOR - MADRID

IMPRESO EN ESPAÑA

PRINTED IN SPAIN

Imp. de los Suec. de F. Peña Cruz, Pizarro, núm. 16.—Madrid.

DEDICATORIA

Para los mozos de la F. U. E., valientes cadetes de la causa de la libertad, revolucionarios «de veras» de los que aspiran a destruirlo todo y llevan en sus manos y en su inteligencia los sillares sobre que cimentar el nuevo edificio.

En particular para las F. U. E. de Derecho y Medicina, abogados y médicos, que son ya hoy, y serán cada día más, los ejes de la sociedad, muchachos desligados de prejuicios ancestrales, que miran cara a cara a la vida.

Con el afecto que da la comunidad de ideal compartido en las horas de lucha en los claustros universitarios, y el ver en vosotros—nosotros mejor—los renovadores del presente, los firmes orientadores del futuro.

LA AUTORA

ÍNDICE



	Páginas
Dedicatoria.....	7
A guisa de prólogo.....	13
 <i>Revolución.</i>	
Revolución.....	17
Por qué los jóvenes somos revolucionarios.....	19
La revolución científica.....	22
¡Contra todos los «tabús»!	25
El «tabú» de la suegra.....	29
El «tabú» del desnudo.....	31
Los nuevos tanteos.....	34
El choque de dos generaciones.....	39
La tesis victoriana.....	43
 <i>¿Monogamia o poligamia?</i>	
¿Monogamia o poligamia?.....	51
El matrimonio, torre inclinada.....	54
El enigma de la esfinge.....	56
La moral proletaria.....	59
Necesidad del matrimonio primitivo.....	63
El matrimonio como retraso.....	66
La pedagogía ante el matrimonio.....	68
El matrimonio, prostitución legal.....	70
El matrimonio, ¿puede ser una adaptación?.....	73
El matrimonio, seguro de vida.....	76
Las mujeres opinan sobre el amor y el matrimonio.....	78
Los hermanos Bonquinquant.....	81
 <i>Pedagogía sexual.</i>	
Las tres edades de los jóvenes.....	89
La niñez, etapa crítica.....	91

	Páginas
La adolescencia.....	95
La temprana curiosidad de la mujer y su trascendencia.....	99
El sentido de la precocidad.....	101
La instrucción en las ciencias sexuales.....	107
Los pedagogos	110
La conducta del profesorado.....	113
Un error pedagógico	116
Un incidente típico.....	119
La escuela moderna.....	122
Necesidad de la coeducación.....	126
La finalidad de la educación.....	128
El niño en el manicomio de los adultos.....	130
Las principales manías de los adultos.....	132
La moral a medida.....	135
La moral es un pudridero.....	137
El cristianismo es una paranoia organizada.....	140
El desorden está en relación directa con la prohibición.....	143
¡Castidad!.....	145
El suicidio de la raza.....	148
Los jóvenes somos jueces.....	150
Un insulto a la juventud.....	152
Una carta ejemplar y un caso doloroso.....	155
Las preguntas fatales.....	158
¿Quiénes son los inmorales?.....	161
¿Quiénes son los inocentes?.....	164
El «No hagas eso» imperativo categórico de la moral reaccionaria.....	166
 <i>Revolución sexual.</i>	
Una Liga mundial de higiene sexual.....	173
Un plan de estudios sexuales,.....	175
El derecho a equivocarse.....	177
Un consejo a las mujeres.....	179

Páginas

La contraconcepción.....	182
La enseñanza de la contraconcepción en las Facultades de Medicina.....	186
La educación en el control de la natalidad.....	189
La impunidad del aborto.....	192
El problema del infanticidio.....	196
Moral sexual.....	201
El celibato eclesiástico.....	203
El celibato eclesiástico, invento español.....	205
El caso de Frances Darley.....	207
La conspiración del silencio.....	211
Un pacto liberal.....	213
La libertad marital ata con cadenas más fuertes, pero invisibles.....	217
La comprensión de los sexos.....	219
«He aquí tu señor».....	222
El sexo y las religiones.....	228
El sexo y la religión.....	232
Argumentos cavernícolas.....	235
Cuándo debe enseñarse la religión.....	239

Hojas del árbol caídas.

El hambre sexual de las mujeres.....	245
El hombre, dueño de la mujer.....	249
El caso de Juan Chalmers.....	251
La maternidad, profesión libre y técnica.....	260
La disgenia de la raza.....	262
La pureza en la mujer.....	268
Pureza y fidelidad.....	270
El riesgo profesional... o la ley de accidentes del trabajo.....	273
Los «criptógamos».....	275
El mundo es un jardín abandonado.....	277
Dios... carga con todo.....	281
La escuela obligatoria... para los padres,.....	284

	Páginas
Los hijos son los rehenes de la vieja moral.....	288
El peso del pasado.....	291
<i>Las aspiraciones de la juventud.</i>	
El freno de la libertad.....	295
El mundo, creación de los «gandharvas».....	298
El estado de necesidad sexual.....	300
La moral española en un proverbio.....	303
Civilización moderna y rutinaria.....	306
El hombre, «sucedido» por la mujer.....	310
El Código de los convencionalismos.....	314
De las «Mil y una noches» a la actualidad, pa- sando por S. Ambrosio.....	318
La nueva moral.....	322
Bandera de desafío.....	325
Clarin de advertencia.....	329
¡Ah de la nueva generación...!	332

A GUISA DE PRÓLOGO

«Dicen... ¿Qué dicen? ¡Deja que lo digan!»

BERNARD SHAW.

Los Redentores siempre han tenido muy mala suerte. Por eso yo no quiero meterme a redentora de los demás. Me creo redimida a mí misma y quiero señalar a otros los caminos de su liberación. Nada más. Es eso bastante para la pacata moral de nuestros días, es más que suficiente para censurar con los más acres adjetivos a quienes adopten esta actitud. Censuras sin cuento, frases para todos los gustos, repertorio de sátira violenta. Mejor.

Y no lo digo porque ello me parezca premio debido a mi trabajo, que, como todos, está hecho para recibir aplausos y críticas de apasionadas y de personas inteligentes. Sino porque cuanto mayor es la desesperación, más profunda la indignación de los carvernícolas, más cerca nos hallamos del triunfo los nuevos y arriesgados «pioneers» de la nueva doctrina. Las obras que caen en el piélago de la indiferencia, o las que obtienen ese pasajero éxito mediocre de una novelita rosa que no suscita inquietudes ni resuelve problemas, son inyecciones cargadísimas de tedio en una vida como la nuestra hecha de constante preocupación.

Cuando publiqué mi libro: «El problema sexual tratado por una mujer española», empezó a desatarse la turbonada reaccionaria. No es extraño, y ello me place. El segundo viene a fijar los puntos de vista de la nueva generación—hombres y mujeres—frente al inquietante problema

sexual. Y con ello aspiro a provocar una preocupación. No sé si contare con muchos adeptos. Es casi seguro que los jóvenes que ansian un poco de luz que aclare las tinieblas de su camino vean aquí una posible solución. La tormenta será, sin embargo, ahora más intensa. Pero ello me producirá la satisfacción de saber que no están muy seguros en sus puestos de viejos moralistas cuando temen el empuje de esta juventud valiente que desde Norteamérica a Rusia, pasando por todos los países civilizados, menos España, hasta aquí, ha hecho de la libertad su divisa y de la iniciación sexual su programa. Porque creo que contar con Encíclicas e inclusión en Índices condenatorios de las obras prohibidas el movimiento que cuenta con tan resueltos defensores, es hoy ya medida desacreditada. Y porque en lo que a mí personalmente se refiere, puedo decir con Gide que: «Estamos seguros de no perder con nuestra conducta nada que nos importe; mejor dicho: estamos seguros que no debe importarnos nada de lo que perdamos.»

Van, pues, estas líneas con verdadera gratitud para todos. Críticos imparciales, entusiastas convencidos, detractores manifiestos. La juventud no rehuye el cuerpo. Y en este torneo desigual, en que nosotros contamos con las ideas y ellos con la fuerza, es muy posible que la justicia inmanente establezca el triunfo de la inteligencia sobre la energía animal. Y en ese caso nos felicitaremos todos, porque la Humanidad habrá ganado infinitamente más que manteniendo instituciones fracasadas como el matrimonio y haciendo latir una constante obsesión sexual de los seres que crea una infancia inquieta, una juventud tormentosa y una madurez irreflexiva.

REVOLUCION

Revolución.

«La revolución sexual debe preceder para ser eficaz a todas las revoluciones».

MICHELET.

El sentido del término revolución suele ser casi siempre mal interpretado. Con frecuencia se identifica revolución con terrorismo y se presenta uno y otro como sinónimos, y, por consiguiente, igualmente inapreciables. Pero la revolución, por lo mismo que es más activa y momentánea, es asimismo más trascendental y requiere un fundamento sólido y científico, al igual que una base adquirida en la experiencia paciente de muchos años. Por ello las revoluciones de toda índole no han sido producción del momento, sino laboriosa gestación de etapas históricas enteras. Por eso la revolución sexual se ha gestado en otra etapa social de verdaderas tragedias conjugales, de fracasos de la institución matrimonial, desechar, aunque subsistente por las «apariencias», y de esa otra, familiar, anulada por la vida independiente y que obliga a los distintos miembros de la vida moderna... ¿Tardará unos años en triunfar? ¿Meses? ¿Menos aún? Tomando posiciones en el mundo civilizado, de esperar es que sea ella en breve la que en vez de sencilla revolucionaria se convierta en pacífica modalidad humana. Si eso llega, España no podrá quedar rezagada ante ese movimiento. Y ya que

sobre ella han pasado sin rozarla la influencia libertaria de la Reforma religiosa y el influjo por más próximo, más extraño que no haya repercutido de la Revolución francesa, es indispensable que en estos problemas sexuales tan trascendentales, porque a ellos van unidos los problemas religiosos y éstos son la clave de todos los restantes y la causa de ese retraso español, España no vacile en cumplir con su deber, que al igual que en estos momentos históricos que vivimos, tendrá que ser en este otro aspecto eminentemente revolucionario.

Por qué los jóvenes somos revolucionarios.

«La suma pasión del pensamiento es descubrir algo que ni siquiera se pueda pensar».

KIERKEGARD.

¡Cuántas veces en nombre de la pacatería roñosa de la vieja generación—vieja por su espíritu y por sus supersticiones—nos hemos visto tildados los jóvenes de revolucionarios! Cuando sólo las primeras auras de rebeldía agitaban la floresta de la incomprensión humana purificando su ambiente, los jóvenes «juguetes del diablo» en todas las Eras y en todas las edades éramos los indisciplinados, los insubordinados, los que no admiten sumisión a principio alguno de ley o de criterio. Las juventudes han sido tachadas siempre de rebeldes. Desde aquellas juventudes griegas que en los campo atléticos lucían el vigor y la destreza de sus brazos y escalaban el Poder con los mismos métodos y procedimientos que hoy puede poner en vigor un «guardia de asalto», hasta las juventudes del Renacimiento, que fomentando el culto a la filosofía oriental remozaron el espíritu de Humanidad sobre el que una espesa caparazón se había ido formando, las juventudes por ir siempre más allá en un anhelo de renovación legítima, han sido siempre rebeldes.

¿Por qué, pues, esta otra juventud siglo XX, la de la Era de los grandes inventos, de los des-

cubrimientos históricos, la de los progresos de la ciencia, se llama revolucionaria?

¿En qué se diferencia su rebeldía de la de otras juventudes anteriores?

En que mientras aquéllas se limitaba a atacar la filosofía, la literatura, el pensamiento de una edad, éstas, cansadas de tanto podar ramas y ver las crecer de nuevo, han buscado los efectos, y parándose ante las magnas raíces del gran árbol familiar han atacado por su base la vieja institución, que apoyada por la religión y por los prejuicios del capitalismo—sistemas políticos en franca quiebra—mantúvose hasta aquí inmutable.

Ya tenéis explicado en unas palabras, hombres, mujeres de hoy, el por qué a nosotros, los jóvenes exploradores de la nueva edad, se nos llama revolucionarios. Hemos pensado que no hay nada «tabú» en la Humanidad, que todo puede ser discutido y lo será; creemos que en la crítica y en la censura está la base de la definitiva libertad humana; estimamos que en esta intensa y lamentable búsqueda por la verdad en que todos vamos detrás de ella sin darnos cuenta en nuestra inconsciencia de que la verdad está en nosotros y no fuera de nosotros, no hay nada como acabar con los prejuicios sociales, con las reglas frías del convencionalismo, para que de esta asquerosa crisálida, que es ahora la Humanidad, envuelta finamente en la malla de seda de la presión religiosa, salga la mariposa de una nueva Era. Filósofos de Oriente identificaban a la verdad con el alma y al alma con la mariposa.

Nosotros admitimos un sólo principio. La vida, producto de complejos estados biológicos, no cesa nunca. No creemos en un Más allá formado en un Nirvana, un Paraíso o un cielo. Creemos que la materia orgánica e inorgánica se repite, que

no existe el NO SER, que la marcha de la vitalidad no se trunca jamás... Y por ello, en vez de preocuparnos de lo que pasará después de los años de existencia en este mundo, descendemos a la realidad y nos preocupamos de que esos años transcurran lo mejor posible.

Estimamos que el único código de Moral que puede impulsar al bien obrar es la Conciencia, la única religión admisible: la del deber; la única finalidad positiva: la de vivir superándonos cada día, cada hora y cada minuto. Y creemos por ello que somos más morales que quienes prometiéndolo todo para un mañana incierto, siguiendo acaso la máxima de: «Hoy no se fía, mañana sí», no piensan en remediar los males de la tierra y predicen la resignación—medio fatal de aniquilar la voluntad humana—para conquistar la añorada bienaventuranza.

Los postulados de esta nueva moral son vistos bajo el prisma de la justicia infinitamente superiores a los de la moral reaccionaria. Vivir, saber vivir. ¿Hay alguna ciencia, algún arte superior a éste? ¿Hay algún misterio más sublime que el de la Vida? ¿Dónde la Naturaleza reúne todas sus energías para producir vida, porque el hombre no ha de acatar sus fallos y auxiliar su labor?

¡Sabe vivir! He ahí la gran perspectiva de la generación juvenil. Vivir para superarnos en nuestros pensamientos, en nuestra sensibilidad, en nuestros actos.

La revolución científica.

«La rebeldía se ha convertido en una característica de nuestro tiempo. Los intelectuales están sublevados contra la civilización entera. La protesta contra las antiguas actitudes sexuales es una parte vital de esa rebelión completa contra una cultura decadente. La tarea comenzada por los primeros freudianos prosigue hoy una revolución mucho más comprensiva y amplia».

V. F. CALVERTON.

Hoy en que hablamos y reconocemos la trascendencia de la revolución sexual no podemos por menos de hablar de la que legítimamente le ha precedido y a la que debe sus más sólidos fundamentos.

Precisamente los filósofos, aunque por su apacibilidad parecen los más alejados de estas cuestiones, las han estudiado en realidad más a fondo y han procurado extraer de ellas las máximas enseñanzas, entregándolas a algunos seres abnegados que se han prestado generosamente a divulgarlas. No en balde decía Enrique Tomás Buckle que el deber del filósofo es claro. Debe hacer toda clase de esfuerzos para encontrar la verdad, y luego que haya llegado a alguna conclusión, deberá difundirla y lanzarla a los cuatro vientos sin preocuparse de que contradiga ésta o las otras opiniones.

Nosotros que tenemos que seguir un método

forzosamente en nuestros trabajos, ese método que con este nombre y el de «odos» denominaban los griegos, que los chinos llaman «tao» y los hebreos «sendero o vehículo, no puede conducirnos más que averiguar los fundamentos de la tesis de la revolución científica. No podemos olvidar que los conceptos más dinámicos y revolucionarios se convierten repentinamente en estáticos y reaccionarios, en tanto que la vida se conserva en su pérenne actividad. Hablamos de revolución sexual en la actualidad, porque los cambios que en cuanto al problema del sexo se desarrollan en la sociedad no encuentran una aceptación fácil, sino un repudio extraño. Por ello estos conceptos nuestros son revolucionarios, porque, como recuerda Schmalhaussen, el hombre moderno se halla todavía en gran proporción bajo el influjo de la Edad Media. El cambio sorprendente que la nueva humanidad ofrece, los deportes, el feminismo, la desviación de lo que hasta aquí se tenía por norma y norma irrefutable, todo ello constituye el ritmo único y posible de la revolución que se inicia con Newton y había de terminar con su período prerrevolucionario con Freud. Dice el mismo Schmalhaussen en un estudio que lleva un título muy similar al de este libro: «La revolución más fundamental es la científica. Nuevas teorías de mente y materia fascinan a los especuladores científicos. La revolución científica, a la que van unidos los nombres de Newton, Copérnico, Galileo, Descartes y Leibniz, dió nacimiento a un nuevo estado de dignidad y omnipotencia en los asuntos del mundo. Podría decir, sin exponerme al reproche de jugar con el vocablo, que hasta Dios se materializó y fué concebido como materia por físicos y matemáticos. Fué esta maravillosa degradación de Dios

hasta el impersonal neutral nivel de la materia, lo que constituyó la actitud científica de la mente, revolucionaria en el más fundamental sentido. En la práctica, el producto anejo a esta actitud materialista frente al Universo fué la aceptación de la ética experimental, que permitió al simple hombre hacer ensayos con la Naturaleza. La comunidad de los hombres científicos aceptó la nueva idea de que no hay ni puede haber en la naturaleza de las cosas nada «sagrado» desde el punto de vista del experimentador.» Esta raíz fundamental y tan hondamente revolucionaria habría de extenderse a los campos hasta aquí inexplorados del sexo. Dondequiera que esa revolución científica penetraba, particularmente en el terreno de la región había de topar con el problema sexual tan trascendente, que había de luchar con todas las etapas de la existencia.

En el momento en que al convertir en ciencia la religión ésta fracasaba, quedaba al descubierto todas las falsas concepciones que se intentaba conservar a su cobijo, y la creencia de que el sexo era un hecho punible y de que el estudio de las materias eróticas era algo pornográfico y obsceno desaparece, aunque difícilmente. Por ello la revolución científica tuvo que llegar fatalmente hasta el sexo, ya que a él va enlazada la ciencia. Conocimiento—nómeno, notio—tiene una misma raíz inicial que «scientia, scire, saber». Por ello en la gran etapa revolucionaria que ha vivido el mundo se operó el milagro de que lo que empezó Newton planteando leyes matemáticas y físicas, hubiera de terminar con Freud en unos estudios sobre el psicoanálisis o el valor psíquico e inmanente del sexo.

¡Contra todos los «tabús»!

«La historia y la sociología confirman que las reglas morales han variado con el tiempo y que aun para un mismo tiempo variaron con el mediodía.»

CHALLAYE.

El primer paso que ha dado nuestra generación ha sido el de luchar decididamente dondequiera que existe un «tabú» para su inmediata desaparición. La moral cristiana, como la de casi todas las religiones, está hecha a base de ellos, que no son otra cosa que mandatos imperativos con que nos impiden cometer un acto sin justificar el por qué de esa prohibición. La falta de respeto a la mentalidad juvenil les ha hecho creer que su actitud pedagógica no merecía explicaciones, y por lo que se refiere a los hombres adultos, educado ya su inconsciente a admitir estos principios como un hábito, el «tabú» era ya fatalidad inevitable. Frente a uno y otro concepto se ha alzado el grito de guerra de la juventud. Este término «tabú» constituye una útil adicional del idioma inglés, donde por primera vez ha surgido. Hoy es muy corriente el utilizar este término, aunque particularmente se emplea en cuestiones de conducta sexual. El «tabú» implica simplemente una prohibición, un «no hagas eso», acepción real de la palabra que choca con el criterio predominantemente libertario del hombre civilizado, ya que va en contra de una tendencia arraigada hoy,

como es la denominada escuela del libre albedrío. Desde muy antiguo, planteada por las religiones y desenvuelta por las ciencias filosóficas, está presente una controversia entre lo que más domina en el hombre, si el libre albedrío o voluntad libre y legítima del hombre de obrar de acuerdo simplemente con su conciencia, y el determinismo, que es el que afirma que el Hombre, por ser un juguete de la Fatalidad, a ella obedece en su inconsciencia, sin que le sea posible apartar de su vida los acontecimientos que tenga marcados. Esta teoría tiene a su favor el hecho de que sobre el hombre pesa como suprema traba a su libertad la de la Muerte, que corta inevitablemente su existencia. Contra ella y a favor de la primera está el hecho de que si supusiéramos que todo obedece a la acción de la fatalidad, el hombre no desarrollaría su inteligencia ni se formaría, ni tendría tantas evoluciones y tantos cambios en su existencia, ni podría razonar sobre los hechos y adoptar una posición de acuerdo con su criterio. El hombre tendría inteligencia y capacidad, pero no tendría juicio ni discernimiento, puesto que la Divinidad se lo daba todo hecho y no necesitaba de ello para su lucha en la existencia, con lo que se le restaba a la vida una de las cualidades que le hacen más grata, y es la de que ella sea como un juego en que el hombre ponga a contribución su inteligencia y su voluntad para sacar en ella el mejor partido posible. Pero las religiones, afirmando el poder ineludible de la Divinidad sobre los hombres como un dogma inatacable, sentaban el principio del determinismo histórico, aunque más tarde lo negaban tácita y expresamente, puesto que él supone que un Dios pueda dejar a los hombres que hagan mal y que vayan a ser víctimas en los in-

fiernos y purgatorios de las culpas que ellos no han podido cometer, puesto que no han obedecido a su voluntad, sino a otro superior, es una paradoja inexplicable. Aunque esta creación de un Dios predominantemente injusto y al propio tiempo inconsciente, puesto que si sabía lo que a los hombres les había de suceder no podía consentir que ellos fuesen a caer en lo que había de causar su desgracia, y si no lo sabía no era ya omnisciente, y por consiguiente Dios. Ello ha hecho fracasar todas las religiones y particularmente a la presente que ha hecho más palpable la contradicción existente entre las dos teorías filosóficas que, posiblemente tienen una existencia mútua y relacionada, toda vez que en el hombre esencialmente se da la herencia y con ella la posibilidad adquirible y dependiente de la voluntad individual en la educación.

El «tabú» va en contra de este último aspecto, y por lo mismo que en la actitud del hombre consciente debe presidir el juicio y el discernimiento individual por encima del discernimiento ajeno, señalamos aquí estas características contrarias a nuestro pensar del término «tabú», tomado genéricamente sin profundizar en su esencia. Sobre este tema, dice Mac Dougall en un estudio: «Deben abolirse todos los «tabús». A ninguno de nosotros nos gusta que nos pongan restricciones a nuestra libertad personal. Siempre que semejante restricción nos subleve el ánimo, nos alzaremos contra ella diciendo que se trata de un «tabú», y al hacerlo así no declaramos simplemente que esa restricción nos mortifica, si no también que es insensata y absurda; tan absurda como muchos «tabús» de los pueblos salvajes nos parecen, y además, que toda persona que se respete a sí misma debe protestar contra esa res-

tricción. Si encontramos en vigor en alguna sociedad la prohibición de comer algún alimento que la ciencia médica considera bueno y provechoso, decimos que es un «tabú». Si encontramos en otra la prohibición de llevar sombrero de paja a partir de una cierta fecha, de jugar al «tennis» o al «golf» en domingo, la llamamos «tabú». He dicho que es ésta una palabra peligrosa, y lo es porque su empleo, como epíteto, resulta harto fácil y arrollador.» Y sintetiza su criterio añadiendo: «Y exceptuando la significación popular de la palabra, somos propensos a asentar o promulgar como una regla general de conducta la máxima «No nos dejemos gobernar nunca por «tabús», la que sin duda es una buena máxima. Pero deslindar si tal particular convenio es un «tabú» en el sentido popular de la palabra, o, por el contrario, se apoya en razones que lo justifican, es siempre asunto muy delicado que requiere un fino juicio y una vasta cultura.» Esto es lo trascendental y que no podemos olvidar. Hace falta que si bien nos despojamos de todos los «tabús» por juzgar los restricciones inútiles y contrapuestas a nuestros anhelos de libertad, lo hagamos pensando en que es indispensable hacer buen uso de nuestra libertad, y para ello necesitamos saber dónde ésta empieza y dónde termina rozando la libertad ajena, ya que de esta fórmula de convivencia indispensable en las sociedades humanas se deriva ese sentimiento y obligación de solidaridad o simbiosis tan común entre los hombres, y sin el cual no podrían subsistir.

El hombre sin el hombre no viviría.

El «tabú» de la suegra.

«Un casamentero infatigable, deseando convencer a cierto amigo solterón de las ventajas del matrimonio, le arguyó a guisa de pruesa irrefutable :

»¿ No comprendes que, llegada la vejez, necesitamos una mujer paciente que cuide nuestros catarros y con quien podamos impunemente desahogar el mal humor...?»

RAMÓN Y CAJAL.

Como una nota pintoresca, aquí donde no todo puede ser científico, queremos hacer destacar a que un grado notable de libertad sexual no sería una exclusión inmediata y forzosa de las denominadas medidas restrictivas. Estas abundan en la vida primitiva, donde ya se indican los grados de parentesco prohibidos.

Estos no sólo incluyen a los miembros de la familia inmediata, tales como los hermanos y hermanas, primos, sobrinos, llegando incluso a las madres e hijos, padres e hijas, sino también a otros muchos parientes. En todos estos casos, el «tabú» sexual no se hace tan sólo con referencia al matrimonio, sino a cualquier clase de comercio sexual; esto es, de intimidad entre dos personas de sexo distinto. Y allí es una medida muy corriente y clásica un «tabú» que se denomina «tabú» de la suegra.

Adopta este «tabú» formas distintas; en unas tribus no puede el yerno hablar con su suegra,

sirviendo la mujer de intermediario entre los dos cuando es preciso; en otras, ni siquiera pueden mirarse el uno y la otra; en otros casos, no les es lícito vivir bajo el mismo techo.

Todos estos datos que nos proporciona Goldenweiser en un trabajo documentado sobre «El Sexo y la Sociedad Primitiva», nos hacen pensar. ¡Cuántas tragedias se hubiera evitado la Humanidad si este «tabú» donde tantos otros en el sentido sexual subsisten hubiera persistido!

Pero aunque ello pueda ser una exclamación apropiada a ese pintoresco «tabú», reflexionando seriamente sobre el asunto, habremos de preguntarnos con verdadera inquietud: ¿De quién será el daño, de esa institución de la suegra, o del matrimonio mismo? Aunque la suegra sea un efecto de aquél, sin éste no tendría existencia. Si el matrimonio no enfriara e hiciera más agrias las relaciones entre los cónyuges, la suegra no tendría que intervenir tomando la defensa de aquel ser a quien ame más: la hija. Antes de pedir que subsista el «tabú» contra la suegra, medida preventiva y tal vez útil en una etapa de transición, pidamos que se termine el matrimonio, y habremos acabado a un tiempo con dos instituciones que, verdadera tragedia para el hombre, son pesadilla para la mujer, problema para los hijos y, en suma, preocupación y disgusto para todos los miembros de la recién creada familia.

Extender el «tabú» de la suegra al matrimonio, nos parece más adecuado a los tiempos que estamos viviendo.

El «tabú» del desnudo.

«Ser desnudistas o antidesnudistas, esto no dañará a la sociedad; lo que la corroe, lo que la entrega a una desesperanza subversiva, es que a un ideal fervorosamente sentido por unos hombres, se oponga una estaca impune como argumento máximo».

«LAURA BRUNET».

Elijamos uno de los «tabús», el que veda la pública desnudez. Este «tabú» pesa aún más gravemente sobre la mujer que sobre el hombre. Así, Mac Cougall, en un estudio sobre «El Carácter y la Conducta en la Vida», dice que «la mujer exhibirá siempre sus formas en la medida en que el gusto del hombre se lo permita». Es esa una generalización sencillamente exacta, máxime en lo que se refiere a las mujeres que tienen bellas formas. Significa que sólo el «tabú» evita el que un número de muchachitas vayan desnudas por las calles.

La noche pasada—nos dice el mismo autor—, a eso de las nueve, al cruzar la calle principal de un ciudad costera (puerto de mar, éste es un hecho que se repite con frecuencia en San Sebastián, en España), hube de tropezar con dos muchachas escoltadas por dos jóvenes, vestidas ellas y ellos con un traje de baño sumarísimo. Parece que hemos avanzado demasiado en punto a la abolición de ese «tabú» particular. Entre los abolicionistas de este «tabú» figura Mr. Bertrand Russell, diciendo que ello parece ser uno de los pasos primeros y esenciales hasta la abolición de todos los «tabús» sexuales.

El traje posee un valor y una función simbó-

licas. Es el símbolo exterior y siempre presente de los «tabús» sexuales. La misión de los «tabús» sobre el sexo puede ser en algunos momentos beneficioso: la de refrenar el instinto sexual y conducirlo a su sublimación. Según propone en esa obra ya citada, la cuestión que actualmente se plantea para la sociedad presente, como uno de los «tabús» que al desaparecer dejan anulado totalmente uno de los hechos hasta aquí juzgados más típicos y más indispensables en la subsistencia de la sociedad, es la de si podrá subsistir el amor romántico, rotos ya todos los frenos, y si es bueno que vuelva a ser el dulce tormento de aquellos pocos que acierten a encontrar circunstancias completamente extraordinarias.

La influencia de los conocimientos tradicionales es tan intensa, que ella constituye una de las influencias de la Fatalidad sobre la existencia humana, al igual que la herencia respecto del hombre. Este «tabú» es realmente trascendental e inevitable. El doctor B. Malinowski ha tenido el mérito de ser el primer sociólogo que ha reconocido que los sentimientos tradicionales de una comunidad son de primordial importancia, representando la clave para la comprensión de su vida, de su prosperidad, de su decadencia y de su muerte. La influencia de la educación, ¿Puede llegar a costar esa tradición? ¿Debe adaptarla a las modernas aspiraciones de los individuos? El vestido, fatal imposición que ha convertido a la Humanidad en masa gregaria, señala hoy la oposición más que nunca visible de generaciones y aun de razas. Frente a la puritana raza inglesa, acercándose inevitablemente a un modelo de «standardización» en sus vestidos, el caso de Gandhi, que practica un desnudismo parcial, señala la oposición de la raza india, en un paso de re-

gresión o acaso de avance. En los ensayos que los jóvenes emprendieron por sí en Alemania a raíz de la gran guerra, cuando los niños y muchachos tomaron a su cargo la dirección de las escuelas y formularon sus planes de trabajo, el desnudismo se impuso en las colonias campesinas. Una vez más se convenció el hombre de que lo que excita el deseo es la prohibición. La Humanidad, libre para pensar, para ver, para sentir, se busca un nuevo misterio que desentrañar, un nuevo «tabú» que arrollar en su avance. El «pudor» es una falsa creación de la Humanidad.

Con evidente justicia nos dice el jugoso escritor que se oculta bajo el pseudónimo de LAURA BRUNET en su obra: «Desnudismo integral», que «quizá si el mundo no estuviera tan convencido de que con un buen traje muy casto y pudoroso basta para ser honesto, no sería tan profundamente inmoral».

Quien haya leído a Carlyle en su «Sartor Resartus», un precioso ensayo sobre la psicología del vestido, comprendería hasta qué punto la Humanidad siente un verdadero fetichismo por los trajes que ostenta, vinculando a ellos el distinguir unas clases sociales de otras, y el diferenciar a la mujer que parece honrada de la que no lo es. El culto de las apariencias se extiende hasta el infinito en una serie lamentable de reproducciones. Una de ellas es ésta del vestido, sin darse cuenta de que la dignidad, la honradez, la pureza, están en las personas y no en los vestidos, que, sin duda, tienen razón quienes afirman que «el pueblo que con mayor dignidad sepa llevar el traje de baño, será aquel que más se acerque a la lejana Acrópolis de la más pura civilización...».

Los nuevos tanteos.

«El único modo con que podemos pagar la deuda que debemos a los que nos precedieron, es legar una buena herencia a los que vendrán después de nosotros».

HAYCRAFT.

Los jóvenes, en nuestra lucha, nos apoyamos en los resultados bien elocuentes de los hechos acontecidos a la generación adulta. Hallamos, pues, nuestros más eficaces colaboradores en quienes en nombre de la Psicología experimental se dedican a analizar la situación de los matrimonios hasta aquí constituidos para extraer estadísticamente sus defectos y sus posibilidades de renovación. Los problemas de la selección pre-matrimonial obligan, sin embargo, a meditar hondamente. ¿Dónde estarán las causas de las desiguales uniones que, convirtiéndose siempre en tragedias, son la pesadilla de la Humanidad inquieta?

Muchos institutos y centros de investigación han sido creados hasta aquí. Entre las clases más educadas, se han hecho circular varios cuestionarios que solicitan datos de índole íntima y privada; pero esos cuestionarios afectan caracteres que sólo pueden contestarse para hacerlo debidamente con un conocimiento totalmente científico, fundado en anular la ignorancia, y logrando desde un criterio de esta naturaleza. Catalina Davis, bajo los auspicios de la Fundación Roc-

kefeller, según ella, destaca en uno de los tomos de una Colección «Un estudio sobre la vida sexual de las casadas normales, 1923», ha podido reunir algunos datos sobre este estado marital y premarital de la mujer, pero hay algunas dudas sobre gran parte de su exactitud. Sin embargo, aunque es más interesante una declaración espontánea que una contestación meditada a un cuestionario, estos trabajos tienen valor para ayudarnos a extraer consecuencias que nos auxilian en nuestra labor.

Asimismo G. V. Hamilton y Macgowan, en «Cosas del Matrimonio y del amor, y Matrimonio y Dinero», muy buenos artículos sobre estos sugestivos temas, hablan de las relaciones matrimoniales de—200—personas. La investigación contiene, desde luego, muchos datos interesantes, pero en ellos se trata siempre de la tesis freudiana. Este punto de vista vicia un poco los resultados magníficos de la labor de los investigadores. Los freudianos son muy amigos del fatalismo, de que ya hemos hablado, puesto que afirman que la torpe conducta del padre y de la madre para con el hijo en la infancia reemplaza a la voluntad divina, en cuanto a su poderío inmutable; y en este punto son verdaderamente moralistas de la conducta individual y coercitiva. Es indispensable reconocer, asimismo, el influjo ambientista general, que no se limita a la fijación parental en el sistema de moral de la conducta de Watson; pero el lazo que une ambas escuelas es la importancia atribuida a las experiencias de la infancia y la niñez.

La acción y resultados de esos nuevos tanteos nos hacen, sin embargo, meditar hondamente. ¿Por qué el hombre de iniciativa e ingenio ha de ser presa de una mujer apática, que no sólo no

le ayuda, sino que paraliza sus actividades como no esté dotado de un temple extraordinario y una fuerza no común de voluntad? ¿Por qué una mujer de gran valor ha de casarse frecuentemente con un hombre inútil, que unas veces se queja, otras se burla de la capacidad acreditada de su esposa, indiscutiblemente superior...?

Esas son dos de las más importantes cuestiones que Catalina Davies extrae de su cuestionario, y que preocupan tanto como él mismo, ya que revelan una repetición de hechos, lo cual asegura la indiscutible existencia de un hábito, «tabú» o restricción social. Posiblemente, nos recuerda ello los pensamientos sobre los valores de inferioridad psicopáticos de que todo es debido al principio de la compensación, por el cual, «primero mediante la selección social y luego en el curso de las cosas merced a la selección natural, los inadaptados y desvalidos, originalmente anormales, llegan a ser buscados como adecuados consortes». Nada nos explica ello, sin embargo. Nos deja con la misma tranquilidad. Puesto que estos hechos se repiten, es que ello es una realidad en la sociedad presente. ¿Podrá ser susceptible de transformación? Lo indiscutible en estos hechos es que lo indispensable en nosotros es el pensar en que para evitar esas orientaciones falsas—que si bien se cree que conducen a la compensación causan muchas veces la desesperación de tantos y tantos matrimonios—, debemos orientar a la mujer en el sentido de buscar en el hombre un eficiente director de un futuro, un ser capaz de satisfacerla plenamente en sus muchos y diferentes aspectos sociales, y en el hombre para que encuentre en la mujer una que no sólo le satisfaga corporalmente, sino en su inteligencia y en su carácter.

Si uno y otro no lo encuentran en su totalidad, habrán de buscar, si ello les place, esa armonía en seres diferentes. La sanidad y la inteligencia, que son indispensables, deberán coexistir en aquella que se elija para madre de los hijos futuros. Esa podrá ser la única restricción que la Eugenesia impondrá a la moderna mujer y al hombre actual como norma, que habrán de acastrar como único «tabú» subsistente.

Porque hasta aquí, hombres y mujeres se han casado por las razones más inconfesables y en ocasiones más alejadas de la moral que ellos mismos nos predicen. No es extraño el caso de algunos grandes hombres, destacados en la política o en la literatura, que tienen por compañeras mujeres extraídas del gran lodazal de la vida y que, a pesar de su matrimonio, prosiguen la ruta emprendida. Extrañada con frecuencia de que tales hombres hubieran ido a caer tan al fondo de la sociedad, hube de hallar la consecuencia, en muchísimas ocasiones totalmente comprobada, de que el «hacer su querida» a aquella mujer que atraía sus sentidos habría de costarles un capital grande, mientras el «hacerla su esposa» no representaba más que un pequeño desembolso mensual. He ahí la concepción que del matrimonio tienen muchos de los que hoy se horrorizan de vernos a nosotras pretendiendo acabar con esos prejuicios y afirmando que todo es preferible a rebajar la condición social de la compañera y de la madre.

El caso del hombre que necesita una «buena patrona» para regentar su hogar, el de la «mujer que busca quien le mantenga», el del hombre que se «casa por reparar la falta» y el de la mujer que «quiere estar como una reina» en su

Hildegarde

casa. ¡Cuántos y cuántos móviles inconfesables para contraer ese vínculo matrimonial!

En todos los hogares late una tragedia, pero late también una de estas comedias indignas de la alta función que achacan al matrimonio sus defensores. Y porque pretendemos acabar con esa Farsa, porque pretendemos imponer la libertad como única norma de conducta, se nos tacha de inmorales. ¡Paradojas de la vida! No se han dado cuenta de que el papel legítimo que a la Humanidad corresponde es alzar su voz contra la opresión. Bien está el divorcio. ¡Cómo no! Pero si ellos son los más interesados en que no exista, que no hagan necesaria esa institución paliativo con sus injusticias y sus inmoralidades.

El choque de dos generaciones.

«Las generaciones futuras recordarán con horror este período en que la función más importante y más trascendental por sus consecuencias de cuantas han sido confiadas al hombre, yacen entregadas al capricho y a la lujuria individual».

WESTERMACK.

Dos generaciones estamos frente a frente. La generación adulta, la generación juvenil. La frontera de las viejas instituciones que ellos admiten y nosotros atacamos, nos separa. Sin embargo, hay hombres de esa generación que tienen un sentido comprensivo para nuestra aspiraciones, que sienten el estímulo de dejarnos exponer nuestras ideas y aun de ayudarnos por el camino que hemos emprendido. Los ejemplos del juez Ben Lindsey, en Denver (Estados Unidos), del doctor Marañón entre nosotros, que tanto han hecho y hacen en sus esfuerzos por comprender las aspiraciones de la juventud, merecen ser imitados. No se puede adoptar frente a los jóvenes el criterio despectivo sintetizado en esa frase: «¡Cosas de chicos!». No. El niño y el joven discurren con una lógica y una claridad que en muchas ocasiones no llegan a adquirir los más formidables dialécticos. La lógica juvenil, aplastante en sus irrefutables afirmaciones, componiendo silogismos, entimemas y epíqueremas con la más absoluta sencillez frente al casuismo de sus detractores, merece un generoso apoyo.

Los jóvenes pensamos ante todo con claridad y sin complicaciones.

El matrimonio causa desastres. ¿Por qué razón? Por las equivocaciones. Luego es necesario el divorcio. ¿Por el aburrimiento inevitable ante la perpetuidad del vínculo? Luego es necesario sustituirlo.

El hombre no puede mantener una numerosa prole. ¿Por qué causas? Porque aun distribuída equitativamente la riqueza, la tierra no produce lo bastante. Luego es necesario restringir la natalidad.

Al establecer este postulado, ¿cómo lo hemos de hacer? ¿Con la continencia perjudicial para el psiquismo humano? ¿Con el aborto, medida extrema, dolorosa y cruel? Será necesario el empleo de la profilaxia anticoncepcional.

Y así establece sus premisas y deduce sus consecuencias. La generación adulta reconoce casi siempre los hechos. En ella están los grandes detractores del matrimonio que en su casa temen el «influo contundente» de la mujer, los ansiosos del «divorcio» que miran con terror la disposición que faculta a la mujer casi exclusivamente para solicitarlo y que prevén una unión perpetua e indisoluble ante la terquedad femenina que lo imponga como castigo sin igual; en ella, los padres de una prole numerosa que, abrumados por las inquietudes económicas del día, piensan con terror en la que el mañana les traerá; en ella los criminales que asesinan por «celos» por «reivindicar su honor», el de los suicidas ante la tragedia de los «hijos que piden pan». En ella están, pues, todos los que sufren los resultados del mantenimiento de tan vetustas instituciones. Sin embargo, la voz de la generación adulta no se ha oído hasta aquí más que

para proponer paliativos que van desde el divorcio a la continencia o castidad y que resultan casi siempre tan inútiles o más que los que se trata de evitar.

La síntesis de esta postura de la generación adulta está en la conocida entre los psicólogos y tratadistas del sexo como «tesis victoriana». Hace algún tiempo, durante el período de la reina Victoria, prodújose en Inglaterra una reacción de esa clase. Buen número de elementos religiosos pusieron al frente de este movimiento y desvirtuaron, como siempre, lo que podía haber sido primer chispazo de la gran actitud rebelde que empezaba a conquistar al mundo. La Iglesia, decían entonces, y parece que ello es tópico, pues yo se lo he oído repetir a uno de nuestros más insignes cavernícolas, el señor Gómez Rojí, tiene soluciones para todos los problemas; hasta para los de la Eugenesia, que se dicen tan nuevos y son los más vetustos. Naturalmente, como que la Iglesia tiene una panacea universal de la que puede extraer pruebas para afirmar una cosa y pruebas para afirmar lo contrario. Esa panacea maravillosa es la Biblia. Este libro, en algunos instantes colección de frases y narraciones pornográficas, que nos relata casos tan ejemplares como el de Abraham, cuando pactó con Sara el aparecer como su hermano al entrar en un pueblo enemigo, con el fin de que pudieran gozar de ella quienes lo solicitassen, evitándose él enojosas reclamaciones y acaso la pérdida de la vida si por salir en busca de su honor ultrajado se atrevía a desafiar la cólera de sus enemigos, o que pretende mantener la virginidad de María, cuando habla en repetidas ocasiones de la madre y de los hermanos de Jesús, que ya no sabemos si eran también

obra del Espíritu Santo, o del desgraciado San José que, según parece, no tenía una extraordinaria habilidad para ser rodeado de numerosa prole, y sin duda adelantándose a las concepciones revolucionarias de hoy, aceptaba como bueno cuanto de su esposa venía, tiene también—cómo no habría de tenerlo—solución para todo, ¡hasta para la Eugenesia!

Y claro es que cuando surge un movimiento de rebeldía ellos se erigen en sus defensores y orientadores. Entonces, la tesis victoriana. Hoy la famosa Encíclica *Casti connubii* que, proponiendo el «salario familiar» y la caridad y castidad de los ricos y los de mediano pasar en beneficio de sus hermanos dotados de una prole numerosa, cree haber hallado soluciones que, de ser aceptadas por los Poderes públicos, resolvieran sin ulterior discusión tan candentes conflictos. Cuando esa generación adulta tiene un movimiento generoso, la Iglesia sale por delante. Esa es una de las capitales diferencias que de ellos nos separan. Los que nos hemos liberado ya de la presión eclesiástica, sabemos que nuestro criterio no se tuerce por influjos extraños, pero que nada hay más lamentable como ver a los verdaderos esclavos, que ellos son en definitiva las víctimas, aflojar un eslabón más el duro grillo de sus cadenas y proseguir unidos a la gran boya de la superstición.

La tesis victoriana.

«La moral es el conocimiento de lo que necesariamente deben hacer o evitar unos seres inteligentes y razonables que quieren conservarse felices y vivir en sociedad».

HOLBACH.

Afirma esta tesis una posición intermedia entre las modernas concepciones revolucionarias y los pasados conceptos. Sin embargo, ello no representa, después del criterio que ya hemos mantenido, otra cosa que una adaptación a las modernas circunstancias, pero conservando los moldes tradicionales, algo así como la república conservadora, que por lo mismo que lo conserva todo, deja ya de ser república en el sentido renovador y libertario de este término. La actitud que hasta aquí ha mantenido la Iglesia, afirmando que el sexo es pecaminoso; que persuadió a tantas generaciones de que el matrimonio era un mal necesario que rebajaba sexualmente y que consagraba locamente hombres y mujeres al ascetismo y a sus subsiguientes perversiones patológicas, el contraste constante que con frecuencia los clérigos acostumbraban a expresar de que el hombre no es en ningún momento un animal y sí podía llegar a ser un dios, han hecho surgir un renacimiento pagano, limpio y animoso repudio de la mezquina moral cristiana, aceptando vigorosamente la nueva moral. Este renacimiento, el dominio sagrado del sexo y del amor sobre el matrimonio y la moral.

Por ello la tesis victoriana no es más que una adaptación de la escuela religiosa a la situación presente, con lo que si muchos de sus postulados son aceptables, muchos de ellos resultan ya fracasados ante la necesidad suprema e ineludible de transformación. Mac Dougall, el último superviviente de esa época victoriana, en su libro «El carácter y la conducta en la vida», expone algunos de los puntos de vista que, por lo interesantes y típicos como aceptables, no dudamos en exponer aquí, porque tal vez ellos tengan más aplicación en España, donde acaso el cambio sea demasiado brusco. Hay que tener en cuenta que hemos elegido los más en consonancia con nuestra tesis para que no desentonaran del conjunto de nuestra obra y de nuestra opinión.

.....

Sus postulados.

Primero. «Una muchacha debería estar segura de su aptitud física y mental para el matrimonio antes de comprometerse formalmente, y si comprobase que en este respecto estaba equivocada, debería romper inmediatamente el compromiso.» Esto se evita fácilmente suprimiendo el matrimonio y convirtiendo en pasajera la unión para aquellos cónyuges que sepan que si puede ser útil para sus hijos no es lo suficiente para asegurarles una convivencia pacífica.

Segundo. «Si una señorita encuentra razón para dudar de su aptitud o de la de su futuro para el matrimonio o sospecha incompatibilidad de carácter o ideas, recapacite en que la vida de la solterona es muy de preferir a la de la malcasada, y que no le hace ningún bien a su novio

casándose con él, a menos de estar llamada a ser un éxito esa boda.»

En esta tesis victoriana, queda aún el remanente de estar hecha por y para los hombres y casi en ningún momento en beneficio de la mujer. A ella se le condena a la vida de solterona. A él se le deja en libertad de gozar de la vida y de todos sus placeres, puesto que las consecuencias no son para él inmediatas ni trascendentes. Si suprimimos ese matrimonio, estos conflictos habrán de evitarse. La unión libre e independiente por el tiempo que se estipule y con las condiciones que cada uno delibere, es mucho más racional y se adapta a todos los temperamentos que no tienen forzosamente la obligación de congeniar. Cuando aun los padres e hijos riñen y se disgustan y si mantienen entre sí las buenas relaciones es por los vínculos de sangre aquí donde éstos no existen, es absurdo pensar en esa mutua conformidad de temperamentos; cuando el amor no logra disipar y disminuir asperezas, es preferible que el vínculo se rompa a que se continúe indefinidamente para desgracia de los dos, o que se condene a la mujer a abstenerse de contraerlo, tan sólo porque puede causar la infelicidad del marido, sin darse cuenta los que así hablan egoístamente, de que labran a su vez su desgracia propia.

Tercero. «Generalmente se piensa que una joven que estuvo comprometida y cuya boda se deshizo ha perdido algo de su valor en el mercado matrimonial, que viene a quedar reducida a la categoría de un artículo de segunda mano o de una mercancía averiada. A los jóvenes toca durante los preliminares del período de noviazgo el comprobar si efectivamente se ha producido esa avería.» Lo que no les toca precisamente a

los jóvenes es eso. El día en que la mujer sea juzgada tan perfecta compañera del hombre y tan apetecible aunque haya tenido relaciones sexuales o simplemente morales con otro, terminando con ese sentido exclusivista y absurdo de la actual sociedad, habrá terminado ese falso criterio muy actual. El que al hombre se le permita perder su virginidad en el prostíbulo, o con queridas y «cocottes» de alto vuelo, quedando tan apetecible para la mujer si la solicita en matrimonio y aún más que el que no ha tenido el menor contacto sexual, y a la mujer, por el contrario, se le obligue a guardar esa virginidad si está en contra de su voluntad, es una de tantas injusticias como la sociedad regulada por los hombres ha cometido, pretendiendo asegurarse bajo el pretexto de la moral la primera, única y exclusiva posesión de una mujer, en tanto que a ella no se le conceden sobre este aspecto garantía de que es la primera dueña del con quien se une.

Cuarto. «No admito que se hable de control de natalidad hasta el nacimiento del primer hijo. Pero a partir de ese instante hay que afrontar la cuestión.» Cuando hay que afrontarla es antes. Porque si hay seres que fisiológicamente son incapaces de dar al mundo hijos sanos, la culpa será de ellos si se unen indebidamente sabiendo que faltan a una de las cláusulas indispensables de la ley natural para procrear, debiendo aceptar los principios del control de la natalidad desde mucho antes. Y si hay seres que no tienen la suficiente capacidad económica para tener un solo hijo, más que cohibirles a ellos hay que luchar despiadadamente contra la sociedad, que no les tolera, en su injusticia, este legítimo derecho a su sanidad y a su carácter, porque tener

más de un hijo no teniendo medios para subvenir a sus necesidades es un crimen ; pero no poder tener ni uno estando sanos y conscientes, porque el jornal que se obtiene es muy exiguo, es asimismo muy doloroso. Si hoy, como ya llevamos camino de ello, aseguramos a todos los seres la capacidad de formar un hogar para tener un solo hijo como *mínimum* y casi siempre como *máximo*, estos casos no se darán. Pero por ello el control de la natalidad debe admitirse antes del primer hijo, siempre que la naturaleza misma indique con sus lacras la imposibilidad física y moral en que se encuentran los padres de traer al mundo nuevos seres que habrán de venir ya tarados e imposibilitados de subsistir con todas las energías indispensables para la lucha vital.

Tales son algunos de los puntos que expone Mac Dougall en defensa de la tesis victoriana. Demasiado reducida, ella no puede ser ya lo suficiente para nosotros. Si algunos de vosotros, lectores y compañeros, habéis leído con interés mis obras anteriores, estos postulados os parecerán ya muy poco, porque si pudieron ser un día lo suficientemente libres y aun rebeldes, hoy nos revelan como principio importante el que están hechos por hombres que no habían llegado a comprender las justas reivindicaciones sexuales de la mujer, y que si pretenden afirmar su rebeldía en evidenciar los defectos del matrimonio y la capacidad de abstenerse de él, mejor harían en reconocer su fracaso y la necesidad de llegar a esa abstención pero no para proseguir una vida de abstinencia de tan funestos resultados en los elementos religiosos que la practican, sino para destruir esa institución y sustituirla por otra más libre y más acomodada al

espíritu moderno, que por lo mismo que afirma el libre albedrío del hombre, sabe también enseñarle a hacer uso de esa libertad. Los dos sexos, cuya igualdad solicitan las feministas ante la ley, ante la opinión, deben ser iguales ante su conducta sexual, sin más limitación que la que su conciencia les imponga. Las leyes y estos problemas estudiados ya por hombres como por nosotras las mujeres, deben ser motivo para que todos nos concedamos mutuamente esa libertad que hasta aquí ha monopolizado un sexo, a condición de que nosotros sepamos usar de ella sin perjudicarnos física y moralmente para la finalidad suprema de la procreación, que es la única que, aunque no lo estimen así los religiosos, nos acerca a la divinidad, que no en balde, como dice el doctor Augusto Forel: «En todo hombre, como en todos los seres vivientes, el fin inmanente de toda función sexual, y por consiguiente el del amor, es una reproducción de la especie.»

¿MONOGAMIA O POLIGAMIA?

¿Monogamia o poligamia?

«El defecto de ser enterizo provoca el adulterio, mientras que para los medios seres no hay tamaño desamor y no dejan de contar los unos con los otros al engañarse, pues sólo tratan de completarse para evitar el cansancio del corazón, que no descansa más que cuando se encuentra con dos seres complementarios y distintos en apartes de lejanía, sin que coincidan nunca los malos humorés de las dos mujeres o de los hombres elegidos».

RAMON GOMEZ DE LA SERNA.

A mi modo de ver, el problema candente que la juventud tiene planteado es el siguiente: ¿Puede optar por la monogamia tradicional, por el único amor, el único matrimonio, o le será factible adoptar la fórmula poligámica (multiplicidad en el amor, diversa polarización del ser humano)?

En otro lugar de este libro estudiamos el matrimonio como institución de vínculo único e indisoluble y no podemos por menos de reconocer que es prueba evidente de retraso. Esto, por lo que a nosotros se refiere. Además, si analizamos los pueblos primitivos, hasta los mismos animales, vemos que aquéllos de espíritu progresivo son poligámicos, y que la monogamia es un resto de salvajismo. Todo ello, sin prejuzgar nada en favor ni en contra, sino limitándonos a la simple observación de los hechos.

¿Cómo ha reaccionado el hombre frente a la

monogamia? Impuesta ésta por imperativo de la ética, el hombre ha hecho todos los esfuerzos imaginables por zafarse de ella. Primero dedica sus endechas a una dama de sus pensamientos, le dirige sus versos, le dedica sus libros, le inspira sus más atrevidas melodías. La mujer propia queda en el hogar. La mujer inspiradora está fuera de él, aunque sus relaciones no pasen jamás de la pura concepción de la amistad. ¿Se mantiene esta situación mucho tiempo? Imposible. El hombre aparece inquieto, su espíritu se revuelve en la estrecha cárcel que le aprisiona. Son los momentos terribles en que la Iglesia monopoliza la moral y el régimen político y económico. Pero la Iglesia se da cuenta de las necesidades de sus fieles. Y como puede verse en mi otro libro: «El problema sexual tratado por una mujer española», en vez de ayudar a la disolución del vínculo y a las más perfectas relaciones entre hombres y mujeres, crea la prostitución, desahogo inmoral, no por lo que tiene de impuro e incorrecto, sino porque hace del acto sexual y amoroso una profesión cuando debe obedecer tan solo a estímulos psíquicos de la voluntad.

¿Le basta al hombre? Tampoco. Con frecuencia el amor mercenario no le satisface. Su pasión no abate el vuelo y por el contrario lo eleva. Y atalaya entonces las altas torres en que se encierra la castidad de algunas casadas de belleza resplandeciente. Las torres no resisten los disparos de las flechas de su observador. Y se derrumban, unas antes, otras después. Las aventuras extraconyugales son corrientes en la época que sucede a la Edad Media. Venecia con sus canales y góndolas poetiza estos amores que se repiten en las ciudades meridionales cálidas y bellas, tanto como en las septentrionales hundidas entre brumas

y nostalgias. Llega después la etapa en que las Cortes consagraron ese amor prohibido, y vienen las reinas de la mano izquierda. El hombre es, pues, el que aparece como poligámico y nos dice que en él es la poligamia una necesidad invencible. Pero lo cierto es que las mujeres escuchan las frases de sus galanteadores, conceden favores, y en ocasiones, se entregan con la máxima habilidad que les es posible. Un tímido recato ha mantenido hasta aquí semiocultas estas relaciones extramatrimoniales. Pero el hombre cada vez aspira a más. Y descubre un medio infalible. Luchar porque la institución matrimonial no sea indisoluble. Este ataque a fondo al matrimonio, que no sé cómo se les ocurrió a nuestros antepasados de seis generaciones para arriba, cumple, en efecto, los propósitos deseados. El matrimonio puede repetirse. No se necesita del adulterio como no sea para provocar la inmediata demanda judicial. El hombre va logrando ya lo que desea. Y sin embargo... ;Qué, me diréis? ;Todavía pedís más? Sois insaciables. Sí; pedimos más. Nos parece que mantener una institución como la matrimonial, privada de su especial distintivo, la indisolubilidad, no tiene ya razón alguna que legitime su existencia. El matrimonio censurable y todo, vale mientras se mantiene con todas sus ventajas y todos sus defectos. Cuando cede a las tendencias renovadoras, ya no es tal matrimonio, y más que mantener una institución mixta en la que no se conserven los influjos tradicionales ni se hagan más que condescendencias frente a la actitud renovadora, vale hacerla desaparecer, tal como tantas otras diferentes en su esencia como han venido usufructuando su puesto en el código de costumbres de la Humanidad.

El matrimonio, torre inclinada.

«Los hombres llaman leyes a las disposiciones mediante las cuales, en cierto momento, intentan ejercer su violencia sobre los otros; el permiso que a sí mismos se otorgan para cometer esta violencia y las prescripciones a los oprimidos para que no hagan lo que les está prohibido».

TOLSTOI.

El matrimonio es en la actualidad una torre inclinada. No le falta más que un nuevo empujón, y éste se lo estamos dando los jóvenes con nuestra lógica, tantas veces calificada de «terrible» al mostrar a las claras sus defectos frente a la tornadiza y voluble Humanidad. El matrimonio monogámico hoy no existe de hecho. Quien se divorcia y vuelve a casarse establece, pues, una poligamia con otros seres—adulterio que suele ser extremadamente frecuente—mucho más de lo que generalmente parece establece una poligamia consecutiva con la monogamia preexistente. La poligamia ofrece hoy ilimitados horizontes, pero no mantenida, observada y practicada como antaño, sino obedeciendo a los estímulos de la conciencia individual. Creo que no debe haber una ley que pueda regular, con apariencias de éxito, lo que más conviene para el beneficio de la especie. Creo que no hay quien pueda determinar con exactitud si vale más la monogamia o la poligamia, o si, por el contrario, es preferible la castidad. Lo único que po-

demos afirmar es que para las reacciones sexuales de tipo fisiológico tanto perjudica la privación como el exceso, y que sólo la capacidad individual, los anhelos espirituales, pueden regular la posibilidad de estas relaciones múltiples. La multiplicidad del sentimiento de amor ha creado hasta aquí infinitos dramas y conflictos de tipo moral. Hacia los últimos años del siglo XIX, los psicólogos empezaron a preocuparse y a estudiar como su tema predilecto este de la multiplicidad del sentimiento del amor.

El enigma de la esfinge.

«En amor, la facilidad y la dificultad son igualmente perjudiciales. La primera nos desalienta; la segunda nos irrita».

PANECIO.

El «enigma» del amor por dos, tres o más seres, empezó a preocuparles. A. Herzen, un gran pensador ruso, intentó encontrar una solución a esta complejidad del alma humana, y desdoblamiento de sus sentimientos en su novela titulada: «¿De quién es la culpa?». Más tarde persiguió Chernychevsky en otra novela social «¿Qué hacer?». Y así, este desdoblamiento y multiplicidad ha preocupado a varios de los mejores escritores de Escandinavia (como Hanien, Ibsen, Hei Heierstans y Bernsen), que lo ha tratado en una interesantísima y sutil novela, «Hilde, la mal avenida». De Ibsen citamos en otro lugar un pasaje de su obra: «Nora, o la casa de muñecas», donde se ve la concepción que a él le merecía este problema estudiando a la mujer no tan sólo como madre, sino como potencial en sí. Y así vemos cómo los literatos franceses se ocupan también de este tema. Y Romain Rolland y Maeterlink tratan de hallar solución al problema. Jorge Sand, mujer inquieta, relevante personalidad, primera exploradora en estos desconocidos mundos; Byron, hasta Goethe. Todos se preocupan por descifrar el término «enigma del amor». Herzen mismo se ha dado cuenta, como casi todos los que han tratado este tema

a la luz de su propia experiencia. El enigma de la dualidad de sentimientos de amor ha hecho preocuparse a muchos hombres como simples pensadores, sociólogos, moralistas han procurado hallar a estos inquietantes problemas una inmediata solución.

Se trata, como vemos, del enigma de la Esfinge. Seguramente los jóvenes todos conoceréis aquella pregunta de tan fatales consecuencias, que hacía la Esfinge a cuantos caminantes pasaban ante ella: «¿Cuál es el animal que anda a cuatro pies cuando se levanta, en dos a mediodía, y en tres al anochecer?» Sólo Edipo, el hombre predestinado fatalmente, supo responder, librándose de ser devorado por esa Esfinge. «Ese animal—dijo—es el hombre, que al nacer anda a gatas, en su madurez en dos pies y cuando declina su vida necesita del bastón, que es para él un tercer pie o punto de apoyo.»

Pues bien, estamos ante otro enigma de la Esfinge: en el que todos han intentado profundizar, buscándole el medio de descifrarlo, pero han caído convertidos en sus víctimas. Sin embargo, el enigma es facilísimo. No consiste en preocuparnos por los móviles de tal conducta. Los hechos son como son, y no vale el intentar reformarlos ni justificarlos siquiera. Aunque los hombres han tenido siempre la perversa costumbre que tanto tiempo les ha hecho perder, que es la de admitir los hechos e intentar después justificarlos en lo que emplean la inteligencia de sus filósofos, la rectitud de sus moralistas, las más inquietas y atormentadas preocupaciones de sus pensadores. Al cabo de un largo lapso de tiempo, los hechos que durante él se han venido sucediendo inmutables, tienen ya su justificación, sus causas, las leyes fatales a que obe-

decen, y es precisamente en el momento mismo en que aquellos hechos dejan de ser una realidad para dejar paso a otros nuevos totalmente diferentes. La Humanidad ha perdido su tiempo y su esfuerzo. Ha creído desarrollar una actividad digna de todo elogio, pretendiendo actuar por encima de los principios tradicionales del Destino que han regulado y determinado previamente lo que habría de suceder intentando asimilarlo mediante la investigación de sus causas. Y ahora no es justo que vayamos a perder el tiempo justificando esta multiplicidad en el amor, a no ser que deseemos incurrir en los mismos defectos y agotar nuestras energías en los mismos estériles esfuerzos.

La moral proletaria.

«En una sociedad socialista, el encadenamiento legal del marido y de la mujer es inútil».

KAUTSKY.

La solución de este problema pertenece a la ideología y al nuevo género de vida de la Humanidad trabajadora. Aceptamos que existe una multiplicidad en el amor, y, por consiguiente, presuponemos que lo mejor para resolver esta terrible cuestión es reconocerlo y poner de nuestra parte todas las fuerzas para que se convierta en una realidad perfectamente legitimada. Los demás conflictos surgen cuando ante el amor nos obstinamos en mantener la misma actitud de incomprendión que hace veinte siglos. La mujer, como el hombre, ha aceptado hasta aquí una poligamia más o menos declarada. Reconocerla ahora puede ser una obligación de esta generación. Pero no una simple poligamia sexual, que puede agotar precozmente el organismo y que sólo será aplicable en casos excepcionales en que el instinto sea más poderoso y resistente, sino poligamia espiritual, amor de camaradería, solución de este problema que acabe con él exclusivamente y la absorción del viejo régimen y determine una nueva concepción más comprensiva y elástica como corresponde a nuestros días.

Bástenos indicar que la nueva moral proletaria deberá aparecer orientada de acuerdo con las tres condiciones que expone Alejandra Kollon-

tay en su interesante estudio : «La moral sexual del porvenir».

1.^o Igualdad en las relaciones mutuas (es decir, desaparición de la suficiencia masculina y de la servil sumisión de la individualidad de la mujer al amor).

2.^o Reconocimiento mutuo y recíproco de su derecho, sin pretender ninguno de los seres unidos por relaciones de amor la posesión absoluta del corazón y el alma del ser amado. Desaparición del sentimiento de propiedad fomentado por la civilización burguesa.

3.^o Sensibilidad fraternal ; el arte de asimilarse y comprender el trabajo psíquico que se realiza en el alma del amado. (La civilización burguesa sólo exigía que la mujer poseyese en el amor esta sensibilidad.)

No debe extrañar que a la moral burguesa oponga yo aquí la moral proletaria. No se trata tan sólo de un convencimiento personal, al que yo no podría tener derecho a mezclar a la nueva generación si no creyera que ella comparte mis opiniones. Yo estimo que los jóvenes nos hemos dado cuenta de que el régimen político y económico hasta aquí mantenido está en franca quiebra y es totalmente insuficiente para las nuevas y mayores necesidades de la Humanidad. Como este régimen ha sido el del privilegio de una clase social a la que Marx designó con el nombre de «burguesía» y el cuarto estado es el que representa el proletariado, única clase que aún no ha alcanzado el Poder ni monopolizado el mundo, no es extraño que a la moral burguesa oponga yo aquí la moral proletaria, y no tan sólo porque crea que ésta es exclusivamente para los hasta aquí juzgados como trabajadores o los que viven de su jornal en una obra o en el campo, sino

porque creo que todos nos sentimos trabajadores y no precisamente por vivir en una república que ostenta este nombre, siquiera debiera ostentar el contrario de holgazanes y vagos, ya que es la única donde un día y otro se ven tertulias en calles y terrazas, donde no se hace nada, ni siquiera «se piensa», sino porque todos nos sentimos un tanto proletarios en nuestras costumbres, en nuestra mira, hasta en nuestras necesidades, porque no creo que haya nadie de la nueva generación que tenga estas ideas hoy tachadas de revolucionarias, que no sea un ser dispuesto a rendir un beneficio inmediato a la Humanidad con su esfuerzo diario y que no pueda merecer y ostentar con orgullo el título del trabajador, al que, precisamente por preciarlo más en alto, por creer que sólo debe ser otorgado a quien reúna para ello las debidas condiciones nos parece mal que se haya concedido sin mayor justificación a los ciudadanos de un Estado por el hecho de estar nacionalizados en él, sin haberlo acompañado de una verdadera ley de vagos que hubiera hecho que a todos los individuos improductivos—rentistas, vampiros del Presupuesto, etc.—se les privara de todos sus derechos civiles y políticos y quedaran eliminados como tales ciudadanos del Estado constituido en República de trabajadores «de todo orden». Yo creo, pues, que todos nos sentimos proletarios en el sentido más amplio y generoso del término. Y que ninguno de nosotros nos opondremos por escrupulos de clase a denominar esta moral nueva tal como la inteligente embajadora rusa Alejandra Kollontay, como una moral proletaria. Moral proletaria es, porque es la moral del cuarto estado, de la clase que aún no ha entrado en liza. Y nosotros, jóvenes que

aún no hemos actuado en política, ni en religión, ni en las actividades sociales, conservamos nuestra virginidad y somos como esa clase de proletarios, aceptando, por consiguiente, su moral y sus costumbres, frente a los privilegios tradicionales a quienes de hecho denominamos aquí como moral de la burguesía.

En el dilema planteado entre monogamia y poligamia, nosotros nos decidimos por la última. Pero siempre y cuando pueda llegar desde los linderos del «amor camaradería», corte de amistades a las varias relaciones sexuales de acuerdo con el temperamento personal. Y para ello creamos que de toda ley o código debe borrarse cuanto atañe a la afirmación del régimen monogámico y matrimonial. Al Estado no debe interesarle las relaciones sexuales de los cónyuges, como no le interesan las amistades. Sólo le interesan los futuros ciudadanos y de ellos se encargará y a regularizar su situación dirigirá todos sus esfuerzos. Pero no olvidando que las relaciones íntimas de hombre y mujer no pueden ser objeto de reglamentación favorable o adversa, ni de especificación más o menos concreta. Es el único medio de resolver en justicia sin atacar ni ofender, manteniendo una situación a la defensiva y justificando todas las actitudes posibles. En definitiva, hemos de pensar con «LAURA BRUNET»: «La ciencia jurídica podrá prevenir y regular muchos desvíos de la sociedad, pero nunca, nunca, le será dable curar con sanciones penales aquello que debe ser función exclusiva del médico y del hombre público».

Necesidad del matrimonio primitivo.

«¿Qué le importa al Estado lo que hagan dos súbditos conscientes en la esfera íntima de sus sentimientos?»

JIMÉNEZ DE ASÚA.

Hoy, cuando para sentar los cimientos de esa revolución en el criterio sexual tenemos que atacar los cimientos sobre los que se han fundado hasta aquí la sociedad actual, habremos de continuar en nuestra crítica contra el matrimonio. Pero no tan sólo en sus orígenes, que ello sería injusto, sino en su adaptación a las necesidades presentes. El matrimonio no nació cuando la religión cristiana, ni fué ella quien lo instituyó, ni siquiera tiene para éste carácter de Sacramento, puesto que cualquier versado en la ciencia teológica sabe que «no hay ningún pasaje en la Biblia ni en ningún otro texto documental aceptado por la Iglesia como fuente directa, donde se hable taxativamente de que Jesucristo lo instituyó, sino que, por el contrario, existía como una necesidad social desde tiempos remotos». No en balde nos habla Forbes Roberston de que el «matrimonio primitivo lo impusieron, no sólo la inclinación natural, sino también una inexorable necesidad de población». Una familia, tribu o comunidad de exploradores necesitaba hijos como obreros e hijos para defenderse contra la Naturaleza y el salvaje. Un chico, hacía su parte en la tarea necesaria; el hijo, la suya en la caza o en la guerra. Incluso hoy, el trabajo de un niño en una gran-

ja puede compensar su manutención ; pero NorTEAMÉRICA no es ya una nación de colonos. En la ciudad, el niño constituye una responsabilidad económica hasta que no está crecido, y, a veces, hasta que no es ya un hombrecito, el tipo de vida es más elevado en un hogar sin hijos. Si se necesita trabajo barato, todavía lo facilita Europa con sus inmigrantes. Tampoco se necesitan hoy ya niños para la defensa. No queda ya ningún enemigo salvaje, ni fieras ni hombres ; el militarismo está extinguiéndose. El norteamericano, defendido por su frontera oceánica y el poder de sus recursos naturales, ni pide ni aceptaría un gran ejército permanente. De suerte que los chicos sólo son hoy una necesidad en el amplio sentido de la supervivencia de la raza, no en el inmediato de la necesidad individual. De esta suerte, añade : «En nuestra población indígena, encontramos establecida la familia poco numerosa, y la crianza de los hijos es más bien un procedimiento o un episodio en la historia de la mujer moderna que una ocupación que absorba toda su vida.»

Sentido actual.—Estos hechos innegables prueban que el matrimonio pudo surgir un día como una necesidad, en el sentido de la procreación, pero que, frente a ello, hoy se ofrece el dilema de que esta procreación extremada sólo sería causa de degeneración y de miseria. La Humanidad, que sigue en todo un fin utilitario y egoísta, supo tener hijos en abundancia cuando los requería, y no sabe limitarlos cuando no necesita ya de su concurso material. Nosotros tenemos que continuar obedeciendo a la inevitable ley histórica, y por verdadera conveniencia social de esos hijos, limitar y espaciar sus nacimientos. De lo contrario, nosotros nos

veremos aplastados ante la fuerza indisoluble de esas leyes de la Naturaleza que abruman con su pesantez, y ellas nos obligarían coactivamente a cumplirlas. Y, por muy fuerte que sea nuestra tradición, la ley biológica, a cuyo conjuro se mueve la Humanidad, nos obliga hoy a una acción decidida en pro de esta limitación. Esa es una de las victorias más recientes de la moderna revolución sexual.

87319
y 4406

El matrimonio como retraso.

«Para conseguir su dicha, debe desear la Humanidad reproducirse de una manera que eleve progresivamente todas las facultades físicas y mentales del hombre, tanto desde el punto de vista de la salud y la fuerza corporal, como de los del sentimiento, la inteligencia, la voluntad, la imaginación creadora, el amor al trabajo, la alegría de vivir y el sentimiento de solidaridad social».

AUGUSTO FOREL.

Veamos tan sólo una prueba documental extraída de la historia de los pueblos primitivos. Por lo que hace a los seres humanos, las tribus más primitivas que se conocen—los bosquimanos, varios pigmeos, los andamanes, etc.—, vienen a ser uniformemente monógamos. Las tribus más avanzadas, con organización clásica o gentilicia, combinan la poligamia y rara vez la poliandria con la monogamia, y, según observan reglas precisas y con frecuencia bastante meditadas, razonadas y justificadas para todo, lo hacen sobre todo particularmente para libre elección de las parejas.

Los animales.—Los animales, los carnívoros, los más salvajes de todos, son monógamos, aunque sus uniones particulares rara vez se prolongan más de una temporada. Los herbívoros, como los caballos salvajes, los asnos o los búfalos, aunque no llegan a la promiscuidad, rehuyen la vida estrictamente familiar. Westermack y Briffault, que han descubierto estos hechos, han hecho dar a la psicología y a la moral un

enorme paso de avance, dado el hecho innegable por lo elemental de que el matrimonio, tomado como institución monogámica, es una de las fórmulas primitivas y prueba del mayor retraso.

Fijémonos también en que el matrimonio es casi siempre insuficiente. Aún en la actualidad, cuando, forzado por las conveniencias sociales, el hombre no podía casarse más que una vez y para siempre, ha buscado fuera de su hogar, en las uniones libres, pasajeras, temporales o permanentes, una satisfacción a su instinto no monógamo, sino polígamico, tendencia que ha solidado seguir la mujer, sino llevándolo a la práctica como en la actualidad ya empieza a hacerlo por lo menos, inspirando amores platónicos y gozando con ellos de satisfacciones que uno simple no le concedía, y no paró el hombre tampoco hasta destruir el carácter de perpetuidad del matrimonio, dándole así el golpe definitivo y estableciendo la posibilidad de que, dentro de la ley más rígida y de la moral más exigente, pudiera hacer compatibles sus legítimas aspiraciones.

Consecuencias. — Recordemos también nosotros en esta era revolucionaria que la institución matrimonial es un atraso y que frente a ella, la poliginia y poliandria, bien delimitada la libre selección de las parejas, atendiendo a móviles físicos o morales, ofrece horizontes insospechados de modernidad y de adelanto. Afirmación que un tiempo hubiera parecido increíble. Comparemos el hecho entre los animales, con idéntico resultado. Tan sólo los más salvajes entre la especie humana, como entre la animal, aceptan el matrimonio monogámico. Nosotros, hombres y mujeres civilizados, no tenemos aquí obligación de igualarnos a ellos, sino, por el contrario, de superarlos.

La pedagogía ante el matrimonio.

«Los cuatro pilares que sostienen el edificio del amor son: 1.º Una correcta elección de cónyuge. 2.º Buena disposición fisiológica de los cónyuges, en general y especialmente entre sí. 3.º Solución correspondiente al problema de la procreación, de acuerdo con los deseos de ambos cónyuges. 4.º Una vida sexual armónica y siempre floreciente».

TH. VAN DE VELDE.

Aunque la pedagogía eugénica, por lo mismo que ha de ser fundamentalmente libertaria, no habrá de tender a inculcar a ninguna muchacha una idea decidida en un criterio o en el contrario, sino que procurará que ella se forme una idea clara y sucinta de los hechos y problemas que se les plantee, si consideramos sin parcialidad estas nuevas actividades de la adolescente, ¿no podría suceder que encontráremos que tiene sus ventajas? Schmalhausen, en su obra «¿Por qué nos conducimos mal?», se ha insinuado que esta libertad juvenil en punto a conducta sexual, está socavando la posición de la prostituta y amenazando con relegarla a una era social que se desvanece. Si esto fuere así, la osadía de la joven moderna con respecto al sexo habría servido más que todas las campañas serias contra un vicio mercantilizado y deberíamos aplaudirla antes que censurárla.

Descubrimiento del sexo.—Además, el descubrimiento que con frecuencia hace la muchacha del sexo, leyendo obras o conversando con más libertad que antaño, ha avivado y hecho más precisa su actitud ante el matrimonio. Aporta

ahora su marido una dote honrada de amor y de pasión, cuando antaño la mujer juzgaba satisfecho su papel con una sumisión pasiva y obligada a los enojosos ritos conyugales. Como dice Schmalhausen: «Pudiera suceder que un más sutil conocimiento de la fisiología, una más fina conciencia sexual de parte de las mujeres, una más brillante utilización de la técnica erótica, una idea más pagana del amor conyugal, todo ello conspirase a producir un nuevo tipo de matrimonio.» Quizá sea ya demasiado tarde, nos dice Blanchard, para producir ningún cambio fundamental en el matrimonio, pero está al alcance de la muchacha moderna, ávida de nuevas sugerencias, con la energía, el valor y el entusiasmo que son patrimonio de la juventud libre de las restricciones que antaño pesaban sobre la mitad femenina de la Humanidad, el dar cumplimiento a esa alentadora profecía.

Actitud pedagógica.—La actitud pedagógica no puede hacer otra cosa que mostrar las ventajas e inconvenientes de la institución matrimonial, aunque, como es lógico, ante el problema imparcial, los últimos sobreponen a las primeras y en este caso, como actualmente en el estudio de las religiones, baste su análisis profundo para acabar con esa fe que inútilmente pretendió, coartando la voluntad y el libre albedrío humano, cohonestar sus propios sentimientos y destruir su criterio. La actitud pedagógica moderna habrá de orientar a la mujer en el sentido de buscar la mayor perfección eugénica dondequiera que la encuentre, dentro y fuera del matrimonio. Esta es la única solución que puede darse pensando con la lógica que proporciona la nueva moral a los apasionantes problemas sexuales.

El matrimonio, prostitución legal.

«El abandono, tanto intelectual como moral, en el cual deja el marido a su mujer, es infinitamente más doloso y punible que el despotismo, la violencia y la brutalidad, contra los cuales se rebela con tanto vigor la opinión pública».

GINA LOMBROSO.

El matrimonio ha sido hasta aquí, en buen número de casos, en los que se adoptaba como la perfecta salvaguardia de la moral, una prostitución tolerada y regida por la ley. El matrimonio ha sido contraído por interés del hombre o de la mujer en el de hallar una buena dote, en el de encontrar una solución a su vida de otro modo inútil en la llamada «carrera del matrimonio». Eran muy extraños los casos en que intervenía el verdadero amor, el afán de buscar la compañera o el amigo ideal para unos cuantos años de convivencia. Siempre, por muy noble que fuera el primer instinto, se torcía éste o se adulteraba por la presión de los intereses extraños que se movían en torno a la pareja que iba a crearse. Si existía desigualdad de posición, había una oposición rancia y ceñuda por parte de las familias; si de lo que se trataba era de reparar un desliz cometido, la mujer entraba en el nuevo hogar por la «puerta falsa»; si se trataba de que el hijo sentara la cabeza, la madre buscaba una muchacha a propósito para que se amoldara a las locuras y devaneos del muchacho, o a las enfermedades por él contraídas.

¡Cuántos y cuántos móviles reprobables, vergonzosos, inconfesables en muchos casos han inspirado hasta aquí los matrimonios! ¿No resulta ello deplorable? Pensar que una institución como ésta, que durante tanto tiempo ha sido la que representaba la consagración de cuanto de más elevado había en la conducta humana no era más que una venta de la mujer, que se entregaba al marido para toda su vida y un compromiso de esclavitud para el hombre, que frecuentemente se saltaba a la torera, pero que no dejaba por ello de ser enojoso. El matrimonio ha sido una venta legitimada. Las «arras» del hombre no representaban más que la compra de la posesión definitiva de la mujer. En la prostitución, ésta puede ser por unas horas, acaso llegue a meses o aun años. En el matrimonio, la venta era a perpetuidad. Era un contrato de servidumbre de por vida, transmisible por otra parte a los hijos y creando, por consiguiente, en su torno una larga y complicada cadena que unía a los hombres con la realidad del acto que habían cometido, con los alimentos, la herencia, donaciones, todos esos complicados y enrevesados principios de Derecho civil que creaba una espesísima trama de obligaciones, con el fin de hacer difícilísima, casi imposible, toda desunión. Y en los que por carecer de todo podría llevarse a cabo esa separación era, precisamente por paradoja del destino, donde por conducirse esas uniones por la mutua concordia y la necesidad doble de los contrayentes, por ser donde el cariño, el interés y la comodidad se aunaban en perfecto matrimonio, ellos, que todo lo podían hacer porque nada tenían que perder, eran y siguen siendo los menos necesitados de esa desunión, salvo en casos excepcionales, que el contacto con

clases más elevadas y no a extender y difundir. Los que no podían hacerlo, no solían necesitar de la ruptura del vínculo. Los que lo necesitaban, no podían hacerlo. Por ello, los que dentro de esta nueva generación pertenecemos a la clase que tiene la independencia económica que da un mediano pasar, no podemos pensar ya en el matrimonio como supremo vehículo de moralidad. La vida no se convertiría en este caso, como temen algunos, en una inmensa orgía de lascivia. Una mujer no tendría muchos amantes, ni se descasaría todos los meses, porque las mujeres, por razones biológicas, no podemos permitir que eso suceda. Algunas mujeres individualmente podían permitirlo; pero es que esas mujeres individualmente lo hacen ya. No seríamos, pues, peores de lo que ahora somos. La castidad matrimonial, a la que hasta aquí concedemos una importancia supersticiosa, debe desaparecer. El matrimonio prostitución legal tiene que sufrir un cambio radical para que se adapte a las necesidades de la nueva generación. Y cabe pensar si no sería mejor suprimirlo, y dejar que la libertad, al imperar, hiciese legítimas las uniones que ella consagrarse. Quien es casto, moral y recto, lo mismo lo es con sistema matrimonial que sin él. Los lujuriosos e inmorales, con matrimonio como en la actualidad, dan su escándalo, y sus ejemplos obscenos frente a la sociedad, que no se escandaliza de mantener una institución fomentadora de vicios e inmoralidades.

¿El matrimonio puede ser una adaptación?

«Si no lográseis guardar abstinencia antes del matrimonio, no os culbráis de reconvenções ni de reproches, ni os consideréis como viles pecadores. Permaneced tranquilos siempre que nos os hayáis entregado por mera lujuria, sino que os contentéis con lo que sea preciso para recobrar tranquilidad de espíritu, dominio de vosotros mismos y energías para el trabajo, tomando las precauciones que los médicos os aconsejen».

PÁRROCO JENTSCH DE LIEBNITZ.

Domina en muchos individuos la creencia de que el matrimonio es simplemente el arte de resignarse o de adaptarse un cónyuge a otro. Se dice que ello es la panacea para lograr la felicidad y que de ella depende la estabilidad del vínculo. Se cree sin duda que el matrimonio, desde el momento en que, pasados los primeros entusiasmos, el hombre y la mujer se penetran de que han cometido un acto que habrá de durar hasta su muerte, debe convertirse en una adaptación de caracteres para la mejor convivencia.

Sin embargo, la adaptación es una de las fórmulas más innobles e inaceptables del pacifismo doméstico. Las criaturas de un temperamento tímido y recoleto, venden así la independencia espiritual de sus almas, que es en todo momento lo más apreciable, por un plato de lentejas. Buscan la comodidad, y por algún tiempo la encuentran. Pero son frecuentísimos los ca-

sos en que uno de los individuos miente, mientras el otro, más discreto, calla. Así, el individuo que tiene una personalidad más destacada, va imponiéndose sobre el otro cónyuge. Y así se producen esos casos en que la mujer lleva los pantalones en la casa, como aquellos en que la mujer es la víctima del despotismo marital, que son los únicos resultados de la tan cacareada adaptación.

Esto suele ir acompañado, a su vez, de trastornos de tipo sexual, ya que el cónyuge más débil reacciona, inhabilitándose para la función sexual, que es, en definitiva, la única forma de desquite a que arrastra el subconsciente. Y así no se explican muchos médicos los casos que con tan extraordinaria frecuencia se presentan en sus clínicas, en que uno u otro cónyuge padecen postraciones nerviosas y neurosis, de los que no se conoce su punto de origen. La adaptación es la sumisión frente a la tiranía conyugal del que tiene más fuerte voluntad. Y esta sumisión resulta fatal, física y psíquicamente. La cólera contenida, el resentimiento, quiebra cuanto hay de noble y generoso en los estímulos vitales. Y acaban queriendo buscar la felicidad con la independencia y la máxima vitalidad en todos los actos humanos, que es en donde radica la constante atracción de los sexos que conservan estos atractivos a pesar de los años que transcurran. Que una vez logrado el anhelado matrimonio, ya no tienen que seguir agradando a su marido, como son también legión los hombres que, como decía Margaret Sanger, no comprenden que a la mujer hay que conquistarla antes de cada copula, día a día, como en la época del noviazgo. Por ello, la implantación del divorcio obligará a unos y otros a desenvolver sus máximos atra-

tivos para retener a su lado al ser querido, con la seguridad de que se puede romper este vínculo cuando uno lo deseé, pero con el temor de que también lo puede romper el deseo del otro. Ganaremos, pues, todos, hombres y mujeres, que nos acostumbraremos así por esta influencia coactiva a prestarnos esas mutuas atenciones y delicadezas que hacen deseable la vida conyugal y que hasta aquí deberían haber sido norma de conducta sin necesidad de la imposición severa de una ley.

El matrimonio, seguro de vida.

«Es muy posible amar a más de una persona al mismo tiempo y con igual ternura, y el poder, con toda sinceridad, convencer a una y otra de la pasión que por ellas se siente».

BLOCH.

El histrionismo sexual es hoy una realidad que se ha impuesto como norma de conducta en este juego sucio en que se ponen al frente todas las habilidades para obtener la solución deseada. La Naturaleza, muestra las bellezas naturales; la sociedad, las finge y crea otras aparentes. He aquí un fraude que se ha mantenido por ver en el matrimonio indisoluble el premio de un seguro de vida.

Este acto inmoral, en su esencia, no puede subsistir. Todos hemos de acostumbrarnos al «fair play» (juego limpio) de los ingleses, en que cada uno juega para sí y por sí, pero sin conocer el juego del contrario, ligando de este modo a las leyes naturales lo que hasta aquí sólo ha sido ficción o farsa.

El matrimonio en el que los cónyuges futuros pagan primas más o menos elevadas durante el noviazgo, llega a consumarse como contrato jurídico en el momento de la gran catástrofe producida por la unión definitiva, lo que da como resultado la creación del seguro que empieza entonces a rendir sus frutos. Son muchos los casos en que el seguro es infinitamente superior a la prima que se ha pagado, y otros, en que la Com-

pañía aseguradora quiebra y arrebata con la muerte del marido, la llave de la despensa.

El seguro de vida matrimonial es, pues, un contrato sometido a todas las máximas desventajas contraactuales, y es generalmente lo menos que puede suceder a quienes emplean este juego sucio para buscar una posibilidad de vivir en los años del futuro. Comprendemos que el egoísmo humano es muy fuerte, y creemos que el matrimonio, para ser feliz, puede basarse en la adaptación y en el egoísmo grande y triunfante de los cónyuges. A lo que no creemos que haya derecho es a que ese egoísmo condene al otro cónyuge inocente—ya sea hombre, ya sea la mujer—, a una unión perpetua e indeseada. Y creo que lo menos que podrían hacer los culpables de ese juego, a todas luces inmoral, es no obstinarse en exigir a la víctima una resistencia superior a sus fuerzas, no quejarse cuando la infidelidad se produjera. Nos parecen todos los males que pueden suceder a la institución matrimonial así juzgada, que la infidelidad es el mal menor, el más inofensivo, ya que no altera en nada la esencia del contrato. Nos parece excesivo el celo de las partes activas que, después de cazar indignamente a su cónyuge, se obstinan en pedirle una fidelidad injusta. Por lo menos, congruencia.

Las mujeres opinan sobre el amor y el matrimonio.

«El amor es una enfermedad y el enfermo más cuerdo es el que sufre sin pensar como un animal. La venganza más cruel de una mujer consiste a veces en sernos fiel.»

CLAUDE LARCHER.

Hace cientos de años, ocho siglos aproximadamente, en el año 1174, uno de los famosos «tribunales» de amor que se celebraban con frecuencia en la Edad Media, particularmente en el siglo XII, por iniciativa de las mujeres de los caballeros, y de éstos mismos, que mantenían una conducta muy diferente de la moral, se planteó la cuestión ante aquel curioso tribunal, formado sólo por jueces femeninos, de si el «amor verdadero puede existir en el matrimonio». El fallo curioso de aquel tribunal de amor, celebrado el día 3 de mayo de 1174, fué el siguiente :

«Las presentes creemos y afirmamos que el amor no puede extender sus privilegios a dos seres unidos en matrimonio. Dos amantes se entregan libremente todo cuanto poseen, sin tener en cuenta consideración alguna y sin sentirse obligados por la necesidad. Los esposos, por el contrario, como se sienten unidos por el hogar, están obligados a subordinar la voluntad del uno a la voluntad del otro; en virtud de este hecho, no pueden negarse nada recíprocamente. Esta decisión, adoptada después de madurada reflexión, y que expresa la opinión de numero-

sas mujeres, deberá ser reconocida como una verdad establecida e indiscutible.» Hace, pues, ocho siglos, en aquella Edad Media, en que la sociedad feudal mantenía un bárbaro concepto del amor, en que ante la traición carnal de la mujer o el «adulterio» de la esposa, el caballero de la Edad Media no podía vacilar y la encierraba o la mataba; no sólo se permitía a las mujeres opinar de este modo, sino que los hombres no se consideraban rebajados, sino, por el contrario, halagados si otro caballero elegía a sus mujeres como damas de sus pensamientos, y toleraban que se formase en su torno una corte de amor de amigos platónicos.

La moral feudal y caballeresca separaba con especial acierto el amor del matrimonio. Han de pasar aún muchos siglos, ha de llegar el siglo XX y sólo entonces se unirán ambos conceptos.

Y no deja de ser consolador pensar que entonces se planteaba el mismo dilema que ahora y se le hallaba la solución que esta moderna generación preconiza. Distinguir el amor, mera atracción espiritual de caracteres, de temperamento, amistad, influída por el erotismo natural del matrimonio simple función procreadora y reproductora de la especie.

Hombres y mujeres se completaban entonces, manteniendo estas relaciones psíquicas aparte de las puramente sexuales.

Entonces las damas de la Edad Media pensaban en que el amor no extendía sus privilegios al matrimonio, y creían que el hogar, al crear cadenas perpétuas e indisolubles, mataba cuanto de espontáneo y generoso hay en el amor.

En la gran enquisa de la Humanidad, podemos ofrecer en este ensayo el pensamiento de

aquellas mujeres de la época feudal que sentían estas mismas inquietudes y se apresuraban a buscarles esta misma solución. Nuestro deseo no es de igualar sino de superar. Hemos vuelto a pasar por el mismo punto en el que ellos pasaron hace ocho años. Pero deberemos hacerlo en un círculo superior; esto es, en un plano más elevado. Y si eliminamos cuanto de defectuoso existía entonces en la vieja concepción del adulterio como traición a la carne, si quitamos la indisolubilidad vincular que, según confesión de las mujeres (véase el caso de los indígenas suramericanos a que hacemos referencia en otro lugar de este libro), es lo menos útil, incluso para el egoísmo femenino, habremos llegado a un proceso de superación y construiremos esta nueva etapa, aceptando cuanto de bueno hay en regímenes pasados y disponiéndonos para reformar cuanto de malo hubo en el ayer para dejar cada vez menos lastre a las generaciones del porvenir.

Los hermanos Bonquinquant.

«El matrimonio es la tumba del amor».

VÍCTOR HUGO.

Una de las novelas candidatas al premio Goncourt de este año es obra del conocidísimo autor francés Jean Prevost. En ella se percibe, por encima del hondo sentido realístico innegable que es el mérito de Prevost y lo que tipifica todas sus obras, el hecho de que estos actos sexuales lleguen a la literatura moderna que no sea renovadora, sino simplemente renovada en sus temas; que no aspire a ser revolucionaria, sino simplemente a reflejar la realidad. ¿Le será otorgado el premio Goncourt a Jean Prevost? Humana su tragedia con una espiritualidad profunda y latente, en ella existe, sin embargo, el hecho de que pinta un hecho real e innegable da posible encuadrado en la vida real, pero al mismo tiempo de difícil repetición. La tantas veces citada compaginación de caracteres que contribuyen a hacer uno e indivisible el ambiente de la obra, se repetirá con frecuencia para producir los mismos efectos.

Veamos, sin embargo, cómo nos relata el argumento el excelente crítico, aunque bien opuesto a nosotros en ideología, Manuel Bueno:

«León Bonquinquant es un hombre rudo, sin más inteligencia que la precisa para salvar adelante su vida. Su oficio de engrasador de ascensores no requiere una competencia técnica extra-

ordinaria ; pero sus servicios no huelgan nunca. León es un buen operario, que ama el trabajo y el dinero por igual, con una tendencia muy explicable a preferir el segundo al primero. Su hermano Pedro, menor en edad, le aventaja, sin dejar de quererse a su modo ; más por el hábito de estar juntos que por su imposición de la consanguinidad, se han emulado. León envidia a Pedro, y éste no da señales de satisfacción ante cualquier indicio de superioridad de su hermano ; Pedro es también mecánico ; pero con más conciencia de su oficio y más inventiva que León. La moral ganaría mucho si los dos hermanos anduviesen de acuerdo por el mundo prestándose ayuda, pero no es así.

La Naturaleza no fabrica los seres con una misión moral ; no les ordena sino que vivan y que afirmen y propaguen la vida. León compra un pontón estable de los que se emplean para descargar gabarras sobre los muelles del Sena. Esta adquisición, evidentemente motivada por el deseo de ganar dinero, no deja de tener su designio teatral ; el hermano mayor ha querido abrumar al menor. Este lo toma a broma, y cuando habla del pontón lo llama fragata.

León, que es un Don Juan de escalera interior, lo pasa muy bien entre su trabajo y sus aventuras amorosas. Su lista de seducidas no es muy larga, pero se puede ufanar de algunos éxitos que otros pagaría con dinero. Es el tipo del sentimental, tímido, violento, pero capaz de ceder a la ternura de unos ojos mansos y de unas manos suaves. León, al fin, como todos los Don Juan, acaba por aceptar el vasallaje conyugal a que le ha obligado la honesta resistencia de una lugareña rubia. Si el marido la cuidase un poco... Julia, que tiene un fondo de

honradez susceptible de aumento, sería una esposa ejemplar; ni sumisa a estilo perruno, ni rebelde a uso felino; una esposa a la francesa; decente, pero con opción a mandar en casa y a tener las llaves de la caja. Pero León, que es un desbaratado, no sólo la abandona por otras mujeres inferiores a Julia, sino que la maltrata de obra. Dichosamente para la cuitada mujer, la presencia de Pedro es un paliativo de sus penas. Su cuñado la consuela, como hacen los tímidos, primero con el silencio compasivo, luego con el gesto indignado y, finalmente, con la frase, tanto más conmovedora cuanto más premiosa y balbuciente. En cuanto se ausenta León, surge Pedro, y si tarda en presentarse, lo llama su cuñada.

La incubación de aquel amor no puede ser más pura. Ni una ojeada obscena, ni una palabra mal sonante de parte de él. Una gran tristeza que se asoma a los ojos para acariciar con respeto. Nada más. A ese culto lleno de escrúpulos contesta Julia con un rubor lleno de aprensiones. Su conciencia, vagamente iluminada por el cristianismo infantil, la retiene al borde de la culpa. ¿Cuánto durará aquella resistencia? El amor es tan cobarde, que entrega tarde o temprano al sitiador las llaves de la fortaleza.

Y sobreviene la maternidad. Toda la novela es la pugna entre las ideas comunistas de Pedro y la revelación de sus sentimientos paternales. Independiente y con el corazón en libertad, el hombre se enamora fácilmente de la ilusión política. Pedro es comunista mientras no ama. Luego no es más que un hombre, brutalmente ávido de conquistar lo que ama y de conservar el fruto de su amor.

Sobreviene la tragedia. Los hermanos enta-

blan una reverta que sube de la animosidad a la violencia. Y Pedro acaba con León precipitándose del pontón al río. La escena es terrible. Confesamos que su lectura nos ha producido una repugnancia dolorosa. Pero hay hermanos que se roban y se odian de muerte. La Naturaleza no ha querido reservar en el misterio de lo vinculado ninguna monstruosidad...

Julia, que ha presenciado el drama desde lejos y que considera a Pedro perdido, siente un impulso que se hace en ella por momentos reflexión: acusarse del crimen. La ficción salvadora será ésta: León la maltrataba. Era un borracho impenitente y bruto. Ella, obrando en defensa propia, lo empujó... En Francia, una defensa así ante el jurado, es la absolución. Pero lo interesante de la novela está menos en la abnegación de Julia que en la evolución espiritual que opera la transformación de la paternidad en Pedro. A éste no le remuerde la conciencia, porque como el instinto es anterior y más fuerte, apaga con sus voces los débiles cargos de su rival...»

Enseñanzas.—Hasta aquí, el argumento de la obra, contraposición de la odiosa tendencia primitiva del absolutismo y de la propiedad única con la otra creencia de que es posible hacer coexistir los dos cariños sin la menor violencia. Entre el conflicto que a la mente del escritor se le plantea, éste no lo resuelve ideológicamente, modernamente, con su absoluta continuidad sin lucha, sino que vuelve a caer en la realidad, que es, indiscutiblemente, la finalidad de toda novela, y vincula la misma propiedad absolutista a otro ser, al que le ha dotado de todas las condiciones mejores para hacernoslo grato, porque no deja de ser un hombre, y, por consiguiente, in-

dotado para esa misma propiedad. Frente al ideológico sentido comunista de la figura que él realza por una aureola de simpatía, triunfa ese instinto, de procedencia atávica y de defectuosa orientación. El habrá de ser su ruina material y moral. El habrá de ser el estigma que se conservará en el hijo, que, ante otra crisis similar, reaccionará de idéntico modo. La tesis de Prevost es muy real, muy vivida, muy palpable, pero le falta una solución de modernidad, una continuidad, si ello es preciso, en el hijo; una promesa de un mañana en que no se puede matar por la posesión de una mujer, ni en que la mujer pueda matarse por la no posesión de un hombre. Ese mezquino y ridículo concepto de la vida que, no obstante todos los hechos en contrario, tienen los humanos, les ha llevado hasta despreciarlo por este punto. Nadie aprecia ya, desde el momento en que ese amor o ese instinto atrae la virginidad de la mujer deseada. Si ello, que pudiera ser—ya hoy inútil pensarlo—obstáculo para la consagración de ese amor, no existe, ¿cómo habrá de oponerse a ello el que hasta aquí ha disfrutado de él...? ¿Qué puede alegar? ¿Un vínculo que la Iglesia no vacila en romper cuando hay las suficientes apariencias para hacerlo? ¿Otra traba jurídica que el derecho desata con el divorcio...? ¿Una traba material que la sola voluntad une y desune...? Nada. Ninguna de estas alegaciones son justas, ni siquiera reales. El hombre tiene un campo muy amplio en que probar sus armas; tiene por delante un mundo preñado de aventuras y rientes promesas... ¿Por qué permanecer atrás, cerrando este horizonte, junto a una mujer que ya no le quiere...? ¿Por qué imponerle un amor que a ella ya le ha re-

sultado odioso, como a él habrá de resultarle también en breve...?

Por un egoísmo personal, la posición más útil y más cómoda para el hombre es la de la renunciación. Mientras pueda conservar el cariño que un tiempo codició, consérvelo en buen hora. Cuando aquél se le escape, déjelo marchar, que nunca habrá de faltarle amor sincero y mercenario con que consolarse de la pérdida. El hombre que se rebela contra la indisolubilidad y perpetuidad del vínculo contráido y que no tolera una ruptura ante la voluntad de la mujer, aunque la autoriza y desea cuando es su voluntad la que lo solicita, no tiene un sentido justo y adecuado de los términos. La justicia de éstos radica en saber amoldarse al ambiente y en saber llevar a la práctica el criterio mantenido. Quien abomina del matrimonio y cae en sus redes, es tan ilógico y ridículo como el que, dispuesto a romper el vínculo con el abandono o el alejamiento cuando a su gusto le acomode, protesta y lleva a vías de hecho esta reacción cuando la que decide sobre este abandono o alejamiento es la mujer. La primera y trascendental reivindicación del feminismo bien entendido, deberá ser ésta de la absoluta propiedad por uno como por otro cónyuge del amor, y, por consiguiente, su libre disposición. Ni celos ni crímenes pasionales. Fórmula pacífica, una; rebelde, la otra, con que se condensa este sentir, las dos son expresión de una seudocivilización bárbara en su espíritu y en su conducta, que, en un afán imposible, pretende establecer y garantizar una propiedad como puede hacerlo con una hipoteca sobre una finca u otro bien inmueble sobre esa cosa tan espiritual, sutil e incomprensible que ha sido, es y será el Amor.

PEDAGOGÍA SEXUAL

Las tres edades de los jóvenes.

«Soy opuesto a toda censura, en parte, porque ya tenemos leyes draconianas y una Policía dispuesta siempre a intervenir en cuanto parece amenazado ligeramente el sentido público de propiedad, y en parte también, porque, como hace siglos dijo Milton, los censores están seguramente locos, pues de otra suerte no consentirían en actuar».

JAMES HARVEY ROBINSON.

Aplicando a nuestra juventud las frases que dedica Wainwright Evans, en particular a las muchachas, pensamos, sin temor a equivocarnos, que en los jóvenes se hace más visible la oposición entre sus tres edades. Primero, la edad cronológica que le marcan los años que ha vivido; segundo, la edad intelectual que le asigna su inteligencia; la tercera, la edad biológica de su madurez sexual. Y sabido es que, habiendo jóvenes y muchachas que maduran muy precozmente, mientras su inteligencia y su nivel moral está muy por debajo de lo que a su actividad sexual corresponde, son ellos los más expuestos debido a la educación favorable, a las restricciones, a los perjuicios, a que se produzcan en ellos verdaderas catástrofes desde ese criterio moralista que obliguen a una intervención rápida e inmediata de la clase adulta. No hay nada que más urja, que evitar que la educación siga inspirándose en esos viejos prejuicios, para dar al espíritu del muchacho la máxima libertad e independencia posibles y hacer que los padres se preocupen con mayor eficacia, que en muchos casos no debe pedirse mayor intensidad de la educación de sus hijos, procurando adaptarse a su temperamento, y ser ellos quienes puedan

adoptar el papel de confidentes de las inquietudes juveniles, médico único e inapreciable de evitar muchos de los primeros trapiés de la juventud, que ahora marcha buscando a ciegas su camino, flaueando en él y cayendo, en ocasiones, en verdaderos abismos, no ante la moral, sino ante la higiene o la sanidad corporal o mental, porque les ha faltado en los difíciles momentos de sus primeros pasos en la vida sexual, la mano tutelar y amorosa de los padres, que les guiara por ellos. Creo que nosotros debemos aprovechar la enseñanza. Y recordando estos dolorosos y tímidos balbuceos de nuestra inquietud y nuestras preocupaciones, salir al paso de las de los niños de la generación venidera—educando a los padres, preparándonos a nosotros mismos, haciendo por todos los medios la divulgación requerida—, y ofrecerles una ayuda amplia y generosa que evite que la Humanidad siga llevando, como hasta aquí, el pecado original, estimado como imborrable, de una deficiente iniciación sexual. Del conocimiento que tiene el niño y el joven del sexo deriva la actitud que adopte en el mañana frente a los graves problemas vitales. Y la Humanidad ha sido hasta aquí tan pesimista, ha avanzado tan lentamente, ha mantenido criterios tan absurdos e ilógicos frente a los graves dilemas vitales, porque sobre todos o la inmensa mayoría de sus componentes pesa ese terrible y, al parecer, inevitable pecado original.

Ese nuevo bautismo en el Jordán de la pureza y de la sabiduría será lo bastante para borrar todas las culpas pasadas y evitar las venideras. Escarmentemos todos en la Humanidad de ayer y preparamos a la del mañana con toda la abnegación y el desinterés que son patrimonio de la juventud.

La niñez, etapa crítica.

«Esta nuestra época, puede ser llamada, con razón, la era del niño, por la suma de pensamiento creador orientado hacia el problema del desarrollo de una actitud más consciente frente al estudio del niño, a fin de asegurar una Humanidad más integrada y evolucionada».

ELISABETH GOLDSMITH.

Una de las mayores preocupaciones de los padres deberá ser, en un futuro de buena orientación, la de cuidar de que sus hijos desarrollen bien su inteligencia y lleguen dentro de ella a los límites normales o aun supranormales, si a ello les conduce su temperamento, huyendo así de toda deficiencia o falta por pequeña que ésta sea, aun en el caso de que no llegue a convertirse en idiotez, en locura, o imbecilidad, y aunque se piense que los años habrán de subsanarla, pues la etapa infantil es una etapa peligrosísima, en la que están en germen todas las tendencias buenas o malas, útiles y perniciosas, y es una etapa de crisis en la que, al igual que cede con mayor facilidad al ataque de la enfermedad, cede a su vez más rápidamente a la acción externa, al menor impulso que pueda facilitarle al desliz por la suave pendiente. Se ha dicho que «todo niño es un criminal en potencia». Y para evitar que esos pronósticos puedan cumplirse, la menor anormalidad en la constitución mental infantil, en su criterio, etc., deberán ser objeto de detenido estudio. Hay que infiltrar en los padres la

idea de que la niñez es la etapa crítica del hombre, en la que no soló se pone de manifiesto su debilidad, pues entonces menos que nunca puede vivir sin el auxilio de sus semejantes, sino también su mayor propensión a poseer lesiones morales y psíquicas en las que los gérmenes de la locura o de la idiotez, que surjan por un espasmo nervioso, disgusto o cualquier otra perturbación momentánea, los gráben ya con carácter imperecedero.

Un nuevo «lombrosianismo» es este que ha nacido en Norteamérica. En él se atribuye la criminalidad a una deficiencia mental, intelectual, hereditaria congénita. Se trata de una teoría inventada por los psicólogos. Goddar, con la escala métrica de Binet, que vale para medir la edad mental o capacidad que el niño alcanza en sus reacciones, creó el grupo de los «feeble minded», débiles mentales, y el de los «morou», que considera criminales en potencia y particularmente peligrosos. En 1910, Termann, habló del influjo de la deficiencia mental en los orígenes de la criminalidad. Esto, en cuanto a los muchachos. Pero es que se dan asimismo los casos de muchachas que llegan al tipo de delincuencia en ellas más corriente dentro del actual criterio moral de la presente ciudad, a la prostitución. De Sanctis examina en un estudio el trabajo de la doctora Spaulding sobre los factores físicos y mentales en la prostitución, deduciendo de las observaciones de ésta su coincidencia con la teoría de Lombroso, y por ende con la etiología o carácter orgánico de la prostitución. A muchas de estas muchachas, de una incompleta estabilidad psíquica insuficientemente protegidas contra el ambiente, fué la adolescencia el factor que las lanzó al vicio, y en otras ocasiones, el desarro-

llo sexual precoz. En estos casos, la pubertad aparece antes que la capacidad de inhibición, al igual que sucede en los delincuentes menores.

El erotismo infantil o impúber es más corriente de lo que muchas veces se estima, confirmando con ello la opinión de Freud. «Existe—dice este último—en la mujer un antípode de adolescencia, cuando psíquicamente permanece niña: una precocidad psicosexual que se anuncia antes de la pubertad y prepara la prostitución.»

Reeducación.—La reeducación de la prostitución a que tiene que recurrir el Estado con el fin de evitar en lo posible cuando se toma interés por sus conciudadanos que estos hechos se repitan, plantea claramente uno de estos problemas. En Moscou, funciona un Centro de Reeducación de Prostitutas, que es uno de los ensayos más interesantes y de más valor práctico de esta nueva civilización. En esa institución las prostitutas reciben educación moral y técnica: varias se casan, y según el método director, «después de esta saludable cura, tan sólo el 1 ó 2 por 100 vuelven a su triste profesión».

Abolido el problema de la prostitución oficial, resuelto este otro de la prostitución en sus aspectos proyectados sobre la vida de las mujeres, el Estado suple aquí una actuación que debería ser ejecutada por el individuo mismo como una salvaguardia propia y como un lógico deber que tiene que cumplir respecto de sus hijos, que no vienen para criarse como «gallinas», sin que él les preste otra atención que la del pienso proporcionado y a desgana, sino que exigen de sus padres un mayor interés por los problemas sociales a que ellos con su simple existencia dan lugar. Interés y preocupación por los padres... Pero veraz y sin-

cero. No conducido en vano en un sentido de una abnegación falsa que les lleva a sacrificarse estérilmente. Sino para tener una idea clara, consciente, de la responsabilidad contraída y una competencia, cada vez mayor y más exigible, para que las nuevas generaciones nazcan más sanas, más inteligentes, más sobresalientes, definitivas constructoras de la Humanidad.

La adolescencia.

«A la barra de hierro torcida, no se la puede enderezar machacando en ella directamente con el martillo en la parte abollada. Si así lo hacemos, resultará que hemos empeorado la cosa ; nuestro machacar, para ser efectivo, deberá recaer alrededor, pero no encima de la parte abollada que queremos reducir ; sólo así podrá quedar derecha la barra de hierro».

HERBERT SPENCER.

Una de las etapas trascendentales en la vida del hombre, particularmente en éste aspecto sexual, y que ofrece al propio tiempo mayores posibilidades de ser orientado eugénicamente, es la de adolescencia. Muchos, entre ellos Elmer, en «The Modern Quaterly» (Algunas reflexiones sobre la etapa del Jazz), dicen que la adolescencia actual se distingue de las anteriores en que es predominantemente exhibicionista, aunque yo estimo, por el contrario, que ello no sucede así, ya que todo no es más que un simple resultado de la libertad que repentinamente ha adquirido. Los motivos psicológicos de que la adolescente del sexo femenino sigue con premura las modas nuevas, se encuentran en el equilibrio natural de su actitud, puesto que es una niña todavía en sus respuestas emocionales, aunque en un grado muy superior consciente de sí misma y sensitiva. G. Stanley Hall y otros psicólogos han apuntado la idea de que cada pieza de indumentaria sirve para reforzar y extender

la personalidad, convirtiéndose en cierto sentido en una parte del yo portador.

Su conciencia de grupo.—La adolescente, con excesiva conciencia de grupo, y vergüenza de mostrar las idiosincrasias individuales, suaviza esas diferencias con la cubierta que le proporciona el traje, con el diferente corte de pelo y los cosméticos, que hacen que las personas se parezcan lo suficientemente entre sí para que ninguna pueda sentir la inquietud de ofrecer a la mirada una variación apreciable. De esta suerte, la adolescente busca el propio respeto y protección bajo su traje vistoso, con la mira de evitarse humillaciones sociales. A medida que los años pasan, ya ella misma se va acostumbrando, puesto que carece de orientación en este sentido, a desempeñar el papel de mujercita hecha; tiene ya menos necesidad de defensa y puede mostrarse indiferente a la cuestión del traje, pero no para perder esa coquetería que tan encantadora la hace, sino, por el contrario, para orientarla y dirigirla en un sentido de originalidad que contribuya a destacar lo que hay de más relevante y aceptable en su personalidad física y moral. Los padres deben tener el cuidado de enseñar a la niña, mujercita paulatinamente, de qué modo puede realizar las indiscutibles bellezas de su cuerpo y de su alma.

El papel de los padres.—Si esos padres se preocupan de que desde muy niñas todas las perfecciones corporales de su hija o de su hijo se hagan más notables y resaltadas, la labor que ellos han hecho en esos primeros años la realizará más tarde la propia mujer. Que lo haga bien, con una buena orientación, o mal, con una refinada coquetería, pero carente de sensibilidad como hasta aquí, depende de esta orientación.

tación paterna. El hombre, «padre», y la mujer, «madre», deben hacer lo posible por procurar a los miembros del cuerpo de la niña y del niño una libertad de movimientos absoluta desde su primera infancia, sin preocuparse lo más mínimo por todo ese inútil sistema de vestuario hasta aquí empleado, procurando que adquieran el debido desarrollo y a un tiempo la elasticidad requerida, para dotar a los nuevos seres de una vitalidad exuberante y armoniosa. Más tarde, esos impulsos del adolescente, primicias de su verdadero despertar para el Amor, pueden reportarle definitivas ventajas, siempre que los padres permanezcan alerta para encauzarlos. Si a la niña se le da, desde el momento en que se perciben en ella esas iniciativas, una seguridad de su valer en cualquiera de sus rasgos, en su cuerpo, en sus modales, en sus actitudes y se procura que ella al adoptarlos, resaltándolo, haga todo lo posible por parecer con ello más bella y atractiva, esos impulsos de la adolescencia quedarán satisfechos.

La eugeniosia para la adolescente.—No es esto mucho pedir a las madres. Todo lo contrario, por lo mismo que la eugeniosia no es tan sólo perfección sexual, sino corporal y espiritual, a ella le toca el cuidarse de todos los más complicados aspectos de la pedagogía. Hoy, en que las madres apenas sus hijas «pollean», se preocupan de hacerlas trajes más costosos, de calzarlas más artística y llamativamente, el mismo tiempo que a ello dedican pueden emplearlo en orientar a sus hijas para que sean ellas quienes con los mismos dispendios aprendan a estudiarse a sí propias y puedan de este modo hacer notar más sus dotes apreciables, huyendo de esa uniformidad rítmica de la Moda, altamente apreciable en

conjunto, pero despreciable en cuanto que anula y mata en absoluto la personalidad. El destacarla en cada una de nuestras hijas debe de ser misión trascendental de las madres.

Lema de pedagogía eugénica.—Precisamente, el lema de la pedagogía eugénica no es el de coartar ninguno de esos impulsos infantiles o juveniles, como ha pretendido hacer hasta aquí la pedagogía y particularmente la religiosa, sino el encauzarlos, dándoles mayor campo de libertad, pero dentro de una inicial vigilancia. Si la niña es «coqueta» y el niño «castigador», no ha de procurarse cohibir esos instintos con una severa disciplina y una férrea educación, sino que debemos justificar esa «coquetería» mutua, señalarles su punto flaco y su base, y enseñarles únicamente el uso legítimo que pueden hacer de esas nuevas «cualidades» que ellos han descubierto en sí inconsciente. Cuando a uno y a otra se le concede una libertad debidamente vigilada, pierden ya el interés por desarrollar aquel aspecto de su personalidad. Cuando, por el contrario, se les cohibe, la atracción de lo «prohibido» les suele inspirar, y en ese caso, se producen los estrepitosos fracasos de padres y maestros ante la voluntad indomable del chico o la muchacha, que dan por tierra con todo el aparentemente cimentado edificio de una educación incubada en muchos años de esfuerzo constante.

La temprana curiosidad de la mujer y su trascendencia.

«Parte de la moderna preocupación sexual se debe al modo súbito con que sus realidades se han presentado a la adolescente en un impresionable período de su vida. Ha tenido que aprender esas realidades chos o por su propia experiencia. Indudablemente, paréceles a muchas chicas, cual si hubieran descubierto un país nuevo y encantador, que, sus padres de común acuerdo, les hubiesen tenido oculto».

PHYLLIS BLANCHARD.

Una de las pruebas más importantes del acondicionamiento exigible en la niñez a las condiciones del medio, es la que se refiere a las tempranas curiosidades de esas mujeres, respecto al sexo y cómo fueron acogidas por sus padres. Gran número de muchachas, según revelan las estadísticas, deseaban saber de dónde venían los niños y por qué sus cuerpos eran diferentes de los de los muchachos. La curiosidad que sentían por estos puntos no era morbosa, sino todo lo contrario. Sentían por ella la misma que por el modo de hacer el pan, de la producción de la luz y otras. Sus padres se fijaron en que el tema que ellas planteaban era el gravísimo tema sexual, y a veces ellos y aun las mismas madres fueron quienes les hicieron ver, con harta imprudencia, que se trataba de algo peligroso, y que solía ser la causa de muchos desastres. Como las



muchachas, al hacer estas preguntas, hallaron en los padres verdaderas muestras de terror o de perplejidad, aquellos temas quedaron eternamente grabados en los procesos de lo inconsciente.

Un ejemplo.—Vino a ser, nos dice G. V. Hamilton, en una obra muy interesante: «Incapacidades físicas de las mujeres casadas», como la escena de la niña que lleva a su madre una seta venenosa:

—«Mira, mamá, qué seta más linda.

—Niña, no la toques. Tírala en seguida. Eso es veneno, hija...

—Pero, mamá, si debe estar muy rica.

—¡Jesús!—exclama la madre con un gesto de alarma y de disgusto—. Tira ese veneno, te he dicho. Y ven a lavarte en seguida las manos. No sabes, hija mía, lo que tenías en la mano. Nunca, nunca más en tu vida vuelvas a mirar eso..»

Luego, por la noche:

—«¡Mamá!

—¿Qué, hija mía?

—Me he llevado a la boca la mano con que había cogido aquella cosa mala. ¿Me moriré por eso?

—No; por esta vez, no. Pero no vuelvas a hacerlo, hijita..»

Y así sucede con el sexo, repitiéndose la escena hasta lo infinito y con toda clase de variaciones.

El sentido de la precocidad.

«Podemos afirmar que el problema del sexo en la educación es de suma importancia, a causa de la parte que el sexo toma en muchos aspectos de la vida estudiantil; por la necesidad indispensable de una instrucción escrupulosa en materia sexual para la completa felicidad humana; porque existe más intolerancia e ignorancia con respecto a la instrucción sexual científica y la inteligente discusión de los problemas sexuales, que en cualquier otro dominio cultural, y porque a la educación sexual se la ignora y se la pervierte más que a cualquier otra rama de la instrucción en nuestras Escuelas, Colegios y Universidades».

HARRY ELMER BARNES.

No coinciden en este punto los pedagogos sobre si la significación sexual debe ser precoz o ha de intentar retardarse.

Los partidarios de esta teoría intentan fundarla afirmando que hasta el propio Rousseau, uno de los mejores pedagogos en su obra «Emilio», es partidario de esta última tendencia. Así habla: «Las instrucciones de la Naturaleza son tardías y lentas, las de los hombres son siempre prematuras. En el primer caso, los sentidos despiertan la imaginación; en el segundo, la imaginación despierta los sentidos; ella les da una actividad precoz que no puede dejar de enervar y de debilitar, por consiguiente, a los individuos, puesto que la especie misma los alarga.»

Y luego añade:

«Si la edad en la que el hombre adquiere la conciencia de su sexo difiere tanto por el efecto

de la educación como por la acción de la Naturaleza, se sigue de aquí que se puede acelerar o retardar esta edad según la manera cómo se educa a los niños. El momento verdad de la Naturaleza llega en fin.

»Que en él se expongan las leyes de la Naturaleza con toda su verdad; que en él se muestre la sanción de estas mismas leyes en los males físicos y morales a que conduce su infracción.»

Crítica.—Tales son los dos argumentos más poderosos que, continuados y defendidos más tarde por Basedow, aunque rechazados por las tendencias modernas casi en absoluto, son siempre fácilmente rebatibles. El tipo de muchacho que Rousseau creaba en su obra es un tipo humano y por consiguiente imperfecto. No vamos nosotros a pretender lograr perfecciones. Todo lo contrario. Lo que pretendemos es evitar el estado de soledad y de aislamiento en que Rousseau crea a su niño en la famosa obra literaria y pedagógica, ya que en realidad es la sociedad o comunidad infantil la que predomina. No se puede hacer de cada hogar un santuario para el espíritu de cada niño donde éste se desarrolle sin contaminación alguna más que con la propia Naturaleza, hasta que haya llegado su iniciación sexual, por dos razones. Una, porque lo esencial en un plan realmente pedagógico es que el niño aprenda, a la par que las nociones de educación elemental, las de la lucha social a que el compañerismo, las amistades y enemistades infantiles habrán de conducirle. Por otra, puesto que en el caso improbable de que ese aislamiento total pudiese llevarse a la práctica, el lanzar al niño rudamente, cuando esa iniciación hubiese llegado a los peligros de la vida a luchar con una generación de muchachos ya picardeados y mal orientados, serían un cri-

men mayor que el que actualmente se cometé con absoluta inconsciencia por muchos padres de familia. Ni uno ni otro procedimiento son útiles ni realizables. Y para hacer compatibles la educación con la lucha inevitable de la primera infancia, nada como la precocidad en el adiestramiento. Pureza y Verdad.

La edad de la inocencia es forzosamente aquella en que todo conocimiento que se adquiere es puro. El niño que en sus primeros años comprende y conoce los misterios de la generación humana, la inmensa y complicada trama de la biología de la especie, no reacciona ante estos sentimientos más que con naturalidad y con pureza. Según las investigaciones de los psicólogos, a los tres, cuatro o cinco años de edad como maximum, todo se da por supuesto; todo en el universo causa una extraordinaria sorpresa y todo se acepta sin discusión, como si correspondiera al orden natural de los hechos. Si a todas las menudas y para tantas madres inquietantes preguntas del niño se le respondiera con claridad, le parecerían perfectamente racionales, y no le causarían mayor sorpresa que el conocer que el roble sale de la bellota o que el polluelo surge de un huevo previamente empollado. En esa edad no existe la conciencia personal ni el pudor que aconsejarían una restricción frente a las posibles reacciones de la mente al despertar bruscamente a esa iniciación. A los muchachos de doce o catorce años, y aun antes en los más de los casos, no se les puede hablar de iniciaciones en el tema sexual. Sólo necesitan los pormenores que la información que se han procurado no ha logrado darles. Se dice que el niño no debe reflexionar sobre estos actos de la generación, pero no se dan cuenta de que el niño en sus primeros años no

ha desarrollado esa capacidad reflexiva y su actitud es mera y simplemente la del observador. El niño se observa a sí muy detenidamente en los primeros años. Conocen todo su cuerpo, y para ellos es todo un mundo de maravillas. El ver la utilidad que extraen a cada uno de sus órganos, lo práctico que les resultan les produce un gran asombro. Y se ha comprobado que la «actitud de un hombre o de una mujer durante toda su vida está en gran parte determinada por la actitud que adopta la madre respecto de sus órganos sexuales mucho antes de que el niño tenga la suficiente edad para comprender lo que se le enseñe». Hoy que la iniciación sexual al extenderse recomienda que se emprenda a los doce o catorce años, más nos toca el hacer ver las ventajas de un sistema de precocidad. La dolorosa iniciación de muchos niños exige una preocupación de la sociedad. La mayoría de nosotros tenemos entre las brumas de nuestro recuerdo la tragedia, el profundo dolor que nos ha causado la primera noticia que tuvimos sobre el acto de la generación. En muchos casos, con verdadero dolor, se recomienda esta instrucción a los sacerdotes, que como directores espirituales pretenden monopolizar toda la vida íntima del niño. Son los casos de iniciación más dolorosa, y dentro de lo que cabe más depravada. El niño que va inocentemente, sufre un verdadero desgarrón en lo más profundo de su psiquismo. El que lleva ya una serie de conocimientos previos ve en aquéllo una continuación un tanto repugnante. El resultado de este tipo de iniciaciones suele ser el de un odio y un desprecio por la madre. El pensar que esa mujer por la que inconscientemente se siente tanto cariño, y a quien se ha idealizado de modo tan absoluto, ha incurrido también en aquel acto que

se estima vergonzoso y reprobable, el juzgar que nosotros somos su producto, en vez de contribuir a exaltar la sublime facultad creadora del hombre, contribuyen, por el contrario, a rebajar el gran acto de la generación que nos equipara con la Naturaleza en su fuerza creadora.

La doctora Stope, después de detenidos estudios, llega a la convicción de que «la primera instrucción respecto de sus órganos sexuales y el primer informe sobre la generación de los seres humanos, se le deben dar al niño a los dos o tres años de edad», y ello porque esta iniciativa en niños tan pequeñuelos hace que éstos no recuerden ni una palabra de lo que se les haya dicho, pero que sean profundísimos los efectos que se produzcan en su carácter.

Los muchachos de la nueva generación hemos de aprovechar estas enseñanzas. Pensar en la dolorosa tragedia que muchos hemos tenido que vivir—no ha sido éste mi caso, afortunadamente—y aprender para que no vayamos a incurrir en el defecto perpetuado en la Humanidad, en ese terrible estancamiento de lo malo, en que por indiferencia, por apatía, por temor, nuestros abuelos, ascendientes y aún nuestros padres, a pesar de recordar lo doloso de su propia experiencia, seguían abandonándonos a nuestra propia suerte. Todos los de esta generación hemos de comprometernos en una promesa solemne para remediar los males de esta perniciosa por todos conceptos iniciación sexual, hemos de preocuparnos, particularmente nosotros, médicos y abogados en agraz, por buscar, en unión de maestros, sociólogos y moralistas, los medios mejores para orientar a la infancia. Hemos de hacer lo posible porque en los planes pedagógicos de la nueva enseñanza figuren los medios de completar esa ini-

ciación comenzada en el hogar con verdadera y positiva eficacia. Hemos de procurar que en las Facultades de Medicina, en el nuevo plan de estudios se incluya la contraconcepción; queremos, en suma, que el Estado vea con la ayuda del pueblo los medios de procurar a todos y cada uno de sus ciudadanos la eficaz orientación que necesitan para desenvolverse en la vida pública con la entera libertad y la independencia espiritual que proporciona el total y absoluto conocimiento. La Moral, no obstante el pretendido intento de los filósofos de que fuera una y universal, es polifacética y ofrece en cada nueva nación un aspecto diverso, un significado diferenciado. La actuación de la moral sexual ha sido hasta aquí absolutamente personal. Lo que nosotros pretendemos es que cada individuo pueda crearse una moral a su hechura, que se respete el campo de acción individual, que a base de un nuevo sistema, emulando el del «contrato social» de Rousseau, se comprometan a respetar lo que por mutuo acuerdo no se les entregue y esto en terreno ajeno, y que a base de ese respeto se encuentren las únicas restricciones posibles a la acción que cada uno intente desarrollar. Cuando hablamos de ello, pensamos en que lo esencial para resolver el sistema de la iniciación sexual es el método, ya que de los instrumentos que dirigen el orden de las cosas depende el curso de los acontecimientos. Sin embargo, es tan urgente el adoptar un criterio frente a los problemas candentes hoy planteados, que de no remediarlo «en el futuro, como dice Laski, o construiremos un mundo que obedezca a un plan premeditado, o correremos al desastre. Trátase de una alternativa sombría, pero es una alternativa que puede conducirnos a la salvación».

La instrucción en las ciencias sexuales.

«El conocimiento genésico producirá seguramente nuevos conceptos de justicia, y es muy probable que, merced a dicho conocimiento, la opinión pública reciba con entusiasmo y gratitud la implantación de medios que lograrán, cual no lograron nunca las leyes penales, la extinción del criminal y del moderado».

BATESON.

Los órganos sexuales, tan específicos de cada individuo, son, por otra parte, un argumento para que las cuestiones sexuales se traten con franqueza, pero con absoluto laicismo. Es igualmente cierto, como dice el doctor Frankwood Williams, que ha sido un error desastroso el designar a los órganos sexuales como «privados», cuando en realidad no son más privados que el resto de nuestra anatomía. La idea de la exclusiva condición privada de los órganos sexuales ha guardado mucha relación con el desarrollo de las peligrosas y vulgares nociones de pecado y vergüenza atribuídas a los órganos ya citados, así como a la conducta y tema sexuales. Asimismo es fútil y desacertado sostener que se puede discutir los hechos que se refieran a los órganos sexuales, tanto los de su higiene como del proceso de la concepción de un nuevo ser, contagio de enfermedades venéreas, etc., con el mismo desenfado y llaneza que hoy empleamos para

hablar del aparato digestivo. Porque estos órganos representan para el individuo un valor fisiológico, pero también otro psicológico. Y por muy grande que sea el grado de emancipación intelectual y de candor científico, las cuestiones sexuales suscitan en todo momento más interés y producen más emoción. Este hecho debe ser tenido muy en cuenta al analizar los diversos factores que ya influyen o pueden influir en la educación. Lo cual no quiere decir que no se haya de dar una información plena, completa y franca respecto a estos hechos, sino que precisamente debe existir mayor discreción al tratar estos problemas que el que puede darse en un simple análisis fisiológico.

Instrucción en las ciencias sociales.—La instrucción en las ciencias sociales—ciencias nuevas que se abarcan ya en las modernísimas direcciones de la Pedagogía—deberían revelarle plenamente al niño el lugar del sexo en la sociedad humana en todos los sectores de la tierra. La antropología podrá valer en grado sumo al niño por la gran variedad con que el hombre al través de todas las razas y de las costumbres más variadas, ha tratado de resolver los problemas sexuales. Nada más eficaz para extirpar la autoridad y la mojigatería que el método comparativo. Una excelente obra de Summers: «Costumbres populares», lo aplicó severamente a base de la tesis de que sólo hay una manera recta de tratar las cuestiones sexuales, que era la divinamente revelada, pero su censura mayor está en que se han podido dar en el mundo centenares de métodos diferentes que el hombre ha seguido para resolver la situación social. La antropología sería, pues, uno de los factores trascendentales al fin educativo. La evolución de las creencias y

prácticas sexuales iniciarían el punto de vista genético en la apreciación de estas cuestiones. No en balde indica el profesor Robinson: «Si la historia es un archivo de cuanto el hombre ha hecho, pensado y ambicionado, salta a la vista que las instituciones y prácticas sexuales de aquél ocuparán un amplio espacio en cualquier registro completo del pasado de la Humanidad.»

Los pedagogos.

«En vano procuramos no ver ni enterarnos de la ávida curiosidad con que los niños de cualquier sexo tienen para todo lo que se refiere al contrario. Ninguna clase de reserva en los cabezas de familia; ningún plan, por meditado que sea; ningún cuidado en poner en sus manos libros cuyas descripciones les distraigan y embarguen su atención, puede ahogar o entibiar en los niños esa curiosidad. Ningún capítulo de la historia del pensamiento humano puede mostrar tantas hábiles estratagemas, puestas en juego por los muchachos en momentos y ocasiones diversas, para adueñarse o por lo menos presenciar el secreto. Y cada descubrimiento debido a sus propios esfuerzos, es a modo de aceite derramado en una imaginación, que arde y flamea».

T. BEDDOES.

Uno de los problemas realmente más complejos de esta actuación modernísima es el de los seres a quienes habremos de encargar de su cultivo y desarrollo. Las inquietudes infantiles y juveniles que refiere Beddoes con singular acierto hace más de ciento veinticinco años (su libro «*Hygeia*» fué publicado en 1802) son reales. Hasta ahora los pedagogos son reclutados entre hombres tan entregados al estudio que las otras facetas de su vida (emocional y sexual) no tienen la debida repercusión. Y si bien ella es una facultad apreciable, puesto que indica una relativa superio-

ridad intelectual, lo cierto es que el pedagogo, moderno teorizador de las nuevas doctrinas, o aquel que simplemente reúna la primera condición, deberá tener en un futuro, para enfrentarse con una muchachada vivaz y ágil, una honda preparación sexual y al propio tiempo una experiencia emocional lo suficiente grande para poderle dotar de una comprensividad hacia los anhelos de sus discípulos.

El doctor Schmalhaussen ha recalcado bien este punto:

«Con relación a los pensadores profesionales—profesores y académicos—se registra actualmente una tendencia a asignar posiciones de importancia en nuestros establecimientos pedagógicos a aquellas personas cuya humana naturaleza no es rica en dotes emocionales. A nadie se le ha escogido nunca para miembro de una Universidad en atención a su piedad lesiva para el prójimo. A ninguna mujer se le ha honrado nunca con una cátedra por su lealtad en el amor. Los hombres y mujeres de un temperamento intenso, emocionalmente sincero, estoicamente lírico, simpáticamente profundo, son sencillamente «declassés». Nuestros establecimientos de enseñanza son lugares de refugio para hombres y mujeres incapaces de soportar cualquiera de las más pesadas y realísticas cargas de la vida; pedagogos calcificados, sedantes de vulgaridad anémica; gramáticos estériles, hombres todos ellos faltos de pasión y de arrojo.»

No se crea que estos hechos que recalca el doctor Schmalhaussen no tienen trascendencia en la vida futura del alumno. La tiene, porque estos profesores «anticuados», guiados tal vez por un sentido de envidia, pretenden evitar que los estudiantes lleguen en ese plano sexual y

emocional a una libertad y felicidad que ellos no han logrado.

Pedagogía eugénica.—El grito de pedagogía eugénica deberá de ser libertad para los alumnos, que lo son en definitiva todos los niños de la futura generación. Pero el mayor grito de rebeldía será en tanto los pequeños lleguen a estar en condiciones de recibir esas enseñanzas fuera del seno del hogar, el de reformar la organización pedagógica universal, para que en la selección futura se mire no tan sólo la inteligencia, sino el amor a la profesión, la vocación, la aptitud para esta enseñanza, cualidades todas que hacen tanto más apreciable la figura del futuro profesor—desde el primario hasta el universitario—por lo mismo que valdrán para rodear su figura de un halo de mayor simpatía y atractivo para el alumno, y el éxito de la enseñanza depende en gran parte del agrado y claridad del profesor. Si el alumno se da cuenta de que a su lado está un profesor que le comprende, que ha sido niño como él con todas sus vacilaciones y sus problemas y sabe que en él puede franquearse hallando con el afecto, la natural experiencia, sentirá hacia su profesor esa comunidad de ideas y de espíritus indispensable en esa relación armónica que habrá de ser en todo momento la pedagogía—enseñanza para que se vuelva a enseñar—, cadena única en que se resume toda la existencia de la Humanidad.

La conducta del profesorado.

«La fuerza generadora es una fuerza creadora. Bien comprendida en su esencia y bien empleada, constituye una «potencia que asegura al hombre precisa y naturalmente, mejor que ninguna otra, su inmortalidad en la tierra».

Prof. ROBERTO MASSALONGO.

Con frecuencia se creía que era tan sólo en España donde estos juicios severos se llevaban a efecto sobre la conducta del profesorado. El de la maestra que, por dejar leer a sus alumnas obras—como «Gargantúa»—de Richardson o de Margarita Nelken, era destituida de su puesto aun por el poder arbitrario de la primera dictadura del general Primo de Rivera, parecía ser ejemplo típico en España. Pero no nos hagamos tampoco tan pesimistas. Aunque sea un consuelo de tontos éste que admite el hecho de que el «mal de muchos» nos parezca menor, lo cierto es que la falta de sujeción a los convencionalismos actualmente existentes que en un hombre de negocios pasan casi siempre inadvertidos, a no ser que occasionen menguas en su fortuna, es objeto en el médico, en el abogado, en el ingeniero, de una sanción violenta.

Un caso bárbaro.—El caso más bárbaro realmente de intromisión en la conducta sexual privada, máxime sin motivo de escándalo, se dió en Norteamérica: I. B. S. Haldane es un eminente bioquímico del Trinity College, de Cam-

bridge. El profesor Haldane fué objeto de una demanda de divorcio por parte de su mujer, y fué obligado a dejar su cátedra de Bioquímica en el Trinity College. Pero el profesor Haldane apeló ante las autoridades universitarias, y su caso llegó a la jurisdicción de un Tribunal especial autorizado para entender en estos lances. El tal Tribunal se conoce con el nombre de *Sex viri*; lo componen profesores y dignidades de las Universidades, presididos por un magistrado superior. Constituye la misión de dicho Tribunal «decidir hasta qué punto deben modificarse los Estatutos universitarios de conducta moral, redactados en una época de mayor rigidez y acomodarse a tiempos más benignos». Y según se hizo público en el «Times», de New York, el 18 de marzo de 1922, el Tribunal decidió que el buen sentido y la ciencia debían prevalecer sobre la rigidez y, de acuerdo con la apelación de Haldane, decretó que éste fuera reintegrado a su cátedra.

Consecuencias.—Pero saquemos de aquí dos consecuencias. Una, que un simple divorcio, que no puede implicar falta alguna a la moral convenida, es suficiente motivo para una destitución aun en Norteamérica, privando así a estos hombres que cultivan forzosamente la pedagogía a no poder gozar de la misma libertad que los restantes ciudadanos. ¿Qué ocurriría si ese profesor explicase abiertamente estas cuestiones sexuales? Aquí y en otros capítulos van algunos casos, pruebas de la odiosa intolerancia en este plano de verdadera acción pedagógica. Otra, que el *Sex viri* debería extenderse a todas partes como un posible puente entre una era rígida y esta otra de mayor racionalidad y tolerancia.

Porque, de lo contrario, la presión contenida

obligará a una explosión mucho más enérgica, por lo mismo que será muy justa.

Por lo mismo que pedimos libertad para la propaganda eugénica y contraconceptiva para todos los ciudadanos, también tenemos la obligación de hacer extensiva esa libertad, con mayor motivo a los que en definitiva habrán de ser sus propagadores. Hasta aquí existía la convicción de que sólo los padres podían dar la eficaz orientación sexual a sus hijos. Sin embargo, como la escuela debe ser una prolongación del hogar, y aun su sustitutivo en los casos que vengan en que el hogar desaparezca como tal institución tradicional, los maestros, que comprenden desde la escuela primaria a la Universidad, deben preocuparse de estar preparados para responder a las inquietudes juveniles. Stanley Hall, después de manifestarse partidario de este tipo de educación, manifestaba que, dadas las «mil exigencias, tipos y fases de la juventud, algún día nos convenceremos de que este importantísimo tema puede ser el motivo fundamental de una labor pedagógica grande y transformadora, así como una excelente oportunidad para la iniciación en la vida de la comunidad, en que forzosamente habrá de desenvolverse el hombre». Muchos casos de crímenes, de inadaptación de los hombres a la vida de sociedad, provienen de esta deficiente iniciación sexual, que les ha impelido hacia el odio, exaltando sus ya anormales instintos hasta convertirlos en un peligro para la sociedad que, en definitiva, nada ha hecho tampoco para redimirlos.

Un error pedagógico.

«La vida, en una crisis tan profunda de cambio y readaptación, se abre trabajosamente camino en formas nuevas, que en un estado de más feliz equilibrio y afirmación interna resultarán amables y aceptabilísimos. Son momentos difíciles y dolorosos, pero el hedón en un laboratorio no es ningún argumento de fuerza contra la maravilla y utilidad de la ciencia».

JAMES HARVEY.

Uno de los más graves errores pedagógicos en que han incurrido muchos de los guardianes de la nueva moral pedagógica y los críticos del régimen educativo liberal, esto es, que predica y es ahora la propia libertad, sientan como uno de sus argumentos principales el de que a los alumnos de los colegios deberíamos protegerles contra conferencias y lecturas que pudieran prematuramente ilustrarlos acerca de las cuestiones sexuales o despertar su curiosidad acerca de ellas cuando aún no hubieran llegado a su imaginación. El que un profesor se refiere serenamente en sus conferencias a temas «tan delicados» como el del divorcio, el adulterio, la prostitución, la homosexualidad, el autoerotismo u otros análogos, o les parece un grave atentado a la pureza infantil, y, por otra parte, a algunos de ellos se les antoja que va en contra de la discrección y buen gusto académicos. El que tales informaciones sexuales puedan redundar en tratos perjudiciales para los estudiantes, aún cuando pudiera ser un hecho

que en el inconsciente del niño o por otras informaciones anteriores no tuviese ya alguna noticia de ellas.

Opiniones.—James Harvey y Robinson observan muy oportunamente, y nosotros juzgamos de utilidad reproducirlo aquí para ejemplo de pedagogos pertinaces: «Soy opuesto a toda censura, en parte, porque ya tenemos leyes draconianas y aun policía dispuesta siempre a intervenir en cuanto parece amenazado ligeramente el público de la propiedad, y en parte también porque, como hace siglos dijo Milton, los censores están seguramente locos, pues de otra suerte no consentirían el actual. Yo tengo la firme convicción de que el saber posee un fundamental valor. Desearía que los chicos y chicas se enterasen cuanto antes de ciertos llamados «males»—bien llamados así, por cierto—y que desde temprano empezasen a contar con ellos. No tengo fe alguna en la eficacia de silenciar los hechos cotidianos. Tenemos demasiado empacho de honradez. Al tildar a éste o a aquél de desmoralizador rara vez nos preguntamos a quién y cómo ha de desmoralizar. Hemos montado una máquina suficientemente delicada para impedir la circulación de uno de los tratados filosóficos de Thorstein Veble y de la novela altamente esotérica de Mr. Cabell. Y a juzgar por la conducta de algunos de nuestros directores de colegios, la influencia de estas obras se limita al reconocimiento de su noble fraseología, con escasa comprensión del perdurable valor de los sentimientos que encierra.

En realidad, terminaba Harry Elmer Barnes en su obra «El sexo en la educación» con el detalle irónico, pero indiscutiblemente real, de que si a alguien hay que proteger es a los padres, ya que para éstos suele ser ya imposible el cambiar

de ideas y hábitos de vida y cualquier innovación en el orden de cosas vigentes tiene que causarles inquietud y sobresalto. Este punto de vista es el que desarrolla en un tono entre humorístico y patético el gran maestro de la ciencia del sexo Havelock Ellis, quien en el prólogo de su obra «Ligeros ensayos sobre el amor y la virtud» dedica su libro a la nueva generación y deja a juicio de ésta el decidir si debe permitírsele o no a la generación adulta el leerlo.»

Un incidente típico.

«Tres hombres que no se habían visto nunca, están ahora sentados en un «pullman» para fumadores, y se cuentan historias verdes. Un cuarto hombre y luego un quinto se les suman; los cuentos verdes continúan. Luego surge otro hombre y, sin propósito consciente, sin referencia alguna a la índole de este último hombre, cesan las historias obscenas. Los individuos se han sentido muchedumbre. El sexo es un asunto totalmente privado. Y obedeciendo a una ley que ignoran, sienten que los cuentos que estaban narrando resultan fuera de lugar en una muchedumbre; instintivamente encuentran imposible el seguir contando sus historietas».

WALDO FRANK.

La mayoría de los modernos científicos, aun en países tan avanzados como en Norteamérica, y particularmente en los Estados Unidos, conservan un criterio realmente cavernario y absurdo sobre la posible reorganización reformada de la familia y de las relaciones sexuales y pretenden, exaltando los que ellos creen que por estos hechos se deslucen, atributos de la feminidad, llegar a consecuencias realmente asombrosas. En una discusión suscitada durante la Asamblea anual de la Sociedad Sociológica Norteamericana, celebrada en Washington en diciembre de 1928, una joven sociólogo de talento, psicólogo y novelista, la doctora Lorine Pruette, dió lectura

acerca de la orientación de las ideas respecto de la familia en la novela moderna. Afirmó, entre otras cosas, la conferenciente que los novelistas contemporáneos parecen estar ya de acuerdo en que la conducta sexual debía ser menos carnal y más estoica ; en otras palabras, que debía haber «menos y mejores seducciones». Tales palabras convirtieron en un «pandemonium» aquella Asamblea de solemnes sociólogos. Llovieron durísimos ataques sobre la doctora Pruette, y el venerable jefe de uno de los más importantes departamentos sociológicos, con lágrimas en las mejillas defendió el sagrado título de Madre, como si la doctora Pruette se hubiese propuesto privar desde aquel momento al mundo de la maternidad.

El episodio culminó en una escena en el banquete anual de la Universidad, en que el profesor Arturo Todd declaró en frenéticos latiguillos que era perniciosa toda la sexología de nuevo cuño, defendiendo un punto de vista en el asunto que hubiera causado las delicias de los manes de Antonio Comstock o Dio Lewis. Desde un punto de vista puramente científico, su actitud dejó en pañales a la de aquel legislador del Tennessee, que el juicio de Dayton, 1921, contestando a las ironías de Mr. Darrow, declaró que él creía que Dios le había dictado «directamente» a Moisés la Biblia en la inmaculada prosa inglesa de la versión del Rey Jaime. Pero el profesor Todd fué objeto de una ovación por parte de los entusiasmados sociólogos.

Por ello, añade como comentario Harry Elmer, y nosotros lo suscribimos íntegramente : «El autor de estas líneas no espera que los sociólogos aboguen entusiástica y dogmáticamente por el amor libre. Que así lo hicieran sería tan deplorable como lo es el que ahora sean tan aturdida y

supersticiosamente partidarios de la monogamia indisoluble. Todo lo que de ellos se reclama es que estén prestos a examinar los temas sexuales con la misma objetividad y el mismo método científico con que analizan instituciones como el Estado o la propiedad, y que se avengan a escuchar las discusiones científicas en torno al sexo, sin esa indebida actividad de su adrenalina, ni ese balbucir de la palabra «madre» con los rostros bañados en llanto. En una palabra; sólo les pido que se acerquen con actitud de adultos a las cuestiones sexuales..»

La escuela moderna.

«Nos desbordamos en los demás y nos continuamos en nuestros hijos—¡hijos de la carne y del espíritu!—, expandiendo nuestro vigor en todo lo que vive fuera de nosotros. Resurrección de nosotros mismos en otros. He aquí un nuevo deber humano».

NÓVOA SANTOS.

Nosotros debemos, al analizar este epígrafe, ver en la escuela su honda trascendencia para la psicología infantil; por consiguiente, el valor que tiene, ya que la escuela es el mundo del niño, en el que éste se desenvuelve en la mayoría de los casos, y de la educación que se dé en la escuela depende su situación y su punto de vista ante los problemas futuros. Por ello cabe admitir dos hipótesis o dejar que en la escuela se analicen los problemas sexuales cuando empieza el despertar del instinto; esto es, tres o cuatro años antes de la pubertad—escuela retrasada—o que, por el contrario, la escuela se adelante y tome al niño de entre los brazos de la madre apenas existe la posibilidad de formación sexual y a un tiempo psicológica.

Primer supuesto.—En el primer supuesto, la labor del hogar y, dentro de él, la de la madre y el padre en segundo término, es más intensa y ofrece mayor responsabilidad, y que tiende a que el sexo del niño se vigorice y se defina. Es, pues, una etapa en la que la madre ha de cuidar ante todo del desarrollo físico del niño, procurar crear en él nuevos hábitos que sean la trama

de su subconsciente, qué haya de imperar para siempre en su existencia.

Segundo supuesto.—En el segundo supuesto, a la escuela habrá de corresponder esa misión en todo momento más difícil, dada la imposibilidad, aunque la escuela sea lo suficientemente moderna de que se convierta en un hogar distinto para cada pequeño y adaptado al desarrollo físico y mental de éste. No hay que tener ese terror tan extendido a la escuela a base del sentido disciplinario de ella, ya que en una escuela modernamente orientada, esa disciplina que ha hecho recordar a algunos pedagogos la puramente del cuartel, a los niños se les concede un máximo de libertad moral dentro de las más ligeras restricciones materiales y se procura desvirtuar el concepto de que los niños son allí los secundarios y los maestros, lo esencial, con el hecho de que al niño se le debe, inspirándole confianza y concediéndole un crédito de expresión libre y adecuada, consentir que dé su criterio y desarrolle su juicio sobre los problemas que estudie, sin ver en ellos meros temas memorísticos, sino, por el contrario, susceptibles de ser analizados y criticados. Veamos, pues, las frases que a la escuela moderna dedica Elisabeth Golsmith en su obra «La conciencia sexual en el niño»:

«La escuela representa el factor objetivador en su vida, mientras que el hogar representa su adaptación a una unidad familiar a la que se halla emocionalmente ligado. La escuela es el mundo del niño, en el que éste puede encontrar poco a poco su orientación con respecto a la abrumadora complejidad del externo mundo adulto y en el que puede desarrollarse con arreglo a patrones de adaptaciones de un modo gra-

dual y no ser moldeado en un molde antes de haber tenido tiempo de allegar suficientes experiencias en sí mismo. La escuela moderna, finalmente, es un laboratorio donde mediante una verdadera observación del niño de esta manera natural, se les puede asesorar a los padres, y mantiene un respeto a las actitudes de la infancia a los fines de salvaguardar la dinámica energía del niño en vez de brindarles métodos conducentes a aminorar su curiosidad y sus actividades.»

Escuela y hogar.—Tengamos muy en cuenta estas palabras y extraigamos la oportuna consecuencia. Hace falta una escuela capaz y orientada, pero también un hogar aún más capaz. La madre que tiene que atender a las reclamaciones de hijos de muy distintas edades, no tiene ánimo ni tampoco la suficiente adaptación para responder a las preguntas de unos, a las curiosidades de otros, al desarrollo de los restantes, si no ha de verse en absoluto dedicada a ellos, y aun así, obligada a aislarlos en cuanto a esa satisfacción de su curiosidad, con lo que el niño a quien se le somete a ese régimen ve en ello un motivo de misterio, y aquellos que notan ese criterio de excepción, desarrollan aún más su avidez en pro de ilusiones o esperanzas aún no realizadas, con lo que todos ellos, si son lo suficientemente sanos para ser bullangueros y curiosos, llevarían a la madre a un estado tal mental, que terminarían con su resistencia física y moral, si tenía el afán de orientarlos y educarlos bien, o la obligarían a dejar que aprendieran en la calle, en contacto con seres depravados o con personas malintencionadas, aquella orientación que ella, por el excesivo número y por el lujo de cuidados que habrá de prodigar a sus otras ocupaciones no habrá podido darles.

Dilema para la madre.—Terrible dilema para la madre. En él está la puerta franca del control de la natalidad. La madre que no tenga más que para educar a un hijo, que no tenga más que uno; la que tenga para más, que los tenga espaciadamente, cuando ella crea que el peso se ha aligerado y está en condiciones de poder dedicar sus energías al servicio de un nuevo ser. Cuando la escuela moderna abra sus brazos al niño, la madre puede, si así lo desea y cuenta con medios económicos, físicos y morales para ello, entregarse a la labor de formar un hijo, otorgándole todas las enseñanzas que la teoría que ya conocía primero y la práctica en su caso, después, le han hecho atesorar.

Necesidad de la coeducación.

«Hombres y mujeres expresan sus rasgos peculiares con arreglo a un común patrón hecho a medida del hombre; esto es artificial, o no hecho por la Naturaleza.

JOSÉ JASTROW.

Parecía fuera de duda que la etapa moderna era la que habría de consagrarse inevitablemente la coeducación. Aún parece que hay quienes se resisten a ello en nombre de una pretendida moralidad. Por respeto a la sana orientación sexual de la infancia, antes que por otras razones de más peso moral, hemos de abogar por la implantación inmediata y con carácter obligatorio de la coeducación. La Naturaleza no separó jamás los sexos. El hombre ha sido quien inventó la educación diferente para cada sexo. El profesor Marr, a último del siglo pasado, denunciaba ya, con acierto, los peligros de esos colegios unisexuales para el porvenir de la raza, que depende de los adolescentes que a ellos acuden. Juan Mareschini y Julio Obici, doctores italianos, descubrían, también por entonces, a los asombrados ojos del mundo, que creía pecado cuando trataba llena y limpiamente las cuestiones sexuales que «las amistades de colegio, coetáneas con las primeras manifestaciones del amor, fueron el hondo secreto sexual de muchas historias clínicas que hubieron de degenerar más tarde en dolorosas tragedias».

La coeducación desde los primeros años acabará con esa obsesión sexual de la mujer, tan corriente en España, y acabará con las tendencias homosexuales, sáficas y de pederastia que se advierten en los colegios unisexuales.

«Porque en los centros donde se practica la coeducación, dice con evidente acierto Quintiliano Saldaña, toda aproximación excesiva de adolescentes de un mismo sexo es marcada con befa y tachada como sospechosa. Esos cariños misteriosos pronto levantan en su torno la burla, y no hay para corregir palmeta tan dura como el ridículo.»

La finalidad de la educación.

«Sólo el don de la imaginación y de la simpatía confiere a un hombre el derecho a instruir a los niños. Que el maestro desempeñe siempre el papel de inspirador».

RABINDRANATH TAGORE.

Nunca como ahora se percibe la necesidad verdaderamente urgente de transformar por completo la misión de la educación. Nosotros, convencidos de ello hace mucho tiempo, creemos que éste es el instante en que puede llevarse a la práctica. Van a crearse maestros eliminando el sistema absurdo de la oposición, por cursillos intensivos; van a salir misiones pedagógicas de la ciudad al campo. Reformemos, en este instante revolucionario, la finalidad de la educación. Antes que nuestras palabras, sentidas pero modestas, vamos a poner las de un poeta indio, que es a la vez uno de los pedagogos más grandes, nuevo, de espíritu inquieto y comprensivo: Rabindranath Tagore:

«En mi sentir, el fin de la educación—dice—consiste en obligar a nuestro espíritu a alcanzar, mediante la inteligencia y el esfuerzo moral y espiritual, la armonía de las relaciones con todas las cosas que nos rodean. Se puede adquirir una educación por medio de libros y enciclopedias; pero esta educación no puede satisfacer a nuestro espíritu inquieto... Los alumnos de mi escuela de Santiniketan dirigen en el pueblo vecino clases de adultos. Nuestra granja experimental está siempre dispuesta a rendir servicio a los vecinos. Nosotros animamos a nuestros muchachos a que ayuden a los aldeanos en la limpieza de sus depósitos y en la lucha contra la

malaria. Porque el fin de la educación es preparar el espíritu para mantener relaciones armónicas no tan sólo con la Naturaleza, sino con la Humanidad. Una escuela ideal debe estar en contacto con la actividad humana que la rodea y debe darse ocasión a los niños para que tomen parte en ella y desarrollen de este modo su simpatía hacia las gentes que labran la tierra para ellos y para ellos tejen las telas. Sólo el don de la imaginación y de la simpatía confiere a un hombre el derecho a instruir a los niños. Que a lo menos el maestro desempeñe siempre el papel de inspirador.»

Y si tan profunda y trascendental es la misión de la nueva enseñanza, si hemos de procurar poner al niño en contacto con la vida, ¿cómo alejarle del tema sexual, que forzosa e inevitablemente habrá de desempeñar en su existencia papel tan importante? Hagámosle ver al niño la poesía y la realidad de los hechos. Acerquémonosle a la vida en la que habrá de entrar en el transcurso de unos años a luchar entre adversos o favorables elementos. No seamos tan inconscientes que, manteniendo al niño en estúpida ignorancia y aislamiento, le lancemos después violentamente en un mundo de pasiones, donde todo gira en torno a tan candente cuestión, de la que no tiene la preparación mínima e indispensable para conocerla y para precaverse de ella.

Toda cautela en el resbaladizo terreno sexual será siempre escasa, dada la natural inconsciencia humana. Y no hay método preventivo más eficaz que el que proporciona el pleno conocimiento. La Ciencia es la única panacea de la Higiene Sexual, tanto física como moralmente considerada.

El niño en el manicomio de los adultos.

«Porque todos tenemos algo de locos, a todos nos interesa cuanto a ellos atañe. Si no camisa de fuerza, calzoncillos, guantes, lentes o prendas aún más íntimas que las puestas en contacto con la piel casi todos mereceríamos en algunos momentos llevar. Sin la palabra «ilusión», sin la palabra «olvido», ¿qué sería del hombre? Ilusión y olvido son los principales componentes de la locura».

HERNÁNDEZ CATÁ.

La Humanidad es un grande e inmenso manicomio de adultos. Es ella misma quien define los delitos, quien hace los Códigos, quien declara las penas y ejecuta las sentencias, y, en definitiva, quien los comete. La Humanidad, en sus falsas creaciones, les ha enloquecido, intentando buscar inútilmente remedios a aquellos actos, que, meros supuestos, ha creado ella misma, fomentando su in tranquilidad. El mundo, pues, tal como existe, es un gran manicomio de adultos y para adultos. Y en ese medio tan desfavorable actúan los niños. Entre las pasiones humanas, los odios, las rencillas, las excitaciones sexuales, los afanes lúblicos, los celos, los bárbaros crímenes, la miseria, el dolor, toda esa enorme contextura de males que forman la trabazón interna de la vida social, el niño nace y se desenvuelve. ¿Cómo podemos juzgar que la Humanidad puede regenerarse de ese modo? ¿Cómo no ver que

el niño, placa de cera en quien habrá de grabarse fatalmente la mala educación recibida, las impresiones que perciba en sus primeros años, no podrá ser nunca el hombre puro, sino que vendrá mancillado por la impureza de los demás?

Yo creo que, en aras a ese sacratísimo derecho del niño a vivir entre hombres cuerdos y normales, todos deberíamos imponernos la obligación de procurarnos la máxima felicidad, la tranquilidad y el reposo mayor, el menor número de preocupaciones para que el niño no viniera a luchar entre los factores psíquicos riñendo empeñada batalla en su derredor, sino que se desenvolviera en un ambiente de paz y de tranquilidad. Y yo creo es ante todo injusto que pretendamos en un abismo, de otro modo inexplicable, hacer sentir a esos pequeñuelos la presión terrible de nuestra locura, con las «manías» verdaderamente fatales de que están impregnados los viejos métodos pedagógicos.

No hay nada más desastroso que la educación comprendida como hasta aquí. La educación de una falsa moral y una no menos falsa religión terminan por embotar cuanto hay de noble y de afectivo en el niño, y le convierten en un loco más, que habrá que añadir quizá una faceta más que sabios pacientes y aislados en las torres de su laboratorio se encargarán tal vez de investigar y analizar, acaso con el famoso *Micromegas* de la romanza de Francisco María Arouet (Voltaire), quien, viniendo en compañía de un habitante de Saturno a examinar la Tierra, no podía menos de extrañarse de la complicadísima psicología del hombre y de su ridículo afán de investigar en su pequeñez más allá de donde pueden llegar a los límites de las fuerzas de la Naturaleza.

Las principales manías de los adultos.

«La tarea de subyugar y domeñar, sin darle satisfacción un instinto tan poderoso como el impulso sexual, es capaz de agotar toda la fuerza de un hombre. En la mayoría de los casos, esa lucha agota todas las energías del alma y del carácter en el momento preciso en que el joven necesita de todas sus fuerzas para conquistarse un puesto honroso y beneficioso en el mundo».

SEGISMUNDO FREUD.

No es extraño que los hombres hayan tenido que recurrir hasta aquí, en sus métodos pedagógicos, al uso inveterado de ciertas costumbres que, degenerando por el automatismo psíquico, llegan a convertirse en manías.

¿Cómo extrañarnos, pues, de que se produzca particularmente en el período de la adolescencia una enorme confusión mental, una aversión a las normas de conducta que todas las personas «sensatas» del manicomio consideran como fundamentales y una altiva y desconsiderada rebeldía contra toda regla que rija en el citado manicomio? Es casi inútil, por lo prolífico, enumerar las innúmeras manías existentes. Entre ellas figura la *mania religiosa*. ;Con cuán extraordinaria frecuencia los padres recurren a la imagen vengadora de la Divinidad para atemorizar los instintos de rebeldía legítimos y explicables de la infancia y de la adolescencia! Existe la creencia de un Dios vengativo, anciano irritable al que

representan con sus dos brazos, su ceño, su sistema nervioso fuertemente excitable y una terrible impasibilidad para torturar a los desgraciados seres humanos a quienes ha creado, consintiéndoles en vergonzoso arrebato que incurrieran en los crímenes que luego habrán de penar en su incommensurable injusticia. La religión estimada desde este punto de vista, que en el campo cristiano inició en tiempo de los primeros panegiristas Tertuliano y que luego han continuado muchos otros para dar mayor consistencia a las fórmulas pedagógicas, acaba con cuanto de noble y generoso hay en el espíritu infantil. Son muchos los métodos pedagógicos que van en contra de las «brujas y trasgos», de las viejas y burdas patrañas del «coco» y de otros atemorizantes que no valen más que para que el niño deje de pensar y exponer sus ideas libremente, adquiriendo el hábito de hipocresía bajo los perniciosos influjos del terror. Pero los peligros mayores y que la pedagogía moderna debería hacer resaltar son los de esta educación en una religión monopolizada por una divinidad vengativa e injusta que se complace en atormentar, lo que ha originado en muchos individuos la creación de un sentimiento masoquista (algolagnia pasiva) en su tendencia hacia el misticismo, que tolera y aun desea los castigos de esa divinidad y que se mortifica con cilicios y otros tormentos, y que en otros ha arrastrado a la locura íntima que habría de dejar para siempre rotos el contacto entre los centros locales nerviosos y de la humana sensibilidad.

Quienes hayan leído la magnífica obra: «A. M. D. G.» (Ad majorem Dei gloriam), de nuestro Pérez de Ayala, y otras semejantes donde se narra la influencia que sobre el espíritu infan-

til ejerce esa concepción trágica y terrible de la divinidad que se desenvuelve sobre el espíritu infantil un doble influjo de terror material y espiritual, saben que muchos de los que pertenecen a la nueva generación han sufrido esa perniciosa influencia y conocen lo indeleble de su estigma de por vida. Esa inquietud, que sintetizaba Bertuco en esas frases maestras de la citada novela de Pérez de Ayala: «Maravillábase del raro carácter de un Dios que cría al hombre como muñeco con que distraer infinito tedio, y lo trae a la acerbidad de una vida miserable y breve por recibir de él alabanzas, que, siendo Dios no había menester, no de otra suerte que un monarca antojadizo y estólido forma cortesanos que lo recreen con adulaciones y lisonjas. Pues si el hombre es cosa tan torpe y hedionda, ¿cómo asegurar que Dios lo hizo a imagen y semejanza suya?» Es la misma que sienten muchos de los jóvenes, que por muy desesperados esfuerzos que hagan no podrán ya apartar de su mente, de su voluntad y de sus actos la influencia tóxica y enervante de esta primera educación.

No hallamos frases que mejor expresen el daño moral de estos desastrosos métodos pedagógicos, que aquellas de Amado Nervo, cuando decía:

¡Oh Kempis, Kempis, asceta yermo,
Pálido asceta! ¡Qué mal me hiciste!
¡Ha muchos años que estoy enfermo,
Y es por el libro que tú escribiste!

La moral a medida.

«Nada encontramos justo o injusto que no cambie de calidad al cambiar de clima. Tres grados de elevación hacia el Polo revolucionan toda la jurisprudencia. Un meridiano decide de la verdad. El derecho tiene sus épocas. El paso de Saturno a Leo nos justifica el origen de determinado crimen. Lo que es verdad aquende los Pirineos, resulta mentira allende los mismos».

PASCAL.

Otra de las vergonzosas costumbres que, generando en perniciosos hábitos psíquicos y manías, se deja sentir, es la de la «moral» a medida de los gustos individuales. En realidad, definir la «moral» es tarea ardua que exigiría más detenido estudio, pero no podemos por menos de pensar que «moralidad», derivado de «mos» y «mores» costumbres, no es más que lo aceptado por impulso tradicional como regular y correcto y que la moral no es inmutable, sino que ofrece múltiples facetas y puede llegar a las más radicales transformaciones. Creo que este hábito de estimar que la moral es única y universal y de denominar inmorales a los actos que parecen impuros y reprobables, penándolos con los más graves castigos, es costumbre por demás perniciosa. W. G. Sumner, en su obra : «Folkways», cree que sería conveniente cambiar la forma de la palabra de modo que diera más énfasis al verdadero y fundamental sentido de la moralidad,

y propone la palabra «mores» para indicar «costumbres populares y tradiciones que conducen a la reforma social». En definitiva, termina, la palabra «inmoral» sólo significa algo contrario a las «mores» del tiempo y del lugar.

La moral a medida de las viejas generaciones no puede estar en consonancia con la moral de la nueva generación. Las costumbres de ésta, inspiradas en una mayor independencia económica y espiritual, en un anhelo de renovación, no pueden estar de acuerdo con el ya clásico estancamiento en el que han incurrido los viejos que desde hace tres o cuatro generaciones mantienen principios tachados de inmutables, sin que sufran la menor transformación.

La moral es un pudridero.

«La moral se basa en la Naturaleza. Por ello el miedo excesivo, hasta extendido entre nosotros, de herir o injuriar a la moralidad, no tiene, pues, fundamento. Los mismos imperativos categóricos de nuestras tradiciones, lejos de ser, como se supone, esfuerzos para suprimir la Naturaleza, son, en realidad, consecuencia de un vivo deseo de asistir y ayudar a ésta. Lo malo está en que dicho intento, como todo aquello que pasa y muere, tiende a persistir mucho más allá del período en que pudo influir beneficiosamente como reacción vitalísima en el ambiente especial y determinado en que se formó primero».

CRAWLEY.

La moral es, pues, en la actualidad un grande, un inmenso pudridero en que toda la carroña espiritual acumulada por las generaciones pasadas se funde, dejándonos sus fétidos olores como prueba de su incompatibilidad con nuestro olfato más despierto.

No hay nada más inaceptable que el pretender que los jóvenes aceptemos como bueno cuanto se ha dicho, escrito o pensado sobre temas que constituyen hoy candentes problemas y renovadas inquietudes. Todos los hechos deben ser sometidos a crítica y a censura. El análisis es la gran arma de todas las juventudes. Y aquellos que pretenden ser los cimientos y pilares de

la nueva moral deben sufrir más detenido y minucioso estudio, ya que de ellos depende la felicidad humana. Son muchos los hombres que, obligados por esa vieja enseñanza, van por la vida, poniendo grilletes a su personalidad, sujetos por férreas cadenas a la boya del «qué dirán» y de la opinión. Hora es ya de que soltemos esas amarras y que boguemos en plena libertad. Porque la actitud de estos hombres, que se incapacitan a sí mismos para la lucha con sus dudas y vacilaciones, no se ha limitado a ese perjuicio individual, sino que se han obstinado en poner estos mismos grilletes a quienes con ellos comparten la vida en este planeta. Y la única felicidad, la única fortuna del hombre, es su libertad.

No hay crimen que sea más punible que aquel que anquilosa la conciencia del niño en sus primeros años, que aquel que embota su sensibilidad y castra sus impulsos, impidiéndole toda independencia en sus ulteriores movimientos. Este acto de castración forzosa que se practica en el gran manicomio para cuantos sienten instintos de rebeldía frente a actos que no comprenden, es el que nos aconseja como medida inicial el fomentar y alentar esta rebelión de la juventud. Hay que reconquistar nuestra libertad. Y acabar con las «frases hechas», los «supuestos tácticos», las «normas de conducta», fatales e inevitables.

Si la Pedagogía mal interpretada produce resultados fatales, juzgando a todos los niños por idéntico patrón, la Moral, fórmula suprema de elasticidad al juzgar igual a todas las conductas, comete un crimen, un atentado de esa personalidad, cuya pena máxima puede ser la de evitar que se repita en las posteriores generaciones. Un

gran lazareto puede recoger a los ya infeccionados, a quienes el veneno ha llegado hasta venas y arterias de un modo tal, que, fanáticos de su mismo mal, se obstinan en contagiárselo a toda la Humanidad. No hay nada peor que el fanatismo. Y más cuando se oculta bajo la apariencia hipócrita de una falsa libertad. El ser más peligroso que el hombre puede tropezar en su vida es aquel que, obstinándose en no pensar, en no razonar, quiere hacer triunfar su criterio. Cuando la Iglesia se alió con el sable, su viejo enemigo tradicional, perdió su autoridad moral, siquiera ganara la material de la fuerza. Cuando el hombre recurre a la violencia para exponer sus ideas y no tiene autoridad para defenderlas, el daño que este ser produce a la Humanidad, tanto a los que le siguen inconscientes como a los que le censuran arrebatados es tal, que un aislamiento definitivo debiera impedir que entes tan peligrosos para la paz pública deambularan entre nosotros. ¡Horror al fanatismo! ¡Ante todo, por encima de todo, comprensión y tolerancia!

El cristianismo es una paranoia organizada.

«Jeschu bar Jossef (Jesús) hablaba así, porque era un paranoico obsesido por la idea fija; no daba el signo de su divinidad, porque no era un dios. La sublimidad de sus parábolas es obscuridad de delirante; su transfiguración en el Tabor, su famosa teofanía, es un fenómeno patológico; su sudor de sangre en Getsemaní se llama «hematidrosis» en Psiquiatría; su mutismo ante los jueces—de tan profunda significación según los teólogos—es un síndrome provocado por la contracción casi absoluta de las neuronas de la corteza cerebral».

BINET-SANGLE.

Jeschu bar Jossef, el Jesús de la Biblia, ha muerto, en efecto, víctima de un error judicial y de la ignorancia que de psiquiatría tenían los que le juzgaron. Debería haber sido encerrado en un manicomio, como Guillermo Monod, el Cristo suizo... Nada nos importaría él ya, si no hubiera quedado el «jeschuísmo», la Iglesia—las iglesias—y el jesuitismo. Jesús, foco irradiador de locura, sigue actuando, reproduciéndose en el jesuismo, mucho más peligroso aún que el apóstol, ya que es Jesús vivo y multiplicado. Lindsey mismo, en su obra «La Vida peligrosa», ha llegado a exclamar, horrorizado ante la

influencia dolorosa de la religión cristiana en las conciencias juveniles: «El cristianismo es una paranoia organizada.» Manía que «destruye o aniquila una gran parte del individuo», que arrastra hasta las más elevadas cumbres, que aleja de la realidad y crea los más encontrados afectos y que aparece sometida a la más perfecta y complicada organización. Asombra, leyendo, por ejemplo, la magna obra «El Poder y los Secretos de los Jesuitas», el ver la formidable organización de la fuerza eclesiástica, lo bien dotado de todas sus actividades, la red espesísima tanto material como espiritual, de negocios, personas, voluntades, intereses que han creado en torno a la Humanidad.

Los jóvenes, con nuestra rebelión, hemos abierto una profunda brecha. No hemos podido decir aún dónde está la verdad. Pero ya hemos podido señalar dónde está la Mentira, y estamos en el momento de iniciar nuestra ruta en busca de esa Verdad tan anhelada. Esa Verdad que si viniera al mundo sería vendida, despreciada, negada por los que aparecen como sus más decididos defensores hoy; esa Verdad, a la que la Mentira, tomando sus ropajes, ha monopolizado su puesto en la tierra, haciendo aparecer como legítimo y respetable cuanto era sólo mera ficción y creación humana, y que hoy, si surgiera desnuda sobre la tierra, sin las ropas que la falacia le arrebató, causaría un terror invencible entre los deseos lujuriosos de los hombres y el pudoroso recato de las mujeres. Si la Verdad personificada en una mujer llegase así al mundo, a buen seguro que la Policía de orden público la detendría como una intrusa provocadora de escándalo público. La Verdad, dondequiera que surge, es aniquilada, perseguida o

aislada cuando menos. Las obras que explican la «verdad sexual», la «verdad social», la «verdad religiosa», son perseguidas y mal interpretadas. Todos se lanzan sobre ellas con fieraza. Que son muchos también los que, diciendo buscar la Verdad, rinden culto a la Mentrira, que les apoya e inspira. Que cuando la Verdad surja, cuente frente a esa Policía de orden público una falange de jóvenes defensores que vayamos a la lucha a mantener sus derechos, como caballeros de la noble causa en el viejo palenque de las «justas de Dios».

El desorden está en relación directa con la prohibición.

«¿ Hay palabra alguna que espontáneamente suscite más esperanzas en la desesperada mente del hombre que esa hermosa palabra «libertad»? Y, sin embargo, no hay que ser cínico ni frívolo para preguntar: ¿Libertad, dónde está tu libertad?

¿Qué es lo que hoy estorba a la libertad? ¿Sus antiguas cadenas? ¿Por qué nos vemos en la necesidad de abogar tan elocuentemente por la más amplia soberanía de la libertad, sino porque la vida del hombre es la historia inacabable de su neurótica sumisión a los ídolos, en su mayoría falsos y el más funesto de los cuales es el amor propio?».

SAMUEL D. SCHMALHAUSEN.

Hay un apotegma lógico, que se inicia en teoría y la experiencia se encargó de comprobar, de acuerdo con el cual el desorden está en razón directa de la prohibición. No hay nada que más excite el impulso contrario, que más despierte en el hombre los instintos de contradicción, que la prohibición o afirmación negativa de que debe o no hacer una cosa. Todos los maestros saben que el desorden en una escuela procede del mayor número de reglas que lo prohiban. Yo lo conozco por experiencia. Visitando, por ejemplo, las escuelas laicas y racionalistas, primeros ensayos en España de una interpretación más justa de la Pedagogía, donde los niños intentan,

como en Alemania, tomar en sus manos, con la sana cooperación del maestro, la dirección y el régimen escolar que habrán de trazarse, parece que no hay niños en la escuela. No nos anuncia su presencia ese «guirigay» ensordecedor que nos hace presumir siempre la proximidad de la infancia en la escuela. Los niños, en libertad, hablan unos con otros, cambian impresiones, charlan con el maestro, pero no chillan ni hablan en tropel. No hay ninguna regla que les prohíba hacerlo. Pero sus instintos, sus normas de conducta moral, impuestas por ellos mismos, son infinitamente más fuertes.

Si los moralistas se hubieran dado cuenta de lo importantes que son los impulsos contradictorios en el hombre, no hubieran pensado en retenerle atado a determinadas instituciones, por fuertes y apretadas cadenas que, recordándole su dolorosa esclavitud, le hicieran ingeniarse y poner a contribución todas las habilidades de su inteligencia y de su más exquisita sensibilidad para buscar los medios con que burlarla y dar así satisfacción, tanto a sus anhelos de libertad como al fondo subconsciente de rebeldía que todo hombre lleva innato.

Libertad, libertad. ¡Cuántos crímenes se cometen en tu nombre!, pudo decir un día Carlota Corday. Y la frase, que entonces tuvo un matiz político y hoy lo tiene social, sigue siendo una terrible pero inevitable realidad.

¡Castidad!

«No hay parte alguna de la conducta humana, en la vigilia ni en el sueño, en la enfermedad ni en el estado de salud, desde la más trivial a la más compleja, individual o colectiva, de hombre a hombre, de mujer a mujer, de hombre a mujer, o en grupos de tres millones de personas, que no se pueda investigar, comprender o encauzar mejor mediante la aplicación sincera y adecuada de la teoría de la libido que Freud hubo de anunciar».

SMITH ELY JELLINE.

Yo no sé que haya nada que más ate que esos principios de la castidad, aceptados particularmente en la mujer como base de todo su código de moral. Figuráos el caso de que la mujer se entregue al que habrá de ser su marido la noche antes de la que lógicamente habrá de ser noche de bodas. Al siguiente día, su marido muere por un accidente, y el matrimonio oficial no se lleva a efecto. Esa mujer será ya siempre una impura, que no podrá ser admitida en la sociedad a que ha pertenecido, a la que muy pocos hombres dispensarán el favor de conceder una mirada, y que se verá obligatoriamente lanzada por la pendiente del vicio para hacer lo mismo que le achacan, aun sin haber pensado en ello. Esa misma mujer se entrega a su marido ya en la noche de bodas. Al siguiente día, otro accidente le priva de la vida. Esa mujer queda ya introducida en sociedad, es una viuda respe-

table, una mujer de la que nada malo se sospecha. Los hombres se disputarán el honor si, como es de suponer, es joven y linda, de casarse con ella de nuevo. Esta mujer será siempre honrada para la sociedad. He ahí una contradicción. El mismo hecho, con escasas veinticuatro horas de diferencia, ha provocado un cambio tan absoluto. Para el mundo, la mujer del primer caso será siempre una inmoral y una viciosa. Todos sus actos se justificarán con la frase: «¡Qué se iba a esperar de ella!»

A ella no le atrae el vicio, pero la sociedad se empeña en que le atraiga, y generalmente lo conseguirá. En el segundo caso, la mujer será siempre honrada. Nadie se preocupará de investigar los móviles de sus acciones. Esa sociedad se ha empeñado en mantener su «pureza» y lo cree tan a conciencia que, aunque descienda las gradas de la prostitución, se conservará en las alturas de la más estricta moralidad.

El disimulo, la hipocresía, la falsía, he ahí los puntales en los que descansan las severas condiciones matrimoniales. La mujer que comete algún delito, ajeno al código social de costumbres, robando o calumniando al prójimo, mintiendo, luchando con su rival, no se juzgará como una mujer «impura e inmoral». Está en el ejercicio de un derecho que la sociedad le confiere. Pero si para evitar que estos hechos sucedan, se separa de su marido, vive libre e independientemente, ya el dedo de la sociedad la señalará imprudente, y si el azar pone en su camino un hombre más generoso y comprensivo, y las relaciones entre ambos se estrechan, el marido primeramente infiel se considerará agraviado, la sociedad le repudiará de su seno, todos

arrojarán sobre ella el estigma de la inmoralidad y ya no se detendrán en críticas y censuras.

Se ha infringido el «código social», se «da mal ejemplo». La censura colectiva es un peso enorme que rara vez se resiste con éxito. Por eso los mozos de la nueva generación necesitamos de un valor a toda prueba para luchar contra estos absurdos prejuicios y para hacer ver que no hay nada como consentir la libertad para que los seres normalmente constituidos que no se sientan atraídos por el vicio patológicamente, lleven a cabo los actos de su vida sexual y de su vida psíquica con la mayor moralidad por un instinto de respeto para consigo mismos, que es infinitamente superior a los instintos obligatorios de respeto para con la sociedad.

El suicidio de la raza.

«Los jóvenes y las jóvenes adolescentes deben saber que el engendrar hijos en circunstancias determinadas constituye un crimen; deben saber también que la represión voluntaria de la concepción, aun en un estado de perfecta salud, será el preliminar indispensable de toda legislación en este sentido».

ANTÓN VON MENGER.

Son muchos los moralistas que hablan de esa frase de: «El suicidio de la raza», como la que aconseja el evitar todo cuanto tienda a restringir la natalidad que ellos estiman ya insuficiente. A ellos deberíamos los jóvenes recordarles las frases de Alberto E. Wiggman en su notable libro «El nuevo Decálogo de la Ciencia», donde sostiene que la especie está cambiando lentamente y que sólo un cambio a la derecha la puede salvar, y que en vez de emplear su recién adquirido conocimiento científico para salvarse, no hace sino emplearlo torpemente en su propia destrucción, al modo del niño que se pone a jugar con una gran máquina que no sabe manejar y de cuyo funcionamiento no se preocupa. Y fundándose en esto, reclama una verdadera educación y una actuación decisiva de los Gobiernos que se interesen por estos peligros y vea el modo de evitarlos.

Los adultos se empeñan hasta aquí en que la juventud no debe abandonarse a buscar novedades, y de este modo, apoyados por la doble

fuerza centrípeta y centrífuga de la superstición y la ignorancia, hacen cuanto está en sus manos por anular a la nación y a la raza. Frente a ellos, la rebelión de la juventud se preocupa por encontrar su alma, se interesa por los móviles de su propia conducta, de otro modo inexplicables, y procurándose la máxima independencia de pensamiento, los jóvenes que hemos extendido nuestra influencia incluso a las mentalidades más rígidas y los corazones más duros, ofrecemos hoy una rebelde actitud donde no nos escondemos con ellos en una fatuidad monstruosa y un monstruoso egoísmo, y no pensamos como ellos en dividir al mundo en dos estirpes diferentes, la de los buenos y la de los malos, sino que creemos que todos somos seres que aspiramos a la felicidad y que cada uno de nosotros la logramos como nos es factible, con arreglo a nuestra inteligencia y posibilidades. La frase de Marañón de: «No se ama lo que se quiere, sino lo que se puede», es de una dolorosa experiencia.

Y hay que dejarle al hombre en perspectiva la de poder amar y desear cuanto pueda tener a su alcance. Haremos con ello un mayor beneficio a la Humanidad que situándola ante vallas cada vez más altas e infranqueables y hostigándola con nuestro desprecio y desdén ante su impotencia, obligándola a estrellarse frente a la dolorosa incomprendición humana.

Los jóvenes somos jueces.

“Quien quiera ser un hombre, ha de ser un disconforme. Quien aspire a cosechar palmas inmortales, no deberá detenerse ante el nombre de bondad, sino que deberá explorar si esa bondad lo es efectivamente. Nada, en último término, es sagrado, sino la integridad de nuestra mente. Absolvéos a vosotros mismos, y tendréis el sufragio del mundo».

EMERSON.

El desenfado de la actual juventud, que tanto ha horrorizado a nuestros maestros de la generación adulta, es, en definitiva, una actitud saludable. Hasta qué punto es el niño y el joven el alma de la sociedad, sólo lo conocen quienes, por haberse opuesto a nuestros designios, conocen hasta dónde llega nuestra tenacidad y hasta qué punto nos asiste la razón. Los niños son—completa Emerson su pensamiento refiriéndose a los jóvenes—quienes independientemente, irresponsables, mirando desde su rincón a las gentes y a los hechos que pasan, los juzgan y sentencian con arreglo a sus méritos, como el de los medios rápidos y sumarios de los muchachos, clasificándolos en buenos, malos, interesantes, elocuentes o inquietantes. Ni las consecuencias ni los intereses constituyen parte trascendental de nuestro juicio. Pronuncia siempre veredictos independientes y sinceros. Los jóvenes de hoy no nos detenemos ante ningún principio, por muy rodeado que aparezca de inexpugnables for-

talezas. Creemos que todo merece estudio y crítica, que nada debe ser aceptado porque sí.

Y no crean los adultos que la juventud no tiene fuerza porque no puede hablarnos. Emerson lo expresa diciendo. ¿Quién habla tan alto y tan claro en ese aposento contigo? Es la juventud. ¡Santos cielos! Es esa masa de timidez y de flema que durante tantas semanas no ha hecho otra cosa que comer cuando estabais a su lado, la que ahora lanza estas palabras semejantes a campanadas. Parece que sabe cómo hablarles a sus contemporáneos. Tímido u osado, ya sabrá también luego cómo arrinconarnos a nosotros.

Y en ese afán de investigadores, que aparece reñido con nuestra psicología inquieta, los jóvenes hallamos los cimientos más profundos de la moral y de la ética, que no aceptando principios tradicionales, cuyas raíces, muy en la superficie de las cosas, no resisten el golpe de la crítica de unos muchachos inexpertos.



Un insulto a la juventud.

«Los jóvenes piden que se les ilustre. Piden que se les ponga en posesión de los hechos y se les permita discurrir acerca de ellos, hasta sacar conclusiones propias. La presunción de sus padres de que son incapaces de sano juicio sobre tales materias, se les antoja un insulto, y fuerza es confesar que no les falta razón. Es un insulto».

Juez BEN B. LINDSEY.

Yo no sé que haya en las normas pedagógicas nada que más profundamente indigne al hombre, al niño o al sujeto sobre quien se experimenta que el desprecio o desdén de sus facultades. Este desdén ha dado lugar a las obras más grandes de la Humanidad, a los grandes anhelos de superación, a los instintos de sublimación. Dondequiera que los hombres han sabido adoptar razonablemente la actitud de falta de confianza en el mérito ajeno, siempre que haya sido en la medida justa y con la debida oportunidad, ello ha actuado como un acicate y estímulo que impelia a las mayores audacias. Pero cuando, como en el caso actual, se lanzan frente a las rebeldías juveniles frases despectivas, se desdena abiertamente la inteligencia del joven, por estimar que somos incapaces de tener un juicio sano y clarividente sobre los problemas, los jóvenes no podemos más que sentir un instinto natural de rebeldía frente a quienes de ese modo

nos tratan. Cuando nos obstinamos en buscar normas más morales, más puras que las establecidas; cuando frente a nuestros padres, entregados a ellas vergonzosamente, alzamos nuestra bandera de desafío y les hacemos ver cómo pensamos y hasta qué punto estamos disconformes con ellos; cuando sentimos frente a ellos una actitud de comprensión por sus errores y estamos dispuestos a perdonar todo aquello que en otros nos parecía imperdonable; cuando ni siquiera exigimos cuentas de la educación que nos han proporcionado y del influjo pernicioso que ya han dejado sentir sobre nosotros, son ellos los que se obstinan en mantener una férrea actitud y en situarnos, a despecho nuestro, como seres anormales e incapaces, y ello no puede por menos de provocar en nosotros una dolorosísima reacción.

Lindsey reclamaba para los muchachos «simpatía, comprensión y tolerancia» para estudiar las cosas «a la luz de los hechos».

Nosotros comprendemos que el punto de vista de la generación adulta y de la juvenil son opuestos. Pero no nos agrada que quienes en el fondo de su espíritu sienten y piensan como nosotros, y cual nosotros se indignan, siquiera su irritación por el influjo del automatismo cerebral sea más pasajera, sean los primeros en situarse en plan de moralistas y pretendan reducirnos a la obediencia, sin dialogar con nosotros en mutuo y comprensivo esfuerzo, enseñándonos su verdad y justificándola. No vamos contra lo establecido sistemáticamente. Lo que sucede es que vemos tan de cerca los perniciosos defectos de lo estatúido, que no es extraño que pensemos en la necesidad de renovarlo todo desde los cimien-

tos y acabar con este orden de cosas de la sociedad, que nos resulta intolerable.

Si ellos nos enseñaran su verdad, nos ayudarían mucho más a encontrar la nuestra que negándonos por sistema los medios de averiguar por nosotros mismos y extraer nuestras personales consecuencias.

Los jóvenes pedimos comprensión. Sintetizamos nuestros anhelos en esa frase que el simpático y cordialísimo juez de Denver, el «juez de los jóvenes», exponía como lema juvenil: «Cuando hable usted con nosotros, sonríase.» Pedimos a los hombres adultos una sonrisa de comprensión. No consintáis que la palmeta espiritual que desfiguró vuestra conciencia, aniquile también nuestra vida. Y si es para nosotros una satisfacción encontrarnos con hombres como Marañón o Jiménez de Asúa, que sin dejar de mantener su punto de vista comprenden el nuestro y nos conceden la posibilidad de que tengamos la razón, nos es doloroso pensar en que éstos pueden ser excepciones en el mundo de la enseñanza, entre nuestros profesores, entre los hombres de quienes dependamos, entre nuestros familiares mismos y que hemos de mantener actitudes de lucha donde sólo ansiamos concordia y mutuo acuerdo para llegar a la solución de problemas comunes que a todos nos interesan por igual.

Una carta ejemplar y un caso doloroso.

«La sociedad no tiene derecho a condenar, sin oírle, a ningún individuo, cuando su modo de afrontar su problema merece condenación. Honradez y comprensión son requisitos previos para juicios sociales inteligentes, y en ninguna otra esfera puede apreciarse esto mejor que en la de los problemas sexuales sociales, que varían desde la masturbación infantil hasta la prostitución de la edad mediana o el exhibicionismo senil».

IRA S. WILE.

En la magnífica obra «The rebellion of modern youth», cita Lindsey una carta que una maestra de una escuela superior o internado de Denver hubo de encontrarse entre las páginas de un libro de texto, escrita por una muchachita de quince años y dirigida a un compañero suyo, de diez y siete. La carta dice así, en su sencilla elocuencia :

«Pablo : Me apena mucho tener que decirte que me parece que voy a tener un nene. Seguramente es tuyo. He hecho todo lo posible por ocultarlo. No vayas a figurarte que no es tuyo porque hace cuatro semanas que no nos vemos, porque seguramente lo es. He hecho en estas cuatro semanas todo lo posible por deshacerlo. No vayas a figurarte que he tenido algo que ver con otro y ahora salgo diciendo que el niño es tuyo, porque no es así. Como llegue a tenerlo,

no será de nadie sino tuyo. Mi madrastra no sabe qué pensar acerca de esto. Yo no soy lo bastante ruin para decirle nada a tu novia. Porqué de decirle algo, seguramente o's costaría romper. Y no quiero que riñáis. Pero si llego a..., espero que harás lo que te corresponde, sin que Ana llegue a saberlo. A mí no me importa por el escándalo de la escuela. No vayas a figurarte que es de otro chico, porque no hay ningún otro aquí en Denver del cual me dejara yo hacer eso. Yo no soy como esas muchachas que hacen cuanto los chicos les piden. Porque casi todos los muchachos de Denver tienen alguna enfermedad. Supongo que comprenderás lo que quiero decir. Prefiero tener un niño a coger esa enfermedad. Así que no vayas a creer que es de otro, sino tuyo.

No vayas a perder la cabeza al leer estas líneas. No es mía la culpa, pues he hecho cuanto estaba en mi mano. No temas que yo le diga a nadie que es tuyo. Eso no le importa a nadie. Si contestas a esta carta, no tendrá mi madrastra que avistarse con tu madre. Si no contestas, entonces tendrá mi madrastra que ir a ver a tu madre. Si no puede ir ella misma, mandará en su lugar a la señorita Hughes. Ya comprenderás que eso sería horrible. Así que tu dirás.

ISABEL..»

La frase capital de esta carta, que ella hubo de repetir cuando se le exigió una declaración verbal de que «no había tenido nunca relaciones de esa clase con ningún otro», y que revela cómo la moralidad de la joven estaba aparte de las convicciones sociales, y aparecía profundamente arraigada en ella, para creer que en el acto que podría

dar nacimiento a un nuevo ser, sólo a un hombre, el preferido, podría entregarse, no fué apreciada por los «inquisidores» que juzgaron la conducta de la muchacha.

No comprendieron que en esas sencillas palabras va todo un tratado de ética juvenil. La expulsión de la escuela, las cartas conminatorias y la publicidad del suceso a que ello dió lugar, produjeron en la muchacha una reacción de odio frente al director, la maestra y contra todo el mundo. Si aquel escalafón de maestros hubiera estado formado por gente comprensiva, que hubiese apoyado a la muchacha en este caso, no se hubiera producido este hecho de defensa de la moralidad en la gran tarea de la enseñanza. ¡La hipocresía cubierta con el antifaz de la honorabilidad! He ahí los resultados de este viejo criterio, de mantener una ceguera decidida y voluntaria, en iglesias, escuelas y padres de familia. Lindsey comenta el caso diciendo que él estima que viendo tanta ceguera es ya hora de introducir algún cambio en el emblema de nuestra ave nacional. El águila del poderoso San Gaudencio no resulta ya un símbolo adecuado de nuestra presente psicología social. Haríamos bien en prescindir por una temporada de la tal águila, substituyéndola en nuestro blasón por un avestruz ocultando la cabeza bajo el ala en los arenales del Gran Desierto».

Las preguntas fatales.

«Hemos avanzado mucho en la exploración de las regiones sexuales desde que Eva comió la fatal manzana y Adán conoció a Eva, y los sodomitas buscaron a los ángeles, y Adán inauguró la campaña pro control de natalidad. Hemos avanzado mucho, pero moviéndonos siempre en una dirección rectilínea o realizando un progreso de tipo circular, lo que parece ser característico de los adelantos realizados en más de una actividad humana, particularmente en relación con las humanas instituciones».

A. A. ROBACK.

En cierta ocasión fué Lindsey a dar una conferencia a una población del Oeste. A pesar de la prohibición expresa de que no tratara para nada el tema sexual, Lindsey se atuvo a lo convenido en la conferencia, pero se sintió gratamente complacido cuando vió a buen número de muchachas—unas sesenta—que se aproximaron a él para que les contestara algunas preguntas y les resolviese algunas dudas. Reproducimos aquí algunas de estas preguntas, porque ellas parecen ser las fatales de toda esta juventud inquieta y rebelde, que no sabe aún cómo expresar sus pensamientos ni aun cómo definirlos mejor.

Veamos, pues, algunas :

“¿ Cree usted, señor Lindsey, que cuando no hay amor entre dos se les debe obligar a permanecer juntos ?

¿No cree usted que el que vivan juntos sin quererse un hombre y una mujer es un pecado mayor que el de no estar casados?

¿No cree usted que un matrimonio sin amor representa un pecado más grande y está peor que el que dos personas que no estén casadas vivan juntas queriéndose?

¿Cree usted en el matrimonio federal y en la ley del divorcio?

¿Cree usted que está mal que una señorita se deje besar de un chico, y por qué está mal?»

He ahí los inquietantes temas que ellas presentaron como de evidente y palpable actualidad, ya que, según su propia expresión, discurrían en torno de ellos sin hallarles una solución adecuada, por no provenir éstas de persona autorizada y que les mereciera toda confianza.

Sin embargo, la ceguera de la actual enseñanza, dominada por los prejuicios tradicionales, es tan profunda, llega a extremos tales, que en este caso, por ejemplo, se privó al señor Lindsey de que hablara de estos temas y les aclarase científicamente las dudas que les pudieran haber surgido, porque no querían que «se les llamase la atención sobre estas cosas, ni deseaban que pensasen en estas cuestiones». Ellas, que desde hacía algunos años se devanaban los sesos buscando soluciones a estos temas y hallándose a veces las más enrevesadas y burdas por falta de una orientación lógica que les garantizara adecuadamente la respuesta a esas inquietudes, no podían recibir esa enseñanza científicamente, sencillamente, como a ellas les correspondía como un derecho y era una obligación de la sociedad el proporcionar.

¡Preguntas fatales que son todo un poema de incomprendición de la Humanidad! Ellas encie-

rran un mundo de preocupaciones. Ojalá llegue un día en que no queden jóvenes ni muchachas que no tengan respuesta adecuada a ellas en sus años juveniles. La sociedad aprenderá que no tiene derecho alguno a entrometerse en las relaciones sexuales de sus miembros y que únicamente le corresponde velar por cumplir la obligación de dotarles de los medios de defensa necesarios para repeler las agresiones del medio y reaccionar frente a ellas.

Lo que no puede hacer esta sociedad es pretender mantener el prestigio de una moralidad en desuso, basándose para ello en el incumplimiento de su primordial deber de preparar a sus ciudadanos. Leyes restrictivas sin preparación primaria no tienen valor de eficacia alguno y son pruebas de la injusticia palmaria de un régimen.

Transformemos para que sólo existan normas educativas y no haya leyes coercitivas de ningún género, que prohíban al hombre el uso limitado por su ética y su conducta de su bien ganada y legitimada libertad.

¿Quiénes son los inmorales?

«La educación sexual de los jóvenes se hallará en un futuro exenta de temor, perplejidad, rubores y excusas. Padres, escritores y maestros no abordarán ese tema como «algo difícil, delicado o peligroso». No emplearán un tono sagrado al discutirlo. No serán lo bastante necios para aconsejarles a los niños que no hablen nunca de esas cosas con otros chicos, sino que lo consulten todo con sus padres. Las personas mayores se habrán enterado para esa fecha de que el hablar con los compañeros de su edad acerca de todo lo de este mundo es uno de los derechos naturales de los hijos, y que cuanto más se intenta impedir que lo ejercite, tanto más imperioso se vuelve el impulso de hacerlo así; impulso que, a decir verdad, no puede ser más saludable».

MARY WARE DENNET.

La actualidad nos plantea dos preguntas. Una de ellas es ésta: ¿Quiénes son los inmorales? Yo no he visto casos más dolorosos que aquellos en que los adultos, creyendo que la actitud nuestra había traspasado ya todos los linderos de la buena conducta, nos llamaban al orden, hablándonos de cosas que ni siquiera conocíamos y que pertenecían al mundo de sus vicios y de sus malos pensamientos. Yo no sé que haya nada más inmoral, más injusto, ni más bárbaro que la actitud de muchas madres y aun padres de

familia que educan a sus hijos en la mayor ignorancia de cuanto pueda significar ciencia y conocimiento, y cómo lo preparan para entregarlos, vendados de ojos y atados de pies y manos al marido que venga a cargar con la deliciosa presa.

Yo recuerdo el caso de una amiga mía, mujer de bastante edad, madre de una muchacha que tiene mis años—diez y seis—y que, vanagloriándose de la inocencia y candidez de su hija, decía: «Hay que ver qué bombón le estoy preparando a mi futuro yerno.»

Yo creo que no hay derecho a que esto se cometa impunemente. Hacer que la mujer—me refiero particularmente a ella, porque como los padres han ejercido hasta aquí sobre ella influjo menos directo, manteniéndola en el seno del hogar, lo que es muy difícil de lograr en el joven, que por sus estudios e independencias sale de él y busca fuera la iniciación que en su casa no puede encontrar—vaya sin conocimiento alguno al matrimonio es un crimen.

Yo pienso, como Havelock Ellis, que la noche de bodas en que se ha entregado una mujer a un hombre después de una compra, que se parece tanto a una prostitución, ya que el mayor pago no evidencia nada más que el mayor valor de la presa codiciada—y no se codicia más que la virginidad y la posesión absoluta o el monopolio—, es una noche en que se deja el ratón en poder del gato, en que por vez primera llega a esa iniciación sexual entre nubes de dolor y de placer, provocando un choque doloroso de sentimientos contrarios. Dejar ir a la mujer ciega e inconscientemente a las garras de la enfermedad o del vicio es algo tan criminal que yo creo que el Estado debería penar—al igual que hoy

tiene establecidas estas penas para quienes no llevan a sus hijos a la escuela a partir de determinada edad—a quienes en la escuela o en el hogar no hubiesen acreditado debidamente haber proporcionado a sus hijos la debida orientación sexual. Juzgar como máximo galardón el entregar a un hombre a una muchacha ignorante, me parece un absurdo. El matrimonio es una ciencia, decía Balzac, y hay que prepararse para él. Es, sin embargo, esta función de la procreación y la de la felicidad conyugal la única que se deja al instinto y a la casualidad el descubrir a los en ella iniciados. La función más sublime y trascendente abandonada al acaso. He ahí la psicología de la Humanidad preocupada de por vida en cuestiones de menor importancia y desatendiendo ésta de la que depende en definitiva su porvenir. Es que, sin duda, como expresa el dicho español: «Se recoge con gran cuidado el salvado y se tira la harina.» Lo cierto es que lo sucedido y que tantas veces se repite es lo que con acierto definía Crawley: «Que el matrimonio es un acto de violación tolerado por la sociedad siempre que se contrae en estas condiciones.»

¿Quiénes son los inocentes?

«El primer requisito para la comprensión sexual es poner el tema a la saludable luz del decoro, tratar el sexo como un aspecto normal de la vida y reconocer el carácter erótico como uno de los componentes fundamentales de la naturaleza humana, así como de toda la animada naturaleza. Cultivar el arte de la técnica sexual no es más sorprendente o revolucionario que desarrollar y utilizar un talento, readquiriendo el uso feliz de una facultad especializada que hace largo tiempo perdió su sentido natural de dirección, debido a la guerra que la vieja generación tenía declarada a la Naturaleza, y que es la base de nuestra herencia social».

GUILLERMO J. FIELDING.

Muchos padres creen mantener a sus hijos en una absoluta inocencia. Y, como dice atinadamente Saldaña, esta inocencia se mantiene, pero no en los hijos, sino en los padres, que ignoran casi siempre hasta que un acto los delata los conocimientos que los niños han adquirido. A ellos les han educado en la mayor ignorancia, y frente a ellos suelen adoptar después la actitud de injustificada ira, sin darse cuenta de que ellos, que les han negado los medios de enterarse de cuanto necesitaban para desenvolverse en la vida social, no pueden ser quienes les recriminen por habérselo procurado. Ya que no seamos los hijos quienes nos volvamos frente a los padres a exi-

gir cuentas de ese injusto trato, que no sean ellos quienes se vuelvan contra nosotros, haciéndonos reos de una terrible culpa de inmoralidad en la que ellos nos han obligado a incurrir. El culpable no lo es cuando ha habido inductores al crimen, es un principio inmutable de Derecho penal. Y nosotros estimamos que los inductores de los jóvenes rebeldes son los hombres de la generación adulta que se obstinan en cerrarnos los conocimientos que ellos hubieron de adquirir tras largos años de experiencia, y que siquiera en recuerdo a sus fatigas primeras, debían de ser los más interesados en proporcionarnos para nuestra mejor adaptación a la gran lucha vital de intereses que es la Humanidad.

El «No hagas eso», imperativo categórico de la moral reaccionaria.

«No se debe educar a los niños conforme al presente, sino conforme a un estado superior, más perfecto, posible en el porvenir de la especie humana; es decir, conforme a la idea de Humanidad y de su completo destino».

ENMANUEL KANT.

De todos es conocida la técnica y la razón silogística que justicia el imperativo categórico en los tratados de moral escritos por Enmanuel Kant. Se trata del impulso positivo del «yo», que obliga a obrar como desde el fondo del subconsciente en pro o en contra de determinada actitud. La postura es, pues, decisiva y energica.

Donde existe un imperativo categórico, no valen nada los otros factores psíquicos o éticos que puedan intervenir en la declaración de normas de conducta. Pues bien, la moral reaccionaria ha creado varios imperativos categóricos, que ha inculcado a las generaciones nuevas, haciendo lo posible por probar que a ellos obedecían sin coacción alguna, por presión natural de su conciencia. La norma trascendental de su educación, el imperativo categórico, eje de los restantes, es una simple frase: «No hagas eso».

¡Cuánto se emplea! Es panacea que remedia todos los males. Frente a cuanto desagrada, frente a cuanto va en contra de los principios admi-

tidos como inmutables, se establece un: «No hagas eso», que coarta la voluntad del niño.

¿Con éxito? Momentáneo, siempre. A plazo más largo, con el más perfecto fracaso. Creo que hemos demostrado en repetidas ocasiones que el desorden está en razón directa de la prohibición. De aquí que el «no hagas eso» haya creado en el niño el anhelo vivísimo de hacerlo. Y espera una posibilidad, como el cazador que acecha los medios de perseguir la presa y desarrolla y desenvuelve su inteligencia para la astucia. Esta moral crea hipócritas, falaces y astutos. «Cuando sea mayor», frase que oímos en boca de muchos pequeñuelos, es la voz de la impotencia de no poder realizar aquello que se les prohíbe. Y, en efecto, cuando son mayores, niños y niñas sienten un placer extraordinario en poder hacer uso de su libérrima voluntad, pese a los disgustos y escándalos paternos.

El proverbio de: «Padre avaro, hijo pródigo», o «padre guardador, hijo gastador», repetido en todos los «folk-lores» de todas las naciones, prueba que en los hijos se perpetúan las más contrapuestas normas que en los padres, no porque en ellos haya dejado de obrar el estímulo hereditario, sino como un principio de protesta subconsciente frente a la privación a que han sido obligados.

A los jóvenes nos toca, pues, acabar con todos los: «No hagas eso», que justifican luego tantos crímenes y tantos delitos. Este imperativo categórico de la moral reaccionaria debe desaparecer. Frente a las inquietudes infantiles no puede haber más que una sana comprensión y una explicación lo más clara posible. Yo creo que con reflexión del peligro en que entran son muy pocos los jóvenes que se atrevén a desafiar todas

las inclemencias. Cuando los niños no tienen atrofiada por esta educación la personalidad, el recurrir a ella para que en un particularísimo examen de conciencia pesen los pros y contras de la actitud que deseen adoptar es, a mi modo de ver, una norma de conducta extraordinariamente práctica y eficaz.

Wainwright Evans nos cita el caso de una muchacha, preocupada con un problema personal, del cual no podía hablarle a su familia, porque según explicaba: «No puedo pedirles a mis padres opinión sobre el caso, porque se pondrían sencillamente furiosos. Considerarían incluso una inmoralidad el pensar en tal cosa o el discutirla siquiera en mi imaginación. Pero yo no creo que sea inmoral el procurar pensar rectamente.»

El caso era el siguiente: La muchacha había recibido las solicitudes de un hombre opulento para que fuera su querida. Y deseaba que le aconsejasen sobre si debería aceptar la fortuna de aquel hombre o buscar otro medio de vida, porque, según se expresaba: «Yo puedo invocar una porción de razones que me dicen que podría ser la querida de un hombre y no perder nada de mi actual honradez.» Se le contestó en Denver, ante el Tribunal de menores, de este modo: «Usted tiene perfecto derecho a pensar esta cuestión. Y también tiene usted derecho a resolverla por sí misma. A mí no me choca su pregunta, y no me propongo sacar la caja de los truenos... Como menor que es usted, podría, sin embargo, hacerlo y amenazarla con todo mi poder oficial para obligarla a conformarse con los prejuicios que rigen en esta materia. Pero no haré nada de eso. Y usted habrá de decidir por sí misma y yo no me atravesaré en su camino, ni violaré

la confianza que usted ha depositado en mí. Pero vayamos al asunto. Haga usted simplemente lo que crea mejor. Siga los dictados de su propio juicio. Sea usted la querida de ese hombre si es eso lo que usted desea ser. Pero examine usted primero lo que usted desea ser en la vida. No proceda usted a la ligera.»

He aquí una magnífica enseñanza y un gran método pedagógico. ¿No tiene usted otra aspiración que limitarse a ser la querida de este hombre? Séalo usted. ¿Comprende que ello puede resultar un perjuicio para su vida posterior, que le puede truncar sus estudios o sus actividades? No incurra usted en ello.

No hay nada mejor que examinarnos a nosotros mismos, ya que todos nosotros nos conocemos, pese a todas las apariencias en contrario, y sabemos cuáles son nuestros defectos. Analicemos nuestra conciencia, y veamos a dónde ella nos lleva, y si realmente nos conviene nuestra actitud. La única norma de moral de la juventud es, aunque parezca paradójico, la que exponía San Pablo: «Todo nos es permitido, pero no todo nos conviene.»

REVOLUCIÓN SEXUAL

Una Liga mundial de higiene sexual.

«En el principio era el sexo y también en el fin lo será. El sexo, como uno de los caracteres del hombre y de la sociedad, fué siempre una cosa central y siempre sigue siéndolo; que a lo largo del tiempo, las actitudes sexuales fueron siempre esencialmente las mismas, y que la mujer, como sexo, siempre fué y sigue siendo un enigma, tanto una amenaza como un motivo de júbilo».

ALEJANDRO GOLDENWWEISER.

La Liga que organiza y dirige toda esta actividad en materia sexual, la que orienta los movimientos eugénicos y cuando tiende a mejorar y estimar el sexo, no sólo reestimándolo haciendo de él el único eje de nuestra existencia, pero si apreciándolo en su justo valor, es la Liga mundial para la reforma sexual, fundada en julio de 1928. Presidentes de ella son: por Suiza, Augusto Forel; por Inglaterra, el doctor Enrique Havelock Ellis, y por Alemania, el doctor Magnus Hirschfeld. Su finalidad es interesarse por los temas sexuales desde un punto de vista científico. Vino al mundo para contribuir a que la cuestión sexual no sea la denominada «cuestión tabú» por excelencia, sino que quede sometida en todos sus aspectos al término científico, pero al propio tiempo tratado con toda publicidad. Esta Liga se propone redimir a la Humanidad de los ya clásicos prejuicios en materia sexual, estudiando los problemas del sexo desde

el punto de vista de la Sociología y la Ética. La Humanidad consciente se orienta por esta ruta.

En el proyectado Ministerio de Sanidad, podría crearse una filial de esta Liga Mundial para la Reforma Sexual, ya que contamos con médicos tan eminentes como Marañón, Madrazo, Növoa Santos, Vital Aza, Otaola, y abogados como Jiménez Asúa, Quintiliano Saldaña, Torrubiano Ripoll, Ruiz Funes y Noguera, que podían, auxiliados por los mozos de la nueva generación médicos y abogados jóvenes, orientar la labor por realizar, buscándose las más urgentes soluciones en el campo médico y en el jurídico de orientación social, situando de este modo a España al nivel de otras naciones progresivas y cultas.

Un plan de estudios sexuales.

«Al sexo hay que achacar la errónea persistencia de un individualismo exagerado en nuestra economía, individualismo cuya más exagerada codicia resulta agujoneada por las interminables exigencias de las mujeres sometidas, casadas o no. Con una vida sexual normal, con mujeres que funcionasen social lo mismo que sexualmente, estaríamos capacitados para reconocer las inmensas ventajas de una cooperación metódica en la producción y la distribución y los inconvenientes de esa enconada competencia, cuyo peor efecto es la guerra».

CARLOTA PERKINS.

Deberían organizarse inmediatamente un instituto y unas clínicas de profilaxis sexual, en los cuales podría darse, mediante un plan de estudios, la enseñanza requerida a los alumnos y alumnas que lo solicitasen, mediante cursos diferentes según las edades y, a ser posible, según los caracteres de los individuos que hubieran de recibir la enseñanza.

La Anatomía, la Fisiología y la Higiene Sexual, serían asignaturas de urgentísima aplicación para la generación actual, que, sin participar de las ventajas de una enseñanza eficiente, tiene todos los inconvenientes de la inquietud y preocupación sexual reinante. Diderot creyó, hace un siglo, que bastaba con la enseñanza de la Anatomía Sexual. El mismo lo afir-

maba diciendo: «Cuando ella lo ha sabido todo —refiriéndose a su hija—, no ha tratado de saber más. Su imaginación se adormeció y sus costumbres no han dejado de ser por eso menos puras.»

Una nueva inquietud ha obligado a científicos y pensadores a preocuparse por proporcionarle nuevos conocimientos en la denominada Fisiología Sexual. El desarrollo progresivo de la ciencia exige el hablar de una higiene sexual. Todo ello, urgentemente y sin descuidar en este plan por parte de todos, y particularmente de moralistas y pedagogos de la nueva moral, el exaltar el criterio ético y puro de las nuevas doctrinas, que no son en modo alguno libertinaje, sino, por el contrario, culto a la belleza y a la sanidad corporal y espiritual, lo que obliga a prestar un mayor interés y la máxima conciencia al acto de la concepción, hasta aquí reputado como meramente mecánico o fisiológico.

El conocimiento revolucionario avanza de tal modo, que ya no basta con simples exposiciones teóricas y nociones abstractas. Hay que ver las cosas en la realidad. Y hombres y mujeres, más aún, muchachos y muchachas, dándose cuenta de ello, tienen no la famosa «sed de amar», de que antaño nos hablaban como suprema aspiración revolucionaria, sino la sed de saber amar, que indica de qué modo ha entrado el plan sexual y amoroso en el campo de la inteligencia, huyendo de la resbaladiza pendiente del corazón.

Esto puede resumirse en la famosa y popular caricatura del diario «Simplicissimus». En ella aparecen dos muchachitas que conversan:

—Yo ya sé cómo se hacen los niños.

—Pues yo ya sé cómo no se hacen.

El derecho a equivocarse.

«La razón sólo sabe lo que ha tenido tiempo de saber (puede que haya algunas cosas que nunca sabrá (esto no es muy consolador que digamos; pero ¿por qué no reconocerlo?) en tanto que la naturaleza humana actúa en masa con cuanto en ella se encuentra, y, se equivoque o acierte, vive».

DOSTOIEWSKI.

La frase de rebeldía instintiva de esta generación ha aterrorizado a muchos pudibundos caballeros de la antigua. No se obstinan tan sólo en obrar rectamente, sino que nos creemos con derecho a equivocarnos. Y esto, que a primera vista pudiera parecer una incongruencia, no lo es. El motivo es que para ellos son equivocaciones lo que para nosotros son ya normas de conducta aceptadas y aceptables. Y así, es muy frecuente el caso de jóvenes que ante un adulto que les ponderaba la locura de lo que estaban haciendo, exclamaron: «Yo creo que tengo derecho a equivocarme.» Y, ciertamente, estos jóvenes estaban y están en lo cierto. Porque se equivocan para con la moral injusta y despreciable, pero no para con la moral nueva fundada sobre un fondo de justicia y de evidente ecuanimidad.

Cuando las primeras muchachas acortaron sus faldas y cortaron su melena, las mujeres de la generación anterior se escandalizaron. No lo decimos así de los hombres, porque éstos sentíanse satisfechos a pesar de sus recriminaciones de la

contemplación que a sus años se les ofrecía. Hoy, las damas que tanto protestaron y con tanta indignación, son las primeras en haber adoptado las normas que entonces juzgaban revolucionarias, con lo que han contribuido a convertirlas en rutina. Y así hoy nosotros, frente al empacho de ley y de moral a que venimos acostumbrados con nuestra actitud, despreciamos el pasado y adoptamos frente al porvenir una actitud amplísima, a base del principio incluso de equivocarnos para con la vieja acepción hasta aquí mantenida como inmutable. En nosotros, dice Lindsey, anidan siempre un mono y un tigre. Un espíritu imitador, y una fiera devoradora y destructora. La educación puede hacer de estos dos contrapuestos animales que tan a fondo vienen en nuestro propio yo, los útiles servidores nuestros. El mono, que nos ha valido hasta aquí para servir a la mayoría ciega e inconscientemente, obligando a los rebeldes pensadores que preconizaban medidas más justas y radicales a echarse las manos a la cabeza—como el pastor que, al percibir en la manada el desperdigarse de una oveja, por un precipicio, sabía que todas irían forzosamente detrás de la caída—puede ser utilizada para más altas empresas, para la imitación de cuanto hay de bueno, noble, amplio, constructivo y generoso. El tigre puede y debe emplearse frente a quienes aún a estas alturas pretenden poner trabas a nuestro desenvolvimiento. Cada uno de nosotros somos un mono de imitación de lo ajeno y un tigre destructor. No lo olvidemos, y sepamos aprovechar bien estas cualidades. Mantengamos la frase escándalo: el derecho a equivocarnos.

Un consejo a las mujeres.

«Desde los tiempos de Adán, la mujer ha sido siempre un problema para el hombre; en nuestros días ha llegado a ser un problema para ella misma. La aventura que las mujeres han corrido en la civilización occidental en los últimos cien años ha consistido nada menos que en la conquista de sus plenos poderes y funciones como la mitad que representan de la especie humana. Quieren saber qué proporción de la suma de sus actividades deben reservar para la vida sexual del amor y la reproducción».

BEATRIZ FORBES ROBERSTON.

Difícilmente las mujeres españolas se dan cuenta de la trascendencia que tiene la personalidad de ser mujer, prescindiendo de otros atributos. Mujeres que llevan sobre sí el lastre de una educación de «harem», se creen destinadas al hogar, a ser las «mujeres» del hombre, sus objetos de placer en el caso de las de vida más libre, que buscan en esta libertad el placer que no hallaron en la monotonía verdaderamente insostenible del hogar único.

A ellas queremos recordarles aquellas frases de la magnífica mujer creada por Ibsen, a la Nora de la «Casa de Muñecas».

Veamos el magnífico diálogo :

HELMER.—¿ De este modo, faltarías a los deberes más sagrados ?

NORA.—¿Qué consideras tú como mis deberes más sagrados?

HELMER. — ¿Tengo necesidad de decírtelo? ¿No son tus deberes para con tu marido y con tus hijos?

NORA.—Tengo otros también, no menos sagrados.

HELMER.—No los tienes. ¿Cuáles son esos deberes?

NORA.—Mis deberes para conmigo misma.

HELMER.—Ante todo, eres esposa y madre.

NORA.—Ya no creo en eso. Creo que ante todo soy un ser humano, con los mismos títulos que tú, o por lo menos debo tratar de serlo.»

Debéis aprender a ser seres humanos libres e independientes. A pensar en la grave responsabilidad que contraéis frente a la Humanidad en pleno trayendo al mundo a vuestros hijos para los que luego exigís al Estado que formen con vosotras los restantes ciudadanos un apoyo eficaz.

Acordáos de aquel discípulo de Stuart Mill, que no podía ver sin un sentimiento de horror a un padre de familia, llevado por la mano con una expresión de beatitud al hijo al cual había infringido la vida.

Y pensar en que acaso en el 90 por 100 de los casos, vuestros hijos tendrían derecho a volverse contra vosotras, recordándoos aquella frase de Chateaubriand, el gran lírico cristiano, que afirmaba que: «La primer violencia de la cual tiene derecho el hombre a quejarse es la de haber sido engendrado.»

La mujer tiene frente a sí un enorme porvenir de ilimitados horizontes. Un porvenir independientemente de su calidad de maternidad y de su condición de esposa. En el hombre no vemos

fatalmente al marido o al padre, vemos en él al abogado, al médico, al hombre público, al que mantiene sus vínculos sociales. En la mujer debe verse ante todo la ciudadana, que contrae para consigo misma las máximas obligaciones. Hora es ya de que pensemos que la maternidad es una función trascendental de nuestra existencia, pero no la única. Justo es que, al igual que se prepara a la mujer para desempeñar un papel activo en la sociedad, se la capacite para ser madre consciente. Pero como una función más. Que la mujer, para ser compañera del hombre, necesita no hacer del «matrimonio» su única profesión, sino prepararse para el gran papel que pueda desempeñar en el «rol» humano, que hasta aquí se ha desviado de su ruta, porque contaba sólo con personajes masculinos.



La contraconcepción.

«La orden o mandamiento «Creced y multiplicaos» (Crescite et multiplicamini), que los antiguos hebreos pusieron en boca de su Dios gentilicio, fué una orden dada cuando sólo había ocho personas en el mundo. Si de nuevo sucediese alguna vez que los habitantes del mundo entero pudiesen ser contados con los dedos de las manos, dicho precepto volvería a tener un fundamento razonable».

GRACKANTHORPE.

Los justificantes de la contraconcepción no pueden resumirse. Es urgente, necesario, que en España se haga propaganda en este aspecto para captar libremente las conciencias de gran número de madres que, preocupadas por el aumento excesivo de su familia, no conocen los medios de remediarlo y prosiguen trayendo al mundo seres que no vienen más que a vegetar entre nosotros, complicándose y complicándonos la existencia, y para probar a quienes frente a tan saludables doctrinas presentan objeciones de índole ético, moral o religioso, que la contraconcepción es una teoría de moral y de pureza difícilmente superable, porque no es más que la consagración del libre albedrío que ellos exponen que la divinidad dió al hombre para distinguirlo de los animales, seres inferiores.

Ahora bien ; sin duda no se han dado cuenta, como atinadamente expone E. Ray Lankester en

su obra «The kingdom of man» (El reinado del hombre) que «éste es un rebelde contra la Naturaleza, porque cuando ésta le dice: «¡Muere!», el hombre responde: «¡Viviré!», y el hombre tiene que arrastrar en la actualidad las consecuencias del excesivo número de individuos de su especie. La Naturaleza nunca dijo «Creced y multiplicaos» a los seres inferiores, excepto en tiempo determinado; pero el rebelde hijo del hombre es el único animal que incesantemente procrea. Sólo será capaz el hombre de vencer esta dificultad por él mismo suscitada al apartarse de la Naturaleza, a la cual no puede volver, investigando las leyes de la procreación y la herencia y restringiendo la multiplicación de la especie humana, basándose en seguro e indiscutible conocimiento.

En la actualidad se afirma que ello contribuiría a eludir el poder de selección en los hombres; pero hemos de tener en cuenta que lo que se produciría sería todo lo contrario. Hemos de procurar el óptimo y no el máximo número de población. Es una insensatez, como opinaba W. E. Bateson, miembro de la Real Sociedad y profesor en Londres de Biología y de Genética, «pretender extender sobre la tierra una capa de protoplasma humano de la mayor densidad posible», porque nosotros no necesitamos mayor número de aptos, sino, por el contrario, menor número de ineptos. Los hechos han comprobado que si una alta proporción de nacimientos va acompañada de una alta proporción de mortalidad, la baja proporción de nacimientos es seguida de escasísima proporción de defunciones. La Naturaleza no destruye más que lo que le resulta innecesario. Cortar la obra de la Naturaleza y complicarla como hace el hombre, es una la-

bor inútil y aun perjudicial. No en balde sir James Barr, en su discurso presidencial en la 18.^a Asamblea anual británica, con el título de: «¿Qué somos? ¿Qué hacemos? ¿De dónde venimos? ¿A dónde vamos?», afirmaba que «nuestros esfuerzos han suspendido en parte la seleccionadora mortalidad de que la Naturaleza se vale para eliminar a los ineptos. No hemos hecho nada en serio para establecer una selecta proporcionalidad de nacimientos, para impedir que en la sociedad lleguen a predominar los peores ciudadanos. Hemos de favorecer el crecimiento de una raza sana, vigorosa, inteligente, emprendedora, confiando en sí misma; hemos de iar la bandera de la salud con todo el fervor de una nueva religión. Para lograrlo, hemos de empezar por los que todavía han de nacer. La raza ha de renovarse por medio de los física y mentalmente aptos, de serie suerte que no se les consienta procrear a los moral y físicamente degenerados. Nosotros estimamos en España cada vez más urgente emprender una campaña en este aspecto, con todos los adelantos y el apoyo de la técnica, con todas las experiencias de lo que en otros países se ha realizado. Por ello, por la urgencia de buen número de las cuestiones infantiles, y de la salud material y espiritual de los futuros ciudadanos, creemos que es necesario que se cree en España un Ministerio de Sanidad, que éste se ocupe, como lo hace el inglés, que es quien lo tiene a su cargo, de los dispensarios y clínicas prenatales y de la propaganda de los métodos científicos e higiénicos para limitar la natalidad. La contraconcepción no necesita hoy defensores teóricos, sino quienes la lleven a la práctica. Coincidimos en todo y hacemos nuestras las frases de Meredith Young, inspector de

Sanidad del Condado palatino de Chester en 1921, quien decía: «Me parece que ya hemos trascendido la etapa de argüir en pro o en contra de la regulación de los nacimientos, y hemos llegado al punto en que la legítima regulación está aceptada como beneficiosa para la sociedad. Todo cuanto falta es saber cuáles son los mejores métodos de regulación e instrucción a las gentes sobre su uso.»

La enseñanza de la contraconcepción en las Facultades de Medicina.

«Admito la profilaxia anticonceptiva. Lejos de limitar su aplicación a los casos médicos, desearía verla practicar por los cónyuges no avariados, pero cuya miseria, «la peor de las enfermedades», expone a los hijos nacidos de su unión sexual a la pobreza, a los sufrimientos físicos y morales».

LUCIANO DESCAVES.

Hasta nuestros días—triste es reconocerlo—, en las Facultades de Medicina no se estudia ex profeso como una asignatura indispensable la contraconcepción. Nociones dispersas, aquí y allá; técnica de la embriotomía, del aborto... Nada más. Si algún alumno, más inquieto, investiga sobre ello, no habrá de poder hacer gala de sus conocimientos. Es necesario luchar porque sea España una de las primeras naciones que incluyan en el plan de enseñanza de la Facultad de Medicina la contraconcepción. La doctora Stopes hacía referencia a este interesantísimo punto, e indicaba que los alumnos deberían asistir, en primer término, a unas chantas conferencias sobre contraconcepción, previa su asistencia a dos o tres partos para que tuvieran conocimiento del cuerpo humano «en vivo», y no como hasta aquí, en todas las enseñanzas de esa facultad, en un cadáver como mínimo; se darían tres conferencias de una hora, ilustradas con

cinematógrafo, diagramas y exhibición plástica de las aplicaciones preventivas.

Los alumnos deberían, después, permanecer, por lo menos, durante seis o doce períodos de dos horas cada uno, en la clínica reguladora de nacimientos, auxiliando a los médicos y comadronas de servicio para escuchar sus consejos técnicos y hacerse prácticos en la colocación de capacetes y otras aplicaciones, interesándose después, en horas extraordinarias o cursos supletorio, por los casos difíciles, frecuentísimos entre la mujeres proletarias, destrozadas ya por numerosos partos.

A pesar de lo cargados que están ya los planes de enseñanza, esta nueva materia, que no sería una asignatura más, que no implicaría el aprendizaje por demás farragoso de un texto, sería sumamente interesante por sus rendimientos para el porvenir. Más hétenos aquí con dos problemas secundarios. Uno, el de qué para que los estudiantes de la Facultad estuviesen capacitados para estos estudios, necesitarían una educación sexual previa, razonada y consciente que les dotase de la suficiente garantía de inmunidad espiritual para que estas experiencias no causaran en su espíritu choques imprevistos en las complejísimas reacciones psíquicas. Otro, que acaso por parte de algunos padres, aún apegados a la antigua usanza, se objetara que esta enseñanza debería ser voluntaria para que no la cursasen más que quienes lo desearan y que se eliminara de ella a las muchachas que acudimos a la Facultad. En el primer caso, si esperamos a que la educación sexual sea un hecho entre los miles de muchachos como pasan por las Facultades, necesitaríamos el transcurso de diez o doce generaciones escolares—cada año la generación se

renueva—para que una mayoría a lo menos estuviese dispuesta para ello. Es necesario empezar ahora arrostrando ventajas e inconvenientes. Estimamos que la enseñanza de la contraconcepción es algo tan simplista, tan técnico, tan alejado de toda pornografía, tan puro en su misma esencia, que estos simples conocimientos, sin investigación posterior, deberán ser obligatorios para todo médico a quien en su porvenir se le puede plantear una de estas cuestiones clínicas con bastante frecuencia y que, prosiguiendo como hasta la actualidad, ignorarían los consejos técnicos que prestar con pleno conocimiento de causa. En cuanto a eliminar a las mujeres, me parece injusto y absurdo. Nosotras hemos de ser las primeras y más interesadas en difundir después estas enseñanzas entre nuestras compañeras de sexo, con un tacto que difícilmente adquirirá el hombre. De todo ello extraemos una consecuencia. Es absolutamente indispensable la enseñanza obligatoria de la Contraconcepción.

La educación en el control de la natalidad.

«Las mujeres, en lo pasado, hubieron de satisfacerse con los hueros triunfos de la libertad política, la libertad económica y la libertad social. Pero al conquistar la «libertad biológica», mujeres, hombres y niños entrarán triunfalmente en una era que será en todos sentidos civilizada».

MARGARET SANGER.

Preferimos transcribir casi íntegramente la opinión ya que no las palabras textuales de otra mujer que, maestra en estos problemas sexuales, al preocuparse de ellos lo ha hecho técnicamente y con todo lujo de preparación científica. La educación en el control de natalidad no se limita para ella a la prescripción de una fórmula o método, sino que aspira a establecer un fundamento más nuevo y sólido para todo matrimonio y, por consiguiente, para toda paternidad. Los que han llevado a la práctica este programa, mostraron algunos reparos a los primeros contraconceptivos, por juzgarlos imperfectos. Y así han acudido a los hombres de ciencia en solicitud de métodos perfectos contraconceptivos que no interrumpieran el acto de la comunión sexual y que hicieran posible el abandono de esa inquietud moral que solía antes atacar a la mujer durante la realización de este acto del posible embarazo, que habría de surgir como consecuencia inevitable.

Según ha escrito una autoridad inglesa, en estas materias, «en ningún momento se debe tener conciencia del contraconceptivo, sino en la medida en que se tiene conciencia de que el acto particular del comercio sexual no va a ser seguido de embarazo».

Añade asimismo miss Sanger que, en su opinión, ello no es una amenaza para los cimientos del matrimonio, sino que es el medio de los más seguros actualmente para garantizar el cumplimiento de sus promesas inherentes. Vuelve a crear los verdaderos modelos de relación marital, sustituyendo, por la inteligencia y el buen sentido, esa vergüenza que proporcionaba antes la conciencia del pecado; por la consideración, el brutal egoísmo, y por la previsión, la meditación y la conciencia, la antigua irresponsabilidad. La previsión es una fuerza que obra en pro y nunca en contra del espíritu de civilización, que es progreso dentro de la mayor armonía.

Existe, asimismo, para Margarita Sanger una razón de índole moral en las familias numerosas, a las que sería sumamente útil el empleo del control de la natalidad y es, la de que, aparte que la mortalidad infantil se ceba en ellas, «el niño no deseado tiene una probabilidad bastante menor de sobrevivir que el niño que viene al mundo traído por el deseo de sus padres».

El control de natalidad es, por consiguiente, una fuerza civilizadora. Margarita Sanger hace un llamamiento a las mujeres, que yo recojo con agrado para transmitirlo a las muchachas españolas. Todas nos hemos preocupado de conquistar paulatina o bruscamente nuestra libertad política, nuestra libertad económica, nuestra libertad social. Hoy tenemos la obligación de con-

quistar nuestra libertad biológica. Y para ello, Margarita Sanger, y yo con ella, juzgamos indispensable el liberar a la Humanidad de la destructora moral de esclavos que durante tantos siglos ha venido rigiendo.

«Hasta no acabar con ella—lanza miss Sanger como alegato final—no podrá surgir ninguna civilización, digna de este nombre.»

La impunidad del aborto.

«¿Por qué no el aborto...? Si bajo el influjo de los muchos «cock-tails» se han olvidado los contraconceptivos en el crítico instante, ¿qué cosa más razonable que el aborto, hábilmente realizado a la luz del día por un buen tocólogo?».

WILLIAM MC. DOUGALL.

No somos nosotros de esos seres tan personalistas y dados a la idolatría de los demás individuos destacados que aceptan sus opiniones como inmutables, por el mero hecho de haber sido producto de su inteligencia extraordinaria. Por el contrario, siempre es más grato aceptar y rechazar del mismo autor los puntos en que aquél coincide o por el contrario discrepe del criterio personal, y sobre todo mantener una posición independiente, totalmente diferente de la que puedan mantener frente a este punto los demás, si a tanto conduce nuestra propia excentricidad espiritual, pero al propio tiempo buscar para fundarla las más diversas tesis, las más variadas opiniones que hagan posible que el juicio personal pueda transformarse en criterio convincente para algunas mentes en las que el espíritu de la duda, al sembrar la desconfianza, las haya abonado y dispuesto para recibir una nueva semilla.

Spiral.—Siguiendo nuestro criterio, hemos seleccionado unas cuantas frases cumbres y definitivas por la trascendencia y el valor moral que

ellas implican. Una, la de monsieur Spiral, juez de Peronne (departamento del Sômme), en Francia, que, aun en 1800, ya buscaba para fundar sus teorías entre el cotejo, entre el suicidio y el aborto. «Puesto que la ley—dice—reconoce al individuo la libertad de atentar contra su persona, no debe castigar el aborto. Mientras el feto no haya tomado la forma humana (tercer mes), no hay crimen de aborto; hay simple tentativa de suicidio por parte de la misma madre, ya que el aborto puede causarle consecuencias mortales.»

Aunque ello no hubiera de ser así en la realidad, ante el mundo del derecho, complejo de creaciones jurídicas, la autorización para disponer de la vida del hijo en cuantía a su curación, etcétera, se solicita siempre a los padres. Y si teniendo en cuenta las prescripciones del Derecho Civil que afirma que el «concebido se tendrá por nacido para todos los efectos legales» al padre; en este caso, la madre es a quien únicamente toca el solicitar el consentimiento, transcurridos los tres meses.

Klotz Forest.—A base de estos mismos argumentos de la negación de la persona del feto, aunque éste tenga una realidad ante el Derecho Civil para los efectos que le benefician—herencias, etc.—, un doctor francés, Klotz Forest, de París, ha afirmado que «el feto no es un individuo, por donde el aborto mal puede ser un delito».

Por esto mismo, por no tener en cuenta que se le puede negar al feto la persona moral, pero no su existencia activa, como persona ficticia en el campo del derecho, resulta falsa la posición que un eminente penalista, el doctor alemán Eduardo Titter von Listz, suscribe, a base de

que «el feto no es todavía un sujeto activo de Derecho». «Porque dice y con razón, Saldaña, bastaría que fuese sujeto pasivo para merecer ese interés jurídico, esto es, la protección del Derecho. Con más acierto pudo haber dicho que el feto es un sujeto eventual, que, en rigor, no es un bien jurídico actual su existencia. Y con todo, aún habría que distinguir si el feto estaba no «animado», si tenía ya vida propia bien acusada por movimientos específicos intrauterinos.»

Recordemos, por último, que un francés, Emilio Garcon, llevaba el convencimiento por su idea hasta afirmar sin preocuparse de buscarle fundamentación técnica, «que la tentativa de aborto no es punible nunca, y que esa opinión es la de casi todos los autores.

Adolfo Prins.—Pero la frase más sentida, más veraz, dentro de su indiscutible sentimentalismo, menos técnica, menos atenida a las ficciones de derecho y a las creaciones jurídicas, es la del eminente Adolfo Prins, a quien desde Bélgica presentaba más que la faceta optimista de un futuro mejor organizado, el criterio pesimista, de la situación actual para encarecer la urgencia de ponerle término y remediarlo. Decía así: «La ley actual, castigando el aborto... y diciendo a los seres más degradados: «Guardad vuestros hijos, o la justicia caerá sobre vosotros, hace del hogar una escuela de vicio.»

Enseñanzas.—Formidables palabras. Magnífica enseñanza. Todos vosotros, posiblemente, sin el menor concepto del aspecto técnico de esta cuestión, conocéis esos casos de verdaderas tragedias infantiles en el seno de un hogar inexistente e imposible, y a los que vosotros, en vuestras conversaciones, soléis apostrofar con un: «Más valía que se murieran.» En vuestra incons-

ciencia, habéis acertado ya con la única clave que podrá ir resolviendo este problema en un futuro. Porque, los institutos y hospitales, reformatorios, etc., para anormales cuestan elevadísimas sumas, y en tanto se abandona en ellas a los niños sanos y capaces, únicos ciudadanos de rendimiento útil y efectivo para el Estado y que éste abandona a la generosidad de sus padres, imposibilitados de atenderlos. No es justo, el gastar este dinero en seres que no volverán jamás a ser normales y que ya no tendrán un valor eficiente y completo para el Estado. Ningún beneficio lograrán estos niños más que el de prolongarles la vida, una vida de miserias y amarguras, endulzada tan sólo durante los años de su infancia, que les habrá de hacer luego más rudo el contraste con la realidad, en sus luchas con los demás hombres que los arrollarán a su paso egoístas en su marcha hacia el progreso, en el que va incluído—¿cómo no?—el triunfo personal.

¿Cabe mejor solución que el aborto en los casos en que se presupone un nacimiento de esta índole? Si se ignoraban las prácticas anticonceptivas o éstas fracasan, es preferible acudir a este remedio extremo. Más le valdría a aquella madre pasar por un momento de agonía espiritual, que tener que sufrir esta misma agonía mientras el hijo vive, sintiendo en su carne de madre el dolor de las vejaciones que le infieran y avergonzada en su conciencia, ante las demás madres, felices dentro de su pobreza, de haber traído al mundo aquel ser, bafa e irritación de todos, jóvenes y viejos.

El problema del infanticidio.

«Los problemas sexuales no son únicamente problemas del individuo, sino problemas de la colectividad, que han sido determinados por la existencia de la lucha social».

V. F. CALVERTON.

Más, mucho más doloroso que el aborto, y desde luego mucho más que el de los métodos anticoncepcionales es el del infanticidio, particularmente practicado por los propios padres. No así cuando la contumaz rebeldía de éstos haya traído al mundo, saltando a la torera leyes y preceptos, seres que sólo servirán para hacerse desgraciados y cargar al Estado con un peso que habrá de resultarle forzosamente gravoso. Sin embargo, el infanticidio practicado en la actualidad no deja de tener una dolorosa y punzante realidad, aunque no es el medio aconsejable y útil de resolver estos conflictos en un futuro, aún en un caso extremo. Cuando el aborto pueda implantarse como medida extrema y las prácticas anticonceptivas se hayan vulgarizado, será porque asimismo la educación sexual que ello implica se habrá extendido también a todas las clases sociales y en todas las ocasiones, y en estos casos tan sólo alguna muchacha excepcional, tímida, que no ha recibido educación alguna a este respecto, podrá resolver su situación antes de que ésta llegue a su término, será disculpada si en éste, ya lanzada por la desesperación a que

la conduce su propia ignorancia, mata el fruto de sus ilícitos amores, si éste viene a constituir para ella una pesada carga. Porque lo primero a que deberemos tender será a que desaparezca ese estado de opinión que hace hoy la vida difícil para la madre soltera que con su hijo a cuestas pretende abrirse paso en el proceloso mar de la existencia. Cuando esto suceda, los hijos que mueran en aquellas condiciones, obedecerán a un secreto deseo de la mujer, o a un afán de ésta de privarse de aquella carga, porque ella pudiera ser obstáculo para determinados fines.

La opinión de los moralistas.—Es idéntica a este respecto. Desde el más rígido, Bentham, que afirma que el infanticidio es delito, pero que debiera castigarse teniendo muy en cuenta las condiciones y circunstancias de sus autores, hasta Kant y Fouillé, más avanzados, hay toda una gama de opiniones. Incluimos las de estos últimas, por ser las más típicas de la era moderna, más humanitarias y más justas. Dice Kant: «El infanticidio del niño ilegítimo no es delito. El nacido fuera de la ley no puede ser protegido por ésta.»

Y añade Fouillé, menos rígido y más sentimental: «El infanticidio es simplemente una protesta contra la ley que nos protege.»

Verdad, innegable verdad. Es indispensable que la educación sexual se extienda, que se instale al igual de Inglaterra, clínicas en las que las mujeres que así lo deseen, puedan ser adiestradas en las prácticas anticoncepcionales y atendidas si el caso lo requiriera, hace falta que la mujer se haga más culta y más perspicaz, porque, siendo culta la mujer, dice Marañón, y con evidente injusticia, no caerá «en la maternidad como en una trampa sin salida...»

Dolorosa expresión, pero veraz; que no otra cosa representa la maternidad para la mujer, ya que ellas van al matrimonio, henchidas del más puro y entrañable instinto materno, pero en un grado de desconocimiento absoluto de la importancia de su misión. Y así ellas, víctimas de su propio espíritu y estado de ignorancia, pierden los encantos de su sexo, se agotan, se vuelven indiferentes y tristes, las abruman los cuidados del hogar, hacen insopportable la vida del hombre y van por último, a ser víctimas de esa sociedad que inconsciente las tritura, sin pensar en ese dolor que ellas mismas en su inconsciencia se han buscado, pensando tan sólo en que ella no tiene la culpa de que los hombres no se hayan preocupado, como tampoco lo han hecho las mujeres de hacerse más cultos, más inteligentes, más capaces, de aprender lo que hace ya muchos años están poniendo en práctica muchas otras naciones.

En efecto, la Naturaleza no tiene la culpa. Son las propias mujeres las que se obstinan en permanecer con el mismo criterio cerrado que en la edad de piedra.

Ellas, las que ponen en práctica el célebre aforismo de que «aquí me dejó mi abuela, aquí me volverá a encontrar». Y no ignoran que hace falta renovarse y airearse, y moverse definitivamente, y bañarse hasta quedar bien limpias y frescas en las aguas de la feliz y sonriente modernidad, y sentirse restauradas por el poder vital de la nueva ciencia que los ilustra y abandonar de este modo para siempre preocupaciones que agobian, y dilataciones físicas que son engorrosas y les hacen perder su belleza y su juventud, y caracteres agrios y doloridos ante la com-

plicación de todos los problemas y todo, en fin, lo que constituye la tragedia vital e inseparable de toda mujer desde el momento en que ésta, creyendo hacer lo posible por salvar a la Especie, no vacila en rendir culto a la más exuberante maternidad.

Tienen que aprender estas mujeres que el Amor, que un tiempo pudo ser su divinidad inspiradora, hoy resulta un móvil falso y egoísta, que para el hombre ya no se limita todo al terreno sexual, sino que tiene, al igual que ella, muchos otros campos y actividades en los que moverse y distraer su inteligencia y su personalidad, y que en el plano sexual habrán de sacrificarse en todo momento ante los imperativos supremos de la Eugenesia, aprendiendo que en cuanto sea sólo satisfacción corporal puede guiarles el amor, o la atracción de los sexos pero en cuanto tienda a tener consecuencias para ello y para la sociedad, todo habrá de tener que estar regido por el criterio de la nueva moral en beneficio de la Especie que, valiéndose de estos medios, se perpetúa. Es difícil sin embargo llegar a esta lenta labor de exposición. No en balde decía Marañón en su obra «Amor, conveniencia y Eugenesia», refiriéndose a estos mismos contrastes: «Tiempos de guerra los nuestros, de gran guerra civil. Y no en el sentido que tiene esta palabra entre nosotros, de guerra entre hermanos, que es la más incivil de todas las guerras ; sino en el sentido del heroísmo ciudadano, puesto al servicio desinteresado de las causas de la civilización. Y una de estas banderas de suprema civilidad es la salud del individuo y de la especie. La conveniencia eugenésica, la noble conveniencia de la especie por encima de todo,

antes, por lo tanto, que el mismo amor. Es necesario echar abajo violentamente—repitámoslo—el gran mito de que el amor justifica todas las cosas que se cometan bajo su advocación. Por lo mismo que es exelso, puede ser manto de las cosas nobles, pero no tapadera de las innobles..»

Moral sexual.

«Yo odio a los que observan la conducta de los otros, creyendo que eso es prudencia; odio a los que no quieren ceder jamás creyendo que eso es valor; odio a los que reprochan a los otros faltas secretas creyendo que eso es franqueza».

TZEUM-KOUNG.

Los problemas que aquí tratamos de estudiar son exclusivamente los que atañen a la nueva moral sexual, puesto que la Moral, no obstante el pretendido intento de los filósofos de que fuera una y universal, es polifacética y ofrece en cada nueva nación un significado diverso y un aspecto totalmente diferente. La actuación de la moral sexual en el nuevo campo es absolutamente personal. Lo que nosotros pretendemos es que cada individuo pueda crearse una moral a su hechura, que se respete el campo de acción individual y que, a base de este mutuo respeto, se encuentren las únicas restricciones posibles a la acción que cada uno intente desarrollar. Cuando hablamos de moral sexual, casi tratamos de una moral social en todos sus aspectos porque lo sexual aparece mezclado a todos los asuntos. Desde el dicho proverbial de que cuando un hombre comete un disparate se pregunte inmediatamente: «¿Quién será ella!», hasta los actos más nimios del hombre, todos están impregnados de su vida sexual. Un hombre sexualmente satisfecho desempeña su misión con seguridad

de ánimo. Un hombre que no ha podido adquirir esa satisfacción, no puede llegar más que a un pesimismo en esos actos, que primero se traduce en leves desazones y que puede llegar en ocasiones hasta causar el suicidio o al desarrollo de los instintos de rebeldía. La conducta del individuo en plano sexual debe estar alejada de toda restricción ante la ley y ante el «qué dirán», ley imperiosa a la que muchos hombres se someten. Al igual que juzgamos que la vida sexual es privada e inolvidable, también los restantes individuos, para asegurarse un mutuo respeto a su conducta, deberán no ver en sus compañeros más que los entes indispensables con quienes tienen que tratar en su negocio, en su trabajo, en su profesión. El hombre debe saber que su vida sexual está salvaguardada por el silencio y el respeto a todos, siempre que no trate de imponer sus designios a la fuerza y sin contar con razones. Tal es el nuevo criterio de la moral sexual que por lo mismo que está dotada de un hondo carácter social, tendrá que ser eminentemente tolerante. La moral sexual es, sobre todo y ante todo, revolucionaria en estos tiempos, teniendo en cuenta las primitivas y ya caducas concepciones. Frente al criterio absolutista y despotico de los viejos postulados morales, este otro libertario y amplio aun para todas las derivaciones normales y anormales de la vida sexual será un contraste ya que no ofrecerá más traba que la responsabilidad que se contrae ante los nuevos seres que se pretendan traer al mundo. Pero las relaciones sexuales, sin consecuencias, podrán ser igual en uno que en otro sexo, absolutamente legítimas. La nueva moral sexual es hoy revolucionaria. Mañana será lógica. Pasado, ¿qué será?

El celibato eclesiástico.

«No basta el demostrar que la abstinencia sexual es inofensiva; hay que tener en cuenta que las energías espirituales y físicas utilizadas en reprimir tan poderoso instinto con frecuencia agotan las naturalezas más fuertes y desarrolladas, reduciéndolas a pobres y pueriles sombras de lo que fueron y pudieron ser».

ADELA SCHREIBER.

La Constitución y los Códigos de la República deben afirmar el principio ya enunciado por el ministro de Justicia, de que es libre el matrimonio de los clérigos, y aun que es recomendable que constituyan una familia. Los criminalistas más eximios, el eminentísimo J. Maxwell, susodicho fiscal de París, afirmaba que el celibato impuesto a religiosos y clérigos ha producido efectos deplorables, habiendo sido aprovechado por la pudibundería cristiana para desarrollar y aun crear la hipocresía sexual, tan ridícula y culpable.

Nosotros tenemos la convicción de que haciendo esto y procurando al clérigo la máxima independencia de Roma, se llegaría inmediatamente a compensar los inconvenientes del celibato, que los mismos sacerdotes son los primeros en reconocer, y que pueden resumirse en las frases del francés Jaime A. Dulaire que, hace de ello casi un siglo exclamaba en su «Historia de los diferentes cultos»: «Los célibes, sea cualquiera la ley que les ordene ese estado, no pueden re-

sirtir largo tiempo al voto de la Naturaleza, porque las leyes que lo contrarían son impotentes en todos los casos. Están, pues, forzados a transgredirlas y a aumentar el mundo de agentes de la pública corrupción. Así, no es de ningún modo la falta de sacerdotes célibes, como vulgarmente se cree, lo que contribuye a la depravación de las costumbres, sino sus pasiones, la multitud excesiva de ellos. Es un hecho constante que en los países de Europa donde están más depravadas las costumbres son aquellos en que abundan más los clérigos. He aquí un hecho constatado, ante el cual vienen a quebrarse todos los sofismas en contrario.

Nosotros, que no somos fanáticos ni intransigentes como los secuaces de esa religión, tenemos la evidencia, como dice Julio Michelet, de que el «sacerdote, vuelto a ser hombre, libre de un sistema artificial (absurdo, imposible hoy), volverá a entrar en la Naturaleza y en medio de nosotros ocupará su lugar.»

El celibato eclesiástico, invento español.

«La supersticiosa importancia concedida al celibato es un residuo de la antigua magia».

ALBERTO HOUTIN.

Esta funesta manía persecutoria de la Iglesia en pro de mantener una actitud antifisiológica, creando una Teología asexual, esto es, alejada del sexo, procede de España. En el Concilio de Iliberri (Illiberis o Elvira, cerca de Granada), hacia el año 307, se estableció por vez primera en toda la cristiandad.

No se exige voto de castidad, sino que se les requiere para que, castos o no, permanezcan célibes. Alberto Houtin, en su obra «Sexología», hace remontar el origen del celibato a las sectas gnósticas y aun al mismo ascetismo pagano.

Los Concilios posteriores prosiguen su obra pertinaz, y nos revelan que hasta entonces el celibato eclesiástico no se hallaba establecido, y aun que los clérigos protestan contra la implantación de esta medida.

El clero católico recibió muy mal y con la más agria protesta estas medidas. En España, Galicia se rebela contra Fruela I, y el motivo fué, según nos dice Ortega y Rubio en su «Historia de España», por cierto bastante extraño: «El haber prohibido el matrimonio de los sacerdotes, obligando a los casados a separarse de sus mujeres. La Iglesia ha sido la que forzó al clero al concubinato y a la inmoralidad. Y puede ca-

berle a España la triste gloria de haber sido ella quien iniciara la campaña en este sentido, acordando en sus Concilios el mantenimiento y la imposición del celibato como medida obligatoria, con carácter retroactivo, pues se aplicaba a los ya casados, a quienes se obligaba a separarse de sus mujeres.»

Y a partir de este momento, nada tuerce a la Iglesia. Ni aun aquella célebre Memoria que el abate Perreyve escribe en 1870 y dirige al Concilio Vaticano, pidiendo que los sacerdotes doleridos de su aislamiento puedan ser autorizados para volver a la comunión de los laicos.

Nadie hizo caso. Y así, la Iglesia, que hoy admite la nulidad y disolubilidad del matrimonio por haber mediado miedo, fuerza o coacción de alguna índole, nos plantea la cuestión jurídica de que ninguna de estas causas pueden admitirse para volver al mundo de las relaciones civiles. La coacción familiar, el egoísmo paterno que proporciona esa carrera para que el hijo cura sea el sostén de la familia en un mañana próximo, cierra a la víctima el camino de una posible redención. La Iglesia exige el sacrificio para siempre. Mediten en ello los jóvenes, los ingenuos seminaristas que pertenecen también a esta generación de hoy, y habrán de sentir sus más punzantes y dolorosas inquietudes. Piensen en aquellas palabras que con acierto, les dirigía el maestro don Quintiliano Saldaña :

«Divino embrujado que no hallarás por los siglos de los siglos la ansiada fórmula de exorcismo, medita mucho antes de vestir la túnica fatal. No hay para ti un medio virtuoso; o el desgarrado heroísmo, o la eterna condenación.»

El caso de Frances Darley.

«La raza humana ganaría mucho si la virtud resultase menos penosa y laboriosa. El mérito no sería tan grande; pero ¿de qué nos sirve una elevación que rara vez podemos mantener?».

SENACOURT.

No creo que sea necesario repetir los dolorosos ejemplos en que la vieja moralidad sexual se ha cebado sobre los jóvenes que han pretendido dentro de la mayor pureza buscar un sustitutivo a los males que sentían y remediarlos dentro de sus medios. El caso que cita el juez Lindsey es de por sí lo bastante elocuente:

«Frances Darley, muchacha de una buena familia, de gran posición social, había recibido una buena educación, pero de acuerdo con los prejuicios tradicionales. Frances tenía una hermana mayor, casada, que en casa de Darley vivía con su marido. Este matrimonio hubo de tener un niño, al que Frances, por entonces de catorce años, cobró un extraordinario afecto. Hasta que el nene vino al mundo, sólo se había ocupado de sus muñecas. Pero el sobrinito le hizo olvidarse en absoluto de sus antiguos juegos, y aquel cariño empezó a desarrollarse entre la alegría y la indiferencia de los otros miembros de la familia.

Pero pasaron los días, y uno de ellos, el matrimonio hubo de marchar con el pequeñuelo a una ciudad distante. Frances tuvo una pena te-

rrible. Era la propia de una niña a quien privan del juguete favorito y nadie le prestó atención. Mas no hubo transcurrido mucho tiempo, cuando ya Frances empezó a pensar por qué no había de tener ella también un niño como su hermana. Ignoraba de dónde venían los niños al mundo, y se lo preguntó a sus padres. Estos, siguiendo la tradicional costumbre y no viendo en la pregunta nada alarmante, hubieron de responderle con evasivas, asegurándole que ya lo sabría cuando se casara, y conminándole a no volverles a hablar de ello so pena de merecer una gravíssima reprimenda. La muchacha, un tanto desalentada, consultó el caso con una de sus amigas. Esta, bien enterada, le puso al corriente del origen de las criaturas.

Procuró entonces guardar su secreto con particular interés. Buscó, con un deliberado propósito, no exento de la máxima ingenuidad, a un muchacho de unos diez y seis años, «inofensivo como un perro de Terranova, y consiguió de él que se apresurara a ayudarla». La concepción, de que se dió cuenta en breve, le pareció algo maravilloso e incapaz de contenerse por más tiempo, fué a su madre y le contó su bello secreto. El asombro de la hija fué intenso ante el escándalo y horror de la madre, aterrorizada tanto por el problema de difícil solución que su hija le planteaba, como por la creencia de que había engendrado una muchacha inmoral, una impura, una perdida, que ya no podría actuar entre las personas decentes. Los reproches e insultos salieron de su boca. La fulminó con el clásico: «¡Sal de mi casa! ¡Que yo no te vea más!» Pero no cuidó de recatar ante la niña el escándalo que causaría si se descubría lo que había realizado. La madre empezó a temblar ante la

opinión. Y en un último arranque, recurrió al «juez de los niños». Sus exclamaciones eran éstas: «¿Pero qué habré hecho yo para que Dios me castigue de este modo? ¿No he sido siempre una mujer buena? ¿Merezco este pago? ¿Por qué me habrá dado Dios una hija tan mala?»

Frances en sus declaraciones ante el juez, con sus escasos quince años y su rostro lloroso e impregnado de lágrimas, no pudo llegar a comprender qué diferencia había entre el niño que había de tener y el que había tenido su hermana. No comprendía cómo una bendición sacerdotal y un banquete al que había asistido lo más selecto de la sociedad de Denver—idea que ella tenía de la boda—convertía en aceptable, querido y respetado por todos a aquel niño y castigaba al suyo al estigma de ilegítimo, prohibido e indeseable.

Inútil intentar hacérselo comprender. Es tan sutil la estupidez humana, ha creado cosas tan absurdas e incomprensibles, que a la lógica juvenil, educada sin hipocresía, con plena naturalidad y sin otro perjuicio que el lastre de las viejas concepciones, no le entra fácilmente la creación de esta pseudomoralidad en que unos ritos sociales legitiman aquello que debería tener su única legalidad en el acto en sí, prescindiendo de toda ulterior consideración. Entre las muchas «espirituales tonterías» que la sociedad ha creado figura sin duda alguna, esta del matrimonio, que define toda una época y que justifica nuestra actitud. Está tan perfectamente organizada, es uno de esos hechos que tienen tanta apariencia de verdad, es tan profundo el embotamiento de la sensibilidad humana que aceptamos como buena esta institución y la creemos insuperable e intachable, sin darnos cuenta de

que empieza por ser una institución y por fundarse únicamente sobre el interés, la conveniencia, el utilitarismo, que no son los pilares más apreciables para que una unión tenga efecto. Y como si la Humanidad quisiera llevar su estupidez hasta los linderos de la barbarie, comprometiendo casi siempre de por vida, a pesar de todas las equivocaciones fatales y aunque cesen los motivos determinantes de esa unión, establece la indisolubilidad. Afortunadamente, el hombre lo ha resistido todo, con más o menos paciencia, menos la perpetuidad, ante la que se ha rebelado con la máxima energía que no siempre ha ido acompañada de éxito. Y es que una tontería puede aun tomar apariencias gratas unas horas; pero cuando se piensa en el porvenir de perpetua esclavitud, yo, que creo que el amor al cesar y producir un desengaño, no es lo bastante para provocar un suicidio o una locura, creo que si pensamos en las dolorosas tragedias conyugales y nos paramos a meditar en nuestras angustias e inquietudes diarias, repetidas hora a hora, minuto a minuto, hasta el momento en que uno de nosotros falleciera, pensaríamos, ya que no en el Viaducto, en cualquier otro medio viable de acabar con nuestra vida, estaba el fin inmediato de esa insopportable tortura. La incompatibilidad y el aburrimiento, mantenido a perpetuidad han sido los dos magnos inconvenientes del matrimonio. Y han sido los que le han derribado, dejando paso a instituciones de ritmo más acelerado, más de acuerdo con la marcha de grados intensivos de la Humanidad.

La conspiración del silencio.

«El progreso continuo de la Humanidad lleva consigo la sexualidad cada vez más acusada. En los pueblos superiores, el amor se expresa mejor; el sexo se diferencia más y el instinto cumple mejor el ideal».

MAX BEMBO.

Es doloroso, pero es verdad. Los hombres obstinándose en mantener a sus hijos en la más completa ignorancia, han fraguado una perfecta conspiración del silencio. Padres, maestros, sacerdotes, médicos. Unos y otros, con mayor o menor intensidad, han cooperado a la obra destructora. Los primeros, con su silencio; los segundos, con sus restricciones de conducta y su posición alejada de cuanto signifique conocimiento sexual; los terceros, imponiendo el terror de la divinidad vengadora, y los cuartos, manteniéndose al servicio de quienes pagaban, aun en perjuicio del joven que nacía a la vida, se han hecho responsables de muchos crímenes y actos delictivos en que ha incurrido la Humanidad por ignorancia. Las experiencias sexuales de buen número de muchachos, acostumbrados únicamente a eludir el embarazo, por juzgar que sólo en este caso extremo estaba el pecado, porque se infringía públicamente el código social, han creado un código de refinada y sutil hipocresía, en que nos hemos acostumbrado a pensar que sólo los actos que trascendían a la sociedad eran penables, mientras los que permanecían en el misterio eran aceptados como buenos. Creen quienes nos han obligado a esta conducta que ello es moral, es justo, es siquiera legítimo. Pues vean a lo que nos lanzan con su actitud. La magnífica conspiración del silencio en que el adolescente salía del padre para consultar al maestro,

de allí al sacerdote o al médico, y en todas partes encontraba las mismas evasivas respuestas, cuando no prohibiciones que estimulaban más su deseo, ha dado sus frutos.

Nos ha sucedido lo que a aquel pequeñuelo que, interesado por conocer de dónde venían los niños, preguntó a su madre y le dijo que los había traído una cigüeña, fué a su tía y le dijo que había caído de un guindo, preguntó a la criada y le manifestó que lo traían de París, y llegó a la abrumadora consecuencia para una inteligencia infantil de que todo era una inmensa mentira en que todos intentaban engañarle, y la desoladora impresión le causó tal efecto, que mantuvo durante toda su vida un espíritu de recelo y desconfianza para cuanto le decían o anuncianan como verídico y exacto y no le era dado a sus fuerzas el investigar por su propia cuenta. La conspiración del silencio ha dado mejores resultados que ésta de la mentira. Porque los adultos no se han puesto de acuerdo sobre las respuestas categóricas y terminantes que han de dar a la fatal pregunta infantil: «De dónde vienen los niños», y aventuran las más descabelladas hipótesis. Esta conspiración del silencio está infinitamente mejor organizada. Todos callan y todos amenazan. Formidable «método pedagógico» que ha dado siempre los más eficaces resultados. Los compañeros, los amigos, los burdeles, he ahí los medios de que se han valido los inquietos adolescentes para penetrar en el misterio que tan profundo se les ofrecía.

Los resultados han sido trágicos. Pero los únicos reos son los conspiradores que desafiando a todo, se atreven a mantener la ignorancia como pureza, sin otros métodos que los coactivos, de siempre fracasados.

Un pacto liberal.

«¿Y qué mal hay en ello? A nadie
privé de lo suyo. Ni he dañado al
prójimo ni a mí mismo».

(Respuesta de un neófito chino,
castigado por un pecado sexual a un
misionero. Tomado de los «Annales
de la Propagation de la Foi»).

Lindsey recuerda el caso de uno de los matrimonios más felices y bien avenidos que conoció, en el que la mujer le dijo al marido que no le ponía coto alguno en sus relaciones con otras mujeres, pero añadiendo que en el caso de que él entendiera hacer uso de esa libertad, había de ser con la condición de autorizarla a ella para que usara de libertad semejante si lo deseaba. A tal efecto hicieron un convenio, en el que se decía: «Convenimos en no darle el nombre de infidelidad a nada de lo que podamos hacer.» De este convenio no hicieron nunca uso ninguno de los dos. El sentido de libertad resultante de este pacto hizo pues, de la libertad una imposibilidad lógica. Adoptando voluntariamente esos frenos internos, que las convenciones arbitrarias del matrimonio no logran crear, ese matrimonio no vió turbada su felicidad.

Yo creo que la vieja y arraigada convicción de la «infidelidad» en que incurren hombre y mujer apenas contraído el matrimonio debe desaparecer como tal. Pero estimo perfectamente legítimo que cuando el marido sea como siempre sucede, el que primero falte a la fidelidad conve-

nida tácitamente, la mujer puede, con plena libertad e independencia hacer lo propio. Yo no sé por qué el contrato matrimonial ha de implicar forzosamente el vivir uno para otro, sin tolerar las relaciones con otros seres a que se sientan obligados. Sabido es que los hombres faltan al absurdo compromiso siempre e inevitablemente y que para el criterio moral lo mismo se falta con el pensamiento que con la acción. Ese criterio, que ha educado a la mujer en una moralidad más restrictiva, esto es, de mayores normas independientes solamente por las consecuencias inmediatas que ello pudiera traer, me parece por igual absurdo e injusto. La misma libertad debe poseer el hombre que la mujer, ya que la misma puede ser la responsabilidad. Lo que hace falta es acostumbrarles a evitar esas consecuencias si no lo desean, o a hacer cargar al marido con la responsabilidad del nuevo ser. Se nos acusará de que con ello predicamos una inmoralidad. Pero no es así. A no ser que estimemos que es asimismo inmoral el artículo 199 de nuestro Código Civil, donde se declara expresamente que se «Presumirá legítimo el hijo nacido en el matrimonio, aunque la madre hubiese declarado contra su legitimidad o hubiese sido condenada como adúltera.»

Este viejo y absurdo criterio, fundado en el principio romano: «Pater est quem nuptiae demonstrant» (Es padre quien las nupcias demuestran), prueba que los legisladores, queriendo poner al ser que nace al abrigo de las asechanzas de la miseria, le adjudicaban la paternidad que por derecho le correspondía, aunque no lo fuera de hecho y legitimen por tanto estos hechos que, enunciados así en teoría, parecen en extremo inmorales. Aunque la mujer se obstine en declarar

que el hijo no es de su marido, aunque se la juzgue y pene como adultera, siempre existirá la paternidad «a favor» del marido. Aquí estamos, pues, ante un supuesto jurídico que ha sido juzgado por los mayores técnicos en Derecho como un régimen de «privilegio de dudosa justicia, pero de evidente inmortalidad». «Pater est quem sanguis demonstrant» (Es padre aquel que la sangre demuestra), debería decirse. Y mientras la investigación de la paternidad no se establezca con plenas garantías científicas, la paternidad será de quien declare la mujer, y sólo entonces tendrá el hombre derecho a exigirle que buscando desee tener un hijo de otro, a no ser con su consentimiento, deberá divorciarse primero para poder obrar con plena libertad, al igual que ella podrá exigirle, a no ser que no juzgue en la posición «infiel» de su marido que él se divorcie para proseguir su vida con mayor independencia. Estos casos se han dado ya con bastante frecuencia entre hombres y mujeres de destacado nivel intelectual. La mujer de Zola, por ejemplo, incapaz de darle hijos, consintió en que él los tuviera con otra, y en criarlos ella, como si fueran suyos, con el mismo amor y ternura. Son muchos los casos que los médicos conocen, en que, conociendo el reiterado deseo de los cónyuges de tener un hijo, no satisfaciéndoles la adopción o conociendo la necesidad fisiológica del embarazo en la mujer, los maridos cedieron a que ésta mantuviera relaciones sexuales con otro, a fin de lograr el ansiado don.

Yo creo que no tardaremos muchos años en dejar de imponer entre nosotros una moral a base de nuevos principios categóricos totalmente diferentes, en que pueda existir una colaboración de dos o más seres en la obra matrimonial; esto

es, un hombre elegido para la función reproductora—en el caso de la mujer—y unos buenos amigos platónicos que no sean mal vistos ante la sociedad y en quienes el matrimonio halle el adecuado complemento. Creo que los seres necesitan más de la amistad que del amor, ya que ella es una verdadera necesidad social. Y si sabemos hacer de la amistad un arte sublime, sin tener que sufrir las críticas y censuras de la mujer, acabaremos con los celos, viejo estigma de barbarie de los actuales civilizados y desarrollaremos nuestra actividad con mayor y más eficiente intensidad.

Ese matrimonio, al que hacemos referencia en nuestro libro «El problema sexual tratado por una mujer española», practicado en algunas tribus primitivas y extremadamente generalizado en que todos los hombres tienen mujer principal y mujeres secundarias y en que la mujer principal de cada uno de ellos es mujer secundaria de otros de sus compañeros, y sus mujeres secundarias lo son principales de otros, nos obliga a pensar si habrían acertado con el secreto de la poligamia moral mediante la mutua coordinación de afectos. ¿Será preciso que recojamos sus enseñanzas y que en esta era de la velocidad, pensemos en estos matrimonios múltiples, en que, acabándose el viejo crimen de la infelicidad, hallen los cónyuges la paz espiritual que necesitan?

La libertad marital ata con cadenas más fuertes, pero invisibles.

«Al que ingrato me deja, busco
[amante.
Al que amante me sigue, dejo ingrata.
Constante adoro a quien mi amor
[maltrata.
Maltrato a quien mi amor busca cons-
[tante».

JUANA INÉS DE LA CRUZ.

Por si no estuviera bastante demostrado el hecho constantemente comprobado en teoría y práctica de que la libertad es el medio más eficaz de cortar el libertinaje a que conduce por exceso de represión, la esclavitud, en uno de los números recientes de la revista «Atlantic Montbely» se publicaba una carta de un suscriptor que estudiaba con claridad la cuestión del matrimonio y de la moral, y relataba el caso de una señora casada que en compañía de su marido, habían marchado a Suramérica, dedicándose allí durante varios años a mejorar las condiciones de vida de los trabajadores del campo. Una de sus primeras preocupaciones fué procurar que se casasen legalmente las parejas de hombres y mujeres que vivían libremente en la hacienda, y allí se dió el caso, extraño para una sensibilidad occidental, de que mientras los hombres no mostraban dificultad alguna, las mujeres se oponían tenazmente a la matrimonial iniciativa.

Una mujer anciana, de más que mediana educación e inteligencia, verdaderamente «une gran dame» de su clase, le descifró al citado matri-

monio este enigma. Atravesó diez leguas de terreno montañoso para venir desde su pueblo a rogarles que limitaran sus actividades de misioneros, a proporcionarles mejores maestros a los niños y escuelas profesionales a las niñas mayores. El matrimonio acogió cordialmente la iniciativa. Y la mujer le expuso sus ideas diciendo:

«Mire usted, señora. No se empeñe en hacerle creer a esta gente que hacen mal viviendo juntos sin estar casados. En tanto una mujer consiente en vivir con un hombre, éste la trata con los mayores miramientos y le guarda fidelidad y cuida de sus hijos. Pero en cuanto tiene que vivir a la fuerza con ella, abusa de la pobre mujer, se le queda con el dinero que gana y no se recata de ir a verse con otra. Y como los hijos le pertenecen, los pone a trabajar y se guarda lo que ganan; o, lo que es peor, los vende. ¡Oh! ¿No ve usted, señora, que nosotras las mujeres tenemos más libertad y somos más felices y nuestros hombres nos tratan mejor, cuando no estamos unidos a ellos por las bendiciones, cuando podemos levantar el vuelo y dejarlos si no se portan bien?»

Esta carta, luminoso y vidente comentario sobre el matrimonio, es evidentemente uno de los mejores, por lo simples, que hasta aquí se han escrito. Esas mujeres que creían que el matrimonio era deseable para ellas, ya que necesitaban la unión permanente, no deseaban que el matrimonio oficial viniese a turbar la paz en que vivían, dándole al hombre los derechos a la posesión sobre la mujer y los hijos y haciéndole que se comportara mucho más incorrectamente que cuando sabía que de la voluntad de la mujer podía depender el desunir aquel vínculo que a él le parecía tan necesario.

La comprensión de los sexos.

«¡ Gran palabra esa de civilización ! Gustamos de llamarnos «civilizados» ; pero ¿ lo somos ? ¿ Qué es la civilización y qué la barbarie ? ¿ No es la barbarie ese estado social en que los hombres luchan con otros hombres para obtener ventajas particulares, y no es la civilización ese estado social en que los hombres colaboran sinceramente entre sí y por el mutuo beneficio ? ¿ Puede ser civilizada una sociedad que se apoye en una base egoísta y rapaz ? ¿ No fueron siempre el santo y seña de la barbarie esas palabras de conquista y monopolio ? ¿ Y no es evidente que el santo y seña de la civilización debe ser liberación y servicio ?

J. WILLIAM LLOYD.

Creo que si las mujeres acertaran siempre de modo completo y eficaz a comprender al hombre, se ahorrarían muchos disgustos. Los hombres son, forzosamente, polígamos. La mujer, más retraída hasta ahora en el seno de su hogar, se ha limitado a una poligamia espiritual, aunada con la casi siempre exclusiva monogamia material. Sin embargo, su contacto cada vez más creciente con la vida pública, ha creado en ella, sin duda, un instinto y secreto afán de multiplicidad en el amor. Y la mujer comprende cada vez mejor los anhelos del hombre y sus preocupaciones. Con cuánta frecuencia hemos oido exclarar a los hombres que recurrian a una amante : «Mi mujer no me comprende.»

Se estimó esto como un tópico de egoísmo. Y, sin embargo, no es así. La mujer no ha comprendido al hombre, y se ha obstinado, unas veces, en sacrificarle, manteniendo incompromisible su rigidez, mientras otras ha extremado de tal modo su elasticidad, que no ha hecho la menor tentativa por atraer al cónyuge; ha dejado perder sus atractivos y se ha convertido en la monja en el hogar, que mantiene una castidad de nuevo impenetrable, y crea en torno del infiel un ambiente de hosquedad ceñuda, que llena de desagrado su espíritu y provoca las más complicadas reacciones psíquicas.

La mujer debe esforzarse en comprender al hombre, y éste en comprender a la mujer. No hay nada más terrible y doloroso que la incomprendición, y ella parece haber sido la norma fatalista de la conducta humana. Cuando el amor cese por una parte, debe conocerse si se trata de un capricho momentáneo o de un anhelo de verdadera comunión espiritual. Debe verse si es posible hacer coexistir los dos cariños o si el amor ha cesado en absoluto y ha marchado polarizado hacia otro ser. En el primer caso pueden subsistir los afectos unidos; en el segundo, la mujer o el hombre que lo sufren deben adaptarse al cambio, pensando que las pasiones no son irremediables, que los cariños no matan, que los disgustos sexuales no enervan ni destrozan, que siempre hay a la pasión un sustitutivo, que por simples contrariedades amorosas—digo simples para desligarlas de sus posibles complicaciones patológicas—nadie se mata ni es tal su desesperación que pueda provocar la locura. Todo esto debe pensar lo el hombre y la mujer. Todas las contrariedades amorosas no son lo bastante para enloquecer ni para matar, los dos grandes abis-

mos en que la vida material o moral pueden hundirse. No hay nada que no tenga remedio en la vida. Y las grandes desazones, las grandes desesperaciones amorosas se calmaron con una nueva pasión que venga a llenar la existencia o concentrar las energías del individuo en una actividad social reproductiva y de positivo valor. El hombre es siempre un creador infatigable. Hasta por serlo, suele ser creador de las más varias y diversas clases de monotonía en todos esos tipos de buen oficinista burgués, como dentro de los mismos caracteres comunes ofrecen marcadísimas diferencias. Adáptese el hombre a cuanto le suceda. Que de los adaptados es la felicidad en este mundo.

«He aquí tu señor».

«Homo sum. Nihil a me alienum puto».

TERENCIO.

Entre los novelistas contemporáneos ocupa un puesto destacadísimo Marcel Prevost. No ha pretendido nunca moralizar, finalidad a la que muchos limitan su novela. Marcel Prevost podía muy bien aplicarse como lema de toda su producción aquella hermosa frase de Terencio: «Hombre soy. Nada humano me es ajeno.»

«He aquí tu señor», no es una tesis en pro del feminismo, puesto que no hay en su novela ninguna de esas ridículas «mujeres sabias» que, aunque útiles en su primera etapa, más tarde tanto perjudicaron al buen nombre de nuestro sexo. Las mujeres que viven la novela de Marcel Prevost son tipos sacados de la realidad, de esta realidad moderna en que las mujeres sólo aspiran a sacar el máximo partido posible de la vida que tienen por delante. Tampoco nos habla Marcel Prevost de la posibilidad de que el sentido del amor hubiera cambiado. Para él sigue siendo como lo definía Spinoza: «El encuentro de dos apetitos que se conciernan para apagar la vida.»

Lo único que Marcel Prevost supone que ha cambiado es la posibilidad de que la familia evolucione, puesto que los «matrimonios razonables, ilusión de nuestras burguesitas de antaño», no parecen ya ser lo suficiente para la mujer que

vive en sus novelas. Por ello Prevost se atiene a la realidad de los tiempos modernos. El amor no cambia, porque no existe con personalidad propia, sino que es la mera atracción sexual unida en algunos casos—los mejores, pero los menos—a otra atracción espiritual. Lo que cambia es la organización familiar. Pero para Marcel Prevost cambia, porque la mujer no se cree ya satisfecha con ella. Tal es la tesis sustentada, y que es una de las más feministas, porque es, asimismo, una de las más libertarias. Aquí es la mujer la que decide de la no continuidad de la organización actual de la sociedad bajo este régimen absurdo y a ella se le escucha, y su lamento y su clarín de rebeldía llegan bajo estas dos formas, patética y algarera, a las páginas límpidas y armoniosas del gran novelista francés, admirable pintor del ambiente en que se desenvuelven sus figuras.

Veamos cómo Manuel Bueno nos habla del espíritu de la obra, aunque no copiemos exactamente sus palabras. El nos dará una idea de ese grato sentido de continuidad que es tan difícil mantener al través de una novela narrada y no leída: «Andréa Duvenert Bailleul es una bella dama, perteneciente al patriciado industrial, que se ha educado con todos los prejuicios de clase que antes eran patrimonio exclusivo de la aristocracia. Normalmente, esto es, haciendo omisión de aquellos casos en que el temperamento obedece a desviaciones antepasadas, una señorita carece de originalidad. Es un ejemplar humano que recuerda, por su analogía con otros de su sexo y de su educación, uno de esos aparatos que salen por series de la fábrica. Nada ha conseguido hasta aquí de la pedagogía y sus evoluciones ni el linaje y el dinero. Todos nos-

otros podemos recordar el caso de algún camarada de colegio que adquiere extraordinario ascendiente sobre nosotros, hasta el punto de legarnos en lo posible parte de su personalidad.

¿Cuál habría sido el porvenir de Andréa Duvernet Bailleul, la hija de un poderoso magnate de la industria textil, a no conocer en la adolescencia de colegiala a la señorita Fanny de Lasparren? La guerra fué la causa motriz que incidentalmente aprovecha Marcel Prevost para hacer coincidir a sus personajes trascendentales en un pensionado de Arcachon, donde reúne a varias muchachas procedentes de regiones y países distintos y que, de ser las circunstancias del país pacíficas, no hubieran mantenido una relación entre sí, no hubieran permanecido alejadas por prejuicios de clase, de educación, de linaje, etcétera. La guerra favoreció esa forma de la emigración individual, sobre todo en los ricos. Instalarse en Arcachon equivalía casi a la seguridad, pues todo el mundo estaba de acuerdo en que, de no sobrevenir uno de esos pánicos que ponen un país a merced del invasor, el temido enemigo no llegaría a la costa del Atlántico.

Sin embargo, aunque Andréa contrajo varias amistades en la pensión, no todas dominaron del mismo modo en su espíritu. Ella seleccionó, de acuerdo con las atracciones de su simpatía, que no es más que la mayor comprensión y homogeneidad de caracteres. De su grupo forman parte Margarita Leslie, Marcia Broca y Fanny Lasparren. Sin embargo, es sólo esta última la que la dominó casi en absoluto. Désde que se conocen, Andréa no para mientes en el diferente sentido moral que sobre las evoluciones vitales mantiene su amiga. La señorita de Lasparren tiene un temperamento pagano, ávido de gozar de todo

lo creado y particularmente del amor. Su máxima es ésta: «De todo, más». Acaso su impetu sensual sea debido al temperamento de su padre, Paúl Lasparren, hombre, como sus hijas, sibarita y voluptuoso, de esos tipos que se perpetúan y se dan en todas las épocas y con todos los caracteres. Fanny domina a Andreá, no haciéndola sentir esa opresión. El que pretende arrastrarnos a su opinión y a sus gustos no suele ganar mucho en nuestra amistad. Fanny y Andreá se quieren porque simpatizan. Si luego domina Fanny, es porque su espíritu muy superior es acometividad y en potencia se impone. Divergentes en el fondo, pues Andreá no ha saltado esa barrera que marca el mandamiento al que más importancia concede la Iglesia, no se produce entre ellas ningún choque por estos motivos de índole exclusivamente moral. ¿Qué le importa a Andreá que su amiga haya llegado con el marqués Max de Vence a unas relaciones un poco atrevidas, si sabe que su cariño y su amistad son absolutamente suyas?

Pero la amistad de Andreá y Fanny da asimismo ocasión a que un hermano de ésta se interponga en el camino recto de la señorita «bien educada» y le haga torcer para siempre su existencia. Torcerla moralmente, ya que, feliz o desgraciadamente para Andreá, llega la paz, y el grupo juvenil de Arcachon se rompe y se despara como un cubo de agua al chocar contra las baldosas. Las mujeres avanzan por el mundo libremente, de acuerdo con su conciencia y sus convicciones. De ellas, Andreá marcha hacia el matrimonio, y Fanny hacia el placer libre. Se carteán, y el cariño subsiste potente. Andreá llega ansiosa de felicidad al ambiente conyugal, ansiosa de paz y armonía y no las encuentra,

y no porque su esposo sea un hombre falto de méritos, sino porque entre los esposos no se lleva a cabo una conformidad de temperamentos. Andreá quiere a su marido, pero no está enamorada de él, y no por decepción. Andreá sabe, sin embargo, mantenerse incólume en su pureza dentro de su hogar. Se ha casado como se casan muchas mujeres en Francia y en todas partes, porque la solución de la soltería no es la ideal ni puede ser la conveniente. A favor de Andreá, en la apuesta de si su virtud se mantendría incólume ligada de por vida a su marido, están sus antecedentes familiares. El adulterio le causa un cierto estupor, que no deja de ser un freno.

Nada indica, pues, que Andreá hubiera sido infiel a su marido. Pero, viuda ya, sale dispara da, huyendo de la ciudad provinciana, que tanto ha contribuido a aburrirla, no sólo por consolarse con la visión de otros espectáculos, sino por eludir la declaración amorosa de su cuñado. Mira ahora con horror la perspectiva que se le ofrece de dos matrimonios razonables. Jamás. Esa resistencia no es una prueba de su libertinaje: todo lo contrario. Se excusa el que una mujer joven, bella y rica, que no ha conocido en su primer matrimonio sino «la resignación con gotas de amor» lo piense mucho antes de caer en la misma trampa. Procediendo con un tacto irreprochable, Andreá escribe a su cuñado una carta muy expresiva, que encierra, sin embargo, un desaire, y se marcha a París y junto a Fanny.

Marcel Prevost describe ahora, con mano maestra, con superior galanura y magistrales trozos, el gesto de ese París, mundo de placer, con su carácter típico de exotismo. Veamos sus fra-

ses, en que se repiten las ideas con una admirable expresión: «Dancings, petites femmes qui semblent dames du monde et dames du monde qui se tiennent comme petites femmes» (Cabarets, prostitutas que parecen damas de mundo y damas de mundo que se comportan como prostitutas). Buenos modos, regulares modos, música, ruido. Todo ello es el ambiente en que ahora se agita Andreá. Por ahora, en aquel momento está contenta. Tiene a su lado a Fanny y acaba de conocer a su hermano...»

Así acaba la novela de Marcel Prevost; mejor, no la novela, sino la tesis que define el gran novelista. En ella se esboza la contraposición entre el amor pacífico y tranquilo, que en vano intenta disimular su fracaso, y ese otro amor, más libre, más espiritual, más democrático y, por lo mismo, mucho más ardiente y rebelde. Tal es el contenido de la novela que pretende establecer. Por de pronto, Andreá no se entrega a la corriente. Le salvan sus principios religiosos, su pasado familiar y sus remembranzas conjugales. Este ambiente está bien para un rato. El que lo eche de menos todos los días es modesto. ¿Qué es lo que Andreá encuentra en esa sociedad tan interesante? ¿Cómo reaccionará el espíritu de la dama entre aquellas gentes largas de apetitos y cortas de escrúpulos?

Tal es la tesis que establece, situando ante Andreá una posibilidad de vivir desordenado, empalmando las diversiones, lo que es más suficiente para saciar a una mujer como ella de gustos delicados. ¿Qué pasará después? Ese interrogante es la clave del porvenir. Podemos definir las inquietudes de nuestro presente. Lo que no sabremos nunca es adónde ellas podrán derivar.

El sexo y las religiones.

«No hay dos sectores más rotundamente antagónicos en las tradiciones de la moderna civilización occidental que los de la religión y el sexo. Las manifestaciones de este último son en esa tradición el modelo de pecado, el manantial primitivo de esa maldad y esa impureza con que el espíritu religioso no puede ponerse en contacto sin contaminarse y disolverse. Entre religión y erotismo, la antítesis viene a ser la misma que entre religión y ateísmo».

ROBERT BRIFFAULT.

El sexo ofrece, ante buen número de las teorías religiosas, una característica especial. Si bien tiene una etapa en la que el culto sexual se conmemora como una de los trascendentales para la existencia del individuo y de las colectividades, también hay otra etapa en la que se pretende un cierto recato ante estos problemas y sus representaciones divinas. Como todas las religiones no son más que símbolos en los que se representan los hechos o personas que se veneran, de aquí que este culto sexual sea una parte casi primordial en todas las religiones primitivas. En ellas suele predominar el aspecto de un dios viril, dios cuya consecuencia da lugar a una situación suya dominante entre las primitivas sociedades de cazadores, nómadas y pastores. Sin embargo, entre esos pueblos no deja de coexistir con esta divinidad viril otra femenina, que no suele ser su mujer, sino su madre. Por-

que contándose como en la antigüedad la descendencia por la línea femenina, a los ojos del salvaje, un hombre sin madre parece una paradoja. La Madre de Dios tiene, por otra parte, ante las religiones un carácter trascendental, en cuanto se relaciona con el nacimiento y desarrollo de la agricultura. Entonces suele asimilarse con la diosa lunar, a la que se atribuye una influencia eficaz sobre la tierra y sus productos. Las diosas de la fecundidad, como Isthár, Astarté, Anaitis, Hathor, Afrodita, no pierden por ello su carácter más típico de Diosas del Amor. Pero refiriéndonos particularmente a la teogenia cristiana, nosotros no podemos olvidar las investigaciones que sobre este punto ha hecho Roberto Briffault en un hermoso y documentado trabajo que titula «El sexo y la religión». Este dice: «La Teología cristiana excluyó en un principio de su esquema a la diosa madre, sustituyéndola por el Espíritu Santo, cuyo nombre femenino en hebreo, es neutro en griego, la Santa Sophia, a pesar de lo cual el gnosticismo judaico continuó considerando a la Madre del Cristo como la tercera persona de la Trinidad. No tardó mucho, sin embargo, la diosa en ser reintegrada a su puesto de honor en la devoción de los pueblos mediterráneos, y la Reina de los Cielos volvió a ocupar su lugar antiguo, con sus también antiguos atributos, la media luna y la serpiente.»

Ésto es, que esos atributos que se dicen creados exclusivamente por la religión cristiana no son más que, como los que acompañan a las restantes divinidades de esta última religión, imitaciones serviles de los ya existentes.

Esto ha dado lugar a verdaderas desviaciones entre los religiosos, consagrados a la divinidad

respecto a los sentimientos que ésta ha solidado inspirarles. Así nos recuerda Zola en obras suyas cómo «El pecado del padre Mouret» las exaltaciones de los adoradores realmente eróticos de la Virgen con el contrapeso de los ardores y deliquios de esa devoción femenina.

Y extrae Briffault una consecuencia, que la realidad ha venido a confirmar y que nosotros hacemos nuestra asimismo, de que actualmente los psiquiatras y alienistas saben de sobra que la exaltación religiosa, así como el sentimiento sexual, no tardan en revertir en sus manifestaciones a las formas más concretas y expresivas de actividad sexual, a las perversiones y aberraciones más crudas a que esa actividad se halla sujeta, bajo la acción de un estímulo y una represión excesivas.

En ello tal vez ha influido ese sentido realmente idolátrico de casi todas las religiones, particularmente de la cristiana, que ha consentido en crear y representar en la pintura, escultura, grabado, etc., a las divinidades con las más diversas denominaciones y atributos, lo cual ha obligado a buscar modelos humanos, ya que era inútil pensar en influencias sobrenaturales, lo cual se repite en todos los artistas sin disturbios ni distinción, pues en el mismo Murillo, las Concepciones que por su espiritualidad y el carácter etéreo y sobrenatural, se distinguen para muchos críticos de arte, hasta el punto de ser tenidas como sus mejores producciones, no son para Eugenio d'Ors, que las analiza en un certero estudio, lo más típico de la producción de este autor, que en realidad lo es, los angelotes que rodean estas imágenes, sino que son simples muchachas sevillanas colocadas por el artista en

la debida «pose», pero sin poder revestirlas de los legítimos atributos de la divinidad.

Tal es el único sentido que ofrece el sexo ante la religión: el de una exaltación encubierta, primero; cada vez más disimulada, después, y, por último, el de provocar con esta tendencia idolátrica de perpetuar las formas o tipos divinos en imágenes que no pueden ser otra cosa que humanas, las desviaciones sexuales a que están propensos todos aquellos que, dedicados a la religión por falsas elucubraciones de su espíritu, que les atrae como espejismos, tienen que sentir forzosamente los llamamientos imperiosos de su naturaleza, de su conciencia, y, en la imposibilidad de satisfacerlos de otro modo, los dirigen, en su mente o en la práctica, hacia estas falsas satisfacciones.

El sexo y la religión.

«Los hombres y las mujeres dedicarán al perfeccionamiento físico y psíquico de la raza, en la gran tarea sexual, el mismo fervor religioso que dedican los cristianos a la salvación de sus almas».

ELLEN KEY.

Las relaciones que el sexo mantiene con una religión determinada, estudiada particularmente, son de absoluta negación porque uno y otro principio mantienen entre sí una absoluta contraposición. El sexo es una nueva religión, y como tal tiene sus ritos especiales, sus sacerdotes, y no admite la existencia de una libertad de cultos que le permita coexistir en igualdad de condiciones con una religión cualquiera. Pensamos, sin duda, con Francis Galton «que el credo de los eugénicos es un credo viril, lleno de esperanzas que apela a los sentimientos más nobles de nuestra naturaleza»; esto es: al concepto que físico y psíquico del sexo se tienen en la actualidad. Desde el principio mismo, la importancia radicará en inculcar a los alumnos la idea de que el sexo tiene una importancia científica, social y artística, y no se halla más estrechamente relacionada con lo sobrenatural que los procesos de respiración o digestión. Es de recomendar que el maestro ponga de realce el aspecto médico de la cuestión.

Es difícil de comprender, no obstante, las relaciones que pueda tener el sexo con la religión. Al

hablar de ella, se comprenden todas las formas hasta aquí predominantes de religión de índole sobrenatural, y el enorme complejo de impurezas que se deriva de ellas. Su hostilidad a la introducción de estos influjos religiosos en las materias sexuales se complacen persistente y afortunadamente; ya no es embozada. Sin embargo, una religión socializada del futuro que acaso pudiera existir, tal vez pudiera tomar una actitud más generosa respecto de la educación sexual. Menciona Harry Elmer en su obra «El sexo en la educación» como ejemplo de esta posible evolución los «simposiums» o reuniones sobre asuntos sexuales que se han celebrado en la iglesia de la comunidad de New York City y otros sitios y el franco reconocimiento de que la religión debe tomar nota de la nueva sexología en obras como el reciente folleto de Sherwood Eddy sobre el «Sexo y la Juventud».

Para tratar los problemas sexuales es indispensable, sin embargo, una extraordinaria dote de laicismo, con el fin de que los controles sexuales que se establezcan y las normas de conducta que se fijen, se basen en castigos y recompensas puramente terrenas y, por consiguiente, materiales y de fácil ejemplaridad. Las formas de expresión sexual que aumenta la felicidad humana son posiblemente el «mejor cielo» o «empíreo» del hombre o de la mujer completos y satisfechos. Y, sobre todo, el hecho de que la pena que por ignorancia o torpeza se paga por error en el terreno sexual, en este mundo. Y cita con extraordinaria exactitud un hecho realmente típico. Si un padre, deseoso de apartar a su hijo del trato de las prostitutas no tiene otra razón que darle para convencerlo sino la de que las rameras están expresamente condenadas en la Biblia, excep-

to cuando resultaban especialmente útiles a los siervos de Dios, maldito el caso que le hará el chico ; pero si en vez de eso le explica los peligros de las enfermedades venéreas a que se expone la prostitución, y le hacer ver sobre todo que representa una degradación del amor sexual y aminora la belleza al par que el placer de las expresiones sexuales, no hay duda que el chico recapacitará sobre sus palabras. Esta es una innegable verdad. Meditemos sobre ella. La eugenesia y las enseñanzas sexuales, los controles de cualquier tipo que sean sobre esta materia sexual, habrán de inspirarse, para su eficacia, teniendo en cuenta el espíritu de la nueva generación, en el más absoluto laicismo.

Argumentos cavernícolas.

«Aquellos que están iniciados sexualmente, saben que la naturaleza no necesita para la reproducción sexual más que la gameta macho se reúna con la gameta hembra y que se consume su unión. Para eso las creó, y siendo el individuo un servidor de la especie, su sexo es el dispositivo de este servicio».

ANDRÉS CRESSON.

Quiero únicamente señalar aquí algunos de los argumentos que ofrecen los defensores de la tesis de la educación cristiana (religiosa) por encima de todo. El señor Gómez Rojí—así lo ha expuesto en las conferencias que ha dado recientemente en el Centro de Defensa Social—nos dice que el «concepto cristiano de la vida tiene mucho de expiación, mientras el laicismo es todo lo contrario: vida regalada, que cierra los horizontes espirituales.»

¿Pretende, por ventura, el señor Gómez Rojí que en el siglo XX los hombres acepten la vida y la familia como una expiación? ¿Es que no sería más justo afirmar que ello es un premio, una satisfacción que el hombre se concede? ¿No comprende entonces que para las culpas que haya cometido la Humanidad es excesiva esta pena de condenaria a una expiación perpetua? ¿No le parece que el divorcio por lo menos podría ser algo así como un purgatorio que, monopolizado por la casta sacerdotal, al igual que el otro purgatorio de la leyenda eclesiástica produ-

ciría también pingües ingresos? Esperamos que nuestras cavernícolas se convenzan de que predicar en el siglo XX la familia como expiación es exponerse a que todos nosotros, los endemoniados laicos, predicando nuestra «vida regalada», les ganemos la partida, aun entre sus más acérrimos creyentes. El hombre es, ante todo, señor Gómez Rojí, un gran egoísta. Y además, hace bien. La vida sin placer no vale la pena de ser vivida. Pero no podemos por menos de sonreírnos ante esa «gratuita afirmación», sin duda muy en consonancia con el viejo espíritu del cristianismo, y pensamos si acaso el señor Gómez Rojí, más que tener facilidades para tomar la «vida matrimonial como una expiación», no pensaría en esa vida regalada que nosotros predicamos.

«La familia cristiana—añade—es un trasunto de la Trinidad, una continuación de la familia de Nazareth.»

¡Alerta, hombres de hoy! Es casi seguro, en vista de estas palabras, que para el señor Gómez Rojí vuestros hijos no lo son sino del Espíritu Santo, que, encarnando en paloma o en rayo de sol, ha penetrado en el vientre de vuestras mujeres sin «tocarlas ni mancharlas». Francamente, ello nos va pareciendo intolerable. ¿Por qué tendrá el afán de que haya tantos San José por el mundo? Que mal parada queda con ello la moralidad de las mujeres católicas. Y no digamos si equiparan a estas pobres y desgraciadas familias de hoy, constituidas por hombres que reniegan de su suerte, mujeres aniquiladas e hijos miserables a la Trinidad en persona. Una familia en la que a la mujer no se le ha permitido entrar, pues la Ascensión de la Virgen es posterior a la muerte de Jesús y es siempre para quे-

dar en un discreto segundo plano, como si la divinidad no quisiera hacer gala del buen gusto que había tenido en escoger para sí a la linda judía. Siquiera en la Mitoología, Leda, Europa, Psiquis, todas las bellas de quienes los dioses se prendaban, ascendían sin distinción alguna a la categoría de diosas. ¿No nos convenceremos una vez más de que el paganismo fué más respetuoso para con la mujer que la religión cristiana? Por lo menos le consintió llegar a ser, por el amor libre e independiente, la compañera de un dios. El cristianismo, inventando la paloma mensajera para disimular esa amorosa entrega, y dejando siempre a la mujer elegida en un plano inferior a la divinidad, ni siquiera toleró a la mujer esta sublimación por el amor. Todos los dioses descendieron a la tierra, según los mitos de todas las religiones, en busca de las bellas mujeres por ellos creadas. Jehová, cuando lo hizo, miserable como algunos otros descendientes suyos en el poder y mando de los pueblos, dejó a la elegida dar a luz en un estable, le abandonó a las recriminaciones del engañado esposo y la hizo sufrir persecuciones y martirios hasta su ascensión al cielo.

Equiparar, pues, a nuestra familia a la Trinidad o a la de Nazareth es un poco fuerte para la moral imperante. Es recordar a los hombres usos y prácticas licenciosas que, moralistas como el señor Gómez Rojí, debían ser los primeros en evitar. Y después nos hablan de que el «laisismo se pierde en conjeturas de cómo se formó la familia, afirmando que todo lo que dice—decimos—es absolutamente falso.» Muy claro. Para el señor Gómez Rojí está por encima la Biblia con la pareja de Adán y Eva, la Trinidad y la familia de Nazareth, que las investigaciones ar-

queológicas de la ciencia, que no puede engañarse, porque se funda sobre hechos concretos. Pesa más la hipótesis que la realidad. Por eso precisamente han fracasado. Porque han perdido las pocas ocasiones que se les han ofrecido, cuando nadie recordaba la pareja adámica, ni siquiera la virginidad de María para dejar caer en el olvido tan trascendental asunto y basar su religión sobre hechos. Es lamentable que sobre esta construcción endeble haya vivido veinte siglos y aún tenga arraigo en muchas conciencias, y, lo que es peor, de algunos jóvenes, principios como los de esta religión, que no sería ni mejor ni peor que todos los demás si no hubiera ejercido más directamente y sin rebozo su vergonzosa explotación sobre el pueblo. Terrible influjo que ha conducido a terribles perversiones, delitos psíquicos, exaltaciones morbosas en aras de un misticismo terrible, que no vacilaba en sacrificar todo para su predominio. Hoy todos estos hechos han sido descubiertos ante la ciencia, que no en balde, como con acierto recuerda Briffault: «El psiquiatra y el alienista saben de sobra que la exaltación religiosa, así como el sentimiento sexual, no tardan en revertir en sus manifestaciones a las formas más directas de actividad sexual y a las perversiones y aberraciones más crudas a que esa actividad se halla sujeta, bajo la acción de un estímulo y una represión excesivas.»

Cuándo debe enseñarse la religión.

«No podemos separar las pasiones del alma de la arquitectura del cuerpo, de los movimientos secretos que en él se preparan y se manifiestan, de los tumultos que se desencadenan en él, de esa admirable combinación de necesidades instintivas y de reacciones orgánicas en las que se graba la aventura de la flor y del fruto».

PIERRE VACHET.

Recordaba recientemente uno de nuestros más destacados hombres de derecha que la religión, según Rousseau, no debe enseñarse hasta los once años. Afirmaba el propagandista que desde que el niño tiene uso de razón, los padres tienen la obligación moral de darle a conocer a Dios.

Yo me permito recordar esta frase a los maestros. De acuerdo con la religión católica, el uso de razón lo adquiere la infancia a los siete años. Hasta esa fecha, los parvulillos que acuden a las escuelas no deben recibir educación religiosa. Y cuando lleguen a los siete años, son los padres los que contraen esa obligación moral. No hay, pues, razón para que el Estado mantenga la enseñanza confesional. Los detractores del laicismo afirman así. Luego será necesario que el Estado se apresure a dotar a España de maestros capaces, de escuelas laicas y científicas, donde no se trate para nada de la divinidad. Los defensores de la tesis «cavernícola» no se oponen a ello. Les calumnian quienes dicen otra cosa. Nos han dado un

argumento temible en nuestras manos. Si ya convienen con nosotros en que sólo la existencia de la capacidad de razonar en el niño puede justificar la enseñanza de la religión y ellos fijan ese conocimiento en los siete años, claro es que hasta esa fecha no podrá, sin faltar al respeto debido a la infancia, bautizar al niño, ni aun hacerle confesar o comulgar—muchos de los niños lo hacen entre seis y siete años, ni aprender nada que atañe a esta religión.

Afortunada o desgraciadamente, el señor Gómez Rojí, que éste es el propagandista, se debió dar cuenta de lo «atrevido de sus palabras» cuando, al terminar su interesante charla—y esto va dicho sin ironía, pues hubo de promover nuestro regocijo escuchándola—, advierte a los padres cristianos que «no vayan a ser con lo por él dicho maestros prácticos de laicismo». Evidente, porque ese laicismo que «niega toda religiosidad, mata todo vínculo de unión del hombre con la divinidad, destruye la familia, hace de la autoridad paternal un despotismo y de la majestad la soberbia, hay que declarar la guerra a muerte e implacable, aunque se esté en minoría, hasta conseguir el triunfo».

¿Qué diría el señor Gómez Rojí si los jóvenes de esta generación inquieta le dijéramos que hemos pensado que quien elimina toda religiosidad de los creyentes, quien mata el vínculo de unión del hombre con la divinidad, haciéndole renegar de la existencia que ésta le ha conferido; quien destruye la familia sembrando la cizaña y provocando los conflictos, quien hace de la autoridad paternal un despotismo, obligando a los hijos sin consulta previa, primero a traerlos al mundo, después a confesar en determinado credo religioso, es la religión católica por él defendida.

da? ¿Nos acusaría de herejes? No importa. Quienes tenemos la fortuna de habernos liberado de esos añosos prejuicios y avanzamos con libertad y sin lastre alguno por las amplias regiones del ideal, no tenemos miedo a esa calificación «herética» por parte de quienes podrían muy bien ver aplicada la frase de Samuel Butler: «Tanto se asustan de ver puesta en duda la religión de Cristo, como se asustarían de verla practicada..»

HOJAS DEL ÁRBOL CAÍDAS...

El hambre sexual de las mujeres.

«Eva, como Newton, vió caer una manzana, y, en vez de descubrir el principio de la gravedad, descubrió la gravedad de un principio: el de la vida, ciencia del bien y del mal.»

QUINTILIANO SALDAÑA.

Yo recuerdo el caso de una mujer que, como tantas otras, solterona hasta ahora inasequible, me repetía que todo su afán era tener muchos hijos, y me enseñaba con verdadero placer retratos y casos de familias proletarias «felicísimas» en su expresión y rodeadas por una prole numerosa. Extrañada de la repetición de este caso en muchas de las mujeres a quienes trato y conozco, creí explicármelo por el anhelo de maternidad, que instintivo en nosotras, en ella pudiera estar exacerbado por alguna anormalidad fisiológica o psíquica. Pero no era así. La finalidad de educar a los pequeñuelos, de hacerles capaces para la lucha por la vida, de dedicar sus esfuerzos a hacerlos más cultos, mejor dotados, en suma, huía de su comprensión. Tener hijos no tenía para ellas más finalidad que la del placer de engendrarlos.

Y este es un caso repetido muchísimas veces para desventura nuestra. La mujer «hembra», la mujer que adopta siempre ante el tema sexual una pudorosa actitud, la mujer que no se mueve con libertad, que no habla con el hombre limpiamente, que no tiene independencia espiritual; ésta es la mujer española, en un buen número de casos; con honrosísimas excepciones aparece do-

tada de una extraordinaria «hambre sexual». La mujer inglesa, pura por su temperamento, que conserva una inocencia a toda prueba hasta los veinte y veintitantes años, que sabe tener en el gesto de las «flappers» una legítima, pero sana y noble rebeldía; la francesa, habituada al placer y de despertar precoz, no se igualan con esta hambre sexual de la española, derivada, sin duda, de su privación durante muchos siglos. Es una víctima de la presión moral de la religión que les ha obligado a pensar siempre que hay maldad donde no hay más que ciencia, pornografía donde no existe más que verdad y pureza.

Ese es el temor que muchas de nuestras mujeres católicas sienten ante la coeducación: la posible unión y relaciones entre niños y niñas. Quiero citar únicamente el caso de una de las damas que desempeñaron un alto puesto durante la dictadura de Primo de Rivera, la que inspeccionando escuelas se obstinaba incluso en causar grandes perjuicios a las familias, colocando las secciones de niños en un barrio y las de niñas en el más opuesto de Madrid, con tal de eludir la coeducación y la que denominaba «su perniciosa influencia». Son los tipos de esas mujeres atormentadas, que cuando les asalta una idea sobre el problema sexual, sobre la biología de la especie, la acogotan mentalmente para evitarse el peso de conciencia de callarla y no decirla a su confesor o la vergüenza de hacerle copartícipe de aquellas sus naturales inquietudes. Son, pues, éstas las mujeres que ya por el uso de su raza perpetuamente condenada a este silencio, las que desahogan su pensamiento, creyendo siempre lo peor, lo más inmoral, lujurioso e inconcebible de las actitudes que los demás adopten.

Seguramente cumplen la frase verídica y exac-

ta de aquella muchacha a la que al reprocharle el que, según la opinión general, el baile era una inmoralidad, contestó: «Ya lo sé. Todos los vejestorios aguafiestas y las solteronas viudas insosolables piensan siempre de los demás las porquerías que llevan en su imaginación. Eso «era» lo que sentían ellos y se figuran que es lo que sentimos nosotras. ¡Y cómo nos envidiarán los pensamientos, que ni siquiera se nos pasan por la mente...!»

Frases duras, pero veraces. Criterio de las muchachas de hoy frente a quienes en nombre de esa vieja moral, pretenden imponernos las restricciones de su conducta, sin tener en cuenta que con ello no hacen más que desahogar su «hambre tanto tiempo contenida».

Yo quiero recordarles a muchas de estas mujeres a quienes conozco, víctimas de esta «fobia materna», que la ciencia progresá, y la fecundación artificial que un día se juzgó remota e irrealizable, hoy ofrece nuevas posibilidades. Que según las investigaciones de Lapouge, el esperma de un sólo hombre bastaría para asegurar el nacimiento de 200.000 individuos eugenizados. El procedimiento consiste en la disolución del esperma en un determinado líquido alcalino, inyectando esta solución disuelta al milésimo en un vehículo apropiado y en cantidad de 2 c. c. en el útero que se quisiera fecundar.

¿No cesaría ante este programa saludable su fobia materna? ¿No creen más necesario emplear su voluntad y sus pensamientos en educarse a sí mismas para evitar que estos sentimientos sigan dominándolas en perjuicio de su salud, vitalidad y energía? ¿No es mucho más moral pensar desde luego en el placer humano como justo premio que todos nos debemos y en la gran fun-

ción social de la maternidad como misión mucho más elevada y noble a la que dedicar y polarizar nuestros intereses? Todo ello es preferible antes de que cientos y miles de mujeres españolas sigan atacadas por las series de «tabús» restrictivos de este hambre sexual que las consume en la llama de sus propias inquietudes y les priva de prestar una eficaz colaboración a la gran obra de la Humanidad.

El hombre, dueño de la mujer.

«José, me pides lo imposible... Como eres mi rom, tienes derecho a matar a tu romí; pero Carmen será siempre libre».

MERIMÉE.

Una de las concepciones con que ha acabado en algunas naciones, y tiende a acabar el nuevo feminismo que se siente genuinamente revolucionario y que figura en los cimientos de esta reforma sexual, es la del hombre dueño de la mujer. No tan sólo comprendida como esposa, sino también como hija. Es muy frecuente el caso de oír hablar a un hombre del siglo XX de sus mujeres, entendiendo por tales a su esposa y a su hija o hijas. Se siente dueño de ellas. La falta que a ellas se les hace, él las venga, y si algún atrevido osa profanarlas, él, como dueño, podrá disponer de ellas libremente y tendrá el derecho indiscutible e indiscutido de castigar al ofensor. Los hombres no se preocupan jamás de la actitud que las mujeres puedan adoptar frente a cualquier conflicto de la vida. Eran como un hueso que los perros se disputaban en la calle, más o menos apetecible, y que tenía por ello mayor número de perros que lo deseaban. Esta comparación tan gráfica, es, sin embargo, verdad. Creo que si a algunos de estos hombres se les hablara de la posibilidad de que la mujer pensara por sí propia, y por su sola cuenta resolviera sus problemas, habrían de creer que les exponían un absurdo. La frase de esa Carmen, de Merimée, en quien durante mucho tiempo se ha querido identificar a la española, es una gran verdad en cuanto refleja la sensación que tenían

muchas de estas mujeres frente a sus maridos o padres, y que era la de una más perfecta sumisión. Yo creo que para el hombre mismo, siempre que sea consciente de sus actos, las nuevas actividades de la mujer no pueden molestarle. Antes, la mujer era un simple objeto de propiedad. Ahora, aspira a ser, y es de hecho, compañera, ya que emula al hombre en todas sus actividades. La frase tantas veces repetida de que con ello no debemos perder nuestra feminidad, es un error. A la mujer que nace conformada fisiológicamente como tal, ni el estudio ni el trabajo le modificarán su sexo, y por lo que se refiere a reacciones psíquicas, todas las mujeres normales—hago esta salvedad, porque quiero salvar los casos patológicos—, sienten este instinto, pero no como una fuerza irreflexiva que les lleve a una maternidad biológica, sino como una energía indudablemente más complicada, que les lleva a la maternidad consciente. Por lo mismo que comprendemos mejor la enorme trascendencia del acto de tener un hijo, no queremos tenerlo mientras no se nos garantice que tendremos para mantenerlo y no le traeremos a una vida de dolor y de miseria. No queremos que venga mientras no sea deseado. Pero cuando lo deseemos, pondremos a su servicio todas nuestras energías para que sea lo mejor y lo más perfecto posible. El instinto de maternidad es susceptible de sublimación, ésto es, de perfección, y las mujeres que no queremos ser objeto de propiedad del hombre, queremos seguir siendo madres, pero consciente y libremente, y no cuando la sociedad parezca impelirnos a ello, por el hecho de haber contraído el vínculo que deberá ser seguido inmediatamente de la prole más copiosa e indeseada.

El caso de Juan Chalmers.

«La manera de cambiarlo todo sería cambiando el sistema que ahora tenemos, y según el cual, la unión de un hombre con una mujer cesa sólo y exclusivamente con la muerte de uno de ellos».

SENANCOUR.

El juez Lindsey nos cita este pintoresco caso que, por lo frecuente de su repetición en todos los países, incluimos aquí, como ejemplaridad : «En cierta ocasión—dice—tuve yo que habérme las con Juan Chalmers. Era un hombre de edad madura y que poseía un espíritu pendenciero y una hija. Era rico y derrochón. Se había hecho rico estrangulando a otros menos fuertes que él en el terreno de los negocios. Habida cuenta que era uno de los peores enemigos que yo tenía en Denver, debido en parte a una sentencia que yo en cierta ocasión había dictado deshaciéndole un chanchullo, hubo de sorprenderme grandemente el ver que un día se presentaba sin ser llamado en mi despacho y solicitaba una entrevista a solas conmigo.

Luego que nos quedamos solos, me dijo que se encontraba en un apuro de familia de una índole inesperada. A sus dos hijos, varón y hembra, los había educado con todo el cuidado y esmero que hace posible la riqueza ; en apariencia, aquéllos siempre se habían conducido bien, observando una conducta a cubierto de todo reproche. Pero ahora se encontraba con que su

hija estaba embarazada como consecuencia de sus relaciones con un joven.

—Pero he hecho que me diga el nombre de ese canalla!—declaróme—. Y no habrá de tardar en pagar con la vida el borrón que ha echado sobre nosotros, pues lo tenía ya todo dispuesto para matarlo de un tiro, sino que he cambiado de parecer. Porque he consultado a mi abogado, y éste me ha dicho que, siendo mi chica menor de diez y ocho años, ese pollito ha cometido, al seducirla, un delito que se paga con la cárcel, y que muy bien podría ser que lo condenaran a cadena perpetua. Y si puedo conseguir que así sea, es mejor eso que matarlo. Ahora bien—concluyó el señor Chalmers dando un puñetazo en la mesa y frunciendo el ceño fanfarronamente, como capitán de bandidos que era—, ya sabe usted la razón de que haya venido a verle. Yo le conozco a usted. Sé que tiene por costumbre el ser blando con esos chicos. Pero yo no quiero que la justicia se tuerza en este caso. Yo quiero que a ese sujeto se le imponga el máximo de pena, y voy a buscar a los mejores abogados del país a fin de reventarlo. Pero exijo de usted la promesa de que ha de condenarlo a cadena perpetua; si no, lo mato.

Yo apenas pude contener la risa, aunque, indudablemente, hubiera realizado la dignidad del augusto banco que ocupó poniéndome furioso ante semejante lenguaje. Pero, ¿por qué enfadarse con nadie sólo porque sea necio y carezca de luces?

—Comprenderá usted naturalmente—le dije—que yo no puedo condenar a los procesados con antelación a la vista de su causa. Así que...

—¡Ah, canalla!—rugió—. Entonces lo que haré será reunir gente y lincharlo...

—Ayer mismo—díjele yo—leí en los periódicos una entrevista celebrada con usted y en la que usted afirmaba que el respeto a la ley era la piedra angular de la libertad y criticaba la actitud de algunos huelguistas que no guardaban ese respeto a la ley. No vaya usted ahora con su ejemplo a desmentir esas palabras. ¿Por qué no deja usted para luego, a eso de las cuatro, cuando yo termine aquí mi labor, el discutir con detenimiento el asunto? Nos veremos y charlaremos con más calma. El asintió y se fué refunfuñando y armando a su paso el ruido de un terremoto. Pero, a pesar de todo, no parecía muy dispuesto ya a matar a nadie.

Horas después llamaba a mi puerta una mujer modestamente vestida, de facciones ajadas y tristes. Iba acompañada de su hija Gladys. Esta, según me contó bañada en lágrimas, había tenido un desliz. Ella le había interrogado a fin de saber el nombre de él, pero no había conseguido que se lo dijera. De suerte que acudía a mí en espera de que yo fuese más afortunado y le arrancara esa confidencia; al oír lo cual, la señorita Gladys, que por cierto era una muchacha muy linda y de aspecto inteligente, movió la cabeza y se mordió los labios. Lo de siempre.

«Si hemos de averiguar la verdad, será menester que le habíe a solas, díjele a la señora de Dreer. Esta salióse del cuarto, trasladándose al extremo de la habitación en que yo tengo siempre a una de las partes mientras hablo con la otra. Luego que me quedé a solas con Gladys, me esforcé, sobre todo, en darle a entender que su caso no me producía a mí especial asombro, que podía estar segura de que yo no revelaría a nadie su secreto sin su consentimiento, ni siquiera a su madre, y que en último término yo, se-

gún decían amigos y enemigos, era un «alentador de la inmoralidad». Entonces la muchacha me refirió toda la historia. Con la misma facilidad se la hubiera contado a su madre, de haber sido ésta capaz de comprenderla. Pero su madre era una de esas personas para las cuales, sobre todo en lo que atañe al sexo, no hay más que dos maneras de conducirse: la buena y la mala, según ande o no por medio un anillo de prometido. Al declararme el nombre del amante experimenté una de las mayores sorpresas de mi vida; una sorpresa no moral, sino de coincidencia. Se llamaba el sujeto Chalmers, Clifford Chalmers y era nada menos que el hijo de Juan Chalmers, mi acaudalado amigo. La muchacha creía amar a Clifford, y estaba segura de que él también le amaba; sólo que ahora ya las cosas habían cambiado, y no tenía fe en que se casara con ella. Yo dejé la cosa en suspenso por el momento, y despedí a madre e hija con la promesa de otra entrevista, en la que yo esperaba arreglarlo todo. Luego telefoneé a la oficina de uno de nuestros principales Bancos y pregunté por el joven Chalmers. Este se puso al aparato y prometió ir a verme aquella misma tarde. Y apenas acababa yo de merendar cuando se presentó en mi despacho. Con la misma facilidad que la muchacha, me confesó lo que había hecho, añadiendo que tenía propósito de casarse con Gladys, pero que no estaba seguro de si debía hacerlo. Sin duda alguna, su padre se opondría a aquella boda, y era evidente que el chico le tenía a su padre más miedo que respeto. El muchacho parecía muy franco y honrado, y a mí me hizo excelente impresión. Como yo tenía en aquel momento que despachar varios asuntos urgentes, le rogué al muchacho que aguardase en un

rincón del aposento a que pudiéramos reanudar la conversación. A eso de las tres, estando allí todavía el chico, abrióse bruscamente la puerta del despacho y penetró en él Juan Chalmers, blanco de rabia, pues casi se había acarreado un paroxismo de tanto cavilar sobre el agravio inferido a su hija.

—Habíamos convenido en que vendría usted a las cuatro, señor Chalmers—le dije con cierto enojo, porque no me agradaba nada la idea de un encuentro allí entre padre e hijo.

—Creía que había dicho usted a las tres—me contestó—. Pero, en fin, sea como sea, el caso es que aquí estoy. Y quiero que me diga usted en seguida qué es lo que piensa hacer con ese granuja. A esos seductores se les debería quemar vivos. Y ese tunante va a recibir su merecido como yo me lo eche a la cara...

Al oír aquéllo, el pobre chico saltó de su asiento, pálido y tembloroso.

—Padre—exclamó—, tú no comprendes.

El señor Chalmers dió media vuelta y quedóse atónito al encontrarse con su hijo.

—¿Pero qué haces tú aquí?

—He venido para tratar de eso.

—¡De eso!—refunfuñó el padre—. De eso ya me encargaré yo. Tú, déjame a mí.

Luego quedóse mirando fijamente a su hijo y le preguntó con enfado:

—Pero, ¿qué sabes tú de eso?

—Es usted muy duro conmigo, padre—balbuceó el chico.

Juan Chalmers volvióse a mí en el colmo de la estupefacción.

—Pero, ¿qué ha venido éste a hacer aquí?—preguntóse.

Yo hice una seña con la cabeza hacia la puer-

ta, y el muchacho, muy agradecido, apresuróse a salir de la habitación.

Luego me acerqué yo al señor Chalmers y le expuse toda la verdad, sin ambages, por una vez en su vida.

—Ahora—concluí—vamos a razonar un poco. Usted salió de aquí esta mañana decidido a cometer un homicidio, si yo no me prestaba a facilitarle a usted la venganza que deseaba. A su vuelta, se encuentra usted con su hijo culpable de haber hecho aquello mismo por lo que usted quería matar a otro hombre, a otro muchacho no peor que él. Yo no había concertado este encuentro de usted con su hijo. Ha sido una casualidad que viniese usted antes de la hora convenida. Ahora, consulte usted con su conciencia. Si usted está en lo cierto, y el homicidio es el remedio para estas situaciones, empiece usted por su propio hijo, a quien ha educado usted con tanto esmero y que, juzgando con arreglo a su punto de vista, resulta un vil seductor, aunque considerado con arreglo a mi criterio sea un buen muchacho, víctima de los métodos educativos de usted y que ahora está dispuesto a cargar con la responsabilidad de su error... y el de su padre. A menos que prefiera usted el que coja yo a los dos chicos y los envíe a la cárcel para toda su vida. Aunque insisto en que no creo que ese sea el remedio.

Di un paso hacia la puerta y llamé al muchacho, al cual le expliqué la causa de aquel encuentro casual con su padre, mientras éste permanecía de pie y nos observaba. Es una historia larga de contar, pero que tuvo término allí mismo, en la intimidad de mi despacho, al exclarar el pobre chico, con unos gritos casi histéricos:

—Pero, ¿qué es lo que debo hacer? ¡Estoy pronto a hacer lo que usted me diga!

—¡Casarte! ¡Eso es lo que debes hacer!—gruñó su padre. Y a renglón seguido prorrumpió en una oleada de invectivas que demostraban cuán poco le había enseñado la poética justicia de la situación.

—Me casaré con ella—gritó el chico.

Luego que se marchó, Juan Chalmers volvióse a mí con un gesto de desesperación profunda.

—Renuncio a intervenir en el otro asunto—me dijo—. Yo creía conocer a mis hijos, pero veo que no es así. Encárguese usted de eso.

—Dígale usted a su hija que venga a verme—le indiqué—. Ese es el primer paso.

Al retirarse, parecióme que había disminuido de volumen.

—Se la mandaré—me dijo.

Al día siguiente vino a verme la muchacha. Lo mismo que su hermano, era un espléndido ejemplar de joven moderna y que acreditaba a un mismo tiempo a su corpulento padre y a la época inquieta en que había nacido.

—Probablemente—declaróme—no le habrá dicho a usted mi padre que somos católicos, apóstolos romanos, y que a él le subleva la idea de que yo pueda casarme con un protestante. Yo amo al padre de esta criaturita que voy a tener, y quiero ser su esposa. Pero mi padre se oponía y decía que todavía era yo muy joven, y esa fué la razón de que ambos resolvíramos por nosotros mismos...

Cuando al día siguiente vi a Juan Chalmers, le dije:

—No hay necesidad de dictar sentencia alguna en este caso. Usted mismo lo decidió así ayer, al decirle a su hijo que lo que debía hacer era

casarse con su novia. Ese fallo es aplicable a los dos casos.

El movió la cabeza para embestir cual un toro furioso.

—No es lo mismo—murmuró.

—Suponga usted que sometemos la cuestión a su director espiritual—le insinué.

El accedió a ello, aunque a regañadientes. Luego que el cura católico hubo escuchado la historia, reflexionó un instante en silencio. Por último, mirando a la cara a Juan Chalmers, decidió :

—Deben casarse por lo civil.

El señor Chalmers rindióse al fallo del sacerdote y yo casé a los chicos. El viaje de bodas lo pasó la novia en una casa de maternidad de una ciudad lejana. Teníamos intención de disponer luego el modo como los recién casados habían de adoptar al niño, pero éste nació muerto.

Clifford Chalmers pidió la mano de la señorita de Dreer ; pero ésta se la negó. Yo la interné en una casa de maternidad y luego arreglé las cosas de modo que el niño pudiera ser adoptado por unos cónyuges que querían un hijo y no lograban tenerlo. Más tarde, Gladys se casó con otro, y ahora vive con él muy feliz y espera que nadie turbe su dicha, como no sea que algún chismoso entre sus amistades logre descubrir por casualidad algo de su pasado. Su negativa a casarse con el padre de su hijo parécmeme altamente significativa del cambio que se está operando en estas cuestiones. Es la manera típica de conducirse de una joven de la actual generación. En los tiempos antiguos, la muchacha aceptaba siempre, agradecida, el matrimonio en tales situaciones. Otra cosa, en una época en que la mujer se encontraba desvalida y sometida a suje-

ción, representaba la ruina. Pero los tiempos han cambiado. Aquella muchacha me llenó de satisfacción con aquel su gesto de echar a un lado las corrientes, hipocresías y reparos, y decirme con gallarda entereza: «Aquello fué un error; pero del que fuimos víctimas tanto Clifford como yo. El estoy segura que me amaba entonces; y yo creo que también le quería. Pero ahora ya sé que no le quiero, no le amo, y no quiero casarme con él.»

En otras palabras: que no se avenía a «prostituirse en el matrimonio.»

He aquí un caso ejemplar y admirable. Las coincidencias de la trama novelesca no son nada ante las fatales que la vida presenta. Magníficas enseñanzas que deben aprovechar muchos padres españoles que aún mantienen frente a sus hijos una actitud de ofensa e indignación cuando entre ellos se da alguno de estos casos.

La maternidad, profesión libre y técnica.

«El sendero de nuestro propio cielo pasa siempre por la voluptuosidad de nuestro propio infierno».

FEDERICO NIETZSCHE.

La maternidad debe ser juzgada como una profesión libre, y para la que se requieren ciertos conocimientos técnicos. El amor no debe ser un hecho que se oculte cuando tenga como finalidad la producción de un nuevo ser. A lo que no hay derecho es a exhibir la prueba de esa maternidad inconsciente de buen número de matrimonios como un galardón que merezca los juzgios favorables de la sociedad. La muchacha soltera que hoy tiene un hijo oculta, disimula, no se queja aunque sufra, tiene siempre, salvo casos patológicos, el embarazo más normal, sin necesidad de cuidados excesivos, trabajando casi hasta el momento del parto, y éste suele ser feliz, como si por un instinto, la Naturaleza hiciera que para ellas todo fuesen facilidades que les aligerasen la pesada carga que se han echado sobre sus hombros. Nos parece también de una inmoralidad el espectáculo de esas mujerés que, luciendo un vientre prominente, no producto de la conciencia deliberada, sino del acaso, avanzan por las calles dirigiendo a los otros transeúntes una mirada olímpica.

Recordamos que en tiempo de los iberos, según nos dice Nicolás Damasceno, «eran tenidas por indecorosas en alto grado las que arrastraban morbideces», ya que la mujer era entonces la camarada del hombre, en el bandolerismo, en la caza, en la guerra y en la vida social.

Lo que nos parece injusto es que en un régimen como el actual, en que domina el padre en

la vida familiar, no se llame patrimonio sino matrimonio, cargando a la mujer con lo más pesado y duro de la responsabilidad directiva y dejándose al hombre la simple función de ser editor responsable de los actos de su mujer. Cada uno de los cónyuges debe ser el único responsable de sus actos. La patrimaternidad, como acertadamente la denomina la doctora Stopes, será una prueba de la colaboración de los dos en la formación del nuevo ser y en su vida subsiguiente. Y sólo entonces podremos exigir a las mujeres que aspiren a ser madres una serie de conocimientos que acrediten que tienen derecho a poder ejercer esa profesión. Para un acto cualquiera de la vida, se exige el tener determinadas condiciones. En un contrato se solicita capacidad civil. ¿Qué menos que solicitar una capacidad médica y social para que la maternidad pueda tener lugar? Nos parece que la producción de un nuevo ser es infinitamente superior para la sociedad que la firma de un contrato, aunque en él estén puestos en juego miles o millones de pesetas.

La maternidad es una función libre y técnica. No es un simple producto del azar. Y los muchachos y las jóvenes conscientes no deberán ver en ella más que la finalidad definitiva de la unión de los sexos, para la que se requerirán siempre conocimientos profesionales que garanticen, salvo fuerza mayor, la viabilidad y perfección del nuevo ciudadano. Esto es, a mi juicio, lo menos que puede exigir el Estado, a quien nosotros seremos también los primeros en pedir que preste su auxilio económico a quienes habrán de darle a él por entero la prestación de lo que valga su inteligencia o su habilidad manual.

La disgenia de la raza.

«La tarea fundamental de la vida consiste en adaptarse a la inevitable necesidad de evolucionar desde un estado de infancia social y moral con su devoción exclusiva al llamado principio del placer-dolor (o sea la persecución del primero y la evitación del segundo), a un estado de adulterz dotada de voluntad y capaz de cargar con las responsabilidades y de sopor tar las privaciones inevitables a ella anexas».

BERNARDO GLUECK.

Todos sabemos hoy ya lo que representa la eugenésia y sus aplicaciones. La tendencia a la creación de un tipo superior de hombre, «genotípico», por igual en un sentido físico que espiritual y mental, es suficientemente divulgada. Pues bien, la eugenésia, por encima de sus otros significados, no puede ser hoy más que una reacción frente a la disgenia imperante, esto es, frente a la degeneración terrible y forzada de la raza, no de la raza española, particularmente, sino de la colectividad humana en general.

Así oímos decir al doctor Estella, en la primera conferencia en el Curso Eugénésico suspendido por la dictadura: «La disgenia domina toda la patología infantil. Desde las cifras aterradoras de mortalidad infantil hasta el porcentaje realmente abrumador de inútiles para el servicio de la Patria, los cuadros de morbilidad de nuestros hospitales crecen todos bajo la depen-

dencia de una procreación defectuosa. Por muy dramáticas que sean las estadísticas, no reflejan con toda fidelidad la desastrosa trascendencia de las disgenias. Los que vivimos habitualmente las condiciones singularmente emotivas de estos cuadros trágicos a que conduce la fecundidad inconsciente, nos damos clara cuenta de una porción de derivaciones que escapan a la valoración matemática de las cifras.»

Estas frases del doctor Estella no son más que una confirmación de la tesis por nosotros defendida. Pero revela, sin embargo, un hecho total, definitivo, y es que la eugenesia no puede ser rechazada como lo ha sido por juzgarla pornográfica por elementos reaccionarios, que ellos mismos son los que debían, a la par que nosotros, preocuparse de mejorar la raza para beneficio suyo y de España, puesto que ellos, en su nacionalismo, no conciben otra cosa más allá en las fronteras.

Que es un hecho innegable, que las estadísticas y los hechos revelan la dosgenia, la tragedia actual de nuestra raza. Y que hace falta, por qué no, luchar, todos colaborar en esta campaña, cada uno desde su punto de vista, pero aceptando estos postulados como únicos y absolutos, porque por encima de las personas que los defiendan, de quienes los sustenten, está la bondad o maldad de las doctrinas.

La eugenesia no es hoy ya pornográfica ni ninguna otra de esas denominaciones que pomposamente le han adjudicado; es una reacción frente a la disgenia, a la degeneración actual. El que no cumpla con el deber de cooperar, fomentándola y auxiliándola, a mejorar la Humanidad, no merece llevar después el nombre de ser pensante. No debe ir la intransigencia hasta el pun-

to de apartar de sí los hechos cuando son razonables y justos. El «crescite et multiplicamini» no podrá ser cumplido con exacta justicia mientras los que tengan que «multiplicarse» no estén en condiciones físicas de hacerlo con posibilidades de que los nuevos seres, por su sanidad, sean capaces de subsistir.

Ante la tragedia de la degeneración racial, todas las personas que sientan como imperiosa la necesidad de cooperar a este movimiento, abstraéndolo de toda ideología, como verdadera obra y labor de redención, deberán cumplir ese deber. No olvidemos que en el Curso de Eugenesia, abortado por la dictadura, iba a oírse la voz de dos sacerdotes, el Padre Sureda y el Padre LABURU. Que ellos traerían a aquel campo que injustamente se tachó de ser fundamentalmente izquierdista—la culpa es suya, en no abordar por su cuenta estos problemas—, la voz de la Iglesia, demasiado retrasada tal vez, acaso tolerante y aceptable, pero que venían a significar, ante todo, la adhesión del propio elemento eclesiástico, hasta aquí tan retardatario a esa obra que debe ser común, por encima de personas o ideales.

Hoy, merced a los progresos de la Medicina preventiva (hospitales, sanatorios, institutos de higiene y puericultura, consultorios pre-natales, casas de maternidad, salas de lactancia, dispensarios, gotas de leche), por la influencia innegable de una educación higiénica que ya se ha ido infiltrando en las masas, se está realizando una labor fecunda de magníficos resultados. En España, en el año 1900, la mortalidad fué de un 22,15 por 100. Esta mejoría se percibe en el año 1921, en que fué de un 19,01 por 1.000. Esta mejoría en la curva de la mortalidad se ha obser-

vado en los últimos cinco años. La vida probable en los españoles es de unos cincuenta y dos años, y, sin embargo, de acuerdo con las condiciones de clima, terreno, posición, herencia, etc., tienen derecho a una vida normal de 72,5 años, como véis no muy dilatada, pero que representa veinte años más de vida que podemos lograr aplicando todos estos principios eugénicos para procurar ir conquistando paulatinamente, primero en una familia, luego en otra, y en otra, y en otra, esa dilatación de la finalidad de las normas que hemos estudiado.

En los Estados Unidos, que va siempre a la cabeza en estas cuestiones sanitarias, disminuyó su mortalidad desde 17,6 por 1.000 en 1900 a 12,9 por 1.000 en 1919. Las posibilidades de vida, en 1901 eran de 42,24 años. En 1926 eran de 57,74 años. El haber resuelto el problema de la tuberculosis en una reducción del 75 por 100 les ha hecho agregar un 2,5 de vida. Por otra parte, se utiliza allí el reconocimiento médico periódicamente, realizado en las industrias y escuelas. En la Universidad de Wisconsin, como resultado de este reconocimiento, el número de enfermos bajó de un 40 por 100 a un 10 por 100.

Todo ello tiene interés para nosotros, porque esos procesos crónicos, tan frecuentes en los viejos y ante cuyos ataques ellos suelen rendirse, podrán ser reducidos por prevención de afecciones en la niñez y por una conducta más razonable, más inteligente y más meditada en nuestra propia vida sexual.

Nosotros, a quienes se nos acusa de disolventes, predicamos, por el contrario, una extraordinaria moderación sexual para beneficio propio, teniendo en cuenta que todas nuestras buenas y malas cualidades habrán de transmitirse a nues-

tros hijos. Con mayor entusiasmo que nadie predicamos. Prudencia, que no es castidad. Moderación, que no es abstinencia.

Con frecuencia los médicos y antropólogos suelen dedicar su tiempo a hacer estadísticas de los casos que pasan por sus Clínicas y Hospitalares y lanzar a la publicidad sus resúmenes. Un médico español, don Quintín López Gómez, en su Memoria sobre «El alcoholismo», publica los datos siguientes. Los nacidos de personas alcoholizadas dan de sí:

Un 2 por 100 de sordomudos.

Un 6 por 100 de escrofulosos, hidrocéfalos, rágíticos.

Un 7 por 100 de epilépticos.

Un 9 por 100 de idiotas, cretinos y degenerados intelectual y moralmente.

Un 11 por 100 de tuberculosos.

Un 18 por 100 de locos.

Un 30 por 100 de condenados a morir al nacer o antes de los tres años.

Y sólo un 17 por 100 de niños normales, aunque siempre resentidos de su salud y con propensión a contraer las más graves enfermedades.

Esto, en cuanto a perjuicios individuales. Por su parte, el doctor Lachet, en un informe detenido sobre la situación en Bélgica, ha estudiado la descendencia de dos sifiliticos en cuatro generaciones, y han surgido 76 prostitutas, 9 locos, 19 ciegos y escrofulosos y 44 criminales, de los que 15 fueron homicidas. El gasto que todos estos individuos reportaron a la sociedad para aislarlos y prevenirse contra ellos fué de más de dos millones de pesetas.

La Humanidad debe convencerse de que se ahorraría buena parte de la acción de la actual beneficencia y de sus gastos inherentes, si en

los Hospitales, Clínicas y Dispensarios antivénereos se llegara a la esterilización obligatoria—la voluntaria la pedirían ya los hombres conscientes de su responsabilidad—de quienes pudieran representar de este modo un peligro para la sociedad y un desnivel para sus propios presupuestos.

Es acaso el perjuicio de unos cuantos individuos, de una generación. Pero es un beneficio para la Humanidad en el porvenir.

La pureza en la mujer.

«Yo soy yo y tú eres tú, y sólo en
el amor podemos fundirnos.»

HEDWIG DOHM.

Hace falta que en definitiva la reforma consagre plenamente la libertad de amar. Por lo mismo que propagamos con todas nuestras fuerzas la contraconcepción es porque afirmamos que el hombre necesita hallar en la mujer libremente el amor y la compañía que necesita y que debe huir del amor mercenario que no le reporte ninguna felicidad. La Iglesia no ha querido atacar a fondo el problema y ha preferido darle al hombre los medios de buscarse ilícitamente el desahogo requerido antes que predicarle una santidad que sabía que no estaría dispuesto a cumplir, pero que luego ella misma no vacila en imponer, siquiera sabe que sin éxito, a sus ministros.

Quintiliano Saldaña identificaba la honestidad de la mujer en la iconografía aldeana de una portadora de un cántaro, que como lo lleva en la cabeza nada puede hacer y ha de avanzar rígida por miedo a que se quiebre, viviendo de este modo en «ocio cuidadoso» por toda su juventud, velando el frágil tesoro que la moral encomienda a su custodia como ofrenda que hará orgullosa al esposo o a la divinidad. Para mantener esa virginidad, la mujer no podía salir del hogar, ni pisar las aulas, ni las fábricas, ni las oficinas. Hubo mujeres que pretendieron exigir la misma virginidad en el esposo ; idea que hubo

de llevar al teatro Bjornson desde su drama «El Hanske» (Un guante), estrenado en Oslo allá por 1883, en que la novia retaba a su prometido, ofendida, al enterarse de que ya «no poseía esa flor». Hoy el pasado sexual de la mujer empieza a no interesar al hombre. La virginidad por sí vale muy poca cosa. Y es que mudan las costumbres como cambian las ideas. Que la ley recoja esta costumbre y la garantice es un deber para adelantarse a los acontecimientos antes que éstos se precipiten y los arrollen. Ya el gran argentino José Ingenieros, filósofo hondamente preocupado por estas cuestiones, escribía a principios de siglo: «En nuestros tiempos, la difusión de ciertos principios de filosofía científica ha modificado el valor de ciertos conceptos morales, principalmente en las clases ilustradas y pensantes, que no cabe confundir con las dirigentes del Estado; de esta modificación substancial surge la necesidad de reformar las leyes, procedimientos y sistemas penales, en concordancia con valores nuevos más conformes al concepto naturalista del delito y su represión.» Esto es lo único que exigimos de la República. Adaptar las leyes a las nuevas circunstancias que han hecho variar por completo la situación y el ambiente en que anteriormente se encuadraban los problemas.

Pureza y fidelidad.

«Quienes han tenido una libre experiencia sexual en su juventud, son más felices en su matrimonio, porque ello equivale a varios y anteriores divorcios».

MILTON.

Wainwright Evans nos cita el caso de una muchacha de buena posición, que tuvo un hijo, sin hacer público su natalicio. En Inglaterra hubo de tratar conocimiento con un joven, hijo menor de un noble inglés. Le confesó su historia, y lo que sucedió fué una revelación del criterio de esta nueva generación. El joven inglés no adoptó la conocidísima costumbre masculina que aspira a una mujer pura, y que ha hecho que hasta aquí se mirara como «depreciada» una mujer que tuviese relaciones íntimas con otro. No es éste el único caso. Entre los muchachos de hoy domina ya este criterio, que era extremadamente raro entre los jóvenes de hace veinte años. La idea tradicional era la de que una mujer que hubiere mantenido estas relaciones estaba definitivamente perdida. Los jóvenes de hoy pensamos de modo muy distinto. La maternidad en la mujer no es, en modo alguno, acto reprobable. La vida íntima no puede estar sujeta a ningún Código. Son muchos los casos en que muchachas solteras que han tenido estas relaciones íntimas con hombres se han casado después con hombres que conocían lo ocurrido. La pro-

porción de la felicidad de estas uniones ha sido infinitamente superior a la de los matrimonios corrientes. Sus frases convincentes son las siguientes: «Si esa mujer hubiera tenido ese hijo de un marido difunto o divorciado, no me hubiera parecido digna para casarme con ella. ¿En qué se diferencia un caso de otro? ¿Acertamos nosotros? Yo creo que sí. Siempre me ha parecido injusto que el hombre pretendiera monopolizar la pureza y virginidad de la mujer con la que había de contraer matrimonio. Nosotras no podíamos, en modo alguno, solicitar de ella esta misma pureza material y espiritual. Eramos nosotras quienes habíamos de mantener en nuestro santuario una pureza intachable, en espera del hombre que acaso no llegaba nunca, viendo marchitarse nuestra juventud y nuestra lozanía. Y ello era una injusticia. No soy, sin embargo, partidaria de extremar la rigidez, y me parece que si es injusto que se nos exija esa pureza, más lo sería que la exigiéramos nosotros a ellos. Creo que cuando hay cadenas que molestan, es mucho más práctico y eficaz romperlas o hacer lo posible porque se quiebren, que no consolarnos encadenando a otro más y sujetándolos al mismo doloroso suplicio. Libertad para todos. Si apreciamos nuestro mérito, si existe cariño, atracción, mutua compenetración, no deben existir obstáculos de índole fisiológica que dificulten esa unión. Muchos hombres estarían en la actualidad dispuestos a hacerlo. Pero tropiezan con esa infranqueable barrera del «qué dirán», en que todos se complacen en señalar con el dedo a los que estiman deshonrados por sus complacencias. Como si no supiéramos nosotros aquella frase de Jesús de que «aquel que esté limpio de culpa, que lance la primera piedra» sigue siendo

tan verdad como entonces, y como si no nos resultara doloroso pensar que son ellos quienes cometan subrepticiamente los actos más obscenos o penados ante su falso código de convencionalismos quienes pretenden sentar plaza de puritanos y sacan la caja de los truenos para batir el pregón de las que denominan «inmoralidades» de los demás. Para acabar con el «qué dirán», no hay más que hacer un examen de conciencia, examen laico, personal y privado. No vale el olvidarse de lo pasado para sentar plaza de moralistas en el presente. Y al igual que son muchos, infinitos, los catedráticos que al llegar en las aulas al estrado, se olvidan de los dolorosos años pasados en los bancos como estudiantes, son también infinitos los que, con una «juventud borrascosa», se nos ofrecen después como ejemplos de moral y son los mayores detractores de estas sanas rebeldías de la generación. La vida íntima es un sagrado. Nuestro cuerpo nos pertenece por entero. Y podemos guardarlo en castidad absoluta, cómo no. No hay engaño. Los muchachos de la nueva generación sabemos que la pureza fisiológica es un valor muy relativo, que se ha creado en la falsa moral humana y que se justiprecia según la cotización de los valores de la pretendida moralidad. Y viendo que ésta se halla francamente en baja, ninguno debemos estar dispuesto a exigir de nuestros compañeros lo que nosotros no tenemos obligación de conservar. He ahí una de las primeras enseñanzas que deben penetrar en la mente de muchos de los clasificados bajo el epíteto común de los de la «nueva generación».

El riesgo profesional... o la ley de accidentes del trabajo.

«La moralidad de toda unión depende del deseo mutuo, y la unión que se lleva a cabo y continúa por otra cualquier causa, es altamente, profundamente inmoral, por mucho que la sancione la costumbre y la condene la religión y la ley».

GODFREY.

Todos conocéis seguramente el supuesto jurídico del riesgo profesional, que es aquel que se corre en el ejercicio de determinada profesión, y que obliga a adoptar en él las determinadas garantías o a asegurar los riesgos posibles que en ella pueden suceder. Pues bien, hasta aquí la maternidad ha sido estimada como un riesgo profesional. Buen número de mujeres de la clase burguesa y aun de la clase elevada que conocen por experiencia el uso de los métodos anticonceptivos han juzgado a la maternidad cuando ella sobrevenía como un descuido producido por el riesgo profesional. ¡Y qué decir de los accidentes del trabajo, en que hasta aquí se estimaban como tales la pérdida de la virginidad de la mujer!

Yo creo que no hay derecho alguno para que el hombre pare mientes en esta circunstancia femenina. Resulta en verdad absurdo el que dos seres que se conocen hoy y que intiman al siguiente día, puedan ya tener por este hecho capacidad para penetrar en lo más sagrado del otro, tanto física como psíquicamente, y se atre-

van a exigir una pureza que ellos mismos no podrán, si llega el momento, ofrecer, y aunque así fuera. Estimo que la pureza o virginidad no es una cualidad que deba pesar para nada en la apreciación de las cualidades masculinas o femeninas. Siempre me ha parecido que era un simple accidente del trabajo del que difícilmente podrían resarcirse, y he creído también que los hombres y las mujeres que realmente se aman, no deben entrar en el pasado del otro, como no sea para investigar su sanidad corporal y moral.

En esto sí, el certificado prenupcial me parece poco. Y estoy conforme, con Renato Kehl y con Noguera, en que debiera organizarse un registro antropológico familiar, que formara un nuevo árbol genealógico, mucho más apreciable en cuanto a sanidad y caracteres se refieren que el clásico árbol genealógico de la procedencia de los títulos, condecoraciones y blasones.

El riesgo profesional debe ser ahora mínimo para la generación que viene a la liza. Que no en balde es un postulado de ella, el de que para asegurar la perfecta equidad y equivalencia de los sexos es necesario que las chicas, mediante el conocimiento de los métodos anticonceptivos, se pongan al nivel de los chicos, «de modo que si una chica incurre en el mismo desliz que un chico, no corra más peligro que éste de acarrearse su ruina».

He ahí, pues, un pensamiento que vale tanto como una tabla de derechos que exige la juventud actual para aventurarse por el camino de las relaciones sexuales.

Los «criptógamos».

«Muchas personas buenas aconsejan a los jóvenes de ambos sexos que se casen para evitar lo que ellos llaman una deshonra. A mi juicio, esto es criminal, y conduce a males mucho más graves que los que se trata de evitar».

THOMAS HOLMES.

(Secretario de la misión Howard.)

Entre los tipos biológicos de la Botánica, sabido es que figuran dos eminentemente característicos—los fanerógamos—, cuyo sistema de procreación es visible; otros, los criptógamos, en los que el sistema de generación aparece oculto.

El hombre es, según nos aventura Quintilio Saldaña, en unos bellos y expresivos párrafos, uno de estos seres criptógamos es el hombre. Así nos dice: «Rinden tributo al universal tributo imperativo: «Crescite et multiplicamini» (creced y multiplicáos), que es un imperativo sexual. Empero, gustan de ocultar el modo. Parecen insinuar ese prodigo de lograr tan alto fin sin el torpe manejo de los medios. Tienden, pues, a aparentar una superioridad fisiológica evidente, que la hipocresía forma, vana de vanidad sexual. Los «criptógamos» de la sociedad proceden como seres superiores que no precisan del bajo uso de la cópula. Así goza buena fama de casto—hasta el día malaventurado día—en que la preñez, si se trata de mujeres, o la enfermedad sexual si de hombres, proyectan su pulcritud, una sombra de duda. Son los criptóga-

mos la obra maestra de la mentira sexual. Pero ella no les libra de los peligros del sexo y de sus flaquezas o criptoflaquezas, saben muchos médicos, confesores, familiares y jueces.»

¿Conviene a la Humanidad seguir siendo criptógama? El anhelo de aparentar una superioridad inexistente no ha producido hasta aquí crímenes mucho más graves que los que han tenido lugar entre los llamados fanerógamos. ¿No perjudicamos con ello a nuestros propios intereses?

Frente a la mentira sexual no será más justo establecer la verdad sexual en toda su ingénita pureza. A nuestro modo de ver, no hay nada por encima del pleno conocimiento. Y los criptógamos, como caen engañados en sus propias redes, se crean sus mismos conflictos en una inconsciencia paladina. La diosa Mnemosina de la Memoria no ha logrado aún hacer recordar a la Humanidad que todos los males que ha padecido podrían remediararse con buena voluntad por su parte mediante un poco menos de ignorancia y un mucho más de conocimiento. Que en ello está el remedio definitivo de cuanto hasta aquí se ha estimado como inevitable perturbación social.

El mundo es un jardín abandonado.

«El hecho de dar la vida es, a mi juicio, el acto más grave que puede cometerse. No hay, pues, por qué limitar la profilaxia a los casos médicos, pues más bien beneficia a toda mujer que, por razones morales, filosóficas o materiales, declara al practicante que no tiene derecho a crear, y solicita su intervención».

FERNAN KOLNEY.

El mundo es, en efecto, un jardín abandonado. Nadie se preocupa de que la función reproductora de la especie, a la que debería dedicarse la máxima atención de la sociedad, aparece totalmente abandonada. Nadie piensa en perfeccionarla, ni le interesa la influencia hereditaria, ni la posibilidad de mejorar la especie humana. Por el contrario, el influjo religioso y la incompatibilidad social ha creado una atmósfera desfavorable, por ejemplo, a las prácticas del control de la natalidad, extremadamente favorables en cuanto puede significar evitar que surjan al mundo seres tarados e ineptos, y tiene otro significado económico, evitando que venga al mundo para que aquellos seres que sean previamente deseados porque se cuenta con medios para sostenerlos.

La Iglesia y la Sociedad tienen sobre sí infinitos crímenes cometidos mediante los abortos empleados innecesariamente mediante la prá-

tica de la embriotomía con muerte de la madre o con los suicidios paternos.

En Denver dió mucho que hablar el caso de la familia Smith. El padre de la referida familia era hombre de mucha conciencia y que todo lo supeditaba a pensar rectamente. Su director espiritual le había dicho que el control de natalidad era un pecado y que la continencia era el único recurso que podía emplear si no quería tener más hijos de los que pudiera mantener. Puesto que hasta allí había salido a chico por año de vida matrimonial. Más chicos hubieran significado una calamidad para la familia, y como de otra parte no se sentía con ánimos para practicar la continencia, el señor Smith se presentó en el Tribunal del señor Lindsey en demanda de instrucciones acerca de medios anticonceptivos. Estas instrucciones no se podían facilitar a nadie oficialmente. Se le envió a una clínica médica, donde, debido al miedo a las leyes, se negaron asimismo a facilitárselas. Smith solucionó su problema suicidándose. Luego la buena sociedad de Denver, que había contribuido a la ruina de esta familia, hizo una colecta para recaudar algún dinero con que auxiliar a la viuda y a los niños. Pero la Iglesia, la ley y la sociedad habían destruido un hogar y tenían sobre sí un nuevo crimen.

Estos casos se repiten con extraordinaria frecuencia. Constantemente los telegramas de los periódicos dan las reseñas de sucesos de ésta o parecida naturaleza en que hombres de baja posición social, acosados por el hambre y por la miseria y con una dolorosa proporción de hijos, se suicidaban por no poder mantenerlos. Los casos en que la mujer recurre al aborto, que debe ser un medio extremo siempre que las pre-

cauciones hayan fracasado, y en que el infanticidio se produce o en que el abandono de la Inclusa o la exposición tienen lugar, deben cargarse en el gran debe de la sociedad consciente y rebelde para con esa otra falsa clase que por el hecho de monopolizar el poder imponían su gusto y su capricho a quienes se hallaban en una situación inferior. Debe haber, pues, inmediatamente un cambio entre nuestras leyes que declare obligatoria la enseñanza de los medios anticoncepcionales, y que facilite la enseñanza de los mismos a la investigación de los hombres de ciencia, todavía burdos, inseguros e imperfectos. La sociedad, que luego permite casarse a los degenerados y que les prohíbe por la ley el empleo de anticoncepcionales y no tolera la práctica de la esterilización, lo condena a reproducirse y luego crea en una estupidez lamentable unos Hospitales donde recogerlos, seres que ella misma ha hecho que vinieran al mundo y que luego ridículamente pretende aislar, teniendo en sus manos los medios de haber cortado de raíz esta procreación.

El mundo es un gran jardín abandonado. Y los muchachos de esta generación hemos de erigirnos en sus jardineros cuidadosos, viendo qué abonos convienen a la tierra para que su fertilidad sea mayor, pero viendo también qué partes es necesario condensar a la esterilidad para que el terreno al reproducir no pueda hacerlo en plantas venenosas. Un cultivo más esmerado de la especie nos parece un deber que todos hemos contraído. Hace algún tiempo que se deja sentir la necesidad de eliminar de entre nosotros las Necrópolis o ciudades de los muertos, vago residuo de las etapas antiguas en donde en Grecia y Roma se construían verdaderos palacios suntuoso-

sos para cada difunto, como vivas reproducciones de las comodidades que tenían en la vida. Los mausoleos, las simples tumbas, son hoy los restos de aquella vieja costumbre, que debe desaparecer. Quememos los cadáveres, práctica mucho más higiénica y loable. Y creemos, en cambio, grandes Vitápolis, ciudades donde se dé vida, viveros infantiles, donde se genere una raza infinitamente más perfecta y superior en sus caracteres. Vitápolis donde sabios científicos investiguen los medios de mejorar la procreación y donde los jóvenes, en un anhelo de santidad y de belleza, busquen el complemento adecuado para la formación de un nuevo ser. ¿Quién nos niega hoy que en un futuro no llegaremos a esto? ¿Quién sabe si aquel régimen que Ricardo Baroja expresaba en el «Pedigree» con fina ironía no será en un día no lejano el régimen definitivo de la Humanidad, que dedique los años destinados a la función procreadora a vivir en uno de estos viveros de la raza, donde, debidamente seleccionadas las facultades y los temperamentos, se busque el ser complementario que pueda dar lugar al nacimiento de otros más perfectos?

¿Desaparecerá el amor entendido como hasta aquí para ser sustituido por esta selección? ¿Será ello una utopía irrealizable para siempre, o se llevará a la práctica? Quienes nos limitamos a resolver nuestro presente, pero al propio tiempo atalayamos el porvenir, hemos de dar cabida también en estas líneas a instituciones que, irrealizables hoy, pueden no serlo mañana y que acaso representen, con la natural evolución de los tiempos, un positivo avance.

Dios... carga con todo.

«Ring out false pride in place and
[blood.
The civil slander and the spite.
Ring in the love of truth and right
Ring in the common love of good».

TENNYSON.

(Arrojemos el orgullo de lugar y de
[raza,
la calumnia y el desprecio en nombre
[de la moral.
Araigamos el amor a la verdad y al
[derecho
la fuerza común del amor al bien.)

¡Cuántas veces hemos oido repetir a muchos ignorantes o a muchos que viven a costa de mantener la ignorancia! : «¡Si Dios no me diera tantos hijos! ;La divinidad ha bendecido nuestro hogar!, etc., etc.

Y esto, repetido tantas y tantas veces, que nos ha parecido verdaderamente ridículo y aun risible, si no nos parecieran más dignos de compasión quienes así piensan, en ver la de papelitos que le asignan a la divinidad.

La doctora Stopes recuerda, por ejemplo, el caso de una pobre muchacha que, casada en la más absoluta ignorancia, cuando aún no tenía veinte años, tenía ya tres pequeñuelos en sus dos años de matrimonio. Y al conocer a la doctora Stopes y visitarla en su Clínica reguladora de nacimientos y conocer, siquiera fuese luchando con su deficiente orientación, los misterios de la fecundación que ella seguía creyendo totalmente

ajenos al advenimiento de los hijos, y al ver que este advenimiento no era fatal e inevitable, exclamó: «¡ Ah, a mí me han dicho que esto era la bendición que Dios me mandaba ! ¡ Y yo pensaba con desesperación en que tanto nos quería la divinidad que por cada bendición suya nos mandaba un hijo al mundo, pero iba a arruinarlos a los padres ! ¡ Tanto es así, que yo, tan ferviente religiosa como usted sabe, llegué a pedir lo que yo juzgaba una herejía ! : «¡ Que Dios no nos bendijera tanto !»

Las divinidades de todas las religiones, por el hecho de ser ellas las fuentes de toda vida y de toda creación, son estimadas como las que engendran todos los seres y determinan previamente los que han de corresponder a cada matrimonio. Un argumento muy utilizado entre los puritanos del siglo pasado y que hoy recogen los católicos españoles, es el de que con ello se va en contra de la moral divina y de las fuerzas creadoras de la divinidad. Pero cae por su propia base cuando se ve que la divinidad deja subsistir un descubrimiento que le contraría, o que el hombre es de por sí lo bastante poderoso para limitar a su gusto una capacidad en la que de hecho sólo interviene el Dios en quien él crea.

Hoy, este argumento no tiene razón de ser. Porque se vuelve en contra de sus mismos defensores. El hombre puede restringir la natalidad, porque la fecundación depende de un acto suyo y de una fuerza natural de su voluntad. Podrán desentrañar los científicos el misterio de la reproducción, no por lo que tiene de oculto, que hoy es conocido de todos el fenómeno de la fecundidad, sino por lo que tiene de maravilloso que en una célula de miriadas de milímetros se comprenda toda la fuente de vida que habrá lu-

gar al nacimiento de un nuevo ser. Lo que pretendemos es acabar con el criterio de que a la divinidad corresponde la responsabilidad de cuanto al hombre le sucede. Aun estando determinados los hechos que habrán de sobrevenir—los presentimientos son, por ejemplo, una prueba de ello—, existe una facultad humana, la eminentemente personal a la larga, que influye positiva o negativamente sobre el resto de los factores colectivos y al igual que es influída por el medio influye a su vez. Y una de las propiedades que corresponden al libre albedrío humano es la de determinar hasta qué grado habrá de reproducirse. Dios no puede seguir cargando con todo. Porque la juventud se acostumbra a ver en ello una cosa ya convenida, creada por Dios como una institución. Las mujeres aceptaban también antes su dependencia del marido como cosa convenida. Y queremos hacer ver a todos que el matrimonio no puede existir más que como libre concordada unión de los cónyuges, que los hijos no deben venir al mundo más que cuando ambos lo deseen y que, en definitiva, la divinidad ya no tiene responsabilidad alguna en los actos del hombre. Para la nueva generación, Dios no carga con todo.

La escuela obligatoria... para los padres.

«Un hombre a quien se reprochaba su indiferencia por las mujeres, decía: «Puedo decir de ellas lo que madame de C. decía sobre los niños: «Tengo en la imaginación un hijo que no he podido parir nunca.. Yo tengo en la cabeza una mujer como hay pocas, que me preserva de las mujeres como hay muchas, y estoy muy agradecido a esta mujer».

CHAMFORT.

Son muchos los que siguen hoy hablando de que la escuela sea impuesta como obligatoria. Y nosotros estamos de acuerdo en principio. Pero siempre y cuando hubiera escuelas en número bastante, capaces de albergar a todos los niños del nuevo estado y siempre que los padres pobres o modestos no tengan que renunciar a la escuela para sus hijos apenas están en condiciones de cobrar un jornal con que aliviar en parte los gastos crecientes de su hogar. Pero debería crearse una enseñanza totalmente obligatoria para los padres. En el Estado de Colorado se han presentado varias veces proposiciones en las legislaturas en demanda de esa educación obligatoria de los padres, especialmente en cuestiones que tengan relación con la higiene sexual y la adecuada educación de los hijos. Ya que el Estado no puede por ahora, organizado bajo un régimen burgués forzosamente incompleto, dedicarse a educar a todos los niños a título como legítimamente le corresponde, ya que luego a

todos les habrá de exigir prestaciones para con él que a lo menos se encargara de educar a todos los padres. Que para poder serlo se exigiera una preparación anterior lo suficientemente eficaz para que garantizara que no se iba a cometer con los niños las herejías físicas y morales tan perjudiciales para su salud y su conducta.

Enseñar a los padres que no tienen el menor derecho sobre la vida psíquica y la conducta futura de sus hijos y que podrán, sin violar preceptos inexcusables de verdadera moral, bautizar a sus hijos en la fe que ellos deseen ni enseñarles en sus primeros años ninguna religión, que ha de ser forzosamente una coacción en su alma en formación.

Enseñar que los derechos del niño se extienden desde la necesidad de que le den buenos alimentos, y le dejen dormir lo que sea necesario, a que no se obstinen en hacerle pensar de sus primeros días, antes de que tenga siquiera conocimiento del mundo en que se halla, de un modo que pueda placer a los padres y no al hijo el día de mañana. Que con ello se comete un crimen, con las agravantes de premeditación y alevosía, ya que se hace sin contar con la voluntad del niño y en los momentos en que éste no puede protestar.

Cuando he visto alguno de esos actos en que las mujeres extremadamente católicas de algunos hombres públicos, escritores o políticos, a pesar de su significada indiferencia o aun ateísmo, les envolvían en la hora de la muerte en un hábito de una Orden cualquiera o les ponían un crucifijo entre las manos, o les hacían dar la extremaunción, juzgando que de ese modo rehabilitaban aquella alma perdida para la divinidad, me parecía que ese borrón que esas mu-

jerés inconscientes habían arrojado sobre la vida inmaculada y pura en sus ideales de siempre mantenidos y que para buen número de personas que no veían la tragedia del hogar de aquellos hombres era muy difícil de penetrar, yo creía que estaban cometiendo otro crimen horrendo, nefasto, que habría de tener influencia para siempre en los seres que nacían, cuando los bautizaban en la fe católica o en la budista y les hacían fieles de la misma idea por hallarse ellos conformes con esa creencia.

Son muchos, por ejemplo, los que hablando del caso familiar decían que el marido debe hacer a la mujer a sus gustos y de acuerdo con él, y que si no lo ha conseguido debe separarse de ella. Totalmente de acuerdo. Pero yo creo que el marido no tiene obligación de formar a la mujer, como no la tiene tampoco ésta de influir en su marido, que los dos pueden pensar independientemente, y claro es que sólo sus ideologías están de acuerdo a lo menos en esa «mínima equivalencia» necesaria en el Derecho Internacional Privado para que se aplique la ley extranjera sin peligro de excepción de orden público internacional, podrán vivir unidos. Separarse, muy bien, en teoría. Pero cuando se sabe el escándalo que ello produce si se recurre a una separación judicial, o las molestias si la mujer se niega a una separación amistosa y se conoce que en cualquiera de estos casos el dardo de la censura odiosa de la sociedad actual habrá de clavarse punzante en la honra de los cónyuges y cuando se conoce que el escándalo es el peligro mayor con que tropieza el hombre público en su actuación en la vida, no se puede afirmar que el hombre podría separarse fácilmente de la mujer. Máxime sabiendo que aun en casos

de separación, llamada al hogar la mujer en los últimos momentos del agonizante, hubo de ser ella quien creyendo reivindicarse con Dios aprovechó los momentos de inconsciencia para colocar sobre la frente del compañero de su vida el «inri» que tanto trabajo había de costar después arrancar a quienes, conociendo el influjo femenino difundidos por todas partes la mueva de aquellos seres, apesar de todo habían muerto firmes en sus convicciones, llevándose las al Más Allá, intactas como su espíritu, pese a todas las apariencias terrenales.

Para acabar con estos crímenes, no hay nada como una educación obligatoria para los padres. Educación tanto física como moral, tanto sexual como de conducta. En lo que se enseñe como arte supremo, el de los derechos del nonnato que por ser un valor nuevo para la sociedad, merece de ella los máximos respetos.

Cuando, por ejemplo, en Derecho Penal, los tratadistas dudan en el caso de ser necesaria la práctica de embriotomía entre la superioridad del derecho de la madre o el del feto para saber a quién deben salvar la vida y se deciden por este último, porque es una promesa de frutos nuevos para la sociedad en que ha de vivir, hemos de ser los primeros en exigir ese sacrificio y todos los posibles por parte de los padres que piensen que la reproducción es una función de superación que el hombre no deja de vivir nunca porque se perpetúa en sus descendientes.

Los hijos son los rehenes de la vieja moral.

«La civilización ha olvidado que durante toda la vida la sexualidad normal constituye una fuente inagotable de energía creadora y productora, constituye el impulso más poderoso que pone en actividad todas las energías del hombre. Todo su vigor, su valor, en una palabra, su deseo de vivir, dependen directamente de estado de sus órganos sexuales».

WALDEMAR E. COUTTS.

Dondequiera que la juventud ha alzado su voz rebelde y combativa, los defensores de la vieja moral han solidado presentar siempre el problema de los hijos con un hipócrita «Ellos no tienen culpa de nada. Ellos no pueden consentir que sus padres se separen, etc., etc.»

Esto es: siempre los hijos, con lo que han retenido hasta aquí atemorizados a muchos de los que a principios de siglo intentaron avanzar por este mismo camino donde tantos han vuelto atrás la cabeza y han quedado para escarmiento de los demás convertidos en estatuas de sal.

Nunca nos han indignado más las frases de esos defensores de la vieja moral que cuando hacen referencia a los hijos. Ellos, que son quienes tienen menos derecho a hablar de la paternidad, quienes consideran a los hijos productos del aca-so ciego, cuando no se los encasqueta a la bendición de la Divinidad, sin decidirse nunca a afir-

mar el principio generoso y sabio de que los hijos vienen al mundo por la voluntad y el deseo de sus padres ; ellos que creen que es un crimen cuanto despierte las conciencias infantiles, sacándolas de la paz de la enseñanza, quieren retenerlos atrás con el nombre de los hijos de hoy y del mañana. Y ni será. Los hijos son, en efecto, los rehenes de la vieja moral. Para entregarlos exigen un fuerte rescate. El precio es casi siempre la renuncia a nuestras rebeldías. Y eso es un precio inasequible a nuestras posibilidades. No iremos a ser nosotros nuevos Guzmán el Bueno que lancemos nuestro puñal desde lo alto de la torre para que maten a nuestro hijo cuando le amenazaban con la muerte para obligarle a rendir la plaza de Tarifa. No ; nos parece que no hay nada, ni patria, ni nación, ni beneficio humano alguno que esté por encima de los intereses de la paternidad. Nos creemos más padres de nuestros hijos futuros que los que nos han engendrado a nosotros. No será preciso adoptar una actitud trágica. Los hijos no son una carga en las nuevas concepciones, porque no vendrán al mundo más que cuando sean deseados plenamente ; esto es, cuando contemos con medios económicos y morales bastantes para subsistir con ellos. Antes de que ese momento llegue los hijos no vendrán. Nos parece que con ello cumplimos un deber frente a esa infancia, a la que no podemos exigir su consentimiento para traerla al mundo, pero con la que cometemos un crimen de traerla al mundo, de abuso de confianza cuando los hacemos venir a una vida de privaciones y de miserias, cuando no hemos deseado siquiera su presencia y la aceptamos como un mal inevitable. El hijo que es la superación de sus padres, el que perpetúe la raza y las estirpes humanas debe venir cuando el hom-

bre y la mujer lo deseen, nunca antes, y debe merecerlo, puesto que el hombre y la mujer deben saber que ya que lo traen a este mundo de injusticias y falsías, le van a proporcionar siquiera los medios mínimos de poder subsistir sin agobios materiales ni espirituales, contando al menos frente a las censuras ajenas con su presente y su porvenir asegurados por un trabajo reproductivo que no les haga sentirse parias de la sociedad, mantenidos en ella por su condescendencia, sino individuos que tienen un derecho a vivir en ella porque también le da la prestación de su actividad y de sus energías. Que no hay felicidad mayor que aquella que siente el hombre que no es carga de nadie, ni depende de la buena voluntad, siquiera sea de una colectividad, sino que se siente independiente porque trabaja y rinde su esfuerzo y no hay nadie que pueda legítimamente privarle de su derecho a vivir como guste, sin importarle la opinión de los demás; sublime independencia que son muy pocos los que conquistan en la dura lucha por la vida.

El peso del pasado.

«Saber rechazar el pasado en el momento en que se quiera, y recibir la vida como si acabara de nacer.»

GOETHE.

En cuantos esfuerzos hace la madurez por aproximarse a nosotros hay siempre una cadena que la retiene atrás; esa cadena es la que le une al pasado. La influencia de la madurez sobre la juventud es siempre decisiva, ya que los jóvenes somos los que desempeñamos el papel de mayor importancia y responsabilidad en el porvenir. Somos los forjadores del nuevo Estado. Lo creamos en nuestra ciencia, en nuestro arte, en nuestra descendencia. La juventud de hoy es, pues, inevitablemente el Estado de mañana. Lo que hoy pensamos y defendemos será lo que mañana piense y defienda el Estado. Luego el adulto influye también en los destinos de ese porvenir de un modo indirecto pero real, al forjar en sí otros sentimientos de rebeldía o de apática descendencia. El pasado, que estrangula la voluntad juvenil, debe ser alejado de nosotros. Queremos cortar las cadenas que nos ligan a cuanto de caduco hay en el ayer, y crear un nuevo pasado que acepte las buenas que la experiencia ha podido ofrecernos.

Si fuera esta generación madura la que adoptando frente a nosotros una posición comprensiva se decidiera a hacerlo, nos evitaría posturas más violentas. A ella le corresponde poner en nuestras manos las llaves de la vida y de la muerte con estas palabras tantas veces repetidas por labios de nuestros mayores defensores: «Nosotros que os hemos engendrado, fiamos en vosotros. Constituídlos en una fuerza que labore

por la rectitud en todas las cosas, por la creación de un nuevo cielo y una nueva tierra. Hacedlo a vuestro modo y empleando todos los medios que os parezcan justos, rectos y capaces de aguantar la prueba de la experiencia.»

El deber de todas las generaciones en su tránsito por la tierra es el de llegar a su descendencia con el tesoro de su salud, su belleza y su honradez, es saber que ahuyenta todo espanto y aleja todos los peligros. Sólo entonces podrán decir los hombres que han cumplido con su deber. Y ya que nosotros hayamos tenido que ser los primeros en lanzarnos por esa ruta nueva, ya que esa herencia no haya podido ser cumplida en todas sus partes, que al menos los testadores nos dejen en libertad de administrar el capital de su pureza y de su ciencia, como a nuestras inteligencias nos parezca mejor. ¡Confianza en la juventud! He ahí el grito de rebeldía. No nos creáis infantiles en nuestros razonamientos, incapaces de lucha en nuestras actitudes, libertinos en nuestras ideas. Tened confianza en nosotros. Los que hemos nacido con la inquietud de saber, tenemos una sed inextinguible que nada apagará. Y más que alejar de nosotros las fuentes que la sacien, deberíais acercarlas, complaciéndoos de que hayáis engendrado seres que no vengan al mundo para continuar la cadena monótona e inmutable, para no preocuparse de cuanto hay más acá y más allá de la tierra y del sol. El grito de guerra de la juventud puede trocarse en un grito de paz.

¡Hombres de la pasada generación! ¡Tened confianza en la juventud! ¡Que por muy mal que lo hagamos aquí, tened siempre la seguridad de que no lo habrémos de hacer jamás peor que vosotros!

LAS ASPIRACIONES
DE LA JUVENTUD

El freno de la libertad.

«Love rules the court, the camp, the
[grove
And men below and saints above
For love is heaven and heaven is
[love.

.....
Oh what a tangled web we weave
When first we practise to deceive».

WALTER SCOTT.

No hay nada que más impulse al libertinaje que la prohibición. No hay freno superior al que da un buen empleo de la libertad. Para saber emplearla, el método infalible es el conocimiento. Quien tiene conocimiento de las cosas no incurrirá en ellas, a no ser por degeneración patológica. Con mucha mayor facilidad caen entre las garras del vicio los jóvenes ignorantes que buscan desconocidas sensaciones de placer, que quienes, conociendo todas las posibles contingencias del acto sexual se abstienen de realizarlo como no sea en condiciones que les garanticen la normalidad e inofensividad de sus resultados. El freno de la libertad es, pues, infinitamente más positivo que el freno que nos dicen impuesto por la religión. Ya que si bien representa una profunda traba en la subconsciente, el 90 por 100 de los casos que no delinquen y se consumen en su propio pueblo o delinquen tardíamente—y tomamos el verbo delinquir en la acepción que le da la sociedad actual culta, moral y cristiana—no lo hacen por el peso de

la religión, sino por el miedo a las consecuencias ignoradas, y así, mientras los ignorantes de veras incurren en estos actos sin saber que son delictivos y los que tanto les recomiendan como nocivos desde púlpitos y confesionarios, los avisados que se han procurado otros conocimientos amén de los obtenidos en tan desusados lugares, no cometan el acto por temor a los resultados que ignoran o cuyo resarcimiento por la sociedad ya conocen por experiencia. Esto viene a probar, una vez más, cómo el conocimiento, proceda de donde proceda y hágase proporcionado como se haya, no será lo mejor para el espíritu del individuo en estos casos, pero es el freno intimamente más eficaz que el que pueda dar una religión coactiva o una moral de restricciones que impulsan al mal con el atractivo de lo prohibido. Parece, sin embargo, que la Humanidad cristiana, y en particular la católica, no se ha dado cuenta—ella cree en el mito de Adán y Eva—de que si Eva faltó a los dictados divinos y Adán la siguió por el precipicio fué precisamente porque por mandato expreso, terminantemente repetido, se les había prohibido la ingestión de fruta del árbol del conocimiento. Basándose sin duda en ella, la religión católica ha seguido oponiéndose a cuanto pudiera significar ciencia y cultura, y maldijo el árbol del que habían comido esos que nos dicen que son nuestros primeros padres, sin percibir que más moral que ellos era la serpiente, que reconocía que la fruta de aquel árbol, al gustarse, igualaba los hombres a los dioses al conocer la ciencia del Bien y del Mal. No hay nada superior al conocimiento, pese a sus detractores. Los jóvenes de esta generación, encerrados en este otro Paraíso donde se nos permitía gustar de todos los place-

res, teníamos siempre un árbol cuyo fruto nos estaba vedado, el mismo árbol fatal de la ciencia que nos diese sus conocimientos aprovechables sobre el tema de nuestro sexo. Una primera Eva—acaso Jorge Sand—la mujer más rebelde y espiritual de pasadas centurias—tomó la manzana y la hizo compartir a los hombres. Y de entonces acá, todos nosotros hemos tomado un poco del fruto prohibido, y nos arrojan en efecto del paraíso ficticio de la moral aburguesada. Pero no nos importa. Para Adán, la tierra con sus misterios y su constante devenir era infinitamente más interesante que el paraíso donde la felicidad degeneraba en monotonía. Y nosotros, acostumbrados también al monótono ir y venir de las horas del matrimonio a la paternidad y a la vejez, a ver cómo nuestros hijos repetían invariables el ciclo previamente trazado, juzgamos mucho más interesante esta tierra nueva, aún sin labrar, donde todos podemos hundir nuestra azada para fertilizarla, donde todos tenemos nuestra parte y nadie se ve desposeído de ella. Que al menos no vayamos nosotros a dar lugar a que se organice aquí otro sistema deficiente de propiedad que establezca privilegios a favor de unos y los arrebate en cuanto a otros, para que nuestros descendientes no tengan en un mañana no lejano que abandonarnos, dejándonos atrás en su marcha, porque nosotros, hombres estúpidos, nos hayamos hecho, pese a nuestros buenos deseos, la vida imposible. Escarméntemos en suma en la cabeza de la vieja Humanidad. Y renovemos en cuanto sea posible los móviles de nuestra conducta.

El mundo, creación de los «gandharvas».

«Amor está sentado en el cráneo
de loca Humanidad,
y una vez en su trono el profano
ríe con toda libertad».

BAUDELAIRE.

Es absolutamente indispensable que no creemos en el centro del nuevo Paraíso de constante actividad en el que entramos ahora, un árbol cuyo fruto sea prohibido, una nueva ciencia más abstrusa, un nuevo problema más inquietante aún, porque entonces sí que sería de desear que un cataclismo del Universo acabase de una vez con este pobre planeta de forma tan extraña que se halla torcido y gira en torno al sol con vueltas de borracho y que en lugar de ser liso y bello o de proporcionar luz como sus compañeros es triste y opaco, y está erizado de montañas y hundido en simas y anegado en agua, probado que es acaso la más estúpida de las creaciones de la Naturaleza.

Que no en balde, según la bella leyenda hindú, que Bécquer nos relata con su galano estilo, este mundo es producto de los «gandharvas» o cantores celestes, chiquillos que quisieron imitar a Brahma en su confección de mundos y aprovechando un descuido de éste penetraron en su laboratorio y arrojaron en la marmita candente donde estos mundos se forjaban los contenidos de las redomas del bien y del mal, del dolor y la alegría, la fealdad y la hermosura, la abnegación y el egoísmo, los gérmenes del hielo y los del fuego, la arcilla y el fango, la impotencia y los deseos, la vida y la muerte en suma.

Y que entonces, cuando al soplar como para hacer pompas de jabón, al igual que habían visto a su creador y padre hacerlo con los otros mundos, apareció la Tierra, mundo deformé, ra-

quítico, oscuro, con montañas de nieve y arenales encendidos, con una Humanidad frágil y presuntuosa con aspiración de dios y flaquezas de barro. Y que al conocer Brahma el desaguisado hecho por los pequeños «gandharvas», tentado estuvo de destrozar el mundo así creado, a no ser por la intervención de uno de los chiquillos, que se arrojó a sus plantas diciéndole: «Señor, no nos rompa nuestro juguete.»

Ante cuya exclamación, Brahma, infinitamente más risueño, como un buen dios apacible y bonachón, exclamó riendo: «Id, turba desalmada e incorregible, marchaos donde no os vea más, con vuestra deforme criatura. Ese mundo no debe, no puede existir, porque en él hasta los átomos pelean con los átomos. Pero marchad—os repito—; mi esperanza es que en poder vuestro no durará mucho.»

Así habló Brahma, y los chiquillos, entre risas y bromas, se lanzaron con nuestro mundo por los aires, empujándolo aquí, dándole un puntapié un poco más allá, entre el asombro de los otros mundos y la desesperación de sus habitantes más perfectos. Por fortuna nuestra, nada hay más delicado ni más temible que las manos de los chiquillos. El juguete no puede durar mucho en ellas.

Pero hagamos lo posible en el intervalo por mejorar aquí nuestra situación y no complicarnos la existencia de por sí fatal entre miles y miles de contrapuestos elementos, creando nosotros nuevos que poner en liza, nuevas inquietudes, nuevas persecuciones, todo porque no hemos pensado nunca con clarividencia suma que no hay nada por encima del Saber y que cuanto más sepamos, más nos acercamos a la perfección ansiada.





El estado de necesidad sexual.

«On peut trouver des femmes qui n'ont jamais eu de galanterie, mais il est rare d'en trouver qui n'en aient jamais eu que une».

LA ROCHEFOCAULD.

Se produce el estado de necesidad inevitablemente, cuando un individuo justifica el delito o crimen cometido por el fuerte estado de necesidad en que se halla el que lo ejecuta, ya como finalidad directa—robo de pan, legumbres, etcétera—, ya indirecta—robo de una alhaja para venderla y obtener dinero— para alimentarse. Este es el caso más conocido del estado de necesidad sexual; sabemos que es una creación de la moderna sociología, supuesto jurídico que debe justificar y aun eximir de responsabilidad los actos cometidos. Tal, por ejemplo, el caso en que se establece relaciones sexuales antes de los veintitrés años, edad que marca bárbaramente nuestro Código Civil para que el instinto sexual de la mujer despierte. Esto es, que entre nosotros, en que el matrimonio puede tener lugar desde los doce años en la mujer y los catorce en el hombre, los actos sexuales sin relación matrimonial preexistentes cometidos antes de los veintitrés años, no sólo merecen la más grave sanción, sino que las entregan en manos de los padres, que pueden sacrificarlos con perfecta impunidad. La prueba es que en el artículo 438, párrafo 3.^o, se dice: «Estas reglas son aplicables

en iguales circunstancias a los padres respecto de sus hijas menores de veintitrés años y sus corruptores, mientras aquéllas vivieran en la casa paterna.»

Esto es, que la sociedad, al verse ante lo que ella juzga como un delito, y en vez de ponerle remedio, evitando el que sobre él se forje un supuesto de delito, crea otro nuevo aún más grave, extendiendo de un lado la «patria potestas necandi» (potestad paterna de matar), de otro la llamada «potestas maritale necandi» (potestad del marido de matar a la mujer) a quien sorprende en adulterio. ¿Hemos resuelto con ello algún problema? ¿No hemos creado uno nuevo? ¿No es ello infinitamente más inmoral, ya que representa la vuelta a los tiempos clásicos de la venganza de sangre? Es, pues, urgente que se aprecie la eximente de estado de necesidad sexual, que es, en definitiva, un instinto tan fuerte y poderoso como el digestivo de los individuos habituados a desarrollarlo excesivamente. Y que no juzguemos que estos actos, por muy deplorables que sean, aun en las condiciones en que fueron realizados pueden dar en modo alguno derecho a que sea el padre o el marido quien pueda hacer uso de la potestad sobre sus mujeres, como si ellas fuesen tan objeto de propiedad como un perro de cuyos daños o enfermedad responde el dueño por creerse que no es él un ser responsable. El estado de necesidad sexual debe ser, pues, una creación moderna y urgentísima en nuestro Código Penal. Será el único medio de acabar con la concepción como delitos de muchos actos realizados libremente, sin someterse a las prescripciones o cánones matrimoniales, porque los dos seres que se han creído más moral y lícito celebrar una

unión con amor sin someterse a convencionalismos que prostituirse en el matrimonio sin cariño alguno que atar permanentemente los vínculos de esa unión.

El estado de necesidad sexual acabará con esa vieja concepción de que el sexo de la mujer es cosa inherente al matrimonio de la familia, como se ha determinado por repetidas sentencias en nuestra jurisprudencia y hará que se destruyan para siempre los restos de esta legislación sexual apropiada acaso para la generación de hace cincuenta años, pero que forzosamente ha de ponernse a tono con este criterio juvenil en estos problemas.

Ya no será la suma virtud la de ocultar el sexo. Deberemos instruir sobre sus posibilidades y peligros, destruir los «tabús» o privaciones surgidas en la enseñanza y examinar bajo el prisma de la psicobiología nuestra civilización y nuestros problemas para dejar paso a una civilización en que la vida sexual debe ser una vida aparte del individuo y se va pura y simplemente una de tantas facetas de la existencia individual, no sometida a las horribles restricciones del absolutismo, la insinceridad y la incomprendición.

La moral española en un proverbio.

«Más vale ser mujer honrada,
que no serlo y no ganar nada».

(Proverbio español.)

Son infinitos los que pretenden hacer ver que la moral española repugna estas doctrinas y estas prácticas, y que es falso pretender introducir aquí, donde tan tranquilos estábamos en nuestra ignorancia, lo que puede ser germen de destrucción y que carece de elementos de adaptación en la tradición española. Sin embargo, yo creo que en el «folklore» español, donde más acertadamente se define la psicología popular, hay un dicho socarrón, castellano viejo, que se repite en todas las regiones, que define, a mi modo de ver, el criterio de la moral española. Es el proverbio que dice: «Más vale ser mujer honrada, que no serlo y no ganar nada.»

Esto es, que sólo se mide la honradez por la conciencia. Criterio utilitario y egoísta que habría de adquirir entre nosotros excepcional desenvolvimiento. Si la mujer se ha convenido en España sin traspasar los llamados límites de la honestidad más que cuando contaba con las suficientes garantías que le garantizasen su triunfo, ha sido, no por moralidad, ni aun por miedo, sino por egoísmo. La mujer no ha vacilado en venderse en el matrimonio por ver en él un seguro de vida. La mujer no ha vacilado en ser la querida de un hombre por creer que era el único medio de lograr el objeto deseado. La mujer se ha adaptado a la voluntad del marido,

viendo así seguras las posibilidades de una vida más feliz. De este modo comprobamos, una vez más, cómo la mujer en España no ha solidado en buen número de deseos de dejar de ser honrada, simple y llanamente, porque no siéndolo, no ganaba en nada su honradez ni su bolsillo. La mujer española, a pesar de ser por su apariencia una de las más espirituales y desinteresadas, está con extraordinaria frecuencia muy apegada a su dinero. Y para ella todo el problema de la ética está reducido en la conveniencia utilitaria de un acto, o desventajas financieras que aquél puede producirle. Hablar, pues, a nuestras mujeres de estos temas que escandalizan a muchos, no debe parecer sorprendente. Buenas calculadoras, pesarán sus pros y contras de la nueva cuestión que les planteen y serán sus detractores más terribles o sus más fervientes partidarias. Pero siempre por egoísmo. En toda mujer va casi siempre latente un fondo egoísta derivado del gran lastre educativo de una serie de preceptos como han tendido a hacer más sensible la mujer a las reacciones de su mera y simple conveniencia. La moral más práctica era para ella la mejor. Y acaso tengamos razón en nuestra actitud. Que, en definitiva, el triunfo será de quienes acertemos a hacer de este mundo, tránsito para no sabemos qué futuros destinos, ya que no un paraíso—cosa imposible e improbable—, un agradable medio de subsistencia donde cada uno de nosotros nos esforzemos por vivir lo mejor posible. No nos será difícil transformar este valle de lágrimas. En primer término, porque las lágrimas no suelen ser un producto que nazca en los valles, y, en todo caso, sería un mar de lágrimas. Y, en último término, porque es sumamente factible en la actualidad desecar hasta el

Océano. El ejemplo de Holanda, que ha surgido, por así decirlo, de las aguas, y que hoy ofrece la maravilla de su fertilidad como prueba de la industria humana, no sería más que una iniciación en pequeño de lo que podría hacerse. Pero, en broma o en veras, nos urge eliminar de nuestra vera ese trágico pesimismo de tan funestos resultados, y que, a lo menos, en los años que aquí transcurran, pongamos todos nuestros esfuerzos por que la vida se deslice de un modo grato, sin crearnos complicaciones de conducta y sin que, dondequiera que pretendamos avanzar, surja siempre, temible y rígido, el «guardia de la porra» de una prohibición ética o jurídica que nos impida el avance y llene de íntimas desazones nuestro ánimo.

Civilización moderna y rutinaria.

«Lo importante es modificar y cambiar nuestras ideas a medida que la Ciencia avanza».

CLAUDIO BERNARD.

Creo que nuestra civilización, por ser precisamente una época de transición, es, a un tiempo, moderna y rutinaria, ya que mientras intenta avanzar por la nueva ruta, conserva toda la terrible rutina de los prejuicios del pasado. Son muchos los jóvenes que no se deciden a avanzar más allá y llevar al público, esto es, claramente ante la opinión, sus actitudes tan frecuentes en la zona sexual, en el campo puramente privado. Y creo que esta actitud está sintetizada en aquella espiritual carta femenina en que una muchacha norteamericana, confesándose ante sí misma y procurando hallar los móviles de sus actos, llegaba a esta indiscutible consecuencia: «No todas las jóvenes modernas somos antirrutinarias. En mi caso, por ejemplo. Soy moderna y rutinaria en lo exterior, o, por lo menos, intento serlo, y, en cambio, por dentro, no lo soy. No sé por qué no he de poder fumar en la calle lo mismo que fumo en un «restaurant» público, o en lo alto de un autobús, o en los pasillos de un teatro. No veo por qué no he de poder besar en público a un hombre, cuando puedo hacerlo en mi cuarto y en mi casa. No hay solución. Es que no puedo y que, a pesar de ser moderna, soy al mismo tiempo muy rutinaria. Es de so-

bra conocida de la Psicología el peso y la influencia tan enorme que desarrollan los prejuicios educativos mantenidos al través de varias generaciones, y que llegan a constituir una parte inmensa en el fondo subconsciente de cada individuo. De ahí ha derivado el que los teólogos y defensores de las religiones hayan estimado siempre que éstas eran un freno para la conducta moral de los jóvenes. Y no es por el influjo positivo de la religión. Es por la enorme presión coactiva, perpetuada al través de veintitantas generaciones como mínimo, que han creado en el hombre una valla que le hace casi imposible el alcanzar, a no estar dotado de todo el entusiasmo de la juventud, por estos caminos siempre abiertos de la libertad. Yo creo que el día en que desaparezca esa vieja concepción del pudor, que no es otra cosa que la muestra de una «incapacidad sexual» o de un «deseo mal reprimido», los hombres y las mujeres irán habituándose a comportarse libremente, sin que les impela a mantener la «más exquisita corrección» en la calle—hablo en los términos de la generación adulta—, no el temor a la oprobiosa policía, ni a las razones o supuestos de orden público, sino el mutuo respeto para consigo mismos que les impele con mayor fuerza que los estímulos más coactivos a guardar sus expansiones para el seno del hogar, esto es, manteniendo siempre el principio de que las cosas y los actos de la vida deben hacerse libre y voluntariamente, no porque exista una presión en pro o en contra, lo que será el único medio de mantener la más absoluta pureza a que hoy no estamos habituados, a pesar de todas las restricciones. En los estados donde no hay policía, porque se ha ejercido una fuerte presión educativa en lo mo-

ral que ha causado en ellos el efecto de una serie de hábitos subjetivos que les impiden transgredir, no hay policía, la prohibición no es ya necesaria, ya que los mismos ciudadanos son, si llega el caso, los policías de sí mismo. En los países donde, por una educación lo suficientemente amplia y constructiva, los hombres no piensen en el acto sexual como reprobable y admitan las normas elásticas del Código de una nueva moral, no será preciso que en los Códigos o leyes existan preceptos punitivos para estos delitos. La práctica penal ha evidenciado que no hay nada mejor como quitar de esos Códigos los preceptos que establecen y determinan un castigo para quien ejecuta demasiados actos para que la realización de éstos no surja, como antes, inopinadamente. Hemos de acostumbrarnos a la idea de que quien comete un acto sexual normal, si es con el consentimiento del otro ser que a ello le ayuda, no puede merecer castigo, ya que el mutuo consenso de las partes para la realización de un hecho como éste, que sólo tiene trascendencia para la vida individual, no es un delito. Si comete este acto conquistando el aprecio del otro, hemos de tender a averiguar los móviles de aquella conducta y pensar si aquel individuo es un anormal; si por el contrario es la mujer—casos de violación, estupro, rapto—quien le ha impulsado a tal crimen, o si la fuerza ha cesado después de cometer el acto, ya que sabido es en doctrina judicial que el perdón de la víctima, manifestado por el casamiento ulterior, hace sobreseer el juicio, hállese en el punto del procedimiento en que se encontrare. Yo creo que deberíamos tender a que el perdón posterior de la víctima borrara toda penalidad para el compañero en la realización de aquel hecho, pero lo único

que debería eliminarse es que ese perdón se manifestara mediante el matrimonio subsiguiente. Creo que en muchas ocasiones ello resultaría un castigo demasiado grave, ya que representa no la prisión por unos meses o años, sino para toda la vida, con lo que el mal aparece agravado. El perdón se manifestaría, pues, siempre que el compañero—generalmente la mujer—lo manifestara explícitamente, sin necesidad de obligar expresa ni tácitamente al matrimonio.

El hombre, «seducido» por la mujer.

«La mujer procede como Rosalinda, a fuerza de zalamerías, o como Mariana, a fuerza de tretas. Pero en todos los casos, la relación entre hombre y mujer es la misma; ella es la que persigue e intriga; él es el que es perseguido y zarandeado».

BERNARD SHAW.

He hablado de que debe investigarse si es la mujer la que ha lanzado al hombre a esa conducta, ya que son más frecuentes de lo que generalmente se estima los casos en que es el hombre el seducido, y porque a mi modo de ver es injusta la penalidad en los delitos de estupro, rapto y violación—como no sea en la inconsciencia—ya que la mujer se entrega libremente por el cariño que siente por el hombre, y no debe convertir estos hechos en una vergonzosa celada en la que, ansiendo un marido que la sostenga pecunariamente, o un hombre determinado se entregan a él provocando acto seguido la denuncia consiguiente, y facultadas como se hallan por ese poder judicial para ofrecerle el matrimonio como puerta de salvación frente a la deshonra de un período de años o de meses de cárcel. Yo he creído siempre que en esos casos, tan frecuentes en nuestro Derecho Penal sexual, en que la mujer se ha entregado a cambio de determinado precio y cuando éste cesa o por conveniencia y utilitarismo se presentaba la denuncia de estupro (mujer mayor de veinti-

tres años de buena fama—o la de violación si es menor de edad—lo que agrava injustamente la pena) se produce una verdadera estafa moral de las dos partes, tal como la del «timo de las misas», en que no se sabe quién es más penable, si el que está dispuesto a engañar o aquel que va a aprovecharse del negorio que se le ofrece para fines que habrán de ser forzosamente ilícitos. Y así como en estos casos solamente no son penables los pobres idiotas que creen ingenuamente lo que se les ofrece y en cambio se grava con penas sin cuenta a los que desempeñan el papel activo y no a quienes pretenden aprovecharse con otra estafa que deberían merecer igual castigo, estimo que en este caso de estafa moral, que son en buen número de ocasiones las denuncias y procedimiento incoado por estupro o abuso cometidos con menores de edad, la ley debería eliminar de su código cuanto a estos actos se refiriera, y dejar al sano arbitrio de un buen tribunal que coligiera de la razón de las partes el por qué de los actos cometidos, penando siempre por igual a las dos partes en el caso de que ambas se resignaran a esa pena, caso improbable, ya que entonces el perdón judicial—perdón ante el juez—se aplicaría en la inmensa mayoría de los casos y se terminaría la costumbre inmoral de ir a someter al juicio de uno o varios hombres, totalmente ajenos a los móviles determinantes de la conducta, un acto sexual entre varón y hembra que ellos serían los primeros en avergonzarse en celebrar públicamente.

Estos hechos, así enunciados en teoría, han sido comprobados en la práctica. Y así hemos podido ver a muchos hombres públicos y grandes eminencias en la política o en la ciencia o la literatura, a quienes veíamos para nuestro

asombro casados con mujeres de dudosísima conducta, y cuyo matrimonio era producto de una de tantas celadas, en las que, habiendo caído por la simple y legítima atracción sensual, más tarde recurrían a la boda como medio de evitar el escándalo, peligro más temible para el hombre público aún que la deshonra de unos meses de cárcel.

Con extraordinaria frecuencia—claro es que también existen excepciones—, estas vistas, al celebrarse como hasta aquí a puerta cerrada, no lo son tantos los porque puedan herirse con ello los sentimientos de la colectividad, sino porque da motivo a muchos jueces y magistrados, generalmente atacados ya de impotencia senil, para gustar unos momentos de placer preguntando a sus anchas al hombre y a la mujer los íntimos pormenores del acto cometido.

Esto, pues, que parecerá una parcialidad hacia el hombre, impropia en una mujer que debería tender a defender a su sexo, máxime creyendo como en mi caso particular en un nuevo feminismo bien entendido, que estimule los afanes de mutua ayuda de los sexos y no establezca la inferioridad de uno caído entre las sutiles argucias de manos femeninas, no lo es. Reconocemos los defectos de las mujeres. Pero también reconocemos los enormes defectos de los hombres. Este caso de los jueces, por ejemplo, no tendría punto de comparación si recordamos, por ejemplo, aquél otro sucedido hace ya bastantes años, en que habiendo llegado a España una bella danzarina conocida con el nombre de «La Bella Chiquita», que popularizó en breve la denominada «danza del vientre», que luego fiabrían de conocer todas nuestras artistas de variétés y hoy ejecuta a la perfección Josefina Ba-

ker, se constituyó una potentísima asociación de padres de familia, que contó con innumerables adhesiones y que estableció como primeras medidas la de prohibir por algún tiempo esa danza «entre tanto ellos no hubieran examinado y dictaminado si a su juicio podría continuarse sin ofender los sentimientos de la pública moralidad». Y para lograr este fin, aquella Asociación de Padres de Familia proporcionó un número de sesiones de la famosa y alabada danza, con la agravante de la gratuidad, faltándoles siempre para dictaminar el percibir el efecto de determinados movimientos o el turnarse para ver la representación, con el fin de que el juicio que se emitiera fuera con perfecto conocimiento de causa.

Lo que sucede es que nos explicamos estos hechos y que no los juzgamos inmoralidades, sino producto del medio ambiente que ha desarrollado influencia tan fatídica, creando en hombres y mujeres una obsesionante inquietud sexual que necesita de constantes desahogos.

Yo creo, pues, que cuando medie el consentimiento—salvo casos patológicos y excepcionales—, los actos, a pesar de todas las circunstancias que concurran en su ejecución, y en el caso de verdaderas anormalidades sexuales, la reclusión, curación y tratamiento de los enfermos, debe ser la única función que incumbe a la sociedad.

El Código de los convencionalismos.

«De entre todas las cuestiones vitales, no hay ninguna que sea tan importante como la de la investigación de aquellos hechos mediante los cuales queda asegurada la continuidad de la vida».

CAMILE MAUCLAIRE.

No juzgo que se necesite un gran esfuerzo para exponer uno a uno todos los convencionalismos en que la sociedad ha incurrido:

1.^o No hay relación sexual santa sin la bendición matrimonial.

2.^o Los hijos nacidos fuera de esa relación son ilegítimos, están estigmatizados y habrán de ser forzosamente unos inmorales.

3.^o Las relaciones sexuales independientes son vicio y lujuria de las que todo joven que se estime debe huir.

4.^o Los jóvenes que se rebelan contra lo estatuido están corrompidos por el demonio, que, influyendo sobre los espíritus juveniles, más aptos para recibir sus maléficas influencias, pretende desviárselos de su verdadera ruta.

5.^o Las mujeres, una vez casadas, no podrán mantener relaciones sexuales con ningún hombre, ni siquiera amistad que trascienda del mero formulismo social.

6.^o Los hombres antes, en y después de casarse podrán hacer, sin que la sociedad los reproche, cuánto deseen. Es más, siempre encontrará en todos una sonrisa de comprensión, y

en las mujeres el halago de sentirse las dueñas perpetuas de aquel ser que tantos «triunfos» obtiene.

7.^o Si la mujer comete un acto de esta naturaleza, el hombre podrá, impunemente, matarla y exponerla a la befa de la sociedad.

8.^o Si el hombre lo comete, la mujer no sólo no podrá hacer nada de esto, sino que ni siquiera se molestará ante ello.

9.^o La mujer debe aceptar cuantos hijos vengan como una bendición de la divinidad.

10. Si la mujer intenta criminalmente reducir su natalidad, habrá cometido un delito para con la Humanidad y será reo de una grave culpa ante la moral humana.

11. Ni los padres ni las madres deberán decir a sus hijos nada de cuanto atañe al problema sexual. Es necesario mantener a la juventud en la más absoluta inocencia.

12. Las madres educarán a sus hijas para el matrimonio. Esto es, las mantendrán en la más absoluta ignorancia y las entregarán atadas de pies y manos en la buena vida que hayan de emprender.

Otras reglas muy parecidas a éstas, más o menos puntuilosas, que atañen a más íntimos detalles, constituyen y completan el Código de los convencionalismos sociales. Baste saber que la gran pena que impone la sociedad es la del desprecio y apartamiento colectivos. Quien incurra en cualquiera de estos actos será repudiado del seno de la sociedad y juzgado como indigno de vivir en ella. Hasta aquí, cuanto la sociedad ha predicado, con la más perfecta inutilidad. En lo único en que han logrado un positivo triunfo ha sido en el influjo pernicioso y ya imborrable que han ejercido con estas prédicas en la juventud.

en formación. Son muchísimos los seres rebeldes que se han detenido al iniciar una nueva ruta por el temor al qué dirán, no por el respeto a la moral, en la que ya habían dejado de creer y formar también legión los que han seguido complicando su existencia una y otra vez hasta a hacerle verdaderamente intolerable por no oponerse a los consejos de su religión. Tal es el caso de muchas madres, como abrumadas por una prole numerosísima no se decidían a emplear los métodos anticonceptivos, porque eran opuestos a lo que su religión predicaba e incurrián en pecado mortal. Ninguno de los sacerdotes que lo predicaban así fué después lo bastante generoso para aliviar su situación contribuyendo al mantenimiento de los hijos de aquél desgraciado matrimonio y frente a la desesperación del marido, que acusaba a su mujer de ignorancia y le recrimanaba por aquel aumento de su familia, predicaban la cansina «resignación» de tan funestos resultados. El Código de los convencionalismos perfecto, ni tampoco más injusto. Ha establecido una nueva clase social, la de los seres ilegítimos, parias de la nueva sociedad, ante la que llevan siempre el borrón en la frente de su procedencia, en un apellido infamante o en un concepto prodigiosamente extendido por todas las capas sociales. En su llamado amor a la infancia han establecido una distinción, la hija de matrimoniales enlaces y la producto del amor, que no del acaso ciego de un anoché en que el aburrimiento de los cónyuges trajo al mundo un nuevo ser, siquiera apreciara éste bajo la capa de la legalidad. Nos limitamos aquí a exponer lo realizado. ¿Es justo? ¿Es siquiera moral? ¿Hay posibilidad de admitir como principios inmutables es-

tas normas pre establecidas? ¿No justifica su existencia plenamente la rebeldía actual de la juventud? ¿No dan con ello suficientes explicaciones de los móviles de conducta que hasta aquí nos han conducido?

Frente a ese Código, la juventud alza la bandera de una nueva moral. ¿Triunfará en su empeño? He ahí el interrogante que queda en suspenso. Somos jóvenes, tenemos entusiasmo, contamos con medios e independencia económica, defendemos un ideal justo, afirmamos con lógica. ¿Qué necesitamos de la generación adulta? Que adoptando frente a nosotros una actitud comprensiva no se obstine en cerrarnos el paso en nuestros primeros tanteos e investigaciones, sino que aleje los prejuicios sociales y religiosos y deje el camino abierto para nuevas y concienzudas exploraciones.

Nunca se logrará tantos éxitos como con la experiencia. Y para hallar la verdad en esta inmensa carrera de obstáculos que es la vida humana en la que todos participamos con el fin de llegar a la meta, la ruta más clara, la que ofrece mayores posibilidades de triunfar es aquella que tiene sus bases juntamente con la ciencia, en la experiencia de lo que hasta aquí ha sucedido a la Humanidad.

De las «Mil y una noches» a la actualidad, pasando por S. Ambrosio.

«Las mujeres resolvérán el problema de la Humanidad y lo lograrán siendo madres. Lo que no es posible, y no lo será nunca, es el creer que tan arduo y difícil problema pueda ser resuelto con un acto involuntario, ejecutado con repugnancia y a la fuerza».

IBSEN.

Tres hechos característicos que definen tres etapas, y más que eras de años, tres civilizaciones de más complejo espiritual. Uno, el que se expresa en «Las mil y una noches». Otro, el criterio de San Ambrosio. Otro, el de la era actual.

Allá, tal como nos narran las bellas leyendas árabes (léase Madus, «Les millenniuts», tomo XVI, pág. 158), la idea tantas veces expuesta hoy, como revolucionaria de que la maternidad es un privilegio cuya buena administración corresponde a la mujer y que se revela en el hecho de que la mujer puede no ser madre sino voluntariamente y con su consentimiento, estaba ya consagrada en aquellas primitivas civilizaciones. En una de las hermosas narraciones, se otorgan grandes alabanzas a la virtud y valor de la mujer que, habiendo sido robada cuando dormía, abandona en medio de la carretera al niño que fué fruto de esta unión involuntaria, «no queriendo—dice—aceptar ante Allah la responsabi-

lidad de la vida de un niño que ha nacido sin mi consentimiento». El Islam aprobó esta actitud, ya que era tradicional costumbre el que la mujer no tuviera hijos sin su absoluto y deliberado consentimiento. La frase de Ibsen es una gran realidad. Lo lograrán las mujeres siendo madres, porque entonces la maternidad habrá dejado de ser una mera función biológica para pasar a desempeñar un trascendentalísimo papel en nuestra sociedad. Nunca se resolverá el problema de la Humanidad con una maternidad involuntaria, ejecutada con repugnancia, a la fuerza o sin deseo de que ese estado sobreviniera.

Esta civilización islámica, revela un avance intensamente progresivo si tenemos en cuenta los avances posteriores. ¿Cómo no notar su evidente progreso frente a la civilización cristiana, que establece, con San Ambrosio, al hablar del caso de Rebeca, que «no pertenece al pudor de una doncella elegir por sí al esposo»?

Vemos aquí el principio de la civilización cristiana, hoy ya francamente en desuso, que estableció el principio de que mientras el hombre podía elegir libremente la mujer en postura a todas luces desigual, habría de esperar a ser elegida. Aspirando a lo mejor da en lo peor el gran teólogo. Pero su frase hubo de definir toda una civilización de veinte siglos, y aun se mantiene hoy, cuando la Iglesia se escandaliza de lo que denomina atrevimientos femeninos, justa represalia, sin embargo, en que la mujer se permite opinar entre la capacidad de sus pretendientes y elige con el mismo derecho que ha tenido a ser elegida.

En «El problema sexual tratado por una mujer española» hablo de las uniones en los pueblos primitivos donde la posesión de la mujer codiciada daba lugar a luchas campales para conquistar

con los laureles del triunfo la posesión de aquella mujer que se entrega así automáticamente al ser más apto y de más fuerte y acusada virilidad. ¿No resulta ello infinitamente más moral que el consentir que los ineptos, los viciosos, los tardados, los regenerados, por poseer acaso mayores medios económicos o por ser los únicos que se acercaran a algunas mujeres fueran los preferidos en este desigual reparto, condenando a estas mujeres inocentemente a cargar de por vida con un peso que no se merecían con su conducta? La etapa actual se caracteriza por todo lo contrario. Yo recuerdo un diálogo ejemplar que cita Lindsey y que se repite con bastante frecuencia entre los muchachos de esta generación. Una muchacha, Mary, aparecía ante el mundo como casada con Bill, simple novio formal con quien mantenía relaciones íntimas. Y al preguntarle el motivo de por qué no se casaban replicó con ironía: «Casarnos. Cuando, señor Lindsey, de diez muchachas amigas mías que se casaron en los últimos dos años más de la mitad han tenido que divorciarse o separarse de sus maridos. ¡Vea usted qué escándalo! Ahí tiene usted, por ejemplo, a Jenny Strong. Probó ante el Tribunal que su marido no quería que tuviera hijos. Estas cosas no son para mí. El día en que Bill y yo no marchémos de acuerdo, nos separaremos y en paz.»

«¿Pero y si vienen chicos...?»

«No vendrán por ahora. Pero no nos crearían una situación difícil. Bill se casaría conmigo en seguida. Es lo que está deseando. Está loco por mí. Soy yo la que no acabo de decidirme a casarme con él. No tengo mucha confianza en la capacidad de Bill. Ahora todo va bien, porque yo gano más que él.»

He aquí una frase muy de hoy. La mujer, si-

tuada ahora en ese plano de superioridad económica, miraba con bastante detenimiento el problema matrimonial. La misma situación que antaño, aunque invertidas las tornas. Antes, colocado el marido con el monopolio de las subsistencias económicas, dudaba antes de contraer un vínculo a perpetuidad. Ahora, mujercitas como Mary que no tienen que casarse por un bono de comida, esperan a que los hombres se acrediten de verdaderamente competentes y activos para poder unirse con ellos en matrimonio. Mary no se casa con Bill. Y justificó su actitud diciendo: «Trabaja muchas horas y sólo gana ochenta dólares al mes como mozo en una fábrica de seda, mientras que yo gano ciento cincuenta dólares mensuales sin esforzarme nada. ¿Casarme con Bill? Ni por pienso. ¡Imagínese usted la perspectiva de ochenta dólares al mes y un nene por añadidura, que sería lo más probable!»

He aquí tres civilizaciones, tres etapas. La mujer vuelve a pensar en la maternidad, y aun en el mismo matrimonio, como un acto trascendental que exige su conocimiento seriamente meditado. Pasó la época de San Ambrosio. La mujer es quien elige, al igual que el hombre. Y éste necesita probar su capacidad si desea ser elegido. La superación humana mediante la lucha natural en el campo económico conducirá a una mayor selección en la raza. He ahí a lo menos tres civilizaciones diferentes, dos morales coincidentes; esto es: la única en definitiva, ya que la etapa cristiana no ha representado otra cosa que el predominio de la hipocresía sobre la espontaneidad.

La nueva moral.

«Grandes dioses ! Si lo mismo que se ha hecho con los animales, se practicase en relación con la especie humana, qué de hombres superiores no nos sería dado obtener por este medio, escogiendo los individuos más indicados para dar hijos sanos, vigorosos, inteligentes, capaces de aumentar el valor físico y moral de la raza !

PLATÓN.

Frente al falso Código de convencionalismos de la sociedad pasada los jóvenes presentamos una nueva moral, exenta de reglamentaciones. No queremos que ninguna Constitución, ninguna ley de Garantías, ningún Código, ningún precepto subsidiario contenga ningún precepto explícito que declare concretamente las disposiciones que habrán de aplicarse para determinar qué actos son morales y cuáles no. Creemos que la moral es una materia más propia de enseñanza desde el hogar y que se continúe en la escuela, en el Instituto, en la Universidad, en Centros de Divulgación. Creemos que la única frase que puede servirnos de lema es, aunque ello parezca un caso extraño, la que sirve de lema a San Pablo : «*Omnia licet sed, non omnia decet*». (Todo nos es permitido, más no todo nos conviene). Creo que la norma moral radica ahí. En la conveniencia y en el egoísmo individual. El individuo que sepa que no debe tener contacto con las prosti-

tutas porque puede contraer una enfermedad venérea, no lo tendrá a sabiendas. El que crea que para su naturaleza no conviene tener más que relaciones sexuales muy espaciadas, y no le conviene la vida ajetreada de constante actividad a que muchos jóvenes se ven lanzados en la actualidad, marchará al compás de sus necesidades. El que, dedicado al ejercicio de una profesión o a prestar un beneficio a la Humanidad en el campo de la Humanidad, en el campo de la investigación, no necesite más que las relaciones sexuales meramente precisas, no tendrá otras. Quien viva sólo por el sexo y para el sexo se atendrá a sus consecuencias. Quien tenga relaciones con individuos de su mismo sexo no será penado ni castigado. Son muy libres de hacerlo siempre que cuenten con el asentimiento y no se impongan con la violencia.

La vida sexual del hombre y de la mujer deberán ser un sagrado en el que nadie ose penetrar. No podrá existir más guía que la conciencia individual. No existirá religión más completa que la del deber. No habrá trabas que más aten al hombre que las de la conciencia de la libertad que disfruta. No existirán leyes prohibitivas más eficaces que aquellas que no traten para nada el tema sexual. No habrá educación más perfecta que aquella en que se hable con toda pureza sirviendo a la ciencia en beneficio de los individuos. No existirá inocencia, sino pureza, en el pleno conocimiento. No se hará misterio del acto sexual, ni se juzgarán «tabú» las relaciones sociales mantenidas a este respecto. El hombre será libre y podrá actuar como guste, ya que nada le será prohibido. No tendrá más límite que su conveniencia y su egoísmo. Y hallará en ellos los factores más defensivos y útiles para su lucha en el

porvenir. En enseñar el uso de la libertad será tarea breve, aunque continuada. Una equivocación fatal, una dolorosa experiencia, servirán de escarmiento a muchos jóvenes que estimen que la Era que adviene es un período de franco libertinaje en que no exista freno alguno por parte de la sociedad. El desorden está en proporción directa a las restricciones, como el orden lo estará en cuanto a la libertad. Y cuanto mayor libertad exista, cuanto más grande sea la independencia física, psíquica, espiritual y económica, será mayor el respeto que a ella se tenga y el mundo nos ofrecerá una perspectiva más justa, ecuánime y sensata que no como hoy, organizado bajo un régimen de privilegios y monopolios, entre preceptos legislativos que o no se cumplen o se cumplen con exceso rigorístico, normas de conducta y ética que se imponen a pesar de la dolorosa realidad hasta aquí mantenida y que ha causado tantas catástrofes, de las que los únicos culpables por su inducción son los elementos activos de esa sociedad como no han vacilado en imponer su criterio, pese a las terribles consecuencias a que ello daba lugar, sin importarles los sufrimientos a que por su inconsciencia condenaban a la Humanidad, sometida a sus caprichos.

Bandera de desafío

«Para poder realizar el contacto carnal de acuerdo con las leyes divinas, es indispensable un profundo y perfecto conocimiento de todo cuanto al hombre y a la mujer se refiere».

OMER HALEBY.

Frente al lastre de todos los prejuicios tradicionales, la nueva generación alza su bandera de desafío, en la que tanto se ataca a la sociedad por mantenedora de esos prejuicios como a sus componentes, que pese a sus buenos deseos tienen siempre frente a estas actitudes una posición de recelo o suspicacia. El caso del novio a quien la muchacha se entrega antes de casarse, por muy grande que sea su amor por ella, piensa ya en ella con un tanto de desprecio, aunque pretende ocultarse esos sentimientos, ya que juzga que lo mismo que a él se ha entregado podría haberse entregado por entero a otro u otros, no estimando que le mueve el amor por un único ser, sino la pasión momentánea que él como otro pudo haber inspirado. Y es que el peso del pasado es tan grande que él es lastre insostenible hasta para los hombres más rebeldes y comprensivos. Por ello aceptamos plenamente el sentir de esta nueva generación y su bandera de desafío que expone Lindsey poniéndola en boca de estas muchachas rebeldes:

«Yo y mi generación hemos de encontrar un tercer medio. Queráis o no, haremos entre nosotros un pacto matrimonial a nuestro modo, que

responda a nuestras necesidades. Creemos tener un derecho natural a una compañía y una intimidad que por instinto anhelamos; conocemos la contrariedad que implica la posibilidad de que hijos no deseados vengan a complicar la situación; no admitimos que tal modo de proceder por nuestra parte, ponga en peligro la salud de la sociedad humana, y pensamos que este esfuerzo que hacemos por reemplazar la tradición por aquello que juzgamos de sentido común producirá más bienes que daños.»

Esta bandera de desafío que las muchachas norteamericanas han alzado casi con mayor entusiasmo que los jóvenes les ha valido muchas censuras. Se las ha juzgado insinceras, déshonradas, carentes de inteligencia. Sin embargo, son ellas quienes mantienen el culto a la pureza y a la lealtad, que es donde radica la felicidad humana. Creen con evidente justicia que conociendo los dos cónyuges sus aspiraciones y sus deseos, manteniendo en plena franqueza sus relaciones se llega a la máxima felicidad posible. Saben por experiencia que buen número de los criminales —de esos criminales ocultos, rara vez expuestos al ludibrio de la sociedad, de esos que hagan siempre una justicia venal que les favorece o que un editor irresponsable cargue con su culpa—, de esos que son inductores al crimen y por consiguiente sus verdaderos autores morales, aunque se pene a un pobre diablo, salen de esos hogares donde la Moral se nos muestra al través de sus ventanas y la Respetabilidad trasciende de todo su recinto. Y creen que manteniendo esa verdadera solidaridad o simbiosis entre los miembros de la familia recién creada, sabiendo de qué modo buscar el placer y cómo compenetrarán mejor sus diferentes puntos de vista, hacen más por la

subsistencia de la moral que quienes hasta aquí han seguido la táctica contraria de la mutua adaptación, que no es más que el triunfo de la hipocresía que, mantenida en todo su auge durante el noviazgo, mantiene en los primeros años del matrimonio y degenera en hábito para asegurarse una paz conyugal que está muy lejos de existir de este modo, ya que la paz proviene siempre de la mutua y anhelante comprensión.

La bandera de desafío de la nueva generación es un cartel de lucha. Son muchos los que dicen que es muy difícil que este criterio triunfe. Pero si todos los jóvenes de todas las épocas han sido rebeldes, si la juventud de la época victoriana señaló en Inglaterra el primer jalón para esta evolución posterior, ellos no triunfaron plenamente en sus anhelos, porque eran fatalmente esclavos sometidos al poderío económico de sus progenitores; porque cuando llegaba el momento de hacer patente su rebeldía en el matrimonio, en la constitución de la familia habían de someterse a la voluntad paterna, que disponía de los medios de subsistencia económica. A ellos, como a tantos hombres que predicando una rebelión religiosa caen en el momento fatal postrados en las gradas de un altar, o si la rebeldía es de tipo político se entregan al cacique por un puñado de duros y depositan su voto falseado en las urnas, les sucedía que eran esclavos del monopolio de los bienes económicos por la generación adulta.

Los jóvenes de hoy tenemos en nuestras manos los medios de conquistarnos esa independencia económica. Y al no necesitar depender de nuestros progenitores, el triunfo está indiscutiblemente mucho más próximo. He aquí cómo una vez más se cumple la ley fatídica de la Historia, merced a la cual todo gira en torno a la econo-

mía ; el problema de la raza, de la especie y de la Humanidad misma es un simple problema de subsistencia económica, y cómo sin resolver el problema del estómago, la humanidad estará perpetuamente encadenada a quienes monopolicen en el sistema económico tan injusto de la actualidad los medios que dan al hombre la tranquilidad de su porvenir asegurado.

El cartel de desafío de la nueva generación está, pues, clavado firmemente en lo alto de la montaña y ha abierto terrible brecha hasta en sus más profundas oquedades. En ella ha repercutido este gesto audaz de nuestros días. Pero el ejército juvenil, en el que las muchachas figuramos en la avanzada con generoso impulso y brío aún más acometedor, avanza con los más nobles y positivos anhelos destructivos de cuanto hay de viejo y de negativo en la Humanidad, pero llevando también en las manos las piedras que habrán de ser cimientos sobre los que edificar la nueva construcción amplia y liberal como para albergar a jóvenes.

Clarín de advertencia.

«El médico debe tener el valor de aconsejar lo menos malo para la Humanidad, para el hogar y para el propio individuo; esto es: el mismo placer infecundo entre los cónyuges que luego los moralistas pudibundos consideran venial cuando se practica con una mujer envilecida y sin amor.»

MARAÑÓN.

A todos los jóvenes corresponde hoy preocuparse por estos inquietantes problemas. La nueva generación está constituida por todos aquellos que, inquietos por nuestro presente, no hemos rebasado la cumbre de los treinta. Quienes pasando esta edad comparten nuestro criterio, son aliados que tenemos en el campo adulto. A todos lanzamos nuestro clarín de advertencia. En España, las juventudes son más que en ningún otro país la máxima esperanza. Cuando se ve en franca quiebra el sistema capitalista, cuando los jefes de todos los partidos parecen ya alejados de las verdaderas aspiraciones de la masa, que va hoy delante de sus antiguos caudillos, los jóvenes que figuramos en su vanguardia podemos ofrecer mayores posibilidades, porque no aspiramos a ser caudillos personalistas, sino «leaders» impersonales. Por ello no vinculamos nuestra apreciación a un grupo mayor o menor, que se ha decidido a lanzar estas ideas en la tribuna o en el libro. Creemos que la nueva generación la formamos todos por el hecho de pertenecer a ella, ya que tan valiosa es la aportación y la opinión del que se erige

en cantor de las ideas como del simple soldado que las sigue y las lleva a la práctica. Siempre hablamos de nueva generación, y a ella nos referimos. En España, las F. U. E. que levantamos con tanta gallardía nuestra bandera rebelde en los tiempos ominosos de la Monarquía, a quienes acaso corresponda también una acción decidida y eficaz, plenamente constructiva, pero no por ella menos revolucionaria y destructiva dentro de la República, son la muestra más gallarda y definitiva de cuanto la juventud puede ofrecer. Estudiantes del libro de la vida somos todos. Yo, apegada a la vieja Universidad, sigo en ella, a pesar de haber terminado ya una de las carreras iniciada (la de Derecho) y las Facultades de Letras y Medicina siguen atrayéndome por proseguir mi vida en contacto con los estudiantes, entre quienes desenvolví siempre desde aquellos tiempos de lucha en el viejo y liberal Instituto del Cardenal Cisneros mis primeras inquietudes sobre temas literarios. Las F. U. E. de Derecho y Medicina tienen una gran posibilidad que cumplir en el porvenir. A los abogados y médicos jóvenes corresponde, sin duda alguna, el poder dictar y aplicar los medios positivos de que cese la ignorancia sexual hasta aquí subsistente. El médico puede desempeñar, con el abogado, el papel del confesor laico, que oriente y dirija en los grandes conflictos psicológicos, que son siempre todos los casos sometidos a consulta, máxime cuando se refieren a relaciones personales. Los jóvenes de esta generación tenemos una positiva misión que cumplir. Y así, es necesario la voz de esta generación haga posible el que desaparezca la reglamentación de los delitos y relaciones de tipo sexual, y establezca como menos urgente y de inmediata aplicación a la enseñanza

de los métodos anticoncepcionales que sitúen a los sexos en un plano de perfecta equivalencia y faciliten las relaciones entre unos y otros como medio de asegurar su felicidad más positiva. Este es, pues, un clarín de advertencia. Mozos somos todos y a todos corresponde desarrollar un gran papel en la España que nace. Papel tan alejado de la fatua vanidad y los ridículos personalismos de antaño, como de los ya clásicos y tradicionales privilegios. La nueva generación aparece en una vanguardia rebelde llevando por lema el cartel de desafío: «Igualdad para los sexos en la lucha política, social, económica y biológica. Predominio de la raza y de su finalidad reproductora por encima de las libertades individuales. Necesidad inmediata de enseñar la enorme función social de la maternidad e implantación de hecho de la fiscalización del Estado, que regule el nacimiento de sus ciudadanos, siempre que la conciencia del padre no se erija en la primera tutora y más legítimamente obligada. Hijos, sólo cuando sean deseados. Concepción de la institución matrimonial, como una para la patrimaternidad donde los dos colaboradores busquen las máximas garantías en la sociedad por ellos emprendida. Acabar con los viejos prejuicios que establecen criterios de favor en pro de determinadas instituciones. Licitud de las relaciones sexuales que no perjudiquen a la Humanidad y que apliquen aquella frase formidable respuesta de un neófito chino como acusado de cierto pecado de naturaleza sexual, contestó al misionero: «¡Y qué mal hay en ello! ¡A nadie privé de lo suyo! ¡Ni he dañado al prójimo, ni a mí mismo!»

¡Ah de la nueva generación...!

Todos a la lucha. Empiezan momentos difíciles. Son aquellos en los que la revolución, cuajada ya en otros puntos, llega a aquellos otros más alejados de la actividad renovadora. Tenemos, sin embargo, la evidencia de que la revolución sexual deberá parecer, como decía Michellet, precediendo a las posteriores revoluciones. Y en España, para que una revolución triunfe y socave los cimientos en que hasta aquí se ha asentado la sociedad, estableciendo normas de más equitativa justicia, la reforma de la opinión, que ha mantenido siempre frente al problema del sexo una posición totalmente equivocada, deberá ser un hecho.

Vamos en pos de la verdad, en una búsqueda que hasta aquí ha resultado infructuosa. Avanzamos sobre las ruinas. Parece que volvemos atrás, ya que aceptamos instituciones que, como la poligamia—o monogamia sucesiva y la libertad de amar—fueron aceptadas hace cientos de años y sustituidas por otras más de acuerdo con los avances de la civilización. Pero no por ello retrocedemos. Los ciclos de la Humanidad vuelven a pasar sobre un mismo punto, pero siempre en un estadio superior. Y el aceptar ahora en casos excepcionales el patriarcado, el tipo de institución matrimonial donde la mujer mantenga la propiedad de sus hijos, no prejuzga que volvamos al matriarcado de tiempos pretéritos.

El que pensemos en la multiplicidad del amor,

pretende hacer más feliz al hombre y a la mujer, buscándole el complemento que no puede hallar en un ser único, aun suponiendo que en su elección no hayan intervenido las fatales equivocaciones. Queremos evitar que la maternidad sea, como acertadamente expresa M a r a ñ ó n , una «trampa sin salida». Queremos acabar con esa inocencia que es, en definitiva, ignorancia, y se convierte en pacatería para establecer los privilegios de la ciencia. Creemos que los riesgos de la raza no están en la restricción de su natalidad, sino en la ignorancia e ineptitud de sus ciudadanos. Que el cuerpo nos pertenece, y que a nosotros nos toca disponer libremente de él, de acuerdo con nuestra conducta ; que es urgente llegar a una abolición de secreto sexual y evitar la subsistencia de estos matrimonios galvanizados, fosilizados, viejas instituciones como siguen manteniéndose por la presión de la rutina. Queremos plantear el problema, cortando el «nudo gordiano» del secreto sexual, diciendo a voces lo que hemos visto, sin desilusionarnos tampoco porque, creyéndolo infinitamente más placentero, suframos una íntima decepción. Hasta aquí, el misterio sexual ha sido como el de la diosa Isis en Egipto, en que para reformar el misterio, al pie del altar velado se leía : «Soy todo lo que fué, es y será.» «Ningún mortal ha podido jamás levantar el misterio que me esconde.»

Ello puede muy bien aplicarse al sexo, que es en definitiva el pasado, el presente y el porvenir de la raza. Seamos nosotros quienes audazmente levantemos el velo del santuario, precisamente para ver con claridad y evitar que por simples deducciones caigamos de lo sexual en lo pornográfico. Esta era de transición es la más difícil. Todos esperamos de la verdad sexual una reve-

lación excepcional. El misterio de que se le ha rodeado nos obliga a pensarlo así. Y sería doloroso que nosotros mismos no nos preparáramos para el tránsito brusco, no sea que en materia tan difícil y compleja nos suceda lo que al joven de la leyenda de Schiller que, descorriendo el velo que cubría el altar de Isis,

«Pálido y sin sentido le encontraron
 Al apuntar el sol los sacerdotes
 Ante el sagrado pedestal de Isis.
 Lo que vió y aprendió jamás lo dijo,
 Nunca su pecho recobró la calma,
 Y una pena infinita, abrumadora,
 Hundió su juventud en el sepulcro.
 ¡Ay de aquél!, repetía. ¡Ay del osado
 Que busca la verdad por el delito!
 ¡Jamás la culpa engendrará la dicha!»

levantemos también el velo del santuario, pero no subrepticia y ocultamente como hasta aquí hemos venido forzados a hacerlo. Que el templo de Isis deje de estar cerrado fuera de los sacerdotes de su culto y abra generosamente sus puertas a todos los fieles de la nueva doctrina.

Allá hace muchos años que en los barcos se suele oír en alta mar, cuando el silencio reina y la tempestad se cierne sobre el horizonte, el grito similar al alerta de nuestros centinelas: «¡Ah de la proa! ¡Alerta, buena guardia!» En la proa de esta nueva embarcación que es la Humanidad, impulsada por vientos favorables, pero viendo cernirse sobre ellas las tormentosas nubes de una opinión reaccionar, valen los más decididos y los más audaces de esta nueva generación, los que vemos la perspectiva del horizonte. La nave avanza. Y nuestro grito, aquel con el

que saludamos a cuantos hallamos en nuestro camino, jóvenes y viejos, intransigentes y comprensivos, es el de ¡Adelante! ¡Paso a la nueva generación!

Hace mucho tiempo que Eunomia, Dike y Eirene (la legalidad, el derecho y la paz) están indignadas de ser tan mal interpretadas por quienes se dicen sus defensores. Y hoy, desde las alturas del Olimpo—que no es precisamente el Olimpo de nuestros escaños en las Cortes Constituyentes—vuelven los ojos a la juventud rebelde, que sabrá comprenderlas mejor y no amparar bajo su nombre todas las inmoralidades e hipocresías que la Humanidad ha creado visitiéndolas con el ropaje de la Verdad. ¡Jóvenes, preparados! ¡Ah de la nueva generación...!



